The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00008952939

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/solinteriornovel00nune

TIPOGRAFIA AMERICANA
CARACAS - 1918

Para don Manuel
Segundo Sánchez
con el homenaje
del autor.
Caracas, 15 octbre 1918.

SOL INTERIOR

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ

PQ8549
.N8
S6
1908

SOL INTERIOR

NOVELA

CARACAS
TIP. AMERICANA
MCMVIII

cl
cb

R

Library, Univ of
North Carolina

DEDICATORIA

373979

A MI MADRE

Ella me cuenta, que cuando yo era niño, contemplando mis juegos, allá en nuestra vieja casona de provincia, mientras mi padre cultivaba su jardín, soñaba con que yo, al ser hombre, escribiera . . .

A la doliente tristeza de su otoño consagro este libro, de sentimiento y dolor.

PALABRAS LIMINARES

Palabras Liminares

Viejas historias de amor que llenaron nuestra adolescencia, he aquí otra que viene, no como antaño a empañar con lágrimas los ojos a doncellas y mancebos, quienes veían en los protagonistas una imagen de sus propias almas, sino a seguir vuestra noble tradición que va tejiendo sobre los siglos la urdimbre fragante de los amores.

No arde en sus páginas la misma llama poética que iluminó las vuestras, ni sus héroes trenzarán en las frentes guirnaldas de ensueños; en cambio, no hay en este libro una página que no sea traducción pálida, mas sí pura y sencilla, de un sentimiento.

Mucho habéis de recordar, historias amarillentas y olvidadas, las viejas tardes del jardín familiar, cuando algún adolescente se turbaba con los gemidos de amor y las ternuras de los amantes, sediento él mismo de vivir iguales noches y tormentos iguales.

Después recordaréis el menosprecio que cayó sobre vosotras, cuando os abandonaron a los veinte años para seguir a Schopenhauer y a Nietzsche, riéndose de la ingenuidad y el dolor que pusieron en vues-

tras páginas. Pero consoláos, viejas historias de amor, que a ratos, en los paréntesis de ensueño abiertos en el positivismo de la vida, vuestro recuerdo fué siempre suave destello de luz que ungió las almas cansadas y abatidas.

Beatriz, Laura, Carlota, María y otras, fueron vuestra gloria porque inmortalizaron las pasiones del genio. No es esta historia ni pretende serlo, igual a aquéllas; ni mucho menos relata los momentos de amor que su autor viviera. Nada de sí puso en estas páginas; ni una sola flor de idilio colocó discretamente entre ellas; ni tampoco expresan bien la tortura, el placer y la idealidad de que tal amor se anima y reviste.

Nacieron de la época. Quise hacer nuevamente flor, el sentimiento hoy en desuso, que aplana y extingue más y más la madre vulgaridad enseñoreada de todo. Algunos las acogerán con desdén, otros con lástima; pero son para aquellos que niegan sentir.

Si alguna ambición anima o debe animar a quien escribe, es la de despertar emoción, más que desprecio asimismo con la pintura de pasiones asquerosas o extravíos corrompidos. No la producirán estas páginas; pero en cambio, ellas denuncian la aspiración de elevarse a lo más grande que palpita en el hombre. Producir emoción en la gente sencilla, es más grato que darla solamente a un grupo selecto o asombrar a los más con la acritud y dureza de las líneas. Mayor deseo para mí es provocar una sonrisa desdeñosa o un sentimiento ingenuo, que dejar un resabio amargo en quien lee o sorprender con la viva pintura de una llaga sangrienta y dolorosa.

Como se ve, no me halaga la ambición egoísta de poseer eso tan en auge hoy y que llaman aristocracia ciertos autores, por la cual se menosprecia y odia la popularidad, como si la Emoción, la Belleza

y el Arte fueran patrimonio de unos cuantos. Mayor gloria será para un poeta interpretar y traducir los sentimientos de todos los hombres, hasta los de los más humildes, que la pomposa consagración de una Academia o el docto veredicto de un Cenáculo. Estos nunca tendrán el amor de las muchedumbres ni el homenaje de los corazones.

Este es el libro de mi juventud. No hay en él novedades literarias, ni pulcritudes de estilo, ni fuerza de belleza, ni rasgos geniales. Todo en él es viejo y sencillo. Ya os he dicho mi intento.

También mi libro va en pugna con las nuevas corrientes literarias. No porque las desdeñe ni las odie, sino porque me fué difícil sujetar la imaginación en los sobrios moldes que ellas prescriben.

En una obra donde no debe haber sino lo preciso y relacionado con ella, según los nuevos dogmas del Arte, yo he echado a volar la fantasía por noches, por almas y por patrias. La imagen y la metófora no están excluídas de ella. El adjetivo sonoro y acaso también el estilo retumbante, campean en sus páginas.

Apenas las he pulido. Van al público tal como salieron de mi pluma. No he escrito con artificio. Así es que no parezca ilusión algún sentir del libro. Yo saqué sus páginas de la vida. Ella me las dió. En ella viven muy íntimas, para desmentir lo que se vé arriba, en la superficie. Tomé datos, observé amores de juventud, hasta copié palabras. Casi nada, muy poco he tenido que inventar. Estas páginas las ví yo muy escondidas, bajo muchas sonrisas, bajo tánto rostro joven que no dicen las torturas guardadas por dentro.

De las risotadas de la calle, del continuo sarcasmo e insulto de mis contemporáneos hacia los viejos sueños surgió este libro. Cuando la necesidad me ha hecho describir las pasiones que vemos, no lo hice por complacerlas o halagarlas, sino para ponerlas en contraste;

para demostrar lo frágil de las unas y lo eterno de los otros; para decir cómo viven siempre los sentimientos a despecho de las ideas.

Este libro es espontáneo, ingenuo. Va de mí a los demás, menospreciando los desdenes del vulgo; desafiando la sonrisa irónica con que a su vista florecerán algunos labios. Es una de las bellezas de la ingenuidad: desnudarse uno mismo o hacerlo con los otros, para revelarles cosas que olvidaron o no saben que aún existen. Diríase que con ella pierden su castidad los sentimientos.

De ahí el título, SOL INTERIOR, *porque todos llevamos dentro una chispa, una luz interna, capaz de iluminar o enviar su lumbre maravillosa sobre las cosas y los séres. En mayor o menor grado, esa luz ataviará de poesía las unas y arrancará sentimientos a los otros.*

Si alguna vez, sobre unas rodillas gentiles, pisando el chal que secó los labios húmedos por palabras de amor, descansa este libro, o bien, bajo una mirada de veinte años apagada por el hastío, él no será más que una pobre exultación a esa luz eterna y salvadora.

Enrique Bernardo Núñez.

PARTE PRIMERA

—

Cuenta, cómo sintieron el amor una mujer coqueta y un hombre extraño en estos tiempos.

—

La noche cierne su poema sobre las almas y las cosas...

I

En el brumoso amanecer de aquel miércoles de ceniza, Armando Ibáñez recordaba las escenas inolvidables de la noche anterior.

Aún en su lecho, pues no habían pasado tres horas que se acostara, y sintiendo la somnolencia y malestar del que no ha podido dormir después de la agitación de un baile, hacía un análisis de su estado espiritual, tratando de averiguar la causa de la inquietud y tristeza que pesaban sobre él en aquel momento.

Atribuía esto a la influencia del baile, a la huella sentimental que imprimiera en su espíritu una mirada de mujer rubia y frágil, con quién flirteara mucho, y con la cual se alejara, en un dulce aislamiento del bullicio de la fiesta.

Sería nostalgia del amor? Nunca lo había conocido y por eso ni siquiera se le asomaba la más ligera sospecha de él. Sin embargo, observándose mucho, como solía hacerlo, recordaba con temor un detalle, mientras dibujaba en el aire un arabesco con el humo del cigarro. ¿Por qué sintió disgusto, cuando Julio Alvarez salió a bailar con Marta, la hija de don Guillermo Federmann? Y decimos con temor, porque grave asunto era para aquel Ibáñez uno de tal género. A medida que se vaya conociendo lo que fué su carácter, se lo explicarán a cabalidad. ¿Esta muchacha—se interrogaba—pálida y de ojos azules velados por grandes pestañas de oro, tan delgada, tan rubia, como no lo fué ninguna musa del Norte, me hará conocer al fin el tal amor, sobre el que escribieran y acumularan tan diversas opiniones detractores y apologistas insignes?

Acostumbrado a rechazar tales ideas, hizo como que huía de ellas, fijándose en otros detalles de la fiesta, de aque-

lla fiesta amable y risueña con que el viejo Federmann, el poderoso industrial, celebrara en aquel martes de carnestolendas los días de su hija Marta.

Así fué revistando la fiesta. Recordaba la escena que sorprendió en un refugio del jardinillo, donde, como en cuentos cortesanos, la encantadora señora de C. brindaba sus labios húmedos de champaña a un galán imberbe, envanecido por beber en la mejor copa el mejor vino del baile; los ojos brillantes de las doncellas apoyadas en el brazo de los bailarines; la conversación erótica que sostenían Gerardo Rojas y Andrés Porras sobre el escote que lucía la bella ancianidad de una dama, que cualquiera diría escapada del siglo XVIII y el murmullo con que fué recibida en los salones aquella otra alejada del mundo, después que la abandonara un diplomático de luengas patillas grises. Oía, por entre el delirio de la danza, las palabras tiernas y las calladas, que por no expresarse se comprenden mejor; y el rumor entusiasta y galante que parecía deshojarse en el ambiente todo embriagado de rosas. Recordó, cómo en un saloncillo discreto, Julio Alvarez apretaba la opulencia gallarda de una matrona, cuando todo el mundo desfilaba hacia el jardín en la hora de la cena; y las luces, y las brillantes toaletas; y las diademas que oprimían la frente de las damas y las colas arrastrando sus sedas por los lucientes estrados, y las sonrisas y las flores que engalanaban los labios y el pecho de las doncellas, atentas a la música de los madrigales.

Se revolvió más agitado aún después de lanzar con movimiento nervioso la cola del cigarrillo. A despecho de todo esfuerzo, su imaginación iba siempre a posarse como una abeja sobre aquella lánguida mujer que tan dulcemente le sonriera.

Nuevamente dirigió sus miradas a la fiesta. Fijaba su atención en la orquesta; pero a través del tumulto de la danza, sobresalía ella trazando en el vaivén galante, con su falda azul, un círculo armonioso; quería recordar el conjunto de cabezas bellas, mas, por entre todas sobresalía por ensalmo la del encanto rubio. Se puso a discurrir sobre las gracias de otras; en vano, porque las de ella se insinuaban imperativamente sobre las demás. Quiso encontrar deleite en la dulzura de la música, cuando a media noche, bajo los árboles, decía sus serenatas de amor al mismo tiempo que todo el jardín se paramentaba con el reflejo magnífico de los fuegos; pero fué peor, pues se estremeció al recordar, que por entonces, ella paseaba colgada de su brazo, bajo las alamedas complacientes y fragantes.

Y a medida que desfilaban por su mente tan diversos detalles, sentía algo raro, una pena inexplicable, que fué condensándose poco a poco en un deseo fuerte, imperioso que lo hizo exclamar: «es preciso que vuelva a verla».

Así fué como después de muchas revueltas y luchas consigo mismo, se dejó llevar de aquella atracción tan dulce y hubo de confesarse plenamente enamorado. Después de negárselo acabó por comprenderlo; en seguida trató de destruir un pensamiento tan raro para él, y luego, la voluntad avasallada, dominada, hizo comprender a la inteligencia, la evidencia plena y real de que amaba a una mujer. La primera impresión fué sustituida por un alborozo cándido. Se sentía como iluminado por dentro, al ver que sobre su juventud sola y austera, comenzaba a madurar la roja vid de una pasión.

Al llegar aquí se levantó para vestirse. Había un apresuramiento febril en sus modales. Tomó un baño y luego el desayuno que le trajo una criada vieja, único ser que lo acompañaba en aquella casona vetusta y heredada. Tuvo un gesto nervioso. La vieja salió meneando la cabeza con desconsuelo. Mientras almorzaba hacía planes. No veía sino el momento de encontrarse nuevamente con ella.

Es preciso que vea ahora a Julio Alvarez—se dijo.—Era su íntimo amigo. Salió.

Ya en la calle, decidió dar un rodeo por la casa de Federmann, síntoma muy fatal de enamorado. Esta casa era una especie de villa, que en plena urbe abría la frescura de sus arbolados y jardines poniendo un joyante milagro sobre la aridez de las piedras ciudadanas.

La villa estaba silenciosa; parecía desierta. Vió salir unas parihuelas cargadas de ramos y guirnaldas marchitas. De la casa emanaba el olor característico, igual donde salió un entierro que donde hubo una fiesta, cuando se ha desvanecido la ilusión o ha quedado más vivo el dolor: hastío, tedio o llanto.

Después que hubo cedido a esta primera debilidad, se encaminó a la oficina de Alvarez. No había éste llegado aún. Costumbre muy habitual en Alvarez. Por lo que Ibáñez tuvo que resignarse a esperarlo. La oficina de Alvarez, que no era tal, sólo tenida por él para hablar de sus trabajos, estaba en el cuarto de una casa antigua de gran patio rodeado de arcos, donde florecían viejos jazmineros y magnolias añosas. Aquellas magnolias fueron ya una evocación.

Este Armando Ibáñez era de un temperamento raro, en el cual se superponían las más distintas yuxtaposiciones del

carácter. Aspiraba a una perfección interior. Buscaba la manera de hacer adoptar a su espíritu la más serena actitud. Su sola vida era una lucha consigo mismo. Había en sus predilecciones y hasta en sus sentimientos como una perenne contradicción. Era místico y gustaba de lecturas impías, creyendo en sus máximas a despecho de lo otro. Incapaz de la menor aptitud para los negocios de tráfico por su educación y temperamento, aspiraba a comerciante, porque la patria necesitaba hombres de acción; era vehemente, y ponía empeño en contener sus arrebatos para ser impasible; no quería odiar, porque tal sentimiento rompía o deformaba la línea escultórica con que deseaba modelar su alma. Y poco a poco, habíase ido acostumbrando en aquellos veinte y dos años de vida a aislarse de amores, porque soñaba con una sola pasión, única flor que debía florecer en su senda. Buscaba por los caminos del mundo aquella mujer, como un naturalista busca una planta extraña en alguna selva intrincada, por una montaña remota. Aislado, pues, en ése su fuerte que se construyera a pura labor de voluntad, sin sospechar en celadas traviesas del destino, aguardaba a aquella mujer y aquella hora bendita de amar.

Pero aquel temperamento, al parecer tan aquietado, guardaba reservas ignoradas. La vehemencia era su característica, y en él llameaban tesoros de energía, y ocultaba hacinamientos de fuerza que nadie sospechaba y cualquiera se hubiera sorprendido en descubrir.

Tan pronto vibraba su espíritu en indignaciones terribles al presenciar una injusticia o percibir algo pequeño y humano, como se apacentaba en las floridas majadas de la contemplación.

En verdad que aquel Armando Ibáñez había nacido para ser héroe o santo, porque una sola virtud se delineaba en él fuerte y precisa: la generosidad, que no reconoce obstáculos ni en el propio sacrificio, y la cual sólo hace capaz del prodigio.

Noble aquel carácter, vivía en perpetua indignación con las cosas de la tierra. A menudo se le vió terciar en cuestiones que a él no incumbían, por su invencible tendencia de ponerse al lado de la razón y del derecho. Era por naturaleza socialista y soñaba con la redención de las turbas. Y al mismo tiempo, sentía asco de la canalla en la instintiva aristocracia de su espíritu. Era humilde y soberbio. Era soñador y positivista.

Amaba a un Tolstoy, que abandonaba su rango y se vestía de andrajos para que los piés se le desgarraran

en los caminos, mientras predicaba sus cruzadas de amor; y se recreaba con los relatos de la Corte de Francia llenos de donaire y despotismo. Un abate corrompido y galante, de esos que figuran en viejas crónicas, le gustaba tanto como la divina silueta que vieron pasar los campos de Betania. Y era, porque en ese espíritu, sólo encontraba albergue la belleza de las cosas. El alba que esparció por el mundo la sonrisa de Cristo, tenía para él, si no el mismo encanto, sí el mismo atractivo que una danza de vírgenes coronadas y desnudas sobre estrados de mármol. La belleza olímpica con su cortejo de tormentos y furias mostrándose, ya en el poder de un dios, ya en la faz de un gran rebelde, lo admiraba lo mismo que la sumisión de cordero de un santo. Las dos faces antitéticas de la belleza se iban a confundir en aquella alma, como ríos de procedencia distinta, que unifican sus aguas y cantan una misma armonía en un mismo cauce.

Así es que en esa mañana, recostado en la baranda de la casa que tenía un patio con arcadas y jazmineros, Armando Ibánez, contemplando el álbeo contorno de las magnolias intáctiles, decidía acogerse al amor con la misma fe con que otras veces se propusiera otro rumbo para encaminarse hacia una idea alta y grande.

Estos caracteres tienen esas extrañas dualidades. Son muy fuertes y muy débiles, y según enrumben su espíritu, o la ocasión o el destino los precipite en una empresa plausible o trivial, así resalta la grandeza de su obra o su pequeñez; así conquistan la gloria o pasan inadvertidos porque sus empeños no interesaron al conjunto.

Cansado de esperar, y seguro ya de que el amigo epicúreo no llegaba, amigo que trataba de extraerle siempre a la vida su más íntima sustancia nectárea, se dirigió a Las Gradillas, decidido ya a dejarse envolver por aquella blanca epifanía de amor.

En dicha esquina encontró Ibáñez a Gerardo Rojas y Andrés Porras, ambos estudiantes de derecho, los cuales se sorprendieron de la faz alegre que esa mañana llevaba Armando, de continente siempre adusto.

Se habló como era natural de la fiesta, de las mujeres, de los escándalos que alborozaban la villa, y los cuales comenta el mundo después que cesan los días de las máscaras. Escándalos cuyos detalles reciben con avidez todos los labios, porque son el espectáculo más interesante de las ciudades, y porque sin ellos, la sociedad sería la cosa más fastidiosa del mundo. Salón donde no se murmure, carece de la gracia que los invade, cuando el rubor hace

ocultar lindos rostros tras los abanicos, y la sonrisa picaresca ilumina miradas femeniles, huyendo hacia rincones dorados, como aves perseguidas que no encuentran refugio.

Caminaron hacia San Jacinto. Momentos después llegó Julio Alvarez. Muy pulcro; la punta del pañuelo sobresaliendo en la indumentaria negra que no abandonaba; con un ojo cerrado que comunicaba a su cara un perpetuo gesto irónico; la boca siempre presta a una sonrisa; el mechón entrecano cubriendo como un festón de vejez la frente de aquella exuberante juventud.

Era Alvarez uno de esos individuos que hacen de la vida una fiesta alegre creada al través de una alma pagana. La belleza, el amor, el arte por únicos fines. De la historia donjuanesca que lo precedía sacaba él las conclusiones inapelables de sus principios. Era docto en amor.

Estaba dotado de una ligereza de espíritu que lo hacía ver lo más serio como lo más trivial, idénticamente. Estudiaba derecho, y las materias de estudio eran para él como mujeres, que debían conquistarse con la suave gracia del espíritu. Poseía ese desenfado gentil que conduce al éxito con más premura que el mérito y el cual se insinúa mejor en el mundo. En resumen, el carácter de Alvarez rayaba casi siempre en el cinismo.

Como de costumbre, llegó relatando la conquista última, fácil y sabrosa de una dama otoñal. Lo que no contaba nunca Alvarez, eran las circunstancias que lo hacían triunfar. No decía allí, cómo el vino, su aliado, era quien había arrojado en sus brazos a la mujer para darle la última palpitación de su carne. Porque Alvarez era de los que experimentan irresistible predilección por esos ocasos melancólicos de la mujer. Para él, sabio en voluptuosidades, no podía ser grata la inexperiencia de una virgen. Acerca de esto poseía teorías especiales, en cuya exposición empleaba un tecnicismo también propio, desarrolladas con palabras bruscas o suaves y sobre las cuales se reflejaba la gracia voluble de su espíritu. Según él, la carne y el alma constituyen una íntima sustancia, que tiene su apoteosis en los momentos clásicos de la volupsidad y del amor.

No era, pues, extraño, que Ibáñez y Alvarez, los dos íntimos amigos, viviesen en constante divergencia de ideas, en perpetua disonancia para percibir sensaciones y, por tanto, que entendieran el amor de una manera diferentísima e incapaz de hallar ecos semejantes en ellos.

Algunas veces tenía Alvarez sus crisis sentimentales; pero eran tan ligeras, pasaban tan rápidas, que sólo podían

tenerse como condición indispensable de aquel carácter. Acaso porque él mismo se las forjaba, para poner en el paisaje de su alma tonos diferentes.

En la esquina de San Jacinto, entre el tumulto de la muchedumbre apresurada y febril, Andrés Porras ponía su comentario a la aventura de Julio Alvarez, en su lengua enredada, tánto, que para hablar con él era preciso hacer un estudio de su confusa manera de expresarse. Por costumbre, Porras celebraba siempre los triunfos y las diabluras de Alvarez.

Gerardo Rojas, medio sonreído, limpiaba sus lentes con ademán de magíster, ademán constante en él. Alvarez lanzaba un diluvio de piropos a las muchachas obreras o damitas, y a las señoras gordas o lánguidas que se aventuraban junto a él. Ibáñez, en silencio, no tomaba parte en la charla casi insulsa, ni se fijaba en las gentes. Ibáñez tenía la vista en sí mismo.

Después de una conversación larga y trivial, Rojas y Porras se despidieron. Alvarez se quedó mirando a Ibáñez, como escrutándole el rostro.

—¿Qué me cuentas?—preguntó—¿Te gustó Marta?.....

—Pues era lo que te iba a decir.....

—¿De modo que?.....

—Alvarez, yo estoy enamorado de Marta,—exclamó Armando, sin poder contenerse.

Alvarez rompió en una carcajada, y cruzóse de brazos para escuchar a Ibáñez, el cual se expresaba vehementemente, como en todos sus proyectos. La cara de Alvarez, con un ligero pliegue en un ojo, que por defecto visual tenía siempre cerrado, expresaba ahora mayor ironía que la de costumbre.

Al fin, éste estalló en una exclamación regocijada. No acostumbrado a oír nada en serio y menos cuestiones de amor; incapaz de concebir aun más, que tales cosas pudieran conducir a tragedias, cosas que según él sólo pasaban en las novelas, no sospechaba hasta dónde podía llegar en sus arrebatos la pasión de Ibáñez.

Jactábase Alvarez de haber obtenido mediante una labor de voluntad, la más completa serenidad de espíritu, donde nunca llameaban pasiones. Para él los amores eran cosa fútil y jamás sentimientos absorbentes y enfermos. El entendía que las mujeres eran para gustarlas como el vino, a sorbos, paladeándolas, si pudiera decirse así; mientras el pensamiento busca cómo extraer de ellas la esencia de una voluptuosidad alada.

Tampoco pensaba cómo iría Armando Ibáñez a amar, pues hasta entonces sólo escuchara sus teorías, teorías que según Alvarez debían derrumbarse en la práctica. Así es, que tomó muy a pecho aquel amor de Ibáñez. Quería ponerlo a prueba; y, dada la amistad que lo unía desde mucho tiempo con los Federmann, a quienes les presentaba a Armando la noche del baile, lo invitó a volver.

—Tenemos un gran pretexto—dijo—, vamos a darle las gracias por lo de anoche. Y luego, incapaz de dejar pasar una ocasión, sin deslizar algún concepto irónico, exclamó:

—Aunque mejor debiera dárselas a esa vieja.

El tenía como fácil la conquista de una mujer. Todo el éxito dependía del hombre, de los conocimientos que tuviera en el arte—así lo llamaba—y de su práctica en las lides galantes. Por lo demás, Alvarez no dejó de alegrarse con aquel amor de Ibáñez, quien siempre estaba adusto y taciturno.

Convinieron en ir a la siguiente noche. Se despidieron. Según dijo Julio a Ibáñez, aquella tarde debía prolongar el idilio otoñal que comenzara en el baile.

Ibáñez se dirigió a su casa. La rubia inquieta y frágil se había adueñado de él. La amaba. Y en ella estaba dispuesto a cifrar su vida. Velozmente, el recuerdo de aquella mujer lo envolvía suavemente, adormeciéndolo, embotando, anulándole la voluntad y con ella toda resistencia. Ya no quería luchar. Buscaba más bien la absoluta posesión de esa inquietud que hace de la vida un poema.

Ya andaba buscando Ibáñez la manera de que su amor revistiera las formas más altas; ya iba trazando el sendero para que asumiera allí sus actitudes más serenas; amor que debía cantar o pasar en su vida, apareciéndosele en ella como una noche de luna bajo un cenador de jazmines.

Advenedizo en pasiones de mujeres, no había pensado aún si tal amor hallaría eco en ella, en la muchacha cuya risa argentina vibrábale aún en los oídos.

Así que, cuando tal pensamiento apareció en su cerebro, se turbó grandemente. Se sintió como herido. La duda, la duda desconocida para él, que ahora se le clavaba como una flecha, lo anonadaba, lo hería.

La duda se le aparecía alzando su rostro de esfinge en el desierto de la vida. ¿Imaginaron los egipcios la eternidad y la formidable significación de su monstruo? Las garras clavadas en la piedra como asiéndose a la roca ideal del alma humana; el rostro pétreo plasmado en el azul in-

finito, esbozándase también en ese otro horizonte ideal del hombre. ¿El amor? ¿La muerte? Y sobre esos polos de la vida, la quimera que tiende su ala eterna, guardadora del misterio.

Y hé aquí, que en ese diluvio de ideas, de vacilaciones, de dudas, como una luz trémula arrebatada en un arremolinamiento de nubes donde se agita la tempestad, Armando Ibáñez, recostado en el diván de su cuarto, fumando sin tregua, con un libro en las manos que no pudo abrir, olvidóse del tiempo, y no vió, cómo sobre el jardín solariego, la sombra urdía lentamente su poema de estrellas.....

II

Armando Ibáñez decidió aislarse. No dejaba de comprender que su sentimiento iba a ser ludibrio de los amigos. No quería verlo profanado por los brutales rasgos de Alvarez, que le parecían groseros; ni iba a tolerar que Gerardo Rojas, enemigo declarado de todo lo que fuese quimera o ensueño, lo comentara en su áspera dialéctica; ni que Andrés Porras pusiese sobre él su desdeñosa indiferencia.

Entre ellos venía a ser Ibáñez un extraño, algo que no podría nunca igualarse con sus maneras de pensar y sentir; y acaso por este mismo contraste de caracteres siempre en pugna, se mantenía estrecha aquella amistad, como si cada uno se propusiera con el tiempo imponer en los otros las ideas propias.

Consecuencia de esto fué que al otro día, no fuera como de costumbre a buscarlos para empeñar la polémica diaria. Después de las cinco, dirigióse a las laderas de Catia para serenarse en la contemplación de la naturaleza, para pensar mejor, y encontrar en el alma del paisaje, una como vaga imagen de la propia alma.

Era la tarde. Tarde beata. Una suave luz dorada caía en los flancos de los cerros. Luz de lámpara votiva, no de sol. Los rebaños cubrían de lentitud las zanjas lejanas. A ratos cruzaban el aire voces remotas, ecos de pastoreo. Los vallados dejaban escapar una suave fragancia. El Avila, limpio de nieblas, alzaba su bloque erecto como una atalaya de piedra azul.

Armando Ibáñez, con los brazos a la espalda, de piés sobre una eminencia de tierra, contemplaba el paisaje armonioso y lleno de melancolía. Allá la campiña avileña ataviada de brumas; los caseríos con sus penachos ondulantes de humo, gloria de hogares; los caminos blancos; los árboles mansos y sumisos. El Este, donde mueren las serranías soberanas y se alzan otras humildes como vasallas plebeyas.....

Bien pronto, el pensamiento voluble, quizás por última vez de Ibáñez, olvidó la visión que lo llevaba por esos contornos, y se puso a meditar sobre la eterna serenidad de aquellos parajes, risueños como una égloga y al mismo tiempo llenos de majestad y de grandeza.

Ese silencio de allá—pensaba—sugiere evocaciones remotas. Un sello clásico, el de las nobles y viejas tierras, cubre estas otras con la pátina de una gloria ideal.

Aquel contorno, aquel monte viejo y sagrado parecen esperar una civilización. Tienen nostalgia de la leyenda. No son ellos para guardar entre sus árboles y sembrados casonas y establos. Su serenidad invoca el prestigio del mármol. El horizonte traza su arco heleno con la misma armonía del otro. Así deben ser las tardes áticas.

Un aleteo impalpable, como el que debe producir al pasar la nube en que vaga una diosa, roza el follaje.

No visiones de guerra. Si el alma quiere buscarlas debe encontrarlas asumiendo la actitud olímpica o la línea de estatua que tuvieron las epopeyas griegas. Hay sitios que sólo sirven de marco a un desnudo. Si se encuentra un trofeo debe hallarse cubierto de rosas. Desnudeces de diosas blanqueando por entre los huertos; amores paganos llenando de recuerdo las grutas y los senderos plenos con los ecos sonoros de las aguas. Tales las visiones que evocan estas tardes del Avila. La más plena belleza desata allá su acorde lírico.

El tirso de flores que empuña la poesía y la gracia de los cuerpos con que se regocijaron los céspedes de que hablan los poetas antiguos, se insinúan aquí y alegran los montes. Y por las curvas que huyen hacia Anauco, nieblas erantes fingen la clásica fuga de una ninfa perseguida por los faunos.

Estos sitios piden viñedos, dorados racimos de vid que ofrenden la sangre de sus ampollas a los vasos preciosos hechos de ónix. Los pomares que tienden sus doseles donde amarillea la fruta, en vano esperan desde siglos el banquete ceñido de guirnaldas, como aquellos, en que dia-

logaban los paganos sobre lo sublime. En vano busca la vista la blancura de una columna solitaria asida por la yedra, resto de un templo al amor; ni encuentra un zócalo donde se sentara un gran caído a contemplar la ciudad: el pueblo nuevo!

Por allá pasan sombras de indios, cohortes de tribus que evocan con sus desnudos gallardías olímpicas. ¿Qué poeta salvaje, rudo, bárbaro, estaría dando vida a los dioses de estos lugares, cuando lo sorprendió el hierro de la conquista? ¿Qué poema se ahogó en la sangre de las tribus, inconscientes de defender, junto con los lares nativos, la belleza invisible de un ideal naciente?.....

Por ahí pasan los plumajes de las cimeras, intensamente épicos, y se alzan los arcabuces armando el brazo que interrumpió la meditación creadora.

¿Acaso es por ello la tristeza de estas tardes? Pueden ser muy azules, pueden sugerir una fuerte emoción de vida, doradas de sol, saturadas de rosas; pero siempre esos campos están como sumidos en una añoranza eterna. Hay por allá una piedra sola. Quizás esté aguardando al poeta que ha de llorar la grandeza que no pudo ser.....

Y en este monte hay canteras de rosas, y muévense por sus costados los vaivenes purpúreos de las gladiolas, y zumban millares de abejas que tienen en sus viviendas mucha miel; flores para alegrar mil festines; néctar para mojar los labios de mil poetas; y están los flancos silenciosos, sin músicas ni cantares.....

Así pensaba Ibáñez aquella tarde. Cuando llegó aquí, el sol como una tea que alguien dejase caer sobre el dorso del monte, lanzaba su última llama. Rozando el azul tenuísimo, comenzaba a forjarse sobre el Avila una diadema de estrellas. El áureo cintillo hizo recordar a Ibáñez la otra estrella que surgía en su vida. Sonrió. Bajando de la eminencia de tierra se dispuso a regresar. Se acordó de la cita que tenía con Julio Alvarez para ir casa de los Federmann. La cabeza inclinada, las manos atrás, Armando Ibáñez no miraba la poesía del paisaje, sino la otra, la que estaba en su ser; el sol que brillaba dentro, calentando su alma fría por la ausencia de amores, y dispuesto a reflejarse sobre una mujer.

Caminando por los primeros suburbios urbanos, hasta donde subía el rumor de la ciudad que ostentaba ya sus luces suspendidas sobre las hileras de calles, alcanzó a ver en el extremo de un muro de concreto que circunda aquellas barrancos, dos muchachas muy ágiles. Sus cuerpos

parecían agitados por la risa. Eran rubias. Tuvo una sospecha. Si fuera ella—pensó.

Las muchachas venían en dirección opuesta. La silueta delgada de una se destacaba junto a la otra más pequeña y gorda. Armando la reconoció. Era ella. Allí estaba.

Se rieron al encontrarse. Marta presentó a su amiga.

—Elsa Méndez,—dijo señalándola.

Armando Ibáñez saludó. Elsa lo examinaba atentamente, con esa curiosidad que las mujeres ponen para observar y juzgar a un hombre. Ellas se disponían a regresar. Estaba anocheciendo.

Marta llevaba un sombrero negro que aprisionaba sus bucles rubios en las sienes.

—En verdad Marta, que no sé por qué pensaba en Ud. —dijo Armando.

—Sería porque se fué sin despedirse de mí la otra noche. Le cansó mi fiesta?—Replicó ella con un mohín adorable.

—Imposible, Marta. Ella tuvo para mí una sorpresa increíble.

—Cuál?—preguntaron a coro.

—Ahora no puedo decirles—contestó Ibáñez—más tarde lo sabrán.

Se callaron. Elsa miraba el paisaje. Marta, inquieta, ponía la vista en todo. Las risas que ambas ponían en la conversación alborozaba la tarde. Las campanas decían su poema místico y toda la tierra parecía estar de rodillas.

—Es la hora más triste para confidencias de amor—exclamó Marta, mientras erraba su mirada entristecida por la tarde en agonía.

Estas palabras hicieron estremecer a Armando. No las esperaba en aquellos labios.

—Por qué?—exclamó.—Crée Ud. Elsa?

—No creo. Ellas bastan para alegrar todas las horas—respondió Elsa alzando las manos para sujetarse el sombrero que le iba a arrebatar el viento.

Habían llegado a la ciudad. Las fábricas soltaban las muchedumbres obreras que invadían los barrios altos. Sobre el Avila se abrió la noche. Una sola torre seguía cantando su vieja canción de bronce.

—No van Uds. al teatro?—preguntó Armando.

—Sí, mañana.

—Yo también iré.....

—Mi palco está a la derecha—interrumpió Marta.

—Iré por Ud.

Ella posó su mirada azul, serena, tranquilamente en Armando. Después dijo:

—Por mí?

Armando no contestó. Se sentía inquieto. Comprenderá ella?—se preguntaba.—Por qué no? No se lo estaba diciendo?

Marta volvió a hablar, como inquiriendo:

—Ud. dice cosas muy vagas, Ibáñez.

—Como Raúl,—dijo Elsa.

—Cómo quién?.....

Las dos no pudieron menos que reírse del gesto de Ibáñez al preguntarles. Ambas lo miraban. Habían llegado a la villa Federmann sin que se dieran cuenta.

—Marta!.....—exclamó Ibáñez.

Ella tendió su mano para despedirse, diciendo:

—Ya sabe. No falte mañana al teatro.—Luego agregó rápidamente y con acento tierno:—Por qué se ha puesto así?

Elsa se había alejado. Marta continuaba en la verja apoyando su rostro en los hierros de la puerta. Se quedaron mirándose un instante. Al fin se despidió nuevamente, y abandonando su actitud, tomó la senda enarenada que conducía a la villa.

De pies, en la calle, Armando Ibáñez estaba como abstraído. Marta se volvió para sonreírle.

La torre daba las siete horas.

Una idea extraña se había apoderado de Armando. Una idea que se le aparecía tan de improviso como no tenía motivos en qué fundarla. Pero así eran su penetración, su intuición y también su manera de adelantarse a todo en sus presunciones.

Marta—pensaba—Marta es voluptuosa, es coqueta. Lo decían sus ojos, su risa, la inquietud sensual de su cuerpo. Sus palabras mismas estaban vibrando en él como denunciadoras terribles. La idealidad de su cuerpo era una máscara; era la túnica que ocultaba y vestía de blancuras el interior maligno.

Entonces surgió en él otra idea, una idea de que no puede ser capaz sino el que ama mucho. Porque es loca; porque es imposible: transformarla!

La turbación de Armando aumentaba, porque en su interior, mil voces gritaban cosas distintas, persiguiéndole, acosándolo, tratando de acallar la única que hasta entonces dominara.

Por qué no gozar de esa voluptuosidad?—gritaban dentro de él.—Por qué no haces como todos? Gózala! Eres joven! Llena tu juventud con alguna pasión de carne. Gózala! Será tuya así! Y como si aquellas voces emanaran de seres reales que lo acorralaran, Armando apresuró el paso como si huyera. Imbécil—le gritaban ahora.—No conoces la mujer!

Así llegó a la Plaza Bolívar como un perseguido. Al pasar por la estatua oyó que lo llamaban. Era Julio Alvarez.

Avanzaba éste lentamente, como agobiado por una de esas rachas sentimentales que lo poseían.

Alvarez inquirió la procedencia de Armando. Satisfecha su curiosidad y después que Ibáñez refiriera el encuentro de Marta, hubo un silencio. Alvarez con su único ojo abierto parecía expiar algo que estuviese frente a él, en la cuadra de la Catedral.

—Con que Marta..... eh!—Exclamación suya. Luego dijo:

—Hay días que enferman—y pasando rápidamente de un tema a otro, como solía hacerlo, prosiguió:—y qué te dijo Marta?

—Nada. Que iba al teatro mañana. Le ofrecí ir.

—Ahhhh!..... Alvarez enarcó la frente y se rió con sarcasmo.

—Demás está decirte—prosiguió Armando—que ya no vamos esta noche donde los Federmann.

Alvarez hizo un gesto de hastío.—Acompáñame a la cervecería—dijo.

A ella se encaminaron.

En una mesa, Julio Alvarez escuchaba atentamente a Ibáñez.

No concebía Alvarez que pudiera surgir una pasión tan violenta sin que hubiera detalles ni antecedentes que la avivaran. Para él tales sentimientos no eran sino exaltaciones de un espíritu enfermo y vehemente. Ibáñez no hacía en aquel momento más que continuar su manera exaltada con que vivía todas las cosas.

No todo era chacota en Alvarez. Tenía sus momentos de reflexión interior, cuando estaba dominado por uno de esos accesos de que hemos hablado. Entonces había que oírlo, porque era su charla de viejo avezado, en quien las pasiones y desengaños dejaron llagas por huellas en el alma. En ese estado, dejaba escapar lentamente las palabras en són de conseja, con esa melancolía que tiene la virtud de aplacar como gotas de agua vertidas sobre una llama encendida y voraz.

—No debe úno dejarse arrastrar por las pasiones.—Y apelando a su egoísmo, filosofaba con madurez:

—La vida debe gozarse. Nos han servido la copa y hay que apurarla; pero lentamente, saboreando el mosto. Es un festín en que todos tenemos parte. No debemos despreciarlo para no arrepentirnos mañana. Una mujer! Qué es eso? Una como todas. Una sonrisa, en cualquiera de ellas, será lo mismo; nos traerá siempre el mismo goce, nos dará la misma emoción.....

La voz de Alvarez tenía en aquel momento un dejo de tristeza. Estaban sentados janto a una puerta. Pasó una muchacha de rostro candoroso y sencillo. Esta vez el piropo de Alvarez no fué brutal; y, al verla, volviéndose lentamente, dijo al pasar la doncella:

—Hay mujeres que son como las flores, perfuman sin querer.....

Ibáñez aprovechó aquel momento para proseguir la constante polémica:

—Ves? Esa no te produjo lo mismo que las demás. Algo inmaterial viste en ella. Sugiere tal pureza, que tú mismo no has podido ocultarlo.

Y Alvarez contestó:

—Sí. Una rosa no es lo mismo que un lirio. Muy distinto es querer a las puras con sentimentalismo y amar a las voluptuosas con pureza. Estas piden lo que es de ellas. Y el hombre no debe negárselo nunca.

Acordándose de sus máximas, decía moviendo la cabeza:

—Una mujer perdona todo menos la timidez.

Ibáñez sintió de pronto un gran desaliento. Tenía necesidad de estar solo. Ya no le interesaba la filosofía de Alvarez. Sin oirlo, con la cabeza inclinada, recordaba en sus menores detalles la inesperada entrevista de la tarde. Momentos después se despedía. Alvarez continuó saboreando su quinto bock.

Cuando Armando iba por la calle, las voces íntimas gritaban con más fuerza que nunca, sin encontrar eco en aquel joven enfermo de amor.

Alvarez no había hecho sino repetirle lo que decían aquellas voces: «esas piden lo que es de ellas».

No—se decía—para esto esperé tánto?—Y sentía en su pecho algo inexplicable y duro como si fuera a rompérsele. Su ensueño, su pobre ensueño de amor!

Y toda aquella noche Armando oyó las palabras que eran tremenda realidad.

—No es posible—pensaba—ella debe ser tal como me la imaginé. ¿Por qué no es ideal como su cuerpo?.....

Así hablaba consigo mismo, inquieto, sin encontrar sosiego, caminando en torno de su habitación repleta de libros, y en cuya penumbra albeaba el mármol de una estatua. Se apoyó en la ventana de su cuarto que daba al jardín familiar, añoso y húmedo. Y contemplando la hora, Armando veía en aquella noche serena de luna, en que todo estaba en éxtasis, pero llena de estremecimientos en los nidos, de susurros leves, una imagen de Marta, en apariencia ideal y guardando en ella temblores y antojos recónditos.

Se apartó violentamente de la ventana. Prosiguió su paseo, se detuvo ante un estante, y cuando alzaba su mano para coger un libro, la dejó caer con desaliento. Ibáñez trató de hacer una renunciación. No sería ella. Ella tampoco.

Pero de su alma sedienta de ternura ya se había adueñado la mujer. Engañándose asimismo continuaba su monólogo:

Por qué imaginarla así? Todo no es más que sospechas. No tengo pruebas.

Mas todo era inútil. La voz de Alvarez como una encarnación real de las otras que le vibraban dentro, continuaba gritando en su oído el himno maldito de la carne.

Y algo le había contado Alvarez de aquella muchacha, toda llena de sonrisas y voluptuosidades como la noche lo estaba de amores escondidos.

Y esto al trascurrir apenas unas horas de conocerla! Armando encendiendo la lámpara de su mesa de trabajo sentóse ante ella para escribir.

III

Si Marta Federmann impresionara de ese modo a Armando Ibáñez, éste había producido una emoción no menos intensa en aquélla.

Lo había visto entrar a su casa la noche del baile, presentado por Julio Alvarez, y acercarse a ella para rendirle homenaje con las más exquisitas palabras. La faz pálida y correcta, el cuerpo delgado, el cabello onduloso partido por una línea recta en la cabeza armoniosa, casi perfecta; los ojos abriéndosele muy grandes y negros en el rostro; toda su expresión en fin la había seducido. Y luego, cuando Julio Alvarez pronunció su nombre, no dejó de admirarse, al reconocer en él al joven escritor que había adquirido ya renombre y gloria.

Después, en el valse, se sintió cautivada por el donaire y el espíritu de sus palabras y decires. Habían paseado juntos por los jardines en fiesta, y la amable insinuación de Armando ante el lago, donde la luz tejía trémulos arabescos de oro, de un viaje, le habían despertado deseos de ir siempre de bracero con aquel hombre.

Pero con esa inconstancia que la caracterizaba, al dejar a Ibáñez para ir a danzar con otro, olvidó aquello en medio del vértigo del baile. El baile era en ella una pasión. Se sentía como en un delirio. El placer le empapaba las sienes donde se pegaban sus rizos dorados. Sus ojos se agrandaban brillantes como horizontes incendiados de luz, y toda la euritmia de su cuerpo atormentado por el ritmo de la armonía cobraba idealidad de alas.....

Después no había visto más a Armando; sin embargo, a la mañana siguiente, la figura de aquél fué la primera en acudir a su recuerdo. Sintió algo nuevo.

Hasta entonces no había hecho más que jugar con el amor en la delicia de los flirteos. Había desesperado a muchos. Su corazón libre, incoercible, no quería estar sujeto a los mandatos de una pasión. Alegre por naturaleza, iba por la vida como bogando sobre un lago, y su barca sólo era rozada por las flores errantes de las aguas, que la escoltaban como un cortejo de gracias.

Inconsciente de su coquetería, no pensaba que hacía daño con ella, porque no conociendo el amor, se imaginaba que nadie era capaz de sentirlo. No sospechaba ella sus

tormentos. Ligera, su alma como su cuerpo, pasaba de una impresión a otra, sin que ninguna le dejara la más pequeña huella de emoción. Era como esas rosas blancas y abiertas, sobre las cuales pasan las noches sin dejar en sus alburas el más leve vestigio de sombra. Por eso le causó extrañeza, que tal recuerdo se fijara con precisión y empeño en su cabeza loca.

Después, comentando la fiesta con Elsa Méndez, su íntima amiga, le había hablado de él; le había ponderado su guapeza y su talento; le había contado el paseo por las orillas del lago que los fuegos de artificio teñían de colores, y a cuyo bordes, Armando, con cierta vivacidad hablaba del amor. Había sentido como un desmayo al pasar con él bajo las frondas oscuras, cuando los nidos estaban callados, sorprendidos con los rumores de la fiesta. Y decía a Elsa, cómo había tenido un disgusto, porque hablando con las Rivas, no había podido despedirse de Armando.

Y al regreso del paseo vespertino donde tan inesperadamente lo encontrara, aquella emoción se crecía en ella. Hasta le decía a Elsa de la preocupación que notara en él; lo había visto como abstraído, y le contaba la mirada profunda, inconfundible, con que la había bañado Armando al decirle: «Iré por Ud!»

Y todos aquellos pensamientos, todas aquellas conjeturas se condensaron al fin en una pregunta clara, firme y precisa que le hizo a Elsa:

—¿Me amará? .....

Recordaba con alegría el ofrecimiento de Armando de ir por ella al teatro. Y a él había ido con un secreto entusiasmo.

Así es, cómo aquella noche, en el palco, junto a sus padres, Marta esperaba con inquietud a Armando Ibáñez; inquietud que aumentó cuando la música comenzó el preludio de Aída.

—¿Si no viene?—pensó.—Ya se alzaba el telón y las notas sublimes de la partitura resonaban bajo los arcos del Municipal.

Sólo pudo sonreírse, cuando vió, en una butaca de orquesta, a Armando Ibáñez que enfocaba su binóculo hacia los palcos de la derecha. De lejos se saludaron. Armando hubo de esperar que terminara el primer acto para acercarse a ella.

Armando no apartaba la vista de Marta. No puede —pensaba—no puede ser ella la coqueta, sino la mujer

que ha forjado mi imaginación extraviada de amor. Ella es la presentida, ella es con la cual he soñado siempre.

La blancura de Marta resaltaba por el pequeño escote que desnudaba su garganta; en sus hombros caía una inmensa piel negra, que al rozarle el cuello, lo hacía semejante al de un cisne que un dios maligno tocara con un plumón negro. El azul de su vestido le prestaba, le comunicaba la idealidad del color; sus ojos, grandes y bellos, de puro inquietos, apenas se posaban en la escena, y toda la fragilidad de su cuerpo, todo el encanto sencillo que sugería ella, llevaba hasta el palco todas las miradas. Marta así, era un lirio abierto sobre el agua clara y celeste de un lago.

Armando sintió un gran disgusto cuando la vió objeto de tal admiración. Por el círculo galante que describen los palcos, todos los lentes de teatro, de oro pulido o nácar labrado estaban fijos en ella. Armando la deseó fea en aquel momento.

« Celeste Aída » canta Radamés enamorado. La música llameante de pasión pone un temblor sobre las almas. Aída clama en su esclavitud doliente con toda la tristeza oriental, y el dolor la retuerce en espasmos sublimes, bajo el cielo egipcio. Y la orquesta es el eco, la vida, el dolor hecho armonía; las notas sollozan trémulas encarnando aquella congoja suprema, y por la escena pasa la nostalgia de la patria, el recuerdo de la patria lejana, que invoca la etíope hija de la noche.

Nunca Marta sintiera mejor la música. Ahora tenía algo de su alma; en los acordes vivía su inquietud; y las quejas dolientes, nostálgicas, traducían las suyas que pugnaban por callarse.

El sacerdote alza la espada en el santuario para consagrarla. El último acorde se ahogó en un vasto aplauso.

No esperaba más Armando para dirigirse al palco de Marta. Al atravesar la sala deslumbrate de colores vió entre un grupo a Julio Alvarez. Ibáñez se apresuró a evadirlo. Un momento después penetraba en el palco. Armando saludó. Marta tuvo para él la más azul de sus miradas.

En aquel momento el viejo Federmann salió a fumar. La señora Federmann—doña Rosa—miraba atentamente a Armando.

—Creí ya que Ud. no venía—dijo Marta.

—Porque Ud. ignora.....

Doña Rosa intervino para enseñarle a Marta el tocado extraño, lucido por una amiga que se hallaba en patio.

Hablaron de la música, de los artistas, de la pasión fingida. Ibáñez preguntó:

—Crée Ud. que se puede fingir?

—Nunca—respondió ella con calor.

En el palco penetró otro personaje. Saludó con familiaridad. Armando no pudo disimular su disgusto. Marta se rió para presentarlos.

—Silva.

—Ibáñez.

Ambos se inclinaron.

Era pequeño y lampiño. Se reía con sorna. Era un joven comerciante de La Guaira que exportaba granos. Hablaba con gracia y soltura. No había en él ningún indicio que delatara su profesión; como sucede en los más, que siempre proceden como si estuvieran ante las columnas de un balance.

Recordó antiguos conocidos, bromeando con Marta al referirse a los paseos de la playa, allá en Macuto, en las tardes del mar, bajo los crepúsculos de sangre o inmensamente azules. Eran crónicas llenas de anécdotas; la burla que sufriera un enamorado o el idilio peripatético de otros.

Decididamente, Silva tenía todas las trazas de un bribón. Usaba el peinado echado hacia atrás; sus ojos negros, brillantes, y la nariz casi aguda, comunicaban a su rostro un perfil de milano. Todo en él denotaba una gran viveza.

Cruzó con Ibáñez algunos conceptos pueriles. No encontraban ambos que hablar. Al fin, Silva, adivinando algo localizó su conversación con la señora Federmann, la cual, sin quitar aún la vista de Armando, parecía muy aburrida. Ibáñez creyó ver en el rostro bondadoso de la dama una expresión hostil.

Don Guillermo regresó. Dió a Silva un golpe en la espalda para saludarlo. Su mano ancha y gruesa de trabajador apenas cabía en el guante. Se repantigó con satisfacción.

El segundo acto comenzaba. En la sala hubo un revuelo apresurado de gasas y flores. Cintilaron las diademas, y los pechos de las mujeres cabrillearon de luz. El murmullo armonioso fué subiendo hasta culminar en la más plena forma de belleza.

La escena relampagueante de celos de Amneris y Aída hizo que Marta se volviera hacia Armando como para interrogarlo. Este estaba fijo en ella. La armonía es colérica como el pecho de la egipcia, y dolorosa, humillada, como el corazón de la etíope. La tempestad se desmaya en ella y se acrece el dolor como la sombra de los obeliscos sagrados.....

Las fanfarrias triunfales anuncian el retorno de Radamés. Faraón desciende del trono y lo hace príncipe para desposarlo con su hija. Los cobres y las trompetas irrumpen sonoras y épicas anunciando la victoria. Estremecen los sones marciales. Pasan las muchedumbres esclavas que llevan el botín y los despojos de su propio suelo; relinchan los corceles, y junto al trono, a la sombra de los abanicos de pluma, parece que vive la meditación solemne de los chacales.

Los violines modulan los susurros de la noche y el sollozo de Aída. La egipcia se yergue abominable en su triunfo, y vive en la orquesta el alma de las soledades africanas sembradas de sepulcros y ahitas de leyendas.

Y Armando dijo:

—Marta, si aquella noche del baile no tuviera la suprema poesía de un recuerdo; si ella por sí sola no hablara a mi alma, dejándole su más clara estrella; yo tuviera aún otra palabra, o mejor, una confesión, para que fuera ésta la que dejara en nosotros una de esas vibraciones, algo de esta magia divina que aquí ata y une .....

La música en su quejumbre dice ahora toda la ternura de los amores. La noche egipcia alarga su poema clarísimo; las pirámides se alzan al conjuro de la armonía; y todo un murmullo de palmeras meciendo su ritmo al compás, sacuden sus racimos de dátiles hinchados de miel sobre la arena ardorosa de los desiertos.

Y Marta respondió:

—Habla Ud. como poseído de esta música, Ibáñez; en cuanto a mí, si es verdad que la siento toda, yo no sé a qué se refiere. Dice Ud. de una confesión? Dígamela Armando—era la primera vez que le decía así—dígame ese secreto que Ud. dice puede prolongar este encanto de música.

Una melancolía inaudita se desprende de la orquesta. Toda la noche, la noche toda, parece deshojar su poema de estrellas y ser ese deshoje de plata la sutil melodía que tiembla en los trémolos.

—No fuera preciso decírselo, Marta,—contestó Ibáñez inclinándose—Ud. lo sabe, Ud. lo comprende, más aún, Ud. lo siente. Cuando Ud. dudó de mi venida era porque, algo de aquella noche, algo de esta música, se había quedado en su alma.

Los aplausos interrumpieron el coloquio. Había terminado el segundo acto. Silva dió su opinión sobre los artistas dando a conocer sus ideas de arte. La señora Federmann insinuó la idea de salir. Marta se opuso, alegando que sentía un desvanecimiento. Don Guillermo hablaba con Ibáñez de sus recuerdos de la Opera, cuando mozo, allá en París, estudiaba metalurgia. Don Guillermo se levantó para complacer a su mujer. Ambos salieron, dejando a Marta con Ibáñez y Silva.

A poco, doña Rosa y su marido regresaron. Silva se despidió al comenzar el tercer acto.

—¿Se va Ud?—interrogó Marta.

—Sí. Voy a saludar a las Linares.

Se rieron mucho. La sonrisa de los que se conocen desde mucho tiempo y evocan gratos recuerdos.

En el palco de enfrente, una gran señora deslumbrante de joyas, sonreía picarescamente ante las insinuaciones de un amante que se inclinaba sobre ella.

La armonía exalta los ánimos. La egipcia se yergue abominable en su triunfo y cruza el Nilo hacia el Templo, en una barca donde va el gran Sacerdote. El rumor del agua y el canto de los grillos se hacen música. Ahora toda la nostalgia de las noches de Menfis cobra vida en la levedad de las cuerdas. Y a esta música, Armando demandó con pasión:

—¿Nos separaremos, Marta, una vez más como las otras?

—¿Por qué dice así, Ibáñez?—contestó ella, mientras entornaba sus pupilas con languidez.

Aída estremece con los acentos desgarradores de su cuita ante la humillación de su padre. Radamés vacila entre su gloria y su amor; el rey etíope deja el dolor de su corona rota al pié de las pirámides; Aída clama y tiende con ternura sus brazos en la más alta expresión de súplica.

Y a una de esas palabras de amor Armando no pudo callar. Casi al oído de Marta, exclamó:

—¿Oyes esas palabras? Tú.... Ellas también son mías.... ¿Lo comprendes ahora?

Marta se había quedado pensativa. Su antigua coquetería pugnaba por mostrarse una vez más. Se rió. Pero su risa fué nerviosa. Volvióse a poner seria, y no pudiendo tampoco acallar su alma, con precipitación y rapidez murmuró casi, tan ligeras fueron sus palabras y toda turbada, dijo:

—Sí. Te quiero.....

Cuando un vasto golpe de orquesta hizo música la traición de Radamés. El sacerdote deja oír sus palabras tremendas.....

En el intermedio que siguió no pudieron hablar más. Marta mordía nerviosamente el encaje de su pañuelo. Don Guillermo había reanudado el hilo de sus viejos recuerdos.

Doña Rosa interrumpía a cada rato el relato de don Guillermo, para intercalar su comentario indiscreto sobre alguna escena que se desarrollaba en la penumbra de un palco, o sobre la vejez de una amiga o sobre la poca elegancia de otra.

Al fin comenzó el cuarto acto. La música grave y litúrgica modula los coros de los antiguos cultos. Isis escucha la plegaria. Amneris acude en vano a ella para salvar a Radamés.

Aída agoniza en brazos del héroe. En la noche no hay estrellas. La tumba se estremece con aquellos gritos de vida, con aquellos ayes tremendos, con aquel poema de amor y de muerte.

El epitalamio fúnebre cobra aliento en los acordes divinos. El cuerpo de la etíope se desmaya al fin, mientras Amneris arrodillada llora la muerte de su amor; y la música se desgarró en un lamento.

La señora Federmann se levantó apresuradamente. Marta más suave y doliente, reflejando en sus ojos toda la melancolía azul del mar, como si tuviera nostalgia de cosas remotas, tan débil como un tallo, se despidió de Armando.

—Mañana vamos al paseo de costumbre—le dijo al tenderle su mano.

—Mañana—repitió Armando—.

Ibáñez salió radiante. Pasó por entre las olas gentiles de mujeres que bajaban las escaleras y apenas se detuvo para coger su abrigo en el vestíbulo.

En la puerta, Julio Alvarez estaba como en acecho, a caza de hembras. Armando lo cogió por un brazo. Alvarez se volvió sorprendido.

—Ibáñez—dijo—quedémonos aquí.

—No. Sigamos.

Los motores de los automóviles ponían en la calle el rumor de un bombardeo. Los dos amigos echaron a andar.

IV

Entraba la luz por los cristales colgados de cortinillas blancas, acariciando el cuerpo que se arrebujaba en las gruesas mantas del lecho. Ella, pintora maravillosa, iba descubriendo las líneas abandonadas que formaban la escultura en relieve de una mujer sobre las almohadas guarnecidas de encaje.

Besaba los cabellos, que después de anudarse en la garganta, corrían blondos, difundiendo por las sábanas inmaculadas un centelleo de oro; y, rasgando sobre las paredes tapizadas de muselina azul, hacía surgir un florecimiento de manojos minúsculos que abultaban las telas con sus bordados pétalos.

Y así, como la luz iba descubriendo los detalles de la alcoba, comenzaban a despertarse en la cabecita turbada por el sueño, imágenes y recuerdos.

Tuvo un desperezo. Hundió la frente en la blandura de las almohadas y quedamente resonó en sus orejas, donde se enhebraba un rizo, la música de *Aída;* y al mismo tiempo la figura de Armando Ibáñez, inclinado sobre ella, musitando palabras con un acento desconocido, apareció a su lado, en el palco.

Recordó su inquietud momentos antes de llegar Armando; la inconsciente coquetería que estuvo a punto de obligarla a negar aquella inquietud, y por último, la palabra suprema, que involuntaria, atolondradamente pronunciara. Aquel «sí, te quiero», que balbuceó toda turbada, escapándosele como la primera armonía que arranca un neófito a las cuerdas de un instrumento, la hostigaba, le producía una mezcla de placer y molestia semejante a la que produce un cosquilleo.

No ha debido ser así—pensaba.—Por otra parte, mejor debí hacerle sufrir para arrancar a su alma las más hondas vibraciones. ¡Qué cara debía ser una lágrima de Armando! Ahora no. ¡Qué noche habría pasado! Y luego perdióse

en mil conjeturas que atropellaban su imaginación, incapaz de resistirlas, porque era tan débil como su cuerpo.

—Lo amaré realmente?—se preguntaba.

Después su rostro se iluminó con una sonrisa al encontrar una idea salvadora. Todavía hay tiempo—dijo.—Lo sorprenderé mejor. Le será más duro. Cuando él esté saboreando el triunfo, lo anonado.

Aunque lo quiera hay que hacerlo sufrir—continuaba,—y si no, será uno de tantos.

Comparaba a Armando con algunos de su corte. Empezó por el físico. Ciertamente que otros lo eran mejor; pero Armando, a más de guapo tenía algo que lo hacía superior a los demás: la selección de espíritu. Ella se encontraba ante esta novedad como sorprendida. En verdad, que ninguno habíale dado a saborear una sola gota de esa miel que destila lentamente en forma de palabras por muy raros labios.

Y todas estas apreciaciones aparecían confusas en su mente frívola, no acostumbrada sino a percibir lo material de las sensaciones; lo que hablaba a su carne. Por eso, lo sensual; lo que acaricia con temblores secretos el cuerpo; la idea que halaga el sentido, era lo único que sabía del amor.

No comprendía, o más bien, su frivolidad no la dejaba comprender ese otro amor de poesía y sentimiento que eleva a paraísos de ensueño, en dulces y confiados abandonos.

No era ella realmente asequible a tales refinamientos. Si ahora los aceptaba era por la novedad que tenían para ella; por tener en su colección de amores aquel que tan distintamente hablaba. Si ella hubiera analizado con sutileza el nuevo amorío, habría llegado a la conclusión de que sólo le agradaba el rostro de Armando, de que en manera alguna la seducía esa forma del amor.

Poco después, acordóse de la cita tan repentinamente ofrecida. Tomó el propósito de no ir. Así tomaba en cierto modo el desquite de su precipitada entrega.

Experimentaba una voluptuosidad adormecedora, en imaginarse a Armando, esperándola, con esa angustia de los enamorados que aguardan, poniendo en el último momento de la hora fijada, la última esperanza.

Se dejó acariciar una vez más por la tibieza del lecho; tomó las posiciones más muelles, curvando su cuerpo en posturas voluptuosas, como se vé el de una cortesana en las clásicas pinturas que ilustran antiguas historias; y al fin, sacudiendo su pereza, hizo un esfuerzo para incorporarse.

Alzó los brazos; y este movimiento desnudó las pálidas morbideces de su cuerpo, sorprendiendo a la claridad con aquella súbita aparición de palomas ansiosas de volar. Porque como éstas eran sus pezones erectos y apenas túrgidos.

Se puso de piés, y sus muslos blancos evocaron las dulces leyendas bíblicas, cuando una mujer arrancaba a los labios del rey sabio y galante, con cada una de sus gracias, los versos que la ciñeron con el collar de los cantares.

Calzó sus piés menudos con unas chinelas rojas, y dirigióse al lavabo para empezar su tocado. Ya frente al espejo, cuando se anudaba el cabello con la sencillez innata de sus maneras, cambió de idea. Mejor era ir. Lo apreciaría mejor. Tendría que verlo ya de novio, tan enamorado como estaba. De todos modos, a su vez, encontraría ocasión de hacerlo esclavo o cambiarlo por otro.

Se sonrió al contemplar en el espejo la gracia y la blancura de su cuerpo. Deleitóse un rato con sus encantos. Bien sabía que aquella fragilidad, aquellas líneas purísimas eran las que habían cautivado a Armando.

Después de emplear mil instrumentos caprichosos y necesarios en complicadísimas operaciones de pulituras y abluciones, se envolvió en un kimono de seda rameado, y abriendo la ventana, respiró con ansia el aire mañanero.

Abajo, en el jardín, un surtidor alzaba su chorro, roto al tropezar con un dosel de rosas, que ávidas de agua, tendían sus ramas a la fuente. La lluvia menuda, al bañarse de sol, volvía a la concha hecha iris minúsculo, y el iris se fugaba, cuando el agua, confundiéndose con la otra, descansaba de su ascensión en el fondo de la taza tapizada de nelumbios.

Gritó a la criada, que inclinada por los macizos hacía un manojo, para pedir su chocolate. Quería tomarlo allí, a la vista del jardín, predilecto lugar suyo. Después del baile, las flores eran su otra pasión. No concebía una casa sin jardinillo. Y de ser dada a comparaciones poéticas, habría dicho, que éstas son como un cuerpo sin alma.

Momentos después le llevaron el desayuno. Cuando saboreaba golosamente las confituras, entró Elsa Méndez, apresurada, alegre. Las risas de las dos muchachas se confundieron en un sólo gorgeo armonioso al sonar en la alcoba colgada de azul.

Desde hacía mucho tiempo eran amigas íntimas. Ambas rubias, parecían hermanas. Pero Elsa no tenía como Marta el espíritu voluble ni el cuerpo delgado; mas sí la

gracia blanca, hechicera, que hacía sus cuerpos hermanos del cordero. Elsa sugería encanto amable, puro. Su cuerpo gordezuelo y pequeño tenía esa terneza adorable de algunas mujeres, que atrae y cautiva tanto como la perfección física.

Cómplices ambas de sus travesuras de amor, guardaban entre ellas los muchos nombres, las muchas burlas que Marta se permitía. Y Elsa, alegre por naturaleza, gozaba con aquellas jugarretas de su amiga coqueta y frívola. Mas nunca tuvo ella historias iguales. Su frente estaba sellada de seriedad. Bajo aquel alabastro florecía un ensueño oloroso a mirtos. Era casta. Era buena. Y su castidad alegre como la niebla dorada por el sol.

Elsa rodó junto a Marta un silloncito.

—Sabes?—dijo ésta—Armando es mi novio.

—Cómo? Cuándo fué?—inquirió Elsa con ansiedad.

Nuevas risas poblaron la alcoba, mientras Marta hacía un guiño picaresco y azul.

Y comenzó la confidencia eterna y llena de comentarios. La emoción pasada; las dudas que acababan de surgir nuevamente de su incurable vanidad, y el paseo de la tarde. La cita ofrecida, a la cual, Elsa debía acompañarla como de costumbre; los nuevos propósitos que le iban a proporcionar su mejor triunfo de mujer y el placer con que anticipadamente saboreaba la voluptuosidad del abandono.

Y a cada momento, risas, muchas risas, llenaban de sonidos argentinos la alcoba, sonoro remedo de los que llegaban de la fronda vecina.

Un rayo de sol besaba amorosamente sus cabezas, como si al bajar del azul remoto, buscara con ansia los ojos que tan fielmente lo copiaban.

Así estuvieron mucho tiempo. En vano Elsa trató de leer según acostumbraba, una novela de Felipe Trigo que habían empezado hacía muchos días, a escondidas, en aquella alcoba, que era un lugar donde se tramaban continuamente complots e intrigas sutiles y sabias; intrigas que debían concluir siempre con un resonante y festivo epílogo. Mas, la novela seguía entreabierta en las manos de Elsa, que pensativa, oía la charla incesante de Marta, mientras su imaginación cavilaba sobre la personalidad de Armando Ibáñez.

Cuando Elsa y Marta así conversaban, Armando Ibáñez, en su mesa de trabajo de *El Diario* a cuya re-

dacción pertenecía, contemplando las cuartillas que a despecho de todo esfuerzo permanecían vírgenes, mordiendo nerviosamente un cigarro, se perdía en un mundo de contradicciones y ensueños.

De su mente no se borraba la silueta rubia de aquella muchacha que tan imprevistamente se encontrara, enamorándolo.

Aquel amor había cobrado mucho aliento, perturbando su vida que hasta ese momento transcurrió serena sin las brutales agitaciones de una pasión.

En aquel hombre tan sensible, vibraban los sentimientos con ecos desconocidos y profundos. Y el amor que se forjara, llegaba a él de una manera imprevista. Era violento. Venía como un desquite de la juventud aquella, entreabriéndose como una extraña flor blanca que estuviera manchada de sangre. Lo obcecaba. Pasaba del ensueño plácido a una inquietud torturante. La duda traía sus desesperaciones. El amor su júbilo y sus tristezas.

Para él, ducho en análisis espirituales, no tenía ninguna significación la palabra suprema escuchada en el teatro. Una experiencia instintiva de estas cuestiones era su caudal. Así es, que pasados los primeros instantes radiosos seguidos a la escena del palco, volvió a caer, a perderse en aquel laberinto de conjeturas terribles.

En vano trató de oponer su voluntad, de dominar un sentimiento insensato. En vano quiso adoptar las teorías de Julio Alvarez y llenar con ellas las celdas del alma donde había ido guardando toda la miel de su juventud. No. Ella triunfaba. Ella se imponía imperiosa y única. Tuvo instantes de abandono. Al fin capituló. Aceptó todas las condiciones impuestas por el sentimiento, fueran como fueran; no importaba. Voluptuosa, coqueta, frívola, así la quería, así la adoraba.

Sufría de verla tan alegre, tan feliz. Amor no podía llegar sin que la tristeza sentara sus reales en el alma. Aquella su risa constante no delataba precisamente la inquietud de las almas enamoradas.

Cavilaba después sobre la complicada psicología de Marta. Acaso fuera así por naturaleza; mientras allá dentro, en el fondo casi inexplorado, tendría aposentos donde guardar románticos secretos, tesoros sentimentales de candidez y amor. ¿No lo decía su actitud doliente; la expresióu de sus ojos, cuando acongojada por el dolor de Aída parecía vivir la misma tortura; y la emoción,

con que sus labios, herida bendita, dejaron escapar, en vez de sangre, ternura de palabras?

Después volvió sobre sus pasos; a la primera idea que se le ocurrió la tarde del encuentro. ¿Por qué no transformarla, plegarla, domarla, por él y para él?

Si ella lo amaba, por alegre y frívola que fuese, al fin habría de transformarse y vivir en la plenitud dulce y nostálgica de los amores.

Fatigado ya, se dió a pensar puramente en ella, en sus gracias, en sus encantos. En verdad que la adoraba. Era la novia soñada. Sólo que le faltaba el alma. Y una comparación cruel surgía en su mente. No sabía por qué se la imaginaba semejante a un pomo maravilloso hecho para guardar esencia de nardos y que sólo contuviera un perfume pobre y sin valor.

Luego, la esperanza encendió su lámpara de luz tibia y buena. Y entonces pensó en la tarde, en el paseo a que ella lo había invitado, donde estarían juntos; donde podría verla y bañarse en el azul de sus ojos. Así estuvo toda esa mañana, pugnando en vano por llevar a las cuartillas una idea, a esas cuartillas que en ciertos momentos son ante el escritor como vírgenes desnudas que defienden bravíamente la doncellez de sus cuerpos.

Sentados en un montículo de piedra, alzado a la vera de una hondonada toda llena de florecitas humildes, que blanqueaban por entre las yerbas, se habían cogido las manos, silenciosamente.

La tibieza del crepúsculo caía sobre ellos, sobre los campos, sobre la ciudad, que lejos y como yaciendo abajo, alzaba sus torres doradas por el postrer dardeo del sol. Tejados y cúpulas, descalabrados caseríos, arbolados de parques, describían sus tejados y curvas de piedra y sus encajes joyantes por entre calles angostas, en los claros abiertos en la aglomeración de casas, en los cerros urbanos y en las campiñas silenciosas, envueltas en su perenne neblina azul; cendal tenuísimo urdido sobre los huertos y bosquecillos dispersos.

El alarde suntuario de la ciudad aparecía solemne ante ellos. Bajo el follaje de los parques se adivinaban los bronces y los mármoles de las estatuas con sus gestos diuturnos; y atrios y cúpulas puntiagudas, redondas, cuadradas; bosques de capiteles corintios y dombos damasquinados noblemente de oro, evocaban bajo el crepúsculo las tardes heroicas y pontificales de la vieja Roma.

Se adivinaban desde las alturas los relinchos marmóreos de los caballos alzados sobre los granitos entre el júbilo de los jardines arrullados por las fontanas murmurantes; y, más lejos, plasmadas en los contornos violetas, las colinas que amurallan la ciudad heroica y galante.

Veíanse los muros de los palacios y las villas; y jardines y más jardines como en una visión pompeyana, plenos ellos de pabellones y camarines dorados, que adornan frescos divinos y mosaicos preciosos del más puro arte.

Solitaria y magnífica se contempla desde aquellos sitios la ciudad donde se abrió el sueño boliviano; la ciudad que sueña entre el vértigo nuevo con el ideal de gloria que alienta sobre ella sus alas extendidas de águila. Caracas en fin, voluptuosa y bella, mujer de sonrisas de flor que tiene la piel fragante como el durazno y a la puerta de su casa el corcel enjaezado, piafador, sobre el cual está dispuesta a cabalgar con la misma apostura y fiereza de una amazona troyana.

Y ante aquella ciudad discurría la gracia blanca y candorosa del idilio, abriendo la pequeñez de su anhelo sencillo y erótico, lleno de poesía y alma, frente al otro heroico y legendario.

Elsa los había dejado solos, entretenida en mirar, cómo en el techo de un cobertizo, mil palomas abrían la castidad de sus alas, poniendo con el vuelo un festón blanco y errante en la tarde impecablemente azul.

Estaban embriagados de amor. Marta curvaba sus labios sensuales y apenas rojos; su boca se llenaba de gracia con las frases tiernas; de ella fluía la caricia de las palabras leves, y su pecho se hinchaba agitado por la inquietud toda vehemente, toda divina. Y Armando aspiraba el perfume de esas palabras y el olor acre como de mandrágora que emanaba del cuerpo de la virgen.

Frente a ellos, la cumbre diademada de bosques inclinábase adormecida, serena, dejando escapar de su entraña los aromas que ungen a los campos vecinos, sagrados y bellos como los piés de un dios, olorosos como las cámaras nupciales y como si estuviera volcada sobre sus parajes un ánfora guardadora de la más preciosa esencia de nardos.

Se inclinaban ambos sobre la hondonada para espiar el paisaje. Ella tenía el sombrero en las rodillas; sus rizos sacudidos por el viento rozaban la frente de Ar-

mando. Casi se tocaban las cabezas amantes. Callados, sólo hablaban sus manos, unidas, trémulas.

Disputaban sobre una rosa que ella llevaba en el talle. Al fin se la dió cuando el primer heraldo de la sombra cintiló sobre las cumbres.

Elsa vino a despertarlos. Las palomas ya no alborozaban con sus alas la tarde inefable y azul.

—Vámonos, ya es tarde—dijo Elsa, interrumpiendo el diálogo.

Marta se levantó apresurada. Al sacudirse la falda, viendo a Armando con desmayo, toda su gracia blanca agitóse en la noche reciénnacida.

Caminaban silenciosos. Marta iba pensando en su nueva claudicación. Se veía desarmada. ¿Por qué no hallaba la manera de herir a Armando? Y más allá, a pesar de tales reflexiones, cuando se despidieron, volvióse tiernamente.

Así estuvieron muchas tardes. Amándose en la soledad de aquellos paisajes. Todas las piedras y todas las lejanías conocieron el idilio; todas las flores de aquellos sitios amaron las manos de Marta; sus risas fueron familiares a los pájaros; su tacón blanco holló todas aquellas sendas; los naranjos y las acacias reales, de ésas que se visten de púrpura por Mayo la cobijaron; aquellas frondas recogieron sus palabras de amor y sus ojos copiaron muchas veces el azul de aquellos horizontes.

Muchas veces corrían por los setos. Ella tenía un placer infantil en arrancarles sus guirnaldas a las coralinas y sus largos tallos de hojas, para ataviarse como una primavera. Y así corría, perseguida por Elsa y Armando.

Era su sorpresa. Siempre vestida de blanco, arrojaba su sombrero negro sembrado de margaritas sobre el monte, y después se escondía para aparecer distinta sobre una loma.

Corriendo, semejaba una ninfa perseguida. Sus atavíos de hojas sostenidos en las manos que alzaba como en un deseo de volar, y sus risas, sus mejillas rojas por la carrera, llenaban de júbilo aquellas soledades. En ocasiones, su carrera llegaba hasta las colinas que bordean un viejo cementerio, y, por sobre los pinares melancólicos cercados de rotos muros, sobre la blancura de sus losas y bóvedas quebradas, de cruces ennegrecidas, pasaba aquella fugitiva ilusión de poesía y de amor.

Una vez se le cayó un pañuelo bordado de azul como la tarde, húmedo aún por sus labios. Armando que iba detrás lo apresó. Ella no quería; pero como Elsa iba a detenerla continuó su carrera, dejándoselo.

Otra tarde—miles nubes nevaban el azul—descubrió una amapola toda fragante. Cuando gritó para que corrieran tras ella, se había hecho una corona para aprisionar su frente y llevaba en las manos una vara, a cuya punta estaba atada una gran maceta.

Así, de lejos, era la fantasía de una musa de la selva alemana, con su diadema fragante, su cortejo de nubes, llenando el paisaje tropical luminoso y claro con una evocación ideal, remota, de brumas y diosas rubias, de lagos donde albean teorías de cisnes oyendo deshojar sonatas de seda, blancas como sus alas. Era como la musa del mediodía empuñando su tirso a cuyo conjuro debían brotar paraísos de flores, cintas de aguas aturdiendo de sones líricos los montes jubilosos.

Entonces eran las primeras tardes de mayo engastadas en oro. Tardes de letanías; tardes llenas de evocación; tardes místicas; tardes que hacen revivir la infancia lejana adornada con una cruz; tardes húmedas en que los campos están mojados y casi negros de puro verdes; tardes de coros galantes en los templos; tardes llenas de campanas y de lirios; tardes viejas; tardes tristes.....

Un día, de regreso—la tarde más bella que nunca extendía sus velámenes, violetas como las casullas de adviento—Marta recordó sus antiguos donaires. Hasta entonces, ya fuese porque encontrara nuevo y muy galante aquel idilio, ya por indiferencia, o bien porque andaba buscando lo mejor de su talento para sorprender y herir con impecable maestría, no había querido interrumpir el dulce abandono de amor.

Pero aquel era el momento soñado desde la mañana que siguió a la escena del teatro. Ella se sintió perversa. Comenzó a reírse. Era una risa incontenible llena de sarcasmo; eran sus risas de antes, las risas olvidadas.

Ah! Cómo le gustaba el baile; cómo iba a gozar con los lindos lechuguinos en el recibo a que estaba invitada; cómo iba a danzar locamente para olvidarse del mundo, embriagándose en un supremo delirio cuando bailara—decía volviendo a reírse. Elsa intervino tratando de acallarla. Fué en vano. El rostro descompuesto por la risa perdió su encanto.

Se rió de tal manera, que una vieja toda encorvada por la edad y la viviente miseria de sus años, que llevaba a su covacha los despojos de las mesas, creyendo ser ella el motivo de tales risas, se volvió para amenazarla con gesto airado. La faz de la vieja, horrible y surcada de arrugas se

contrajo iracunda. Sus ojillos apagados se iluminaron con nueva vida y sus labios marchitos, trémulos de cólera, se abrieron para proferir una maldición.

Armando cubrió a Marta como para defenderla. Ella y Elsa apresuraron el paso. En lo alto de la esquina de Balconcito, la vieja continuaba señalándolos. Al voltear por la otra cuadra, la vieron aún amenazante, erguida entre sus harapos hediondos.

Armando no habló más. En silencio había oído las risas y los dichos de Marta. Ahora iban casi corriendo, sin hablar. Uno como superticioso terror pesaba sobre los tres. Al llegar a la esquina del Correo se despidieron.

V

Si Armando Ibáñez hubiera podido analizar su estado físico, habría sentido fiebre. Mas, la inquietud de su espíritu; la tremenda exaltación en que se hallaba; los innumerables pensamientos que cruzaban su mente, pasando como ráfagas de tempestad, le impedían darse cuenta de aquella excitación febril.

Se restregaba los dedos hasta hacerse sangre; veía turbio; la muchedumbre pasaba junto a él y la miraba como extrañado; y al descender las gradas de la Plaza Bolívar, se tambaleaba como un ebrio. El inválido que vende revistas en el kiosko de la esquina decorado con vuelos de brujas, lo miraba atentamente con sus brotados y deformes ojos. Acaso fué el único que presintió aquel dolor.

La incoherencia de sus ideas le impedían tomar una resolución o elaborar un plan; mil pensamientos confusos lo torturaban pasando por su imaginación como tropel de fantasmas en fuga.

Creía morirse. Aquellas risas de Marta le parecían una burla incomparable. Ibáñez tenía la misma idea eterna y sublime de los poetas de todos los tiempos. En el amor debe haber tristeza, lágrimas. Sin ellas no existe. Porque siendo la base de él la tortura de un deseo irrealizado, no puede vivir en la indiferencia serena o alegre de un espíritu.

No. Aquello no era más que una burla. Pero ¿la dejaría de amar por eso? Tampoco. Amarla ahora por su

cuerpo frágil, por la adorable frivolidad de su amor. Sí. La amaría siempre.

Le parecía que se le escapaba, que más no volvería a verla; que aquella había sido la última vez. Entonces la desesperación se le subía al corazón como una ola que fuera a ahogarlo. Así llegó a su casa.

Aquella noche no cenó. Quiso salir para respirar aire. Su cuarto lo ahogaba. Todo allí parecía hablar más claro, con mayor realidad. Volvió a salir.

Armando quería ahora más que a aquella mujer, al amor que le vivía dentro, y estaba dispuesto a defenderlo como un raro tesoro de arte. No sería egoísta; no iba a abandonarlo por el sólo hecho de tener para él mayor tortura que halago. Estaba dispuesto a dejarse abrasar por la llama que cada vez cobraba mayor impulso y vida. Quería morir de amor.

Y aquel artista del sentimiento, pensaba que aquellos dolores eran también un puro goce; que debían ellos pasar por el alma para ser recuerdo en la vejez; para vivir con mayor intensidad la juventud y ungir el alma con el gran dolor del amor. Aquellos que sólo buscan en la mujer el placer y se envanecen con los abandonos traidores, le producían asco, le chocaban, y no era él quien debía seguir tales huellas. Amaría, amaría sobre todas las cosas. Amaría las desesperaciones, los celos, las tristezas y las melancolías del amor. Para tal desengaño no había defendido su alma de otras pasiones. Si el ensueño se había roto, quería ser su víctima. Y otro ideal no exento de vanidad surgía en aquel mar de confusiones. Su amor sería algo raro, algo fragante en la edad materialista y brutalmente sensual en que estaba viviendo. No importaban las cuchufletas ni las críticas de seres burdos y extultos en quienes ninguna emoción dejaba huellas. Tal pensaba, después que el primer acceso de desesperación había dejado en él una suave y lánguida tristeza.

Al pasar nuevamence por la Plaza Bolívar, Armando Ibáñez topóse con Alberto Silva, el mismo a quien Marta le presentara en el palco, la noche de la ópera.

Silva tenía para Ibáñez el mérito eminente de conocerlo por Marta. Así es que sintió alegría de verlo y se dirigió a él para saludarlo. Tenía necesidad de un confidente que no tomara a burla sus preocupaciones, que lo oyera fraternalmente para alentarlo.

Silva comenzó a hablar de su comercio. No estaba Ibáñez para negocios. Hábilmente hizo recaer la conver-

sación en Marta. Al nombrársela, Silva no pudo disimular una sonrisa. Este contóle su vieja amistad con aquella muchacha; los mil detalles que sabía de su vida pasada. Ibáñez se estremecía al oír la historia de la mujer que amaba, risueña y alegre como una canción de amor.

Ibáñez vió en Silva un buen amigo. La confidencia se insinuaba. Sin temor alguno le dijo que se había enamorado de Marta, refiriéndole aquel amor luminoso y cruel a un mismo tiempo.

Silva lo oía silencioso. Lo compadecía. Ibáñez vió cómo aquel Silva que tan burlón le pareciera en el teatro, sabía poner en su pena la delicadeza de aquel silencio amigo. Supo también que no era solamente un mercader. El también tenía sitio en su espíritu para todo lo que fuese exquisito y noble.

Y cuando terminó el relato, los labios de Silva dejaron escapar también su confidencia. Contó él la historia de otro viejo amor platónico que en su adolescencia lo turbara profundamente. Una muchacha en quien puso toda la plenitud de su ideal; a la que sólo escribía, porque no podía hablarle, y que una noche sorprendiera en un parque, bajo la sombra protectora, abandonándole sus manos a otro. La amarga relación brotaba de los labios de Silva, suave, tristemente, con ese dejo melancólico con que se cuentan las cosas que mucho hicieron sufrir y que después no tienen sino la importancia de un recuerdo.

Ibáñez pues, encontró eco en Silva. El también sabía sentir. Hablaron mucho. Armando explicó y analizó su sentimiento en voz alta. Alberto Silva narró la historia de otro amor comenzado junto a unos rosales blancos, en el jardín de una villa de Los Teques. Les parecía que eran amigos muy viejos. El milagro de ciertas conversaciones entre dos espíritus que se asemejan, haciendo de una hora diez años.

Silva se ofreció para explorar el verdadero sentimiento de Marta. De aquella confidencia saldría lo definitivo. Con Julio Alvarez no podía contarse dadas sus maneras y carácter.

Silva también era amigo de Elsa Méndez, la dulce amiga y confidente de Marta. De ella hablaron con elogio.

Alberto invitó a Ibáñez a visitar los grandes talleres metalúrgicos del viejo Federmann, a los cuales iría en la mañana siguiente. Armando aceptó. Había oído hablar mucho de aquellos famosos hornos. Se despidieron.

Ibáñez al verse sólo sintió nuevamente que una inmensa pesadumbre caía sobre él. Volvióse a los sitios donde estuviera con ella por la tarde. Los que habitaban en las casuchas del contorno, miraban llenos de curiosidad la figura taciturna y cabisbaja del joven, paseándose sin tregua y a quien la luz de la luna hacía ver como un fantasma. Una vieja comenzó a rezar en la puerta de su covacha. Quizás era algún desenterrado de «Los Hijos de Dios». Esto se confirmó cuando lo vieron coger ya muy tarde hacia aquel sitio.

Armando atraído por el encanto nochariego del cementerio, en cuyas tapias derruidas asomaban los pinos y donde la luna se entraba con sigilo, caminaba en torno del osario abandonado. Miraba los pudrideros vacíos; los cofres sacados de sus cuevas, y reconstruía en su imaginación todo el poema de dolor vivido allí por generaciones pasadas. Pensaba en las madres y en las novias que pasaron bajo aquellos atrios antañones festonados de yedra, guardadas en cajas negras, en cajas blancas adornadas de estrellas. Pensaba en las flores que se marchitaron ante aquellas bóvedas, y en las plegarias y en las lágrimas y en los cirios que allí dejaron su aroma, su calor, y quemaron su cera, cándidamente, en una ilusión piadosa de ternura y amor.

Pensaba que en aquel ambiente vivían todos aquellos dolores más que los muertos; que ellos se habían quedado ocultos entre la fronda lúgubre y sollozante.

Toda la tierra hollada de huesas, parecía germinar en una blanca floración de recuerdos. La luna piadosa tendía su luz de cirio alumbrando todos los huecos y todas las fosas olvidadas.

De repente, Armando sintió frío de aquella soledad, de aquel ambiente macabro y bajó precipitamente, casi corriendo, por las cuestas que lo circundan. Una sola vieja que se había quedado espiando por un postigo se santiguó cuando él pasaba. La vela que alumbraba al rancho veíase por la rendija entreabierta como el fulgor rojo de un rubí. En aquellos parajes, la noche parecía recitar la vieja salmodia de la muerte.

No pudo dormir Armando aquella noche. La visión del cementerio pesaba sobre él como una losa fría. Solamente, cuando vió el alba entrarse amiga por la ventana, pudo recobrarse.

Se acordó de que debían ir con Silva a visitar los talleres de Federmann. Se metió en la ducha y el agua

lo hizo despertar de la semi-inconciencia en que se hallaba desde la tarde anterior. Recobró su optimismo. Se sentía alegre. Estaba dispuesto a empezar nuevamente la lucha. Lo del día antes se le aparecía ahora con toda la insignificancia de un detalle sin importancia. La esperanza volvía con la luz fecunda y maternal. Vistióse apresuradamente. Una hora después entraba en el hotel donde se alojaba Silva. Este ya salía.

Por el camino Ibáñez contaba la aventura de la noche pasada. Silva parecía alarmado con aquella narración. Ibáñez encontraba delicioso haber sido fantasma y causado miedo. Ahora el azul triunfal en que se envolvía la mañana, hacía que sus propias impresiones de la noche le parecieran un sueño lúgubre de mala digestión.

Los grandes talleres metalúrgicos de Federmann se alzaban en las afueras de la ciudad, hacia el Este.

Las chimeneas de la fábrica cubrían de humo la campiña tendida a su espalda. Las ondas negruzcas iban poniendo lenta, majestuosamente, un festón largo y ondulante sobre los ramajes del bosque. El humo se prolongaba en forma de gusano hacia el cerro, a cuyo costado de piedra parecía abrazarse.

A medida que se acercaban iba creciendo el ruido de las máquinas. Resoplidos de turbinas; ruedas que al girar en sus engranajes producían chirridos metálicos; cuchillas deslizándose por altos canales de acero; poleas y motores moviendo discos innumerables y relucientes; todo un ruido infernal desatado dentro de unos muros de concreto, hacíalos vibrar con aquel movimiento de complicados mecanismos.

El viejo Federman dando órdenes a un grupo de obreros, estaba en la puerta, con la gorra de trabajo en las manos, luciendo su blusa azul llena de manchas de aceite y betún y acariciándose sus luengas patillas rubias apestadas de nicotina. El rostro bonachón y sonreído se animaba con los ojillos azules, y los enormes y largos bigotes acababan de comunicar a su cara una expresión de fuerza y vigor.

Se adelantó a recibirlos. Sus modales a pesar de bruscos insinuábanse amables. Todo él resplandecía con el orgullo de ser el propietario de aquella inmensa fábrica.

Muchas generaciones hacía que su familia se había aclimatado en Venezuela, y aún conservaban sus miembros el sello de la raza de origen. Procedía de aquella cepa

robusta de conquistadores enviados por los Welser, que pasmaron con la hazaña al domar y resistir las furias de los tiempos que siguieron al descubrimiento. Don Guillermo contaba entre sus abuelos, a aquél, al único de entre los conquistadores que trasmontaron los Andes por el Apure en busca de El Dorado; hazaña sólo igualada por el Libertador tres siglos más tarde. Tenía, pues, sangre del héroe, que una mañana de 1534, se encontrara, las lanzas en ristre, sobre caballos deslomados, en la sabana de Santa Fe, con Jiménez de Quesada capitán de Santa Marta y Benálcazar gobernador de Quito y fundador de villas.

La tenacidad del robusto y gigante viejo para el trabajo, sólo era una tradición de la misma, que hace siglos, mantuvo frente a los demás, presto al combate, decidido a no soltar la presa de tierra vasta y rica, al primer Federmann, haciendo que los otros expedicionarios bajaran las armas, recularan sobre sus pasos para ir a ventilar en un litigio la codiciada posesión de aquellos reinos.

Desde muy joven se había consagrado a la metalurgia; a trabajar en metales, a fundirlos, a transformarlos, porque esa era la más propia ocupación de sus fuerzas y más de acuerdo con sus aficiones. Imbuído en aquella pasión por la mecánica que dominaba en los promedios del siglo pasado, había puesto en ella todo el aliento de su vida. Muy joven fué a Europa para estudiar metalurgia; había estado en Francia, y en Alemania la tierra de sus abuelos, y al volver, ya muerto su padre, había comprometido los restos de su fortuna en aquella empresa. Y a muchos años de lucha, a puro calor de fragua, había ido acreciendo su potencia industrial hasta transformarla en aquella inmensa fábrica que dominaba con sus muros y torreones a la ciudad.

Inmediatamente el viejo Don Guillermo, después de una acogida tan cordial como afable y cuyas risas eran tan estrepitosas como sus máquinas, pasó sus visitantes a los vastos talleres. Explicó detenidamente el funcionamiento de las máquinas; detalló el más ínfimo mecanismo, desde la polea hasta la tuerca; habló con tecnicismo preciso y real de la mecánica; de sus adelantos; de sus procedimientos y del bien que causa a la humanidad.

En seguida pasaron a los inmensos hornos, donde hombres jadeantes, a una temperatura de 2.000° apenas podían respirar. El aire estaba ardoroso, caldeado. Grandes llamas alzaban sus lenguas rojizas para devorar hierros.

Los metales circulaban por canalones formidables, licuados, para convertirse más allá en innumerables artefactos de la industria. Un sopor inmenso llenaba el ambiente. Allí el poderoso industrial hizo nuevas apreciaciones, en las cuales Silva se interesaba mucho, muy aficionado según decía él a la mecánica.

En pequeñas circunferencias blancas, agujas negras marcaban la temperatura sobre números minúsculos. El ingeniero de la fábrica pasaba en todas direcciones corrigiendo la velocidad, moderando el calor. Obreros había que se deslizaban en los hornos hasta el fondo donde un haz de llamas los ocultaba. Adentro, el ruido era mas ensordecedor. Cien yunques se descargaban a un mismo tiempo domando aceros, poblando de mil ruidos metálicos aquella morada de Vulcano.

Ibáñez, encontrándose aburrido, se había entregado a sus apreciaciones socialistas. Miraba aquel enjambre de hombres sometidos por un jornal a una esclavitud miserable. Allí se consumían innumerables vidas de hombres, para quienes vivir no significaba sino trabajo y miseria. El más leve goce les estaba vedado. Para ellos no había sol; de él no tenían sino el inmenso calor que desarrollaba en los techos de zinc. Para ellos no había risas; sino la comida hedionda y mala que podían procurarse en sus viviendas asquerosas, a costa de aquella servidumbre.

La esclavitud—pensaba el joven, mirando con ternura la muchedumbre inclinada y las frentes sudorosas—no se ha extinguido sobre la tierra. La tiranía del señor está sustituida por la tiranía del capital. No existe el derecho de propiedad sobre los hombres, pero lo hay sobre las vidas. A los días de la gleba han sucedido las jornadas de la fábrica; las argollas de las cadenas se han convertido en las gorras del obrero. La sociedad plantea un dilema casi trágico a esos obreros: o me das tu sangre o pereces. Y todas las muchedumbres de todas las fábricas pasaban clamorosas por la mente de Armando.

Veía el lujo del viejo Federmann; la suntuosidad de sus fiestas; cuando en las chozas de aquellos obreros había hambre; muchos hijos desnudos; muchos males sin remedio. Y Armando Ibáñez meditaba sobre la inmensa injusticia de la vida; sentía una tristeza enorme, al ver, que tánta quimera soñada por tántos Maestros de amor serían siempre quimeras. Veía aquellas turbas condenadas a eternas miserias, sobre cuyos dolores, apenas había un albor indeciso de esperanza; la promesa de un cielo; la

suprema ilusión dejada por Dios en supremo aliento de piedad sobre la tristeza de los oprimidos.

Todos aquellos sudores, todas aquellas vidas vigorosas, agotadas junto al fuego de los hornos sólo servían para llevar comodidad a unos cuantos, a los que pudieran procurárselas.

Es la eselavitud organizada en condiciones mejores. La sociedad tiene sus hombres que reclutan turbas mercenarias para la industria y a las cuales se arroja un pedazo de pan para que consuman sus fuerzas, acaso también sus ideales, en bien de unos pocos; porque tuvieron la desgracia de nacer realengos. Y el hombre que recluta, se hace fastuoso, transforma las miserias en áureas monedas que son su blasón; para así poder dar fiestas, iluminar sus jardines, llenarlos de surtidores y de rosas; para deleitar a la sociedad que acata su tiranía y saluda su insolencia con el fin egoísta de procurarse un deleite o un artefacto inútil.

Y Armando pensaba que los labriegos, los labradores son más felices, porque sobre el surco son libres. Sus frentes están besadas de sol; sus cabañas perfumadas por la fragancia de los campos; su mesa plena con la ternura buena de la fruta. Su tarea está llena de poesía. Sus ojos pueden mirar nacer las albas y morir los soles; la tierra tiene caricias de madre y halagos dulcísimos para las que fecundan su vientre; los surcos dan espigas y pan; y cuando el labrador alza su hoz, hay un pájaro que alegra su faena. Existe una diferencia inmensa entre el sudor del labriego y el del obrero. Aquél es noble, santo; éste es sudor de esclavo. Los pueblos agrícolas son más felices, más alegres, menos corrompidos que los pueblos industriales.

Armando presentía todos los dolores de aquellos obreros. El que no pudo comprarle una cuna al hijo recién-nacido que fué fruto de un amor discreto y sencillo; y el otro, que después de un día de trabajo, consumido el jornal en la última enfermedad del más pequeño, no halló como aplacar el hambre de los otros hijos.

Cuanto dolor no hay en esas doncellitas que van a las fábricas muy de mañana, y que a más de arrebatarle su juventud y poner a precio la lozanía de sus mejillas, el patrón, el gerente, el empleado, el público, acechan su virtud, toman empeño en rendirla, como si no tuvieran más ambición ni anhelo que pisotearlas.

Armando sentía hervir su sangre en santa indignación. ¿Dónde el nuevo redentor de las turbas? Los tiempos no

son propicios para cruzadas de amor; porque otra vez las mismas multitudes le arrojarían piedras.

Después, una idea egoísta acudió a su mente. Se acordó de que todos aquellos hombres, todos aquellos hornos, sudaban y lanzaban fuego para abrigar el cuerpo de Marta, para hacerle adorable la vida. Que sin aquello, su cuerpo frágil y blanco no sentiría caricias de seda; ni viviera ella en jaula dorada; ni tuviera flores para engalanar su alcoba; ni esencias para lavar su cuerpo; ni pasaría sus años como los de una planta exótica bajo un cristal de invernadero. Ella tan débil, tan delicada, no podría resistir las miserias, ni las privaciones. Ella debía vivir en la holganza, para que su belleza pudiera existir y triunfar; la música debía ser su caricia; y sin todos aquellos dolores, acaso ella se hubiera muerto, como el pájaro de una selva tropical al sentir la ausencia de la luz materna; como la planta de salón se muere bajo la furia del sol. Aquellos dolores se transformaban en los goces de Marta. Y sin que pudiera dominar su egoísmo, se sintió alegre. Para excusarse, pensó líricamente, que la belleza puede exigir los dones de la vida, pues ella necesita del fausto y del lujo; que las beldades necesitan de un trono para mostrar el imperio de sus gracias, y que la imagen de ellas podían alentar el brazo de los obreros en las áridas jornadas del yunque. Que el sacrificio de unos es preciso al triunfo de los otros; para que la belleza esplenda; para que el artista trabaje y contribuya a la gloria del hombre. Sin esclavos no habría alzado ninguna de sus maravillas la civilización antigua.

Armando Ibáñez, absorto, se estremeció con aquella idea. No.—exclamó.—En ese momento, Alberto Silva sacudió por un brazo a Ibáñez arrancándolo de su meditación, cuando nuevamente el sentimiento altruista iba a reaccionar en él.

—Ibáñez está como dormido—dijo Silva, riéndose.

—A los poetas no les gusta esto—afirmó don Guillermo sin poder disimular su desdén por el gremio.

Ibáñez creyó de su deber protestar. Don Guillermo se reía alegremente, y dando al joven una palmada en el hombro, le insinuó:

—A ver, amigo Ibáñez, si usted escribe algo sobre mi fábrica.

Demás está decir la respuesta de Armando.

En aquel momento salían. Eran cerca de las doce. Silbó la sirena del taller. Los obreros empezaron a desfilar ante el patrono, que contemplaba el desfile como mira un rey a sus soldados en una revista militar.

Un minuto después, Don Guillermo, Silva e Ibáñez bajaban en automóvil por la carretera. El camino se incendiaba de luz; el humo de la gasolina dejaba una ilusión de niebla rastreando por el suelo.

Ibáñez y Silva felicitaban a Federmann por la admirable organización de su fábrica. Al pasar por una casucha cuyo techo era de latas pisadas con piedras, se adelantó un hombre manco. Tenía las mangas del saco vacías. Don Guillermo le arrojó una moneda; y después contó, que aquel hombre había perdido los brazos en su fábrica, en un accidente de trabajo. Los tres vieron cómo el hombre se tiraba al suelo para recoger la moneda con la boca. El automóvil corría veloz, mientras que don Guillermo charlaba con el humor del que no piensa porque no siente. Para él, el hombre sin brazos, era la cosa más natural del mundo.

VI

Era en el jardín, por las glorietas que se abrían entre los céspedes. Muchas estatuas blancas alzaban sus clásicas esculturas abrazadas de rosales; muchas frondas ponían oscuras penumbras tendiendo sus contornos de sombra en las alfombras muelles; y la luna caía, dorando los claros del bosquecillo. En los pilares corintios que fingían ruinas, trepaban los jazmineros desatando arriba sus rondeles fragantes y blancos. Sobre el boscaje, el azul nocturno estremecido con el taraceo de los luceros. Y la luz de la luna se dilataba serena, y hundía su palidez en los macizos; y los tanques donde alzaban sus tallos las plantas acuáticas, eran claros como de plata; y el agua parecía dormir.....

Todas las rosas estaban entreabiertas. Hasta los capullos mismos pugnaban por abrirse un poco, porque ellos son las copas levísimas que recogen las lágrimas de la noche. Todo se aquietaba como en un éxtasis. En el jardín vagaban los amores.

Por la escalinata que daba acceso a la villa bajaron Elsa, Marta y Armando. Acababan de tomar el té en el saloncillo azul, y Marta manifestó el deseo de patinar.

Al extremo del parque una alameda larga doselaba una calle de concreto. A ella se encaminaron. Marta bulliciosa se calzaba los patines apoyándose en el hombro de Armando, que, inclinado, le ataba las correas a los piés. Calzado

uno, se tambaleó al montar en el otro, y riéndose, se sostuvo de la cabeza de Ibáñez para no perder el equilibrio. Dió unas vueltas, y ofreciendo sus manos, una a Elsa y otra a Armando:

—Corramos—dijo.

Corrieron. Las ruedas rozaron el pavimento levantando un chirrido agudo, casi armonioso como el canto de un grillo.

La velocidad la hacía gozar; la embriagaba. Abandonaba las manos a sus conductores; colgaba la cabeza para deleitarse con la noche, y de sus labios brotaba la risa cristalina como una cascada corriendo entre piedras blancas. El placer le empurpuraba las mejillas de suyo pálidas. Los tres corrían locos, llevando por la fronda la alegría juvenil de los amores.

La carrera hacía levantar sus faldas; las plegaba, delineando la escultura de su cuerpo que emanaba la acre fragancia de los cuerpos vírgenes. Su mano apretaba la de Armando. Estaban unidos por una corriente eléctrica. Sus cuerpos temblaban. Al volverse, la cabeza de ella en un movimiento descuidado descansó sobre el hombro de Armando. Los dos se confundieron en una caricia larga, inefable. La noche maternal los cobijaba. Elsa se desvió a un lado; se separaron bruscamente. Tendidos los brazos, las tres sombras cubrían ahora toda la alameda.

Se detuvieron al pie de una estatua. Elsa se sentó en un banco de junco, jadeante, dejando escapar una risa maliciosa y gentil. Marta, inquieta, describía curvas, alzando los brazos como si quisiera tender el vuelo; parecía acorralada por los deseos. Un azoramiento inexplicable la turbaba, y sus ojos habían adquirido un tinte oscuro como si copiaran el azul de la noche.

Armando Ibáñez se sentía embriagado. Aquella escena, aquella caricia, habian despertado en él todos los ardores, todos los deseos. Pero artista incorregible, para él no tenía aquello sino algo así como un complemento de la hora. Aquella caricia lo había hecho más poeta; había templado su voluptuosidad; había llevado hasta él como un renacimiento. No quería romper brutalmente la voluptuosidad exquisita de aquel momento. Se sentía más mozo. Su rostro estaba como si hubiera tomado mucho vino y, a despecho de la sangre que hervía en sus venas, no miraba en ella a una hembra, sino a la dulce mujer que adoraba; no alentaba en él la codicia de poseerla, sino de prolongar aquella carrera, aqeul vértigo inefable, bajo aquellos árboles, en aquella hora serena y azul.

Movidos los dos por el mismo impulso se dieron las manos. Elsa se quedó sentada. Nuevamente se lanzaron al goce del vértigo. Se perdieron. El ruido de los patines poblaba el jardín. Una ligera brisa rizaba las aguas de los estanques. Doblaron al fin de la alameda. No se hablaban. Pasó un instante. Las bocas se juntaron. Fué un delirio. Fué un beso cuyo eco pasó sobre el jardín. Corrían muy a prisa.

—Más todavía—dijo Marta, sacudiendo sus cabellos que se le caían por la frente.

Se detuvieron un momento ante un fauno de mármol, mientras ella se ajustaba el talle. Siguieron. La carrera era casi un vuelo. Al deslizarse, sus cuerpos se levantaban de la tierra. Una voluptuosidad inmensa los invadía al tocarse los labios tibios y muelles. Querían escanciar toda la copa. Se besaron otra vez. Luego fué un tropel, una fuga de besos que parecían huir por la noche. No supieron cuanto duraron así.

Cayeron sobre un banco, ante una fuente. Ella tuvo un gesto de abandono. Armando la contemplaba sonreído.

Noche, madre de amores, cuando alzas tu dedo todo se acalla y aduerme.

Vaga por el zafiro nocturno el murmullo de los astros que dicen su trova en el espacio; los tejados se muestran rubios de luna y un beso de luceros se enciende sobre las cumbres.

La sombra se acoge a los tibios regazos de las honduras; sobre los campos, cae el silencio, y rompen los matorrales en un germineo de estrellas.

En vano copian las ciudades en sus arcos de luz, soles trémulos; en vano se quedan como centinelas avanzados a la vera de los campos; flores de piedra abiertas junto a ellos. La noche las torna en mausoleos; la paz suprema se adueña de sus calles y las torres mismas levantando llenas de languidez los florones de sus dombos, parecen dormir.

Una levedad de murmullos agita la calma. Los ensueños rasgan sus arpas invisibles con el himno del silencio, y a las notas aladas descienden cortejos de nieblas para tender sus blancuras de lino sobre colinas y montañas.

Todo se viste con galas de epitalamio, porque los naranjos trenzan sus guirnaldas y deshojan su castidad sobre la tierra. Las camelias ponen en la sombra una ilusión de novias en fuga La hora que pasa es una desposada

dirigiéndose a la alcoba nupcial. Nardos y jazmines le abren su fragancia en la cola del vestido, y el lecho está sobre una cumbre por donde viene tardo el sol.

Los campos están dolientes. Oculto en un árbol, el pájaro poeta dice la elegía de sus amores.

El hada taciturna ciñe sus hombros con brocado azul donde las constelaciones trazan arabescos reales; sus cámaras son de sándalo con artesonados celestes, y sus grandes ojos negros acarician al orbe. Ella pone su mano en la frente de la tierra, y le dice: sueña. Ella se entra como a un templo en el corazón del hombre, y le manda: ama. Se acerca el poeta para ofrecerle su cofre cabrilleante de mil gemas; avanza con sigilo a la mesa del que piensa, y le abre el libro de las meditaciones que escribió el silencio; se allega a la celda de los solitarios para turbarlos; y para los que no vigilan, a los que nada atormenta, para los que cierran la puerta cuando ella avanza, tiene la quimera de los sueños que la escoltan como pajes alados y traviesos.....

Es la solitaria eterna; es la gran silenciosa, abadesa del misterio. Ella preside los desposorios y vela sobre la vigilia de los amantes. Sólo ella sabe los secretos de las selvas, los amores de las fieras, las cuitas de los nidos.

Ella recogió los amores de todos los tiempos. Bañó los jardines de Babilonia, cuando en los lechos nupciales se trenzaban guirnaldas de mandrágoras y las matronas se entregaban a los extranjeros en sacrificio de voluptuosidad al pie de las murallas.

Ella guardó el eco de los festines reales, cuando bajo cenadores de rosas, libaban los antiguos reyes en copas hechas de un diamante; ella se posó sobre las pieles de panteras que vestían los mármoles de los palacios de Oriente; escuchó las músicas de la orgía romana, toda colgada de púrpura; miró los carros de los reyes guerreros seguidos de elefantes; vió, cómo el viejo David se calentaba con el cuerpo de una doncella de Israel, y se estremeció con los quejidos voluptuosos de las vírgenes cautivas de amor.....

Contempló mil campos de batalla sembrados de hogueras, amortajados por la muerte; y los vivacs de los paladines que meditaban la hazaña; y los vuelos siniestros de los cuervos cayendo sobre la tierra ensangrentada.

Oyó las arpas que celebraban las bodas reales en los jardines milagrosos de Asia; veló el sueño de las víctimas coronadas un día antes del sacrificio y presidió las baca-

nales de sangre ofrecidas en holocausto a monstruos divinos.

Ella supo de las rondas de chacales en acecho a la puerta de los ermitaños; de la oración de los caballeros que hacían la vela de sus armas; de los amores castellanos perfumados de abedul; de las flagelaciones crueles en el silencio de las celdas; de los éxtasis de los santos; del sueño de los artistas; de la divina inquietud del Dante; de las desesperaciones del infortunio de amor; del júbilo de la victoria; de la tristeza de los vencidos; de los festines de la tribu; de la infancia del mundo.....

*
* *

Y la noche, toda ella, era una noche blanca. Desde el jardín se columbraba el Avila, erguido y soberano, calada la cimera de brumas y diademado de estrellas.

Los amantes, en el banco, miraban silenciosos una gruta de piedra, rumorosa de agua, alzada ante ellos. El agua aquella venía del Avila; la hurtaron al cauce del Anauco. El agua cantaba entre los peñascos cubiertos de humedad y helechos. El murmullo orquestal, bruñido de espuma, descollaba en la aspereza de las piedras. El agua en su lenguaje armonioso cantaba el poema de la noche:

—De plata son los ríos y los estanques. Entre las ondas, las estrellas parecen aves dormidas de plumajes de oro.

—En los ribazos cae la sombra. La luz al filtrarse por los copajes, dibuja en el suelo custodias áureas.....

—El mundo está como un jardín. En el espacio ha cobrado gracia de flor. Las fuentes parecen corazas de plata abandonadas por guerreros entregados a un festín.

—Un deliquio es la hora pensativa y dorada. Ved al polluelo que escarba con las patas y tiende su ala sobre el nido; y, como un topacio que se desmaya, cruza el aire una estrella muerta.

—Los cerros parecen monjes en oración. Un místico silencio los envuelve. Apenas se curvan en su vaivén los pinares esbeltos y lejanos. ¡Cómo guardan los montes todos los murmullos, para que no turben la meditación del mundo!

—Las palmeras abren sus follajes para recoger estrellas. La brisa las mueve con el mismo ritmo con que se

agitan los abanicos de plumas al pié de los tronos de Oriente.....

—El mar también está en sosiego. Apenas las olas se alzan, y mueren, desvaneciendo sus orlas blancas en la soledad azul. Toda una albura cuaja en la orilla. Abajo, diosas y monstruos marinos celebran la gloria de la noche en palacios esplendorosos y radiantes, esculpidos de madréporas y conchas preciosas. Allá también hay luz. El sol no llega al fondo; pero la luna sabe entreabrir la enorme esmeralda y hundir en ella su cuchilla de oro. La luna es la inmoladora de las aguas.

—Ved cómo urde sobre todo, suprema piedad de poesía; el mundo se acoge a la noche como a una catedral, para decir su plegaria de amor. Ved cómo cada topacio que cintila por las sendas celestes parece posarse sobre cada frente coronándola con lumbre de esperanza. La noche es un regazo; y todos sueñan en él.

—Tras las tapias de los cementerios, lo que se olvida, en la sombra, mueve sobre las tumbas la aureola errante de una estrella. Cada tumba llamea como un corazón; cada luz ilumina y tiembla con la tristeza de un recuerdo. La luna pone sus paramentos de oro sobre las copas funerarias de los pinos. Vasos de plata volcados sobre negros maderos derraman como lámparas la serenidad de su luz, y toda la mansa y áurea quietud de la luna que alumbra, damasquina los sepulcros. De cada bosquecillo que el viento nocturno agita, parece que va a escaparse un fantasma; cada hoja que se mueve es como el crujido de un pié huesoso y descarnado que se apoya en la tierra. Los panteones adquieren rigidez de muerte, y la blancura de losas y cruces que emerge por entre el jardín fúnebre, es como el sueño de los muertos que adquiere vida y se alza albo sobre las fosas. Por la hendidura de las huesas, la luz se entra para acariciar las tapas de las urnas sin adornos de plata, porque se los arrancaron el día del entierro, y el punto de oro, sobre el raso negro de los ataúdes, adquiere una armonía de estrella.

—Allá contra un muro, una calavera enseña su risa informe y macabra, y por los huecos que abrigaron las pupilas, la luz cabrillea con fosforecencia espectral. Tiene partido el cuello; su tronco descansa en el bufete de un médico; era el cráneo de una mujer. En la frente huesosa se ha posado una mariposa de alas peludas y grandes como un pensamiento negro.

—Qué silencio! Y sin embargo, el bullicio del mundo se percibe; pero como aislado, sin interrumplirlo. Sobre

él pasa como un murmullo. En este silencio se siente la voz de todos, muy lejos, muy vaga, y cada voz va derecho a una tumba.....

—En un convento, sobre las enredaderas florecidas de cocuyos, la luna se teje como un lirio. Por la pared cruza una sombra que se proyecta entre las dibujadas por arcadas antiguas, en vastos corredores de mármol. Las paredes son desnudas y frías; allí viven unos muertos. La sombra se santigua. Ha huido de su celda perseguido por los demonios de la tentación; la noche convidaba a los amores, y el monje se estremeció con el frío del lecho. Su cuerpo sentía cosquilleos invencibles; padecía un desmayo y mil voluptuosidades lo turbaban. Vano fué el cilicio y la vista del crucifijo sonreído y coronado por un centelleo dorado. El silencio, la hora, la inmensa poesía que caía del cielo en lluvia de flores, lo atormentaban, lo perseguían, como si a su lecho hubieran llegado mil cortesanas escapadas de una orgía. El aire del jardín le dió paz. Tiene la cabeza abrigada con una capucha, y ha visto la noche abierta como una flor mística y las estrellas como los cirios del altar en la hora de la elevación. El cielo le parece una majada llena de corderos; y a el monje ha vuelto la calma, se ha salvado del pecado, y discurre por entre los tomillares del huerto conventual oloroso a nardos y a frutas, bajo cuyas frondas, los pomares aventan sus vientres dorados y picados de pájaros. Se ha sentado al borde de un estanque de ladrillos; se ha inclinado para mirar al agua, y, viendo las estrellas rutilantes en el fondo fangoso del estanque, se ha puesto a llorar.....

—Ved allá en una buhardilla, cerca del tejado donde corren gatos y se arrullan palomas, un hombre que piensa. Una melena desgrifada corona su frente; sus ojos quieren escaparse de las órbitas; su faz desencajada y lívida refleja una inmensa tortura. Está ante una mesa llena de papeles; su mano febricitante traza signos; los tacha; vuelve a escribirlos; sus dedos se crispan contra el lápiz; grande es su empeño, empeño de gesta. Aquel hombre habla de jardines, de tesoros, de bellezas entre harapos. Delínea, plasma en barro las formas de un sér que crea como si fuera Dios. Luego, no puede domar la materia y hacerla divina; no puede infundirle luz de mirada y de expresión a aquel sér; sus flores no aroman como quiere; sus tesoros no brillan como desea; sus criaturas no sienten ni hablan como él ambiciona; vacila, se agobia, se agota. Sus sienes sudan, y la luna acaricia su frente pálida y ancha. Al fin parece satisfecho; al fin se reclina y duerme; y, en el papel, los signos han tomado una forma

ideal de lira que al rozar sus cuerdas con los labios, sorprende, porque dejan escapar el són sinfónico de una armonía.....

—En el balcón de una vieja ciudad tortuosa y sembrada de caserones fuertes como muros, por cuyas tapias se muestran las manchas negruzcas de los jardines; en un balcón por donde trepa una guirnalda flexible y florida, está tendida una cuerda. Del jardín fluye un susurro; de la alcoba que se abre en el balcón se deja oír un murmullo de palabras; en el suelo, donde la luz se refleja, se juntan las sombras de dos cabezas inmóviles, armoniosas, y toda la impasibilidad de la hora es para no conturbar el idilio inefable y sereno.

—Los jardines solariegos llenos de fontanas y bancos rotos, mudos y húmedos se sumen en una evocación. El recuerdo prestigia de siluetas galantes las sendas de los arbolados que añoran la gentileza de seda de otras noches.

—Rompe la serenata del grillo en los macizos; como si alguien pasara rozándolas, se inclinan las flores en sus tallos. Alburas cinceladas, copos de nieve, son los rosales blancos; purpurean las anémonas sus tintes de pasión entre los céspedes y una claridad bendita inunda los senos de mis hermanas que dicen su sonata.

—Es este el poema de la noche que enjubila mis ondas. Se entra la tibieza húmeda por el bosque lleno de rumores; la luna va a orar en sus negras capillas de nubes. Más tarde la quimera de paz se habrá muerto. Hará frío. Entonces todo se guarece. Jardines y techos están húmedos; hay un vaho de savia y de flor; palidece el azul nocturno, se esfuma, se hace blanco; toda la corona de estrellas habrá desaparecido como los azahares de las frentes de las novias, y yo me romperé con rumor mañanero sin acordarme de que he cantado.

*
* *

Armando y Marta olvidados de todo, amándose en aquel banco, ante aquella agua murmurante, embebidos en su amor, mucho tiempo, todo el que hemos puesto en esta fantasía del agua, escucharon la voz de Elsa que los llamaba. Era ya muy tarde. Doña Rosa preguntaba por ellos desde una ventana abierta sobre el jardín.

Elsa Méndez se levantaba apresurada del banco, cuando Marta seguida de Armando apareció por entre un bos-

quecillo. Elsa los reconvino. El vestido de Marta se prendió de unos rosales, que aviesos, suspendieron la falda blanca de la doncella. Armando desprendió los encajes engarzados mientras Marta destrozaba las rosas. La señora Federmann seguía llamando por la ventana. Los tres se dirigieron a la casa. Cuando subía, por la escalerilla a cuya baranda se abrazaban los jazmineros, Marta deshojaba los últimos pétalos de una rosa. La brisa arrebatándolos los hizo caer muy lejos, sobre un perfil de bosque enano.

Cuando entraron en el salón donde habían tomado el té, doña Rosa conversaba con Julio Alvarez que acababa de llegar. Seguro de que allí estaba Armando Ibáñez, al salir del teatro había pasado a buscarlo. Eran ya cerca de las once.

Julio Alvarez se levantó con presteza, inclinando su ancho cuerpo para saludar. Según costumbre, llevaba el último botón del chaleco blanco desabrochado y luciendo en él, abrazándose a la seda, la pesada leontina que armonizaba con su cuerpo.

Sacó el reloj. Siempre que pensaba algo o iba a hablar miraba la hora, guardaba el pesado cronómetro de plata, y, después de inclinar la cabeza en una actitud burlesca y pensativa, miraba a los circunstantes con un solo ojo, porque el otro estaba siempre cerrado; una mano en la leontina, la otra descansando atrás.

Después de un silencio irguió la cabeza diciendo:

—Vengo del teatro. Fuí a ver el segundo acto de Lucía.

Luego se puso a canturrear. Se preciaba Alvarez de sus grandes conocimientos musicales. Se sabía al dedillo cuanto a él se refiriera. A un solo acorde, precisaba inmediatamente lo que tocaban, fuera de Chopin, de Bethowen, o de cualquier gran maestro. Pero no era más que un teórico. No tocaba ningún instrumento; mas sabía juzgar a los artistas; sabía apreciar lo que había en ellos, e implacablemente lanzaba su crítica, cuando cualquiera, ya una dama en los salones o una artista en el proscenio, osaba profanar, inhábil, una gran creación, mixtificando su alma o fingiendo una emoción bastarda y mentida.

—Y Uds.?—preguntó.—¿ En el jardín ?

Su cara se hizo más irónica. Miraba a todos fijamente, poniendo en ejecución sus procedimientos psicológicos; analizando actitudes y ceños; miradas y risas; vestidos y peinados como siempre acostumbraba. De ahí que sus conjeturas fueran casi siempre acertadas.

Habían tomado asiento. Marta al lado de Julio Alvarez. Los dos tenían una charla a media voz, ahogada

por las risas. Doña Rosa escuchaba atenta, riéndose también de los dichos de Julio Alvarez, bruscos, torpes, casi insolentes, lanzando como tajos las palabras en un alarde continuo de desenfado y burla.

—¿Qué le parece a Ud. esta rosa hlanca?—dijo Marta a Julio, mostrándole una que llevaba en el talle.

—Muy hermosa—respondió éste.—Yo no sé por qué casi todas las muchachas usan flores blancas.

Marta no pudo contener la risa. Elsa estaba seria. Armando lo miró sorprendido. Doña Rosa no se ruborizaba por eso.

—Acaso sea un símbolo—dijo Ibáñez por disimular.

—O un microbio—replicó Alvarez, terminando en una carcajada corta y ronca.

—Se la voy a regalar—dijo Marta. Y diciéndolo, la prendió en el frac de Alvarez, que sonreía satisfecho.

—¿Qué le parece a Ud., Elsa?—dijo Ibáñez.

—Paciencia—respondió aquella—son detalles a los cuales no hay que hacer caso.

—Imposible. ¿Cree Ud. que sea un detalle? El amor no concibe estas cosas. Pero—dijo el joven con desconsuelo—yo no puedo abandonar esto. ¿Cómo suprimirlo?

Elsa ponía con sus palabras una exquisita piedad femenina en el dolor de Armando. Este traducía en su rostro la violenta emoción de que era presa. Marta miraba picarescamente a Elsa. Estaba gozosa. Aún no se habían extinguido en sus mejillas los tintes que en ellas prendiera la carrera. Sus ojos relumbraban con centelleo azul, y al reírse, se inclinaba sobre Alvarez.

—¿Nos vamos?—dijo Armando.

Alvarez sacó el reloj, y, convencido de que era hora de marcharse, se levantó para despedirse. Tuvo largo rato entre sus manos la mano de Marta, sin preocuparse de la deslealtad que cometía, ni de la presencia de los demás. A esto lo llamaba Alvarez, cumplir con su deber.

Alvarez salió de espaldas. Ibáñez volvióse en la puerta para saludar.

—¿Quieres que te diga la verdad? No te quiere—dijo Julio Alvarez a Armando Ibáñez, al salir de la villa.—Es una bandida. Busca otra o juega con ella como hago yo.

—Alvarez!—repuso Armando—Te ruego no hables más en mi presencia de esta manera. Estoy harto de tu cinismo y grosería. No he de tolerarlo más.

Alvarez desvió la cuestión como hacía siempre en estos casos. Ibáñez, a las preguntas de Julio refirió la escena del jardín. Esto desconcertaba la sencilla psicología de Julio Alvarez no acostumbrada a las complicaciones.

Ibáñez estaba profundamente disgustado. Las palabras de Alvarez eran un insulto a la mujer que había idealizado. Al fin dijo en voz alta y como concluyendo un pensamiento interior:

—Es voluble, loca; pero adorable.

—Es muy raro esto—continuó Alvarez—no se entiende.—Luego, repentinamente, como si hubiera encontrado la verdad, al modificar su juicio, dijo brutalmente:

—Es una sensual. No gusta de platonismos. Necesita de la caricia, que es más elocuente y satisface más que las palabras. Necesita un hombre como yo.

Armando Ibáñez se encolerizó. Aquello era más que un insulto a la amada. Alvarez prescindía ya de toda consideración. Así es que no pudo menos de exclamar:

—¡Alvarez, tú eres un miserable!

Quería abofetearlo. El otro continuaba riéndose de aquella furia. Estaba imperturbable. No iba él a conmoverse por eso.

Un pensamiento desarmó a Armando, quien inclinó la cabeza con desaliento. Recordaba la escena que presenciara momentos antes. Veía con dolor, cómo ella sancionaba tal juicio, prendiéndole una rosa a Alvarez con sus propias manos, como una recompensa a su grosería.

—Sí. Es una sensual. Acaso pidió más en el jardín y tú no se lo diste—continuó Alvarez como adivinando el pensamiento del otro, y dejando caer las palabras pausamente, con la conciencia del que quiere desarraigar de cuajo alguna cosa o sentimiento, sin temor de herir.—O cambias tus procedimientos o te sacan de quicio—terminó.

En la boca de Alvarez se delineaba una mueca. Esperaba un nuevo estallido de cólera. Hubo un silencio. Ibáñez se apartó bruscamente.

—Hasta mañana—dijo.

—Au revoir—respondió Alvarez.

Por la noche pasaba una niebla ligera. La niebla hacía sufrir a los astros un desmayo. La luna estaba envuelta en un paramento negro. Las calles se veían desiertas.

Al cruzar la esquina, Ibáñez volvió la cabeza por curiosidad. Entre la neblina alcanzó a ver a Julio Alvarez

con las manos entre los bolsillos del sobretodo y la cabeza inclinada. Parecía meditar.

Ibáñez llegó a su casa. Por su mente calenturienta había pasado un tropel de desesperaciones. Su estado era deplorable. Sentóse en la mesa de trabajo e inclinó la frente agobiada por la pesadumbre. Miró lleno de tristeza el pañuelo que una tarde se le cayera a Marta; la rosa que llevaba en el talle el día de la primera cita; el rizo que le arrancara en úno de aquellos deliquios. Pensó en la muerte. El suicidio lo llamaba. Rechazó con indignación esta idea. No era posible. Sería un crimen quitarse la vida por una mujer frívola, loca. Renunciar era mejor. Pero esta idea lo atormentaba más que los propios desvíos de la mujer. Ella se había connaturalizado con él tánto como su sangre. Aquel amor se había arraigado en su sér como una parásita que arranca savia al árbol para convertirla en flores.

Alzó la frente. Miraba hacia el jardinillo humilde de su casa. Viéndolo, recordaba su vida pasada, llena de paz, entregada al amor de los libros, en caro silencio de pasión. No era rico. No tenía más que lo que su talento le daba, un puesto en la redacción de un diario; un techo heredado. Era huérfano. Y hacía tiempo que abandonara el trabajo; muchos días que no escribía una cuartilla, ni construía una frase, soñando locamente, manoteando entre nubes azules que por lo espesas lo cegaban.

Veía, cómo sin querer, se transformaba en héroe de una novela romántica. No quería tal. Tenía horror de lo cursi. Su amor era un anacronismo en el siglo. Dondequiera había expuesto sus ideas las habían acogido con incredulidad y burla. Los tiempos de amor habían pasado. Aquellos días, pálidos como los rostros de los héroes románticos, que se ciñeron al mundo como una blanca guirnalda de flores, ya no eran. El no quería que su amor apareciera como una caricatura de aquellos tiempos; como aparecen hoy los que se empeñan en ser bohemios, vanamente, porque ya murieron los días de Mimí.

Muy excitado se levantó. Daba vueltas alrededor de su cuarto. Sentía una ola de sangre subiéndosele al rostro con ímpetu de ahogarlo: los celos. Marta gozaba con Julio Alvarez. Lo había acariciado. Porque apretar la mano de esa manera era darse toda ella. Con cuántos lo habrá hecho!—pensaba.—A cuántos habrá dado su alma en ese contacto efusivo y prolongado! Ibáñez sentía sus sienes como apretadas por mil garfios implacables y crueles. Una desesperación inaudita lo acongojaba mientras más

cavilaba sobre eso; porque aquel acto era y no podía borrarse ya más. Aquel sensual, aquel voluptuoso de Alvarez llevaba en su alforja caricias de la que amaba; y ésas después que se dan quedan por siempre. Ni aún después de la muerte dejan de ser. Sobre el ataúd ellas serán como estrellas. Irán otras a sustituir al muerto; pero aquél se llevó las primeras; aquél gozó de la voluptuosidad del engaño; aquél sonrió al amigo con el secreto de su traición abominable. Sería preciso retroceder en el tiempo para borrar la huella; la fragancia que impregna las almas para siempre. Y Armando Ibáñez se agitaba con aquellas ideas como si forcejeara entre un círculo de puñales. Se sentía como perseguido. Buscaba fuerzas y no encontraba. Se desesperaba, se indignaba de aquella debilidad miserable que lo rendía, incapaz de librarse de ella. Y al mismo tiempo sentía júbilo de amar así, en medio del materialismo reinante, gozoso de sentirse mejor que los demás.

Llovía. Sobre la ciudad, la lluvia desgranaba su sonata lastimera y monótona.

En tanto, en el vestíbulo de la villa Federmann, Elsa Méndez, abrigada hasta el euello, se despedía de Marta. Había implorado por Ibáñez. Sentía gran sentimiento por aquel Armando tan soñador, tan poeta. Y Marta en el ceceo de su gracia, evadía, cambiaba el tema, guiñando los ojos.

—He estado como deseaba—replicó Marta, en el momento de besar a Elsa para decirle adiós.

Y Armando Ibáñez, en su vértigo de ideas, se había detenido un momento, tranquilo, a pensar en aquella Elsa tan distinta, tan suave, y a quien hubiera podido amar. Por un instante acarició aquel proyecto. Qué distinto hubiera sido. Pero ella ahora no aceptaría. Lo tomaría como obra del despecho; no creería en sus palabras. Además, decía revolviéndose, su amor iba a aparecer ligero, mentido, y hasta lo exhibiría como un limosnero de amor. No. Marta o nadie. Fué su última idea aquella noche, porque pronto se quedó dormido.

La lluvia hacía su ronda de agua por las calles.

VII

Por muchos días, Armando Ibáñez dejó de frecuentar su círculo. Consagrado de nuevo al trabajo, se había propuesto olvidar lo que él consideraba una fatalidad del amor. Incapaz de renunciar a su manera de ser; negándose en absoluto a seguir las prácticas y máximas que continuamente veía y le enseñaban sus amigos; es decír: el amor por arte, por sport, sin que intervenga nunca el sentimiento; sitiando la mujer fríamente, aunque aparentando pasión; teniendo el fracaso como un incidente cualquiera; las palabras como escarceos livianos con las cuales se rinde mejor la mujer; la habilidad para tantear el terreno; las infinitas artimañas y medios de que se valen, para hacer del amor como un arte de guerra, compuesto de retiradas, ataques, escaramuzas, hasta obtener victoria; proscribiendo del amor las antiguas pamplinas de las tristezas, artefactos románticos ya inservibles; con todo lo cual se ha venido a hacer de él, no ya un sentimiento, sino un arte; no ya la causa inmediata que antes ceñía la cimera al paladín y la inspiración al poeta, sino más bien un simple trasto, un objeto cualquiera, sólo aceptable porque con él se obtiene un halago que satisface la vanidad o sirve de medio para exprimir toda la voluptuosidad de un beso, de una mirada, de una sonrisa, o de algo más, obtenido en las complacientes penumbras del cine, alcahuetas maravillosas de los flirteos modernos.

No. No quería el amor así. Amor de tennis, y carreras de caballos que se limitan a una tarde, a un instante, a un incidente cualquiera. Amor que no satisface el alma y que considera a la mujer como yegua briosa, a la que es suficiente un latigazo para hacerla relinchar. Hasta cierto punto, para Armando Ibáñez, la mujer había vuelto a su estado primitivo, es decir, a ser simplemente un instrumento de placer, un arpa de lujuria, que se debe pulsar con ardor. Y veía más aún; ella, de sí propio, había renunciado al endiosamiento de los días caballerescos. Con el retorno de la belleza pagana, la mujer había vuelto al concepto de bestia. Los momentos aquellos en que el hombre con gesto de trovero, rozaba, al saludarla, el suelo con la pluma del bicornio; los momentos en que ella era penate amable y risueño de lo íntimo; cuando una idealidad adorable la envolvía; y en que el hombre, cualquier

que fuese, con la diestra en el corazón y la siniestra en el pomo de la espada, juraba defender y ejecutar la fazaña en nombre de la amada; los otros días, en que, proscritos los estadios del torneo, se guardaba como en sagrario inviolable, en el pensamiento, la faz de la mujer, habían pasado. Ella misma renunciaba a ese dón; ella se arrancaba para pisotearla, la guirnalda blanca que ceñía sus sienes desde los días feudales. Proscrito el pudor; en triunfo la concupicencia; arrojadas, pisoteadas, estaban las virtudes candorosas de la doncella antigua. Aquel Julio Alvarez estaba frente a él para proclamarlo, satisfecho de sus innúmeras conquistas, con sus máximas groseras que eran pura realidad; con su mano siempre presta a hurgar en los senos de cualquiera. Tales cosas no congeniaban con la delicadeza instintiva de Ibáñez, quien las rechazaba con repugnancia y sentía asco de aquellos arrebatos brutales.

Y no era que pensara contra la redención de la mujer de toda esclavitud. Aplaudía aquel esfuerzo de la voluntad y del carácter; aquellas tendencias avasallantes hacia una emancipación definitiva. Pero esa lucha—según Ibáñez—no excluía la virtud; ella no proclamaba la desvergüenza. La mujer de hoy con todas sus libertades y todas sus conquistas, debía seguir siendo casta y sencilla, no impúdica. Ganaba en una cosa y perdía en otra, viniendo a ser inútil su esfuerzo; porque conquistada la libertad individual y transformándose en bestia de capricho, en objeto de placer bestial, pierde su realce, achica su mérito, es igual a una pantera errante por los bosques, apta para procurarse su vida y la de sus cachorros y dispuesta a dejarse violar por cualquier macho en las soledades de la selva.

Aquella mañana que encontramos nuevamente a nuestro héroe entregado a sus meditaciones, que cualquier muchacha de hoy llamará ascéticas, si no cursis, Alberto Silva había regresado a La Guaira, residencia de sus negocios. La conferencia convenida entre ellos para que Silva sondeara el ánimo de Marta, no se efectuó, dado que Ibañez, en su inquietud vacilante, impelido por la duda a andar de prisa, resolvió zanjar la cuestión por sí mismo, cuestión tan deplorablemente resuelta la noche que patinaron en el jardín.

La ausencia pues de aquel amigo, privaba a Ibáñez del más firme sostén en aquella nueva crísis de su espíritu. Acallada la inquietud, le había quedado un dolor íntimo, sereno, solitario, de esos que abruman cuando la herida sangra en silencio, y sin bálsamos posibles para aliviarla. Las charlas fraternas de Silva en verdad que le hacían falta.

Reconocía Ibáñez, que su carácter lo hacía muy infeliz, porque vivía en completo desacuerdo con la época. Infelicidad que aumentaba al reconocer también su incapacidad para modificarlo. Pero lo que más la abrumaba, eran las palabras de Alvarez, fijas en su mente de manera implacable. No podía tolerar la idea de que, si él hubiera procedido de otra manera con la mujer que amaba, no habría sufrido tal desengaño, no habría saboreado la hiel del abandono.

Eran éstas las ideas de Ibáñez aquella mañana, sentado ante su mesa de trabajo. Las huellas de un insomnio cruel, de una tristeza invencible, sellaban su rostro. La palidez de su frente se acentuaba aún más, fruncida ligeramente por un ceño doloroso; se habían hundido sus mejillas, enflaquecido su cuerpo, y la cabeza, incapaz de erguirla, se inclinaba como agobiada por el peso de la quimera idealista cuyas alas se le rompieran al abrirlas.

Llegó Julio Alvarez.

—¿Qué te haces ahora?—preguntó.

—Trabajo—respondió Armando.

—El trabajo es para los animales. Lo grato de la vida es la molicie aderezada con amoríos y con fiestas—aseguró en tono burlón, Julio Alvarez, alzando el índice encorvado sobre los otros dedos, para trazar un círculo en el aire. Miró el reloj. Bajó la cabeza. Se puso la mano en la barba, actitud muy habitual en él, y luego, sonreído, agregó:

—Sabes? Tengo una muchacha. Estoy estudiando el asunto..... No sé todavía.....; estoy viendo....., yo creo.....

Armando Ibáñez lo oía atentamente, fijando sus ojos animados por una expresión dolorosa y serena en aquel Alvarez, por quien la conociera y por quien ahora renegaba de tal momento.

—Es linda—continuó Alvarez, después de un nuevo intervalo. Se le hacía difícil la confesión. Movió la cabeza forcejeando por hallar un calificativo suficientemente exacto y expresivo. Al fin creyó encontrarlo.

—Un bombón—dijo llevándose la mano a la boca en ademán patético, ademán muy habitual en él.

—¿Y cómo se llama?—preguntó Armando. Julio vaciló. Decidido al fin, dijo:

Hilda!.....

Moderó la voz, e inclinándose sobre Ibáñez, como si temiera que le oyeran a pesar de la soledad del sitio, prosiguió:

—Sucede que esta muchacha no me saludaba antes, así se tropezara conmigo en el pasillo más angosto del teatro. Su antipatía era más que manifiesta.

—Indudablemente—interrumpió Ibáñez.

Alvarez se rió con risa más ingenua que de costumbre. Hubo otra pausa.

—De muchos días para acá—prosiguió—su antipatía se ha convertido en amabilidad. Se ríe conmigo, y una vez que me la encontré en el tranvía de El Paraíso me llenó de asombro al decirme, que deseaba tener la romanza *O mío Fernando*. Se la hice copiar..... No es que esté enamorado..... Es una cortesía. .... No creo que vaya a tomarlo por lo otro. No te parece?

—En absoluto—respondió Ibáñez.

Alvarez se volvió a reír.

—Esta mañana—la voz de Alvarez era casi ininteligible—fuí como de costumbre a El Paraíso para leer la prensa. Me senté en un banco, junto a Páez. Y la ví paseándose por la plaza en compañía de una amiga.

Interrumpió la narración para emitir un juicio tan sorprendente, cuanto que era por primera vez favorable.

—Es una artista esta muchacha.

Luego reanudó el hilo de su historia:

—A poco se acercó a mí, y me pidió *El Nuevo Diario* y fué a sentarse en un banco, enfrente. Un momento después volvió a pedirme un lápiz, para copiar, me dijo, unos versos de Andrés Mata, el cual lápiz le dí con el mayor gusto; y, como las mujeres no leen sino las «Notas Sociales», me devolvió seguidamente el periódico. No habían pasado diez minutos cuando regresó nuevamente.....

—A devolverte el lápiz—terminó Ibáñez.

—Sí. A devolvérmelo. Ese era el pretexto; pero llegó un amigo de ella, que creo enamorado también, un imbécil, que me revienta por lo mismo, y se puso a conversar idioteces. Así es que no pude aprovechar ocasión tan única.

En seguida se desvió del tema para enunciar una de sus teorías:

—Lo mejor para obtener éxito con las mujeres, es ser indiferente con ellas y sus artimañas. Uno no debe enamorarse sino dejar que ellas se enamoren de úno. Esta indiferencia las intriga, porque su vanidad.....

La admirable confidencia se interrumpió con la llegada de Gerardo Rojas y Andrés Porras, quienes iban también a saber de Ibáñez.

Las entradas de Gerardo Rojas eran siempre serenas. Llegaba poseído de una gran calma. Pero en el curso de la conversación, sus nervios iban en movimiento creciente hasta estallar en ruidosas carcajadas y sacudimientos bruscos, que terminaban frecuentemente con la caída de los pulcros lentes que portaba. Entonces los limpiaba lentamente, con ademán docto, viendo hacia abajo, como si escuchara en el foro la réplica del adversario. Hacía un tiempo que Rojas cambiara los cristales elípticos, por otros engastados en marcos de carey, debido a las continuas quebraduras que sufrían sus lentes.

Se preciaba Rojas de ser un gran positivista, enemigo de quimeras, decidido adversario de todo lo que fuera idealismo, donde se excluyera, lo que a fuer de Rojas constituía la verdad real y segura.

Era pues enemigo de religiones, no como Alvarez, por indiferencia o por ser incapaz de creer en cosas que no constituyen un placer material, sino por convicciones, por asiduas lecturas de los grandes impíos. No creía en el amor, no como Alvarez, que sólo lo hacía por jactancia y porque entendía el amor a su manera, sino porque su espíritu fuerte y enérgico no congeniaba con semejantes pamplinas. Si tenía novia era a su manera, por tenerla. A eso se limitaba todo. Sin embargo, había veces que no desdeñaba escribir cartas de amor, bastante sentimentales, las cuales leía a Armando Ibáñez, cartas en las que gustaba usar de la metáfora erudita. Diríase que hasta su manera de hacer el amor era académica.

Con todo, Gerardo Rojas era un amigo leal e insustituible. Armando Ibáñez había encontrado siempre una lealtad firme, una fidelidad admirable, en aquel carácter fuerte como de roca, casi áspero, pero noble. En esa roca no crecían flores, mas sí el limo húmedo y verde, que tolera porque la viste y la exorna con galas de terciopelo.

Al consejo de aquel amigo recurría siempre Ibáñez, que sabía dárselo con la sinceridad de los que no guía ningún interés; acompañado de apreciaciones verdaderas, incontestablemente ciertas, dichas con la precisión de los que no están influidos por el sentimiento, sino por la razón; de los que no se dejan seducir con espejismos de luz o ilusiones de panoramas. El confinaba toda la belleza en la verdad evidente que traducía con la aspereza brusca pero hermosa de sus palabras.

Armando Ibáñez no encontraba en él la burla con que siempre dardeaba Julio Alvarez, sino al verdadero amigo, que tuvo por suyos los placeres y los dolores, las ofensas y

las luchas del amigo. De aquí que, Armando Ibáñez tuviera especial predilección por este Gerardo Rojas tan noble y talentudo como escéptico y nervioso era.

En la narración de esta historia hemos pasado por alto las conversaciones que Ibáñez tuviera con Rojas acerca de su funesto amor; para evitar desvíos inútiles que harían más pesado y largo su proceso. Así es, que cuando Rojas entrara a la redacción de Ibáñez para saber de su vida, sabía ya cuál era la causa del retraimiento de éste e iba armado con todas las armas de su dialéctica, para abatir los leves muros levantados por el idealista amigo.

Andrés Porras era una especie de término medio entre el carácter de Julio Alvarez y el de Gerardo Rojas. Pero su diferencia esencial consistía—diferencia inmensa—en que se había trazado una línea de conducta inamovible. Su horizonte interno no abarcaba más allá de lo que estaba a su alcance. Ninguna inquietud, ninguna ambición lo turbaban; ningún ideal lo consumía. Era miope, miope de espíritu.

Veía desfilar ante sí pasiones e ideas con una indiferencia suma. Acaso fuera esta indiferencia hasta cierto punto como una imposición de su lengua, no torpe, sino enredada. Hablaba uniendo las palabras, y con una presteza tal, que era preciso acostumbrarse a oírlo para comprenderlo. Cuando tomaba parte en una charla, su lengua adquiría velocidad de relámpago. Entre ésta y su espíritu había la diferencia que existe de la inquietud a la calma. A pesar de sus veinticinco años, había adquirido una serenidad admirable, desconocedor de turbaciones, ajena de ambición. Sabía vivir en una quietud feliz, y sólo se apreciaban sus dotes intelectuales cuando se aventuraba en una discusión científica. Pero estas dotes estaban achicadas por su manera de pensar. Sus ideas eran incapaces del vuelo. Eran pedestres.

Entre aquellos amigos los temas más frecuentes eran la religión y el amor. Había de continuo entre ellos como un ejercicio dialéctico en que pugnaban, armándose de todos los argumentos, la quimera, el ideal y la burla; la razón geométrica y exacta, y el sofisma engañoso y pueril. Argumentos líricos los de Armando Ibáñez, parecían quebrarse ante las catapultas de Gerardo Rojas o las saetas agudas de Alvarez o las piedras que lanzaba Andrés Porras en sus vocablos enredados e implacables. Implacables porque eran inamovibles.

Las ideas se arraigaban en Andrés Porras como las rocas en el fondo de los ríos. En vano canta el agua sobre

ellas invitándolas a seguir, hablándoles de parajes más floridos, de lechos de arena más mullidos. Allí se quedan.

Andrés Porras era de esos individuos que casi no discuten, porque creen que nadie puede cambiar sus convicciones; que lo miran todo con indiferencia, hasta los sucesos más grandes, porque se imaginan que ellos no cambiarán en nada el curso del mundo que quieren que exista.

Tenía Porras las ideas de Julio Alvarez y los argumentos de Gerardo Rojas. Pero no recurría como ellos ni a la burla ni a la frase brutal. En su desdén tenía cierta piedad para los que no pensaban como él. Acaso era esto consecuencia de su encastillado egoísmo. Su réplica era la menos hiriente, porque sus palabras más serias eran risueñas, y pugnaban en su fondo casi por brotar el consuelo o la insinuación amable, antes que la réplica dura y áspera.

Los cuatro caracteres tan diversos que la amistad ataba, debían, pues, percibir de modo diferentísimo las cosas y los sentimientos. Pero la parte contraria verdadera era Armando Ibáñez; porque los demás, con las diferencias que el carácter imprime a las ideas, en el fondo de ellos eran las mismas.

Reunidos los cuatro, aquella mañana, como los hemos visto llegar, cayó naturalmente el tema sobre el amor de Armando Ibáñez, cuyo arrebato pasional los sorprendía y desconcertaba.

No concebían que un hombre del siglo actual, pudiera revivir lo que ellos consideraban como hábito de un tiempo lejano y en manera alguna verdadero. Les sorprendía, que aquel Ibáñez, tan quitado de mujeres, apareciera de la noche a la mañana envuelto entre las llamas fulgurantes de una pasión, apresado y gimiendo bajo la tortura de su garra cruel.

Habían llegado allí para tratar de disuadir a Ibáñez; para obligarlo a abandonar un sentimiento tan inútil como imposible.

Armando Ibáñez, apoyando un brazo sobre la mesa y el otro descansando sobre el muslo derecho, se volvía hacia ellos. Julio Alvarez, simulando vejez y cansancio, se sentaba de piernas abiertas en el extremo de la mesa; Andrés Porras había arrimado un sillón de vaqueta que hacía tiempo estaba relegado a un rincón, y Gerardo Rojas, de piernas cruzadas, jugando con un fuete, sentado entre Ibáñez y Porras, había limpiado ya por tercera vez sus lentes.

Hablaban del amor.

Gerardo Rojas se expresaba doctamente:

—Para mí tales amores no son más que una enfermedad cerebral. El concepto de Nietszche prevalece como la sola verdad. No hay sino un engaño de la naturaleza. Amor espiritual no puede existir, porque es una aberración. El objeto inmediato del amor es la posesión de la mujer. Cuando el hombre no puede lograr eso, se truecan los sentimientos, y todo el deseo se acumula entonces en ese lirismo incomprensible y absurdo. La fuerza de la pasión se concentra en el cerebro que forja tales idealismos para llenar una necesidad. Tal amor no es sino la posesión platónica de la mujer. Schopenhauer habla admirablemente sobre esto. El amor es pura ilusión; él no es sino la estrategia de que se vale la naturaleza para lograr sus fines. Cuando ese fin no se logra, es este dolor que agobia a Ibáñez; el mismo que hizo gemir a Petrarca.

Rojas hablaba acentuando las palabras, y acompañaba su discurso con inclinaciones de cabeza, como si así pretendiera darle mayor fuerza a la expresión de sus ideas.

Julio Alvarez esbozaba su eterna sonrisa irónica. No tardó en deslizar su concepto:

—No es posible un amor semejante; porque es una mentira. Si a la mujer más casta le dijeran que su novio es castrado, inmediatamente rechazaría tal elemento como incapaz de cumplir con su deber.—Y volviéndose a Armando Ibáñez preguntóle:—¿La amarías tú así si te dijeran una cosa análoga de ella?

Andrés Porras intervino ruidosamente:

—Para qué? Con qué objeto? El amor tiene su origen en la codicia sexual. Ningún enamorado vé en el otro sino la especie que representa. Nadie amaría así, porque el placer, que es el fin de todo amor, quedaría excluido.

—La mujer perdona todo, menos la timidez—resumió Julio Alvarez.

Gerardo Rojas se calaba los lentes para hablar:

—¿Cómo es posible, que un hombre se empeñe en hacer de una basura una flor? Por más que quiera, nunca será otra cosa que basura. Nietszche ha dicho: el amor está en nosotros. Se alimenta de orgullo, nos hace ver azules paraísos y terríficos infiernos. Esto es vulgar, querido Ibáñez, pero es así. El amor está en nosotros, repito con Nitszche, y los ojos de la novia son *el pretexto* de nuestro dolor. Y aunque tema enojar a Armando, le digo, que

Marta no es sino un insignificante animalillo..... Nietszche no es muy amable que se diga—añadió sonriendo.

Julio Alvarez le quitó la palabra a Andrés Porras que no pudo hablar:

—Sin detalles, sin antecedentes no puede existir el amor. Este nace de la costumbre. De otro modo es inconcebible, es una idiotez. Uno debe insinuarse a las mujeres, y en manera alguna demostrarles que se está enamorado. Las mujeres no gustan de los hombres tristes. El libertino hallará siempre buena acogida. Tanto así, que ningún borracho es cornudo. La mujer teme a ése, le agrada. Un hombre con queridas será más grato a las mujeres que un monógamo. Aparentarán ellas celos, disgustos; pero adentro, en su interior, sienten orgullo de su hombre. Por lo general, los hombres correctos encuentran mujeres infieles.

—Sí—interrumpió Andrés Porras—saben a la hora que llega el marido y pueden engañar, pueden burlarlo. Uno que llegue a cualquiera hora no podrá ser nunca cómplice de su mujer.

—Exacto. Una sabia en amor—afirmó Alvarez,—mujer casada que me quiso y la cual está hoy en un lazareto, me explicaba cómo era de fastidiosa y pesada la corrección del hombre; y la voluptuosidad inexplicable que las domina siempre, amando a un juerguista.

—Están allí los toreros y los artistas para decirlo—aseguró Andrés Porras.

—Pero en fin, concretemos la cuestión—hablaba Rojas—¿qué placer encuentra un hombre en un amor semejante, desprovisto de caricias, resumido en ese platonismo absurdo, enfermo? Si la mujer no nos quiere, busquemos otra, hay muchas. Mejores. Yo no sé tampoco por qué Ibáñez quiere de esa manera a una muchacha que no tiene ni el incitante de sus formas; flacucha, delgada, frívola. No hay aquí más que un morbo fatal; un empecinamiento estulto; un rebajamiento del hombre. No me parece digna de un amor así, ni mucho menos.....

Hubo una pausa. Julio Alvarez se sonreía satisfecho. Se acordaba de la rosa que Marta le diera, la noche de Lucía.

—Simpática—continuó Rojas—pero nada más.

—Lo que hizo perder a Ibáñez la partida, fué que no estuvo a la altura de las circunstancias durante la escena del jardín—dijo riéndose, con risa de sátiro viejo, Julio Alvarez.

Ibáñez quiso protestar.

—Nosotros lo sabemos ya—exclamaron a coro. Lo sabían por Julio Alvarez, dispuesto como ninguno para tales relatos.

—Es evidente—dijo Andrés Porras, con más precipitación que nunca,—que cuando una mujer da tales manifestaciones a un hombre, es porque lo desea; si éste, ya por romanticismo o bien por timidez no aprovecha la ocasión, está perdido sin remedio. La mujer no lo querrá ya más. Armando, deja esto, ¿por qué gastas tus energías en semejantes locuras?—terminó Porras dando a sus palabras un acento cariñoso.

—Otra cosa—volvió a decir Alvarez—contra estos romanticismas no hay sino un remedio que yo le propongo a Ibáñez: la lujuria. Hembra, hembra y hembra, y cualquier tristeza se desvanece.

Armando Ibáñez había escuchado imperturbable la tremenda carga. A medida que hablaban sus contendores, indeliberadamente congregados para discutir en presencia del sentimental amigo tan arduo tema, los había ido escuchando atenta, serenamente, clavando sus miradas en los disertos y experimentados interlocutores. Cuando Alvarez dijo su última palabra, abandonando su mutismo, primero tranquilo y luego arrebatadamente, en medio del silencio y la atención general de los que esperaban la ansiada réplica, habló así:

—Ustedes hablan, no sé si por fingir una idea que no tienen o por hacerme desistir de una cosa que llaman absurda. Desgraciadamente, lo primero no es cierto y lo segundo es imposible. Ustedes hacen alarde de pisotear lo que es más puro en la vida. No han hablado sino para proclamar el triunfo de la vulgaridad; de la materia sobre el espíritu; de lo que tiene garras sobre lo que ostenta alas. Yo me opongo a tales ideas, porque si son las de la mayoria, en cambio no son la verdad. La misma argumentación de Uds. flaquea y se deja ver los claros. No tengo de mi parte argumentos reales sino abstractos; mis ideas no descansan en el razonamiento que muchas veces alucina, sino en el sentimiento que impera y domina. El sentimiento es para mí más poderoso que la razón; aquél obedece casi siempre a despecho de aquélla. Al decir Rojas, no me parece digna de un amor así, ha confesado que tal amor puede existir; que si el ídolo no merece el culto, en cambio lo hay. Tales ideas no son sino producto de una literatura que sí puede llamarse enferma, enferma de lujuria, enferma sin alma. Ella es podre sola..... —Cada

época está caracterizada por una idea y un sentimiento. La nuestra, que ha recogido la herencia de muchos siglos de civilización, tiene la desgracia de estar imbuída en esa frivolidad tan miserable como baja. Uds. ponen a la mujer en estado de bestia. No es verdad. Las podrá haber así, como hay también hombres incapaces de una delicadeza; pero no todas poséen semejantes creencias; no todas sienten igual. El mundo ha probado ahora, que ése no es el estado natural del hombre; que si tales ideas pueden llegar a prevalecer en las sociedades, ellas no son más que el resultado de una molicie extremada, de un refinamiento culpable. Europa estaba entregada al placer, y hé aquí, que los modernos sibaritas; las nuevas cortesanas; han abandonado de pronto sus lechos muelles y sus estancias de placer; los únos para dar su sangre por una idea puramente convencional; las otras para estar en los campos de batalla y cernirse sobre ellos en blancas palpitaciones de amor. En este punto la virtud humana ha adquirido mayor fuerza. Los soldados de Siracusa que reclamaban dos colchones y se negaron a batirse por cobardía y pereza, no han encontrado ejemplo; y los antiguos lechuguinos, con el arma al hombro y el lodo hasta las rodillas, vigilan en noches lóbregas el campo cubierto de sangre y nieve donde se guarece el enemigo. Las ideas disolutas han desaparecido, y la humanidad se ha ceñido nuevamente la toga austera de los días castellanos.

—Eso es otra cosa—repuso Julio Alvarez.

—Es lo mismo—continuó Ibáñez—porque la disolución y el frenesí de la orgía embotan y hacen perder al hombre las ideas más nobles y altas. Los pueblos, cuando llegan a no tener más ideal que la cortesana entregando su desnudez entre las sábanas del lecho, pierden su fuerza, y el relajamiento de las costumbres conduce sin remedio a la abyección y al servilismo. La epopeya caballeresca de los días medioevales se asentó en la austeridad de los hábitos; la destreza que impulsó el brazo en los torneos y dió aliento para empresas formidables, tuvo su origen en la soledad feudal; y el florecimiento de las artes, en el período del Renacimiento que alegró al mundo y lo inundó con júbilos de auroras, provino de la preparación ascética que el cristianismo impuso sobre la tierra. Los períodos disolutos de la historia trajeron como consecuencia la decadencia de las artes y el agotamiento de la producción intelectual. La orgía romana ceñida de flores y plena con músicas de cítaras y sones de arpas, fué

la causa del período caótico en que dominó la lanza del bárbaro, y asilo de la ciencia fué la humilde celda de los monjes.

—Lo que discutimos es que la mujer y el hombre sólo se aman por el sexo—interrumpió Andrés Porras.

—Nadie discute esa cuestión—replicó Armando.—Pero sobre esa realidad final existe una llama impalpable de ternura que alumbra los idilios. El momento inefable en que nos hundimos, contemplando los ojos de la novia, no lo dicta precisamente la burda tosquedad que Uds. proclaman. Ni producen ellos, como dice Rojas, dolor y dolor.

—A un Julio Alvarez que me escucha y que tan triste concepto tiene de la mujer, yo le preguntaría si él niega también la santidad de su madre o la pureza de su hermana. Hé ahí la gran cuestión. Al hablar de la mujer de esa manera, no se acuerdan Uds. de las que nos son sagradas. Si ese concepto es tan firme y tan universal como quieren hacerlo ver, no tendrían motivo para saborear la bondad del regazo materno ni la dulce caricia de la hermana; ni viéramos con dolor hacia las tumbas de las que se nos han muerto. Sería monstruoso que también creyeran que tales virtudes son una mentira.

Armando, fatigado, se detuvo unos momentos. Aprovechando esta pausa lo interrumpió Gerardo Rojas:

—Te has desviado de la discusión en tu discurso. Dinos: ¿por qué amas así a una mujer, que no solamente rechaza tal amor sino que te incita a que la quieras de otra manera?

—Porque es sencillamente mi manera de amar. He buscado la novia ideal, la mujer que fuera realmente virgen por su alma. Al darme cuenta de que me he engañado o de que es imposible transformarla, he renunciado, o mejor, no es que haya renunciado, sino que quiero olvidar. No puedo querer de otra manera; y ningún encanto tiene para mí una que es igual a las que se pagan. No quiero en ella una mujer, la quiero por ella misma, por su aspecto; por lo que simboliza su cuerpo tan blanco como las hojas de un lirio; porque fué la que hallé; porque hoy quiero más el amor que le tengo que a ella misma. La amo. Amo sus cabellos con el mismo sentimiento con que amamos el oro del sol. Yo sabré vestirla con las galas de mi ideal.

Estaba muy agitado. Con mayor exaltación continuó:

—Existe otro amor que no es el inspirado por la carne. Otro más hermoso, más duradero y menos brutal, porque

es sublime. Es lo que nos diferencia de las bestias; si como ellas no tenemos más que la necesidad puramente animal, de que sólo obedecemos a una necesidad fisiológica, desdigamos entonces de que somos hombres. Cuando el amor se reduce a un deseo carnal, éste muere al satisfacerse. Hay otros que viven a despecho de aquel. Hay otro que sabe vivir de puro sublime a despecho del propio desdén. El sentimiento es lo que nos aleja más del estado animal.

—El sexo, el aspecto físico atrae y une. Nada más—desenredó Andrés Porras.

—El objeto final del amor es la unión sexual. Sin ese complemento no tiene objeto porque es lo humano. Ninguna quiere sino por ese instante que aguarda—concluyó Julio Alvarez.

—No es que no sea el objeto final—volvió a decir Armando—pero se debe descartar ese objeto, no como innecesario, sino para poder sentir el amor buenamente. Además, si es el fin irremediable, ¿por qué adorar su brutalidad? Por que no excluirla mientras soñamos?

—Yo no sé por qué Armando da a eso tan sencillo un aspecto de tragedia—exclamó Rojas.

—No quiero yo, Rojas, dárselo. No es precisamente mi manera de ser lo que me abate y abisma en el dolor. Fueron otras manos las que me han herido y he de quejarme. Por lo demás, yo no puedo modificarme. Así seré mientras viva. Sostengo que no es el amor carnal lo único que agrada a las mujeres; y que ellas no son solamente vasos de sensualidad; algo más elevado, algo más digno contienen; algo que está sobre lo vulgar y lo humano. Si muchas son bestiales las hay también de pura alma.

—No. No hay espíritu. No somos más que carne. Medita y verás que tengo razón, y cambia tu manera de proceder—dijo Rojas levantándose para concluir.

Andrés Porras y Julio Alvarez se iban también. En los ojos de Alvarez había un asomo de tristeza al mirar a Armando. Este demandó aún como si quisiera detenerlos y muy sosegadamente, con melancolía:

—¿Por qué se sigue amando a una mujer cuando está lejos, si la causa inmediata, la atracción de los sexos, ha desaparecido?.....

Pero Rojas no contestó. Salía junto con Porras y Alvarez. Armando se quedó sólo. Sentía afición de aquella soledad.

Los otros iban alegres, felices. Acaso por primera vez en su vida sintió envidia. Y todas las ideas, todas las palabras de sus amigos caían lentamente sobre él, anonadándolo.

Se veía como en derrota; como acosado por aquella jauría de razonamientos formidables. En vano buscaba refugio. A su pobre amor lo contemplaba vergonzante, inútil. Debía esconderlo para que no lo insultaran más.

La imagen de Marta cobraba en su fantasía proporciones inverosímiles. Qué cándido era Armando Ibáñez! Sintió casi alegría de sentirse más bueno, mejor que los demás. Tuvo asco de aquella realidad. Su amor era bueno; debía conservarlo como una bandera, para desmentir tanto error; para que se abriera como una flor alba sobre el agua fangosa de un charco.

No me comprenden—pensaba.—Mi bondad debe ser cosa muy despreciable cuando así la insultan.

Sintió toda la soledad de su espíritu. La gran soledad de estar solo entre muchos. El aislamiento, que es más terrible que la muerte! Una melancolía inaudita cayó sobre él.

—Será verdad—decía—que todas son así? ¿No encontraré nunca una mujer que pueda entenderme?

Pero en medio de tan profundo desaliento, encontró en aquella su alma, tan llena de sentimientos, una luz. La arrancó de muy adentro. Afuera la llevaron manos vírgenes. Quiso hacerla visible, y al aparecer tal luz en su mente, su rostro pareció animarse de nueva vida.

Y entonces, bajo la emoción que tan hondamente sentía, se puso a escribir una página para Marta. Era una carta a una mujer, una carta que no hemos podido encontrar, que se extravió seguramente entre los papeles de Armando después de su muerte. En aquella página, especie de carta lírica, puso Ibáñez toda su alma, toda la emoción sentida en aquel momento, en la forma más elevada, en el más hermoso lenguaje. Cómo que escribía para ella sola; cómo que aquellos párrafos abrasados y ardientes eran un mensaje supremo de pasión.

Nunca tuvo Armando Ibáñez mayor elocuencia para expresar sus ideas, ni más poesía, ni giros más floridos, ni expresiones más justas para traducir un sentimiento.

Estaba arrebatado. La inspiración ceñía sus sienes. Todo el sentimiento se le hacía palabras. Todo su amor se le transformaba en música vibrante, ardorosa, divina. En las cuartillas ponía las flores rojas de su pasión.

Era el último llamamiento a una mujer. Apelaba a su último recurso. Quería ahondar en aquella alma Dejar una huella imborrable en su senda. Quería marcar su paso por la vida de aquella mujer; hacerla vibrar aunque fuera una sola vez, con su propio sentimiento, con aquella trémula llama de amor.

Si ella no respondía a aquel llamamiento; si ella permanecía inalterable, como bronce que se toca y no vibra; entonces era porque aquel cuerpo de delirio no abrigaba alma; porque sólo era materia sin sentimiento; porque era incapaz de sentir más emociones que las materiales. El iba a esperar por última vez.

En media hora estuvo aquella carta. Tocó un timbre para llamar al cajista. Momentos después mandaba a las cajas los originales. Aquella página debía salir en la noche.

Así fué, cómo Armando Ibáñez, animado de nueva esperanza, salió aquella mañana, ya muy tarde, de su oficina de redacción.

VIII

Era 22 de junio. Elsa Méndez estaba desde la tarde en la casa de Marta. Se ocupaban de combinar los vestidos que debían lucir en una próxima fiesta de caridad. Ante ellas, una modista ensayaba los modelos, luchando por hacer triunfar el más lujoso y caro. En medio del trajín, que ellas hacían afanosas, removían enormes blonduras de encajes y sedas, saqueando las cajas de la tendera, consultando y ensayando aplicaciones variadísimas que iban arrojando en la cama sin satisfacerse nunca. A ratos, una risa ahogada terminaba los períodos misteriosos y pícaros de la conversación. Un gigantesco perro lobo guardián insustituible de Marta, y al que llamaban Duckz, seguía jadeante, ostentando su gran lengua, los movimientos de su dueña alrededor de la alcoba.

—Y Armando?—preguntó Elsa.

—No ha vuelto. Según me dijo Julio Alvarez, la escena de la rosa estuvo a punto de volverlo loco.

—Es muy natural—respondió Elsa, riéndose.—Celedonio es un señor tremendo.

—Con toda franqueza—dijo Marta, después de reírse grandemente de las palabras de Elsa,—Julio Alvarez es un tipo de hombre que me encanta. Si yo pudiera sujetarlo.

Doña Rosa entró, interrumpiendo el nuevo comentario de risa que se iniciaba. En aquel momento, la modista ponderaba las ventajas de cierta tela para unas enaguas, las cuales debían quedar perfectas con unos encajes que caerían maravillosamente sobre cualquiera pierna ebúrnea. La modista se interrumpió para atender a la señora.

Traía doña Rosa en sus manos, nuevas piezas de telas brillantes y ostentosas.

Duckz se había echado mirando con sorpresa la maravilla esplendente de los colores.

Después de un corto debate, doña Rosa dió término al proceso que se ventilaba sobre las telas para los trajes, disponiendo que su hija iría vestida de azul. Un crespó chino azul pálido, obtuvo la victoria. A Marta le quedaba muy bien ese color. Elsa Méndez por su reciente luto no podía llevar sino un vestido negro.

La señora Federmann con su constante aspecto entre severo y bondadoso, después de dictar su veredicto, se retiró, cerrando la puerta tras sí. La modista, luego de recoger sus montañas de trapo, abandonó también la habitación.

Quedaron solas. Llenas de fatiga se dejaron caer en la cama. Se quedaron mirando frente a frente. Estaba oscureciendo. La habitación quedó en silencio. Ducks apenas las veía.

Unos minutos después, Elsa se levantó. Con la curiosidad característica de las mujeres, la señorita Méndez se había quedado con la última palabra de Marta.

Mientras se arreglaba el peinado descompuesto, preguntó:

—¿Qué decías tú de sujetar a Julio Alvarez?

—Ah!—respondió Marta, componiéndose una liga.—Que si Julio Alvarez no fuera tan loco y me comprendiera.....

—Alvarez no es capaz de enamorarse—interrumpió Elsa—mientras que Ibáñez, a más de estarlo, es muy superior.

—Yo no sé—dijo Marta.—Ibáñez empezó gustándome; pero esa manera de ser él tan triste, sumada a sus celos, no me seduce ni agrada.—Después agregó con firmeza.—Estoy decidída a no continuar eso.

Elsa trató de intervenir, pero Marta continuó:

—¿Sabes una cosa? Hay otro enamorado de mí.

—¿Quién?—inquirió Elsa con ansiedad.

—Es millonario y tiene cara de perro bul-dog. Supongo que ése no tendrá las mismas delicadezas de Ibáñez—continuó Marta, sin hacer caso de la pregunta de Elsa.

—Es una cualidad de muy pocos—afirmó ésta.

Marta prosiguió el relato de su nueva aventura:

—Se me declaró ayer en El Calvario. Tendría que reir. Es un hombre como de cuarenta y cinco años; pero con grandes caudales.

—¿Y cómo se llama? ¿Vas tú o aceptar un hombre que es casi un viejo?—demandó Elsa.

—Lo prefiero a Ibáñez.

—¿No me dices quién es?

—Se llama Fernando.

Grandes risas resonaron en el cuarto aquél, diminuto como un estuche.

—¿Fernando qué?

—Rells.

—¿Inglés?

—De origen inglés; pero nacido en España. Allá están sus propiedades. Sería yo una castellana.—Ella se pavoneó al decir estas últimas palabras.

Elsa miraba a Marta entre sonreída y asombrada. Marta continuó:

—Sabes que mi ideal de siempre fué viajar; y esta sería la única manera; porque papá tiene limitado el mundo a su fábrica y no querrá nunca llevarme.

—¿Y dónde te has puesto en ese Rells?—interrumpió Elsa.—¿Es un forastero, nó?

—Llegó el mes pasado. Viaja en un yatch por toda la América. Por cierto que me invitó a un té a bordo de su buque. Estoy encantada. Me lo presentó Luisa Linares, a quien creo chiflada por el viejo. No sospechaba ella que no hacía con eso más que perderlo. Sí, Elsa, deliro por arrastrar un boato por la Castellana y el Bosque de Bolonia.

—¿Y qué le has contestado?—Preguntó Elsa, más alarmada aún.

—Nada. Lo he dejado en la duda. Porque no contestarle, puede ser tanto un sí como un nó. Tengo que ver mis otros enamorados para ver si me decido. Demás está decirte que de ellos excluyo a Ibáñez.

Hablaba con impaciencia en aquel momento, y sin llevar hilo en su conversación, pasaba de una idea a otra, rápida, incoherentemente. Así prosiguió:

—Rells me ofreció venir mañana. No deja de tener gracia y espíritu el tal Rells. Por otra parte, lo que más me seduce es la libertad que me ofrece con sus millones.

—¿Crées tú que eso te hará feliz?—Interrogó Elsa.

—Al menos podré hacer lo que quiera. El capricho es mi dios. Tú lo sabes. Y todo se puede conseguir con el engaño.

Elsa Méndez hizo un gesto de sorpresa. Cuando iba a hablar, entró una criada para anunciarles que se las esperaba en la mesa. Estaban a oscuras porque se les había olvidado hacer luz. Después de arreglarse un poco ante el espejo, ambas se dirigieron al comedor.

El viejo Federmann, ostentando sus severas patillas rubias, se había sentado ya en compañía de doña Rosa que lo atendía solícita. La mirada del viejo se posó risueña en su hija. Después de la fábrica era lo que más quería en el mundo. Muy lejos estaba de sospecharla en medio de su idolatría tal como era. La creía incapaz de un defecto. Para él su hija era resumen de todas las perfecciones físicas y morales. Por eso, nunca se preocupó de averiguar los verdaderos sentimientos de Marta.

La comida transcurrió sin incidentes. Se habló de la próxima fiesta de caridad, donde tomaría parte el gran mundo caraqueño. De un número sorprendente por su originalidad que hasta allí se conservaba en el mayor secreto, y de otras muchas cosas sin importancia.

Después de comer y humeando aún las tazas de café, don Guillermo, como de costumbre, se puso a leer en la misma mesa, *El Diario*, periódico de la tarde que traía las últimas noticias de la guerra, y de cuya redacción formaba parte Armando Ibáñez.

Aquella noche, después de hojearlo, don Guillermo no se lo llevó como de costumbre a su cuarto, sino que lo puso sobre la mesa. Bostezó. Tenía que ir a una asamblea del Club, donde se iba a correr el escrutinio de un nuevo miembro. Aquel miembro era Rells.

No sin esfuerzo se levantó Federmann para salir. Después que despidió a su marido, doña Rosa fué a entregarse a su labor. Era una tejedora incansable. Al acaso cogió Marta el periódico.

—Veamos—dijo—si dice aquí algo del concierto.

Pasó su vista por el periódico. Leyó algo.

—Gonzalo Carnevali. ¿Tú lo conoces?—continuó.

—Sí, es muy joven—respondió Elsa—y escribe unos versos preciosos.

—Aquí hay unos de él. Un soneto. «Los veinte años».

Volvió nuevamente a seguir buscando.

—No dice nada—exclamó.—Qué fastidio!

De pronto hizo un gesto. En el centro, con el título en grandes letras, estaba la página de Ibáñez. Marta la recorrió con avidez.

—Aquí hay una cosa de Ibáñez—dijo encapotando la mirada.—Es una carta. Debe ser para mí. Sí, es para mí—exclamó al leer las primeras líneas.

Elsa Méndez se inclinó llena de curiosidad.

—Lee—dijo.

Marta comenzó a leer. Los párrafos vibrantes y llenos de pasión caían sobre ellas, que a la luz de la lámpara familiar unían sus cabezas rubias. Marta sintió primero risa. Luego, más seria, le dió mayor entonación a la llameante epístola. Las dos estaban silenciosas.

Al último párrafo, Marta se había puesto de piés. Su frivolidad, su indiferencia, estaban vencidas. Cuando terminó, hubo un silencio. La emoción las embargaba igualmente, acercando sus almas.

Marta quiso retirar el papel. Volvió a ver la firma de Ibáñez. Tiró el periódico; se reclinó sobre el hombro de Elsa como si quisiera hallar refugio en su turbación; se apretó contra el cuello, y, súbitamente, al ir hablar, rompió en un sollozo convulso y al mismo tiempo suave como una melodía doliente.

El alabastrino cuello se agitaba como si fuera a romperse.

Elsa, más asombrada que nunca ante aquella transformación súbita, trataba ahora de enjugar el llanto incontenible de su amiga.

Las lágrimas le cubrían la faz, enturbiándole los ojos como horizontes azotados de lluvia. El tocado se le había deshecho. La coqueta, la frívola, se bautizaba para el amor, ella misma, con el agua lustral que brota del corazón.

Hé ahí la roca, la roca que guarda en su entraña tesoro milagroso de agua. Puede estar muy adentro, puede aparentar que no existe, pero en lo más íntimo, ella guardará siempre una gota fecundadora de desiertos.

La arena más estéril y ardiente produce flores a su contacto. Los oásis ideales que abren sus frescuras a trechos, sobre la aridez calcinada, son hijos del llanto.

Acaso la roca de la que Moisés hizo brotar agua no sea más que un símbolo.

Casi siempre la propia dureza de que se jactan los humanos es sólo engaño. No falta sino que llegue el mago que ha de hacer brotar el rocío fecundo. La vara maravillosa es siempre el sentimiento. Es él quién conmueve y arrebata al agua de su entraña recóndita.

Y muy infeliz es el mortal a quien nunca tocaron esa entraña madre. Jamás habrá conocido la suprema emoción, ni el supremo éxtasis; porque será insensible ante las cosas grandes. Cuando éstas se hacen sentir arrancan siempre lágrimas; si no en forma visible, sí interiormente. Entonces caen como las nieblas en las cumbres, sobre el alma, y, como éstas, al primer rayo de sol, ruedan silenciosas, despeñadas e incontenibles, redimiendo o salvando.

No ocultéis vuestro llanto. No como avaros guardéis las perlas más ricas en cofre inaccesible y cerrado. Mostrad a todos la sublime riqueza que puso Dios en el pecho del hombre, para aplacar sed de justicia y de amor.

Que el chorro de agua que brotó de la roca, al conjuro del Profeta, salvando al pueblo israelista, esté siempre pronto a brotar de vosotros para mitigar vuestra propia sed. Porque el llanto salva y redime, como el agua de los ríos sobre los campos y como el agua lustral sobre las cabezas de los hombres.

Las frases de Armando Ibáñez habían llegado al corazón de Marta. Allá tenían su eco: hasta allá llegaban, para descorrer velos y mostrarle caminos floridos y rosadas visiones de ensueño.

—Entonces?—se aventuró a balbucir Elsa Méndez.

—Volverá?—preguntó Marta.

—Sí. ¿No te lo dice en esa página?

Marta se inclinaba toda adorable, toda turbada por el llanto. Deshecho el peinado, Elsa se lo había recogido atrás, desnudando las sienes y mostrando así la faz de la doncella, noblemente casta.

A la luz de la lámpara familiar parecía una dulce evocación de la tristeza de amor. Se sentía sumida en una dulce paz. Su pecho se agitaba por el sollozo como el

plumón de una paloma acongojada. Elsa sonreída la miraba, sintiendo contento de aquella resurrección. La veía elevarse desde muy abajo. Entre las palabras anteriores que había pronunciado Marta y el llanto que acababa de derramar, había como una cumbre. Elsa mientras sostenía a Marta, miraba con alegría la página bendita que había hecho el milagro.

Mientras esto sucedía en la villa, Julio Alvarez se acicalaba en su habitación cuidadosamente, mirándose en el espejo con ademán vanidoso. Se sentía satisfecho de sí mismo.

Sin escrúpulo alguno para sus conquistas de amor; siguiendo sus máximas de atender a cualquiera insinuación femenina que le agradara, se había hecho el propósito de enamorar a Marta, teniendo como llamado la rosa con que ella le adornara el ojal.

Aquella noche debía ir. Para nada entraba en sus cálculos la amistad que lo unía con Armando Ibáñez. El no podía desechar ningún triunfo que le ofreciera una mujer y estaba dispuesto a obtener de ésta como de muchas lo más posible.

Lamentó que la anchura de su cuerpo no le permitiera ceñirse el chaquet. Después de mirar si el último botón del chaleco estaba sin abrochar, se sacó cuidadosamente la punta del pañuelo que siempre llevaba colgada largamente. Pasóse el cepillo una vez más por la entrecana cabellera, y salió de prisa. Tomó un coche en el primer punto, y dió la dirección de la villa Federmann.

Al subir la escalinata cogió de los jarrones que la adornaban, una rosa igual a la que Marta le diera, y se la caló en el ojal. Momentos después se hacía anunciar.

—El señor Julio Alvarez—dijo el criado a las muchachas, quienes estaban aún silenciosas en la mesa del comedor.

Marta se estremeció.

—Que pase—dijo levantándose para recibirlo.

Julio Alvarez entró precipitadamente, saludando con gracia y gentileza. Quería estar lo más agradable posible.

Pasaron al mismo saloncillo donde Marta atendía sus visitas, cuando no era día de recibo; el saloncito donde se desarrolló la malhadada escena de la rosa.

Julio Alvarez se inclinaba para musitar la primera galantería, cuando Marta le interrumpió:

—¿Y Armando?

Alvarez creyó al principio que la pregunta era por ironía y burla; pero al fijar nuevamente sus miradas en el rostro de Marta, para contestarle también con sarcasmo, fué que vino a notar, no solamente que la pregunta se la hacían en serio sino en la huella de llanto que llevaba marcada en la cara.

Alvarez sorprendido se hizo atrás.

Marta volvió a interrogar:

—¿No ha visto usted la carta lírica de Armando, publicada esta noche?

—No. No la he visto—contestó Julio con desconcierto.

—Me ha hecho llorar.

—Seguro que quien habla fué la inspiradora—repuso Alvarez pasándose la mano por la barba, en una apostura burlona.

Marta se ruborizó. Y la sangre hizo florecer las rosas del amor en sus mejillas.

—Ud. la ha leído, Elsa?—preguntó Alvarez por decir algo.

—Sí. Juntas la hemos leído.

—Felices los escritores que saben llegar a lo más hondo. —Resumió Julio enarcando la frente en un gesto que provocaba risa.

¿No lo ha visto Ud. hoy?—continuó Marta, sin hacer caso de las actitudes burlescas de Alvarez.

—Esta mañana fuí a saber de él y lo encontré sumido en la melancolía de siempre.—Alvarez acentuó el «sumido». Apelaba a su gran recurso, la sátira, que llevaba más en los gestos que en las palabras. Por lo general éstas carecían de ingenio. Toda su fuerza estribaba en la manera de decir.

—Hablamos del amor,—y cambiando de tema al aludir a Ibáñez, prosiguió:

—Ibáñez debe casarse; tiene las cualidades necesarias para hacer ese papel: prendas morales. Y, aunque el mundo no las aprecia, las reconoce. Es además fiel.

Alvarez decía esto con visible burla; doblando las letras de las palabras para que adquirieran el verdadero sentido que él quería darles.

—Y qué decían del amor?—preguntó Elsa.

—Lo comentábamos. Unas niñas no podrían oírnos.

Todos se rieron.

—Los hombres enamorados son estupendos—volvió a decir Alvarez.

Y en oyendo esto, Marta se dirigió a un jarrón con violetas, y la blancura de su mano acarició por un momento la gala morada y fragante. Cogió algunas, y separándolas en dos ramilletes, fué hacia Alvarez.

Este, defraudado en sus esperanzas y propósitos de conquista, preparaba ya la retirada, que como hombre indiferente y experimentado tenía trazada, cuando cobró nuevo aliento al ver las violetas que le daba Marta. Mas, fué cuestión de momentos, porque ella, dándole unas, acompañó las otras, diciéndole:

—Estas para Armando.

Alvarez hizo una nueva mueca burlesca y dijo:

—Ah!—Y cogiéndolas se las guardó en el bolsillo. No era muy galante Alvarez.

Aquella noche, Armando Ibáñez queriendo estar solo, se dirigió como de costumbre a los lugares que lo vieron pasar junto a ella; allá por las afueras de la ciudad, desde cuyos sitios se dominaba toda la vasta y sinuosa curva de aleros y techumbres, y se percibía más lejos, la campiña avileña, no como en las tardes, envuelta en neblina azul sino negra y aquietada en la noche.

Hacía rato que discurría paseándose sobre el borde de hondonadas y quiebros de tierra, mirando las sendas por donde ella corriera. Aquellas cintas de tierra que cobraban ahora para él, la mudez elocuente de los sitios que se nos muestran, después que vivimos en ellos momentos de placer o dolor. Cuánta nostalgia había en ellas! Cómo se iban en la misma forma, sin que Marta las hollara ahora; sin que ella las poblara con su risa, con sus caprichos poéticos, con sus locuras y donaires.

Allí estaban las mismas hojas que ya no arrancaba ella para vestirse de primavera; allí se abrían las mismas flores que tapizaban la hondonada sobre la cual se amaron; aquellas flores que oyeron sus ternuras y que adornaron su talle. Allí el sitio donde se le cayó el pañuelo humedecido por sus labios. Allí en fin, el horizonte que copió sus ojos, y que, como los días de amor, ya no existía. La curva blanca de la senda continuaba impasible hiriendo el monte.

Esto sentía el mancebo mirando aquellos parajes, cuando vió iluminarse el monte con una gran llama. Se detuvo lleno de sorpresa.

Un enorme cinturón de fuego enjoyaba el horizonte. Se veían volar como dardos las mil astillas, fragmento de la cosa incendiada. Primero fué un vapor rojizo elevándose lleno de majestad y coloreando la tiniebla; luego brotó la lumbrareda implacable en forma de tea; después, el fuego apareció armonioso alzando triunfalmente su penacho devorador y trágico.

Bien pronto las torres clamaron con su voz de arrebato. Aquella voz pasaba sacudiendo el silencio del sitio. En verdad que el siniestro debía ser enorme dada la voracidad adquirida por el fuego. Ya no era una antorcha. Contorneando una vasta extensión, el fuego se fragmentaba en mil llamas vigorosas y trémulas. El incendio parecía crisparse como una garra en la entraña de la noche. Los bronces seguían lanzando sus acentos dolorosos, nuncios de tragedia.

Algunas veces se quebraba la armonía de una llama, como si el muro sostenedor se derrumbara, cambiándose en densa columna de humo que se elevaba solemne entre los resplandores magníficos. Todo el horizonte se contemplaba envuelto de púrpura, y a la luz siniestra y al mismo tiempo hermosa, se destacaban los bosques y sembrados lejanos. Del antro negro de la noche la luz hacía surgir una evocación de primavera.

Se adivinaban las convulsiones de muros y paredes forcejeando con el abrazo mortal de las llamas, entregándose al fin como doncellas vencidas por violadores implacables. Se percibía el furor frenético del fuego; su furia desencadenada y terrible. Se aventaban, se torcían los techos; y de los desplomes sangrientos surgían nuevas teas llameantes.

Ya el cerro comenzaba a envolverse como un monarca en aquel velámen soberbio; ya el humo se tendía como un arco nubloso y rojo, sobre los arbolados serenos; ya el cielo mismo adquiría tintes de incendio como en un atardecer magnífico. Y la crencha roja alargaba su pompa para ataviar toda la noche. La enorme hornada adquiría cada vez mayor vida, mayor fuerza, y la cinta ceñíase a la noche como un aderezo deslumbrante. Y en tanto, las torres seguían clamando en sus lenguas solemnes de bronce.

Armando Ibáñez, extático, contemplaba con horror aquel siniestro. Desde el sitio en que se hallaba no podía acudir al lugar de la catástrofe, porque llegaría cuando ya todo fuera pavesas. De pronto le asaltó una idea: la fábrica de don Guillermo Federmann.

A esta sospecha sintió su cuerpo estremecido de pena. En aquel paraje se enclavaba la fundición; era el único edi-

ficio importante donde pudiera producirse el incendio. Si este se había declarado en una de las casuchas vecinas que rodeaban la fábrica, había debido comunicarse a los grandes depósitos de sustancias inflamables que allí se encontraban. Desgraciadamente la hipótesis era muy cierta para poder dudar. Sí. Era en la fábrica el incendio.

Al principio, Armando dudó. Adónde iría? A la casa de Marta no podía ser. En el lugar del suceso no haría sino aumentar el número de curiosos. Al fin se decidió. Debía ir al hogar para testimoniar su sentimiento; para acompañar al viejo Federmann en aquellos momentos de plorables. Echó a correr. Parecía un loco. Al bajar por una pendiente estuvo a punto de embarrancarse. Jadeaba. En una esquina un policía lo detuvo. En breves palabras explicó la causa de su carrera, y, desasiéndose del guardia, continuó con mayor velocidad aún. Paró un coche que pasaba.

—A la villa Federmann—gritó.

Imposible analizar los pensamientos que se agolpaban en la mente de Ibáñez durante aquel trayecto. Sentía alegría porque iba a verla. Sentía miedo de sus lágrimas. Sentía terror de aquella ruina en que se hundía la casa de su amada.

En el momento en que Julio Alvarez se guardaba las violetas que le diera Marta, sonó el teléfono.

Elsa fué a ver quién llamaba. Hubo una pausa. Julio Alvarez se disponía a aprovechar el momento de soledad que le deparaba la fortuna, para lanzar su último ataque, cuando Elsa consternada entró nuevamente.

—Es una desgracia—dijo llevándose las manos a la frente.

Todos hicieron un movimiento. La primera idea que tuvieron, era que Ibáñez se había suicidado. Elsa muy pálida y temblorosa, con el rostro contraído, pugnaba por hablar.

—Qué sucede?—dijeron a dúo Marta y Alvarez, mientras la ansiedad se pintaba en sus rostros,

—Un incendio—exclamó Elsa—la fábrica de don Guillermo está ardiendo.

Marta pareció serenarse. El primer terror había pasado. Pero luego cayó nuevamente en otro. Sus manos más blancas que nunca se alzaron en ademán de súplica. Julio Alvarez parecía participar de aquel terror.

Con la rapidez que se trasmite una desgracia, llenando el ambiente, pesando en el aire con sello de tragedia y que sienten aún los que la ignoran, doña Rosa entró llena de angustia.

—Qué pasa?—preguntó.

Marta se arrojó en los brazos de su madre, diciéndole con voz casi imperceptible, el gran infortunio que se les iba encima.

Llegó un coche. Todos se precipitaron para ver al recién llegado. Era Armando Ibáñez.

Al verlo, casi se alegró Marta. Elsa le estrechó la mano. Marta sentía deseos de abrazarse a él como a un refugio.

—No sabe Ud. nada, Armando?—dijo con su voz más dulce.

Ibáñez contó, cómo viendo el incendio desde la parte alta de la ciudad y opuesta a la fábrica, se había imaginado dónde era el siniestro.

—Y don Guillermo?—preguntó.

En la gran espectación en que se encontraban, ninguno hallaba que hacer. La imagen del viejo estaba presente en todos; pero no sabían qué partido tomar.

—Guillermo debe estar en el club si no le han avisado ya. —Exclamó doña Rosa.

Armando Ibáñez invitó a Julio Alvarez para ir en busca de don Guillermo.

—Sí. Vaya Ud. Armando—dijo Marta.—Después de nosotras era la fábrica. Va a morirse de pesadumbre.

Armando estrechó la mano de Marta. Sin los momentos terribles que pasaban, su júbilo habría sido grande, porque en los ojos de Marta había leído el cambio verificado en ella.

Julio Alvarez silencioso y grave por primera vez; pero sin acertar a decir una palabra, salió con Ibáñez. Despidieron uno de los coches. Al subir en el otro, Julio Alvarez dijo:

—Tengo esto para tí.—Y le dió las violetas.

—Quién manda esto?

—Marta.

Ibáñez creía que eran bromas de Alvarez.

—Es cierto—insistió Alvarez.—Te las envía ella.

El coche rodaba en dirección al Club en busca de don Guillermo. Al llegar a la puerta del edificio vieron al viejo

rodeado de amigos, disponiéndose a salir para el lugar del siniestro.

Cuando vió a los dos jóvenes, don Guillermo preguntó:

—¿Lo saben todos ya?

Armando y Julio estrecharon la mano del viejo cuya cara dura y franca, pugnaba por ocultar su grande emoción.

Una inmensa fila de vehículos se dirigía al lugar del suceso. Las ambulancias de la Cruz Roja, las autoridades, masas de gente que corrían, y hasta mujeres mismas contentas y curiosas de la novedad. Una más lírica que las otras, al pasar junto a los hombres del club, gritó:

—Vamos a gozar del mismo placer de Nerón. Qué bella debe ser una ciudad ardiendo!

Don Guillermo siguió con la vista el carruaje donde iba la bella cruel.

Acompañado de un gran número de amigos, el viejo Federmann, se dirigió en automóvil a la fábrica. Estaba anonadado. Veía en lontananza días de miseria; todo el trabajo de su vida perdido; toda la noble ambición de su vejez desvanecida en un momento.

En el trayecto, Julio Alvarez y Armando Ibáñez iban en silencio. A Julio Alvarez le disgustaba mucho tener que asistir obligado por las circunstancias a aquella escena. Porque todo lo que era ingrato, no se avenía con su temperamento egoista y ávido de placer; todo lo que turbaba de algún modo su sonrisa le era profundamente antipático. Era incapaz de acompañar a un amigo en la desgracia. El, sólo estaba listo para colaborar en el júbilo del festín, en los días serenos de opulencia.

Estaba allí, porque las circunstancias lo habían obligado de una manera que no podía negarse, a ser espectador de la catástrofe. Por otra parte, tenía aún guardado en lo más íntimo, el resquemor que le produjera como un defraude a su orgullo, el reciente fracaso. A él, que se consideraba invencible con las mujeres!

Armando Ibáñez estaba profundamente afectado. Muy hondo se le había quedado la faz dolorida de Marta. Por primera vez la había visto triste. Y así, en su turbación, se le aparecía más adorable que nunca.

—Seguramente que los Federmann quedan arruinados —dijo Alvarez interrumpiendo el silencio.

Estas palabras le produjeron gran sensación a Ibáñez. Lo hirieron profundamente. Después pensó que aquella ruina lo acercaba más a Marta. En su filosofía, imagi-

naba que, adquiriendo un hogar tranquilo, un rincón amable y tibio, todos los hombres podían procurarse la dicha mejor del mundo; pensaba que podía casarse con Marta, ser felices, y, que la pérdida de la fortuna, no tendría más transcendencia que el dolor de los primeros momentos.

Habían llegado. La multitud elegante que acababa de abandonar las mesas de bacarat, descendía de sus carruajes, poblando de siluetas aristocráticas el pobre barrio obrero. En la sombra relucían las chisteras alumbradas por el fuego ya dominado, y del que sólo quedaba el resplandor de muros y techos, rojos como tizones, y elevando deforme, su montón de ruinas.

No se había salvado nada. Con teas y hachones se alumbraba la multitud silenciosa que curioseaba. Don Guillermo se irguió sobre las ruinas. Su alta estatura los dominaba a todos. Metidas las manos en los bolsillos del gabán, paseó su mirada de hombre fuerte sobre la vasta ruina de lo que era su orgullo.

Se informó de si no habían ocurrido desgracias personales. Al responderle negativamente, con voz serena y fuerte dijo:

—No se ha perdido nada; comenzaré otra vez.

Los guardias de la fábrica estaban ante él asustados, llevando en las pupilas la visión horrible del siniestro. Don Guillermo puso sus manos sobre el hombro de uno de ellos y le explicó:

—Tenemos que encontrar un local para instalar nuevamente la fundición. Buscaremos nuevas máquinas.

Preguntó si todas habían quedado destruidas. Todo estaba incendiado. El fuego había consumido hasta la más humilde herramienta.

Don Guillermo se detuvo un momento más para contemplar el desolado espectáculo que le ofrecía el destino. Ni siquiera preguntó sobre las causas del siniestro.

De piés, erguido, sin revelar la menor emoción, parecía un general contemplando por la noche el campo de batalla donde han destrozado su ejército.

Junto a él, se veía, siguiendo todos sus movimientos, un hombre pequeño, gordo y en cuya facha se adivinaba a un extranjero. Aquel hombre era Rells.

La actitud de don Guillermo producía los más variados comentarios en la enorme muchedumbre. Los clubmann inclinaban la cabeza, con esa elegancia mundana de los que se mantienen indiferentes ante todo, para hacer

sus comentarios. Un repórter de periódico tomaba notas a la luz de los tizones. Los policías ordenaban constantemente a la multitud. Las mujeres en los capacetes de los coches poblaban con su charla bulliciosa el lugar del siniestro. Unas, queriendo aparentar seriedad y distinción, se calaban los impertinentes por pura costumbre, para lucir mejor.

Don Guillermo con el sombrero en la mano, como si se descubriera ante una tumba, invitó a sus amigos para regresar. El cortejo pasó con su bullanga de motores. Aquel ruido era en la noche como una salva.

Armando Ibáñez y Julio Alvarez no habían despegado los labios, y ya en el coche, guardaron igual silencio.

Un cuarto de hora después, don Guillermo y algunos de sus amigos entre los cuales se hallaba Ibáñez y Alvarez, se apeaban ante la villa Federmann. Rells había vuelto al club con los demás.

Doña Rosa, Elsa y Marta se agolparon a recibirlo. Las tres temían más por la desesperación del pobre viejo que por la desgracia que acababa de sucederles; pero al verlo llegar sereno y entero, se sintieron como aliviadas de un peso enorme.

Doña Rosa lo tocaba para cerciorarse de que estaba vivo, y Marta se había colgado de uno de sus brazos. Don Guillermo se limitó a decir:

—Toda la fábrica se ha incendiado.

Sentáronse un momento los circunstantes como si regresaran de un entierro. Y a poco fueron abandonando lentamente el salón. Las luces temblaban como si fueran cirios. Armando Ibáñez y Julio Alvarez fueron los últimos en retirarse.

Don Guillermo había doblado su cabeza, abatiéndose en un sillón. Sentía extenuación del esfuerzo que había hecho para parecer imperturbable. Marta le acariciaba la frente. Era ya la media noche.

Cuando Alvarez e Ibáñez se dirigían a sus casas, uno dijo al otro:

—Me parece que esto decidirá tu asunto.

Armando no contestó.

FIN DE LA PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

Convalecen las almàs de las viejas heridas; y la melancolía, unge con el óleo de sus arcas, las frentes de los que sueñan y aman.

I

Amanecía. Marta estaba muy pálida, exangüe, en su lecho lleno de encajes. La fiebre la hostigaba, poniendo en su cuerpo huellas de púrpura.

A sus piés, se hallaba Elsa; a su lado, en un sillón, doña Rosa con el rostro entre las manos, mirábala a ratos, tristemente.

Las violentas emociones de la noche anterior habían quebrantado profundamente a Marta, abatiéndola con la fiebre. Era Marta, vaso harto frágil, presto a romperse con el más leve golpe.

En su despacho, don Guillermo, con la frente apoyada sobre la mesa llena de papeles, con los ojos secos, ojos que la edad había vuelto grises, parecía retener en sus pupilas fijas, inmóviles, el espectáculo de su fábrica incendiada. Luchaba por mantenerse fuerte, erguido en la desgracia; por recobrar los ímpetus que en otros días lo condujeran al éxito.

Había velado toda la noche. A su imaginación asomaba con terror, la idea, de que antaño pudo trabajar, porque la mitad del triunfo la halló en el amparo paterno. Ahora todo estaba destruido. Tenía que crear de la nada. La nueva empresa iba a apoyar sus columnas en el vacío.

Su pensamiento se detuvo en el lecho de su hija atormentada por la fiebre, y a don Guillermo le pareció que todas las desgracias querían mostrársele juntas. Los días de prosperidad habían terminado. Su rudo pecho de trabajador, cuya vida transcurrió siempre en paz, se sentía sorprendido con el peso de tanta congoja.

Sacudió la cabeza donde las canas rompían ya como trémulos hilos de agua por un campo de trigo, y, haciendo un esfuerzo, se levantó para dirigirse al cuarto de su hija.

Hacía rato que ésta había salido de un sopor y clavaba sus grandes ojos azules en Elsa, que la miraba con angustia. Las dos se veían sin hablarse porque doña Rosa les estorbaba.

El cuerpo de Marta languidecía; sobre las almohadas, entre la penumbra que rodeaba la alcoba débilmente alumbrada por una bujía envuelta en una pantalla roja, sus cabellos ponían una alegría de sol.

Se había desmayado en el salón después que todos lo abandonaran, y desde entonces no había hablado. Apenas si su pecho conmovíase a ratos con un quejido suavísimo. Sus facciones estaban desencajadas, y sus ojos adquirían un brillo febril, como de charco hecho azul por el cielo y cuyo fango tortura la furia plateada del sol.

Doña Rosa se inclinaba solícita como si quisiera infundir su aliento a la hija enferma.

El médico había prescrito los cuidados más grandes, porque aquella fiebre nerviosa causada por la emoción de la noche anterior, podía poner en gravísimo peligro la existencia de Marta.

Bien pronto empezó a delirar. Llamaba a Armando Ibáñez. Doña Rosa creyó al principio que aquello era una imagen forjada por la mente febricitante de su hija. Mas ella continuaba en su apasionado empeño.

Elsa Méndez, la única que estaba en el secreto, miró a doña Rosa como implorando. Doña Rosa tuvo una sospecha y a su vez clavó la vista en la enferma. Esta seguía delirando.

—Debe venir. Lo quiero. Deseo hablar con él.

Y doña Rosa, cuyo solo afán era satisfacer los caprichos de su hija, dijo a Elsa:

—¿Sería conveniente llamarlo?

—¿Por qué nó?—respondió aquélla.—Grave me parece contrariarla, cuando el médico ha ordenado la calma más completa.

La enferma calló, porque le sobrevino un desmayo. En ese momento entraba el viejo Federmann en la habitación y viendo aquello, corrió para sostener a su hija que parecía morirse entre los brazos de la madre y la amiga.

Doña Rosa ordenó que llamaran al médico.

Elsa aprovechando la confusión, salió por su parte para enviar con una vieja sirviente, recado a Armando.

«Armando:

Marta está muy mala y lo ha llamado. Venga pronto.—Elsa».

Escribió esto sobre la balaustrada que circundaba el jardín, y después de dar a la criada las señas de *El Diario*, le alargó el papel encargándole mucha prisa.

La vieja envolvióse en su negro pañolón y salió santiguándose. Sus piés calzados de alpargatas pugnaban en vano por adquirir agilidad.

Inmediatamente, Elsa volvió a la cabecera de Marta. No había tenido más que un desmayo a consecuencia de la debilidad en que se hallaba. Estaba más pálida aún. De sus labios había huído la sangre, y sus sienes húmedas, heladas, eran como rosas blancas enjoyadas de rocío.

El sol entraba por la reja inundando la alcoba de luz, enviando su mensaje de vida; por la ventana llegaba toda la armonía del jardín; y Marta veía con ansia los copajes verdes donde cantaban sus pájaros queridos.

Don Guillermo ante aquel espectáculo no pudo dominarse más. El lloraba en un rincón.

Elsa para disimular su angustia se había puesto de codos en la reja, aspirando el aire embalsamado como el de una mañana de abril.

Y era la mañana azuloza; de esas que se atavían de neblinas prendidas en los cerros, y sobre las cuales cae el sol como un arrullo del día de Pascua.

Marta, sin delirar ya, porque la depresión le había quitado la fiebre, preguntó:

—¿Llamaron a Armando Ibáñez? ¿No viene?

Elsa, volviéndose, le dijo:

—Sí, espera; lo mandé a buscar.

Marta tuvo para su amiga una sonrisa de gracias.

Dieron las nueve. Entró el médico. Con la rutina profesional examinó el pulso, vió la lengua, puso el termómetro, y después de escribir sus recetas con la letra más enredada del mundo, salió del cuarto. Don Guillermo fué tras él.

Ya en el corredor, el viejo inquirió del médico el verdadero estado de la enferma. El doctor dijo algunas pa-

labras extrañas. Dió esperanzas como acostumbran ellos en caso de duda y, tomando su sombrero para marcharse, con la expresión misteriosa e inexcrutable, llena de indiferencia que suelen tomar ante el vulgo, prometió volver a las doce.

Cuando regresaba de la puerta después de acompañar al médico, don Guillermo contemplaba su hogar, hasta el día anterior risueño y ahora sumido en la desgracia. Miraba la infinidad de fruslerías, jarrones y cuadros que decoraban muros y vitrinas, pensando que todos aquellos objetos de lujo iban a desaparecer en un momento.

Hasta la villa misma tendría que venderla para comenzar de nuevo a trabajar. Aquella villa que tenía para él los más caros recuerdos. Allí pasó su luna de miel; aquel jardín lo había visto pasar joven y del brazo del amor, y sobre aquellos mosaicos se posó con blancura de armiño la infancia de su hija. Y ahora tendría que venderla! A esta idea se le oprimió el corazón.

Bajó al parque en busca de alivio, esperando regenerarse con la frescura del aire. Cuando descendía por la escalera, todo encorvado y vacilante, parecía que en una noche había envejecido diez años.

Mientras tanto, Marta había experimentado una ligera reacción. Bien pronto, mandó que le abrieran toda la ventana, para recibir en su plenitud la luz mañanera saturada de olores y aturdida de cantos. Elsa la complació y fué a sentarse junto a ella.

Marta le tomó la mano, la miró dulcemente y le dijo muy paso:

—¿No es verdad que vendrá?

—Sí. Ya viene—contestó Elsa.

Doña Rosa salió de la habitación para dar algunas órdenes. Su rostro de suyo siempre tranquilo y plácido, estaba muy alterado. Sentía la sorpresa con que las gentes felices miran llegar la desgracia. La suponen pero no la conocen.

Ducks entró en la habitación de su ama lleno de arrogancia. Estaba sorprendido de la inquietud que reinaba en la quinta. Puso las patas sobre la cama. Marta le acarició el hocico. El perro se echó. Su cara tenía la expresión del que interroga.

Armando Ibáñez subía la escalera de la redacción de *El Diario*, cuando fué alcanzado allí por la sirviente que Elsa enviara.

La mulata jadeante preguntó:

—¿Es Ud. el señor Ibáñez?—Y a la respuesta afirmativa de éste le alargó el papel.

Apenas Armando hubo leído, le pareció que el mundo huía de sus pies. Para él que todo lo exageraba, era un hecho que Marta iba a morirse sin que nadie pudiera salvarla. La agitación de su cara y el tumulto de preguntas que hacía, asombraron a la vieja.

Ya en la calle, saltó en el primer coche que salió al paso, sin acordarse para nada de la pobre negra que se arrastraba tras él. La vieja se puso a rezar.

En los breves minutos que lo separaban de la amada, Armando sufrió por cuatro siglos.

La veía muerta. Imaginaba su cuerpo adorado, sin vida, entre una urna; la podredumbre en acecho; e iba más lejos: con la mente penetraba en el seno de la tierra y veía el hervidero de gusanos en el festín de la carne blanca. La tristeza, la desesperación y el dolor le entraban a una en el pecho de Armando.

Un momento después trasponía la verja de la villa Federmann. Miró lleno de tristeza la alameda desierta, que allá, en el extremo del parque, sombreaba la acera por donde corrieron juntos en la embriaguez de una noche.

Elsa Méndez que lo vió entrar salió a recibirlo. La angustia que ella llevaba en su rostro le dijo más a Armando que todas las palabras. El creyó que Marta se moría, que acaso estaba ya muerta.

Con un apretón de manos, Ibáñez dió a Elsa gracias por su aviso.

La casa estaba sumida en un gran silencio. En el extremo del corredor aquél, rodeado por una balaustrada, doña Rosa daba órdenes a una criada con su calma habitual.

La desesperación de Armando Ibáñez se agravaba por la circunstancia de que no podía demostrar más que una inquietud convencional. En su rostro, no podía leerse dolor profundo. Pero tales convencionalismos no pudieron comunicarle a su cara la impasibilidad debida, y al entrar en el cuarto de Marta, la expresión de Armando delataba la garra dolorosa impresa en su alma.

Elsa fué a preparar a Marta.

—Aquí está ya—le dijo—¿quieres que venga?

Marta pensó unos momentos. Por sus labios exangües pasó la sombra de una sonrisa. Desde la noche an-

terior su transformación había sido grande. Había adquirido la timidez cándida de la más casta doncella. Hizo que Elsa le recogiera atrás sus cabellos, y tuvo un gesto adorable de pudor, al esconder sus brazos desnudos entre las sábanas, y taparse la garganta cuya armonía rompiera un holluelo como se hunde en el centro el seno de una flor.

En tanto, doña Rosa había visto a Ibáñez y se acercó a saludarlo.

Ibáñez quiso poner en su actitud una indiferencia amable y cortés. Acababa de saber la enfermedad de Marta y venía a saludarla, explicó. Doña Rosa bajó la vista.

Armando preguntó por don Guillermo. La señora Federman dijo que acababa de salir. En efecto, el viejo Federmann se había lanzado a la calle unos momentos antes, para recoger los restos de su fortuna y arriesgarlos nuevamente; para explorar la actitud de sus proveedores y ver si era posible un nuevo crédito; y por último, para cerciorarse de la impresión que su ruina había causado en el mercado.

Doña Rosa e Ibáñez cambiaron algunas palabras más acerca del siniestro y la súbita gravedad de Marta. Contóle ella las escenas que se siguieron en la villa después que todos la abandonaran, el dictámen del médico y el estado de la enferma.

Armando sentía crecer su inquietud con aquella espera, y de buena gana se hubiera lanzado sin mayores preámbulos a la habitación de Marta.

Elsa regresó.

—Ibáñez, Marta desea verlo—dijo con indiferencia.

La señora Federmann, sintiendo escrúpulos de aquella entrevista casi íntima, creyó de su deber excusarla.

—La fiebre—dijo—la ha puesto muy caprichosa y la ha dado por hablar con Ud. Y, como el médico ha prohibido que la contraríen, lo mejor es complacerla.

Armando no contestó. Sin hablar siguió a Elsa que o guiaba. Doña Rosa se quedó fuera.

Al entrar, Marta lo miró sonreída. Armando tomó asiento lo más cerca posible de la cabecera.

Conversaban muy bajo. Marta hablaba con increíble ternura.

Armando inclinado sobre ella percibía la calidez de su cuerpo febril y el arrullo de su aliento.

Elsa, apoyada a los pies del lecho los miraba sonriendo.

—Ahora vamos a sufrir mucho—dijo Marta, mientras adquiría la más doliente actitud.—Sí. Sufriremos mucho, porque ahora yo te quiero. Tú lo verás.

Y en diciendo esto la doncella, se oyeron unos pasos. Armando abandonó su actitud. Doña Rosa entró impidiendo la respuesta de Armando. Pero se quedaron hablando sin palabras.

Entonces la esperanza surgió nuevamente en Ibáñez. Marta no puede morirse—pensaba.—No es posible; ahora que ella me da todo el azul de su mirada, toda la ternura de sus palabras y sonrisas.

Doña Rosa comprendía. Armando y Marta debían amarse. Su espíritu sencillo no fué turbado por el cálculo. No empezó a poner en claro si tal cosa era conveniente. Decidió hacerse la desentendida. Su hija quería y eso le bastaba. Su marido y el tiempo lo arreglarían todo. A ellos les dejaba la oposición, la lucha o la paz.

Doña Rosa poseía un espíritu sumiso, incapaz de luchar. La voluntad de don Guillermo y el capricho de Marta eran quienes decidían todas sus cuestiones. Por algo ella se refugiaba en esa indiferencia, dejando al acaso la resolución de ese asunto.

Elsa y Armando salieron de la habitación para que doña Rosa no se alarmara. Paseándose por los corredores, discurrían sobre tantos acontecimientos imprevistos. Elsa contaba los sucesos que precedieron al incendio: la lectura de la carta, la llegada de Julio Alvarez y el llanto con que la sorprendiera Marta. El asombro de Armando no era menos grande. Este preguntaba más y más. Elsa, con su dulzura de siempre templaba la esperanza y esbozaba la ilusión. Junto a ella era imposible sentirse abandonado o triste. Ella poseía secretas piedades, suaves vendas que aplicar con sus manos a las crueles heridas.

A la casa comenzaban a llegar visitas. La noticia del incendio había alarmado a la ciudad donde los Federmann tenían grandes arraigos de simpatías. Algunas amigas pasaron al cuarto de Marta. Pero la recomendación del médico, de tener en la más completa tranquilidad el ánimo de la enferma, se las hizo saber doña Rosa a las muchas personas que comenzaban a aglomerarse.

Marta llamó a Elsa. Sentía celos de que los dos anduvieran sólos discurriendo por la grata soledad del jardín.

Momentos después volvió a salir Elsa riéndose. La había convencido.

—¿Quiéres que Armando esté solo?—la dijo.

—No.—contestó Marta.—Anda; pero no hablen sino de mí.

A fin de que no los molestaran las muchas visitas que continuamente llegaban a manifestar sus rutinarias expresiones de sentimiento y consideración, Elsa y Armando bajaron al parque. Allí recordó Ibáñez la noche inefable, en que por última vez la viera antes del incendio. Una profunda melancolía lo invadió. Miraba aquellos sitios poblados no hacía mucho con rumor de fiesta y después por el amor que habían paseado en triunfo. Ahora, sin ella, le parecía que el sol no alumbraba como otros días, y que los propios rosales se alineaban como un festón de corona fúnebre.

Pero luego, la esperanza producida por la dicha que se le entraba como una promesa, sacudió aquellas tristezas que volaron como aves espantadas. Todos los botones que rompían entonces sus albas corolas, iban a perfumar, cuando abrieran, la convalescencia de Marta.

Elsa se ocupaba de tronchar algunos, cuando doña Rosa, asomándose por la baranda, comenzó a llamarla. El médico acababa de llegar, y Elsa debía estar presente en aquel momento, porque solo ella tenía allí, la cualidad de ciertas mujeres que se hacen insustituibles a la cabecera de un enfermo.

El médico se mostró algo sorprendido del estado de Marta. La reacción había sido muy rápida. El galeno afirmó que la convalescencia sería cuestión de días, y después de prescribir un régimen de tranquilidad y calma absolutas, garantizó la vida de la enferma. Eran las doce. Elsa corrió junto a Armando para comunicarle tan grata noticia. Este se despidió, ofreciendo volver en la tarde.

II

La convalescencia de Marta fué rapidísima. A los pocos días, ya sin fiebre, pudo levantarse y recibir a Armando en un gran sillón de junco, en cuyos brazos se desmayaban sus manos, que sobresalían por entre las largas mangas guarnecidas de encaje. Armando sentado a sus pies leía poesías de Gutiérrez Nájera, el poeta favo-

rito de Marta. Así, a ratos, suspendían las lecturas para contemplar las puestas de sol desde la baranda que circuía el jardín, donde se alzaban estatuas de bronce que sostenían en sus manos primorosas brazadas de luz.

Mientras leía, Marta miraba la cabeza de Armando dorada por el crepúsculo. Y los versos dulcísimos cobraban mayor encanto y ternura en los labios amantes del joven.

Elsa asistía siempre a aquellas entrevistas, en las cuales, Marta se presentaba cada vez más nueva, más lozana, ofreciendo su rostro a la caricia del sol, que lo oreaba haciendo fulgir sus cabellos.

Luego fueron los paseos por el lago minúsculo que ornaba el jardín, cuando caía el sol, en la hora en que las hojas se vuelven doradas y tristes como los versos de una elegía.

Discurrían por las orillas del lago. Marta apoyaba su brazo en el hombro de Armando, y así, se miraban hondamente, buscándose las almas, en esas miradas que son goce y amor y duda.

En el centro del lago, un chorro de agua se alzaba cantarino y sonoro, muy blanco, bajo los esplendores violetas del ocaso, cuando sobre los árboles se tendían claridades de ópalo, suavidades de amatista, magnificencias de púrpura, mientras que la tarde, tiernamente, se desmayaba sobre el jardín.

No eran ahora los fuegos de artificio los que tejían sobre el lago arabescos de oro: era el sol, que urdíalos trémulos en las ondas martirizadas por el golpe de agua.

Recordaban enamorados la primera noche que se vieron, cuando el baile; la primera noche en que también pasearon por aquel mismo lago; y la otra, que estuvo a punto de separarlos para siempre. Y así hablaban, muy juntos, viendo una barca sola, que, abandonada en un extremo, sugería paisajes ungidos por el ocaso bajo el cual, dos amantes bogando sobre un río, se abandonaran los labios, y las manos soltaran los remos para encontrarse.

Elsa despojaba los rosales y tiraba sus despojos sobre el agua, para que las rosas abandonadas perfumaran las ondas ténuemente azules. Ella llenaba a Marta de rosas blancas, de rosas rojas, y, llevándolas, las manos de Elsa eran como vasos de alabastro sobre las cuales agonizara la crueldad sangrienta de las rosas.

La brisa hacía bambolear la barca sujeta en el extremo del lago, y agitaba la falda blanca de Marta como

una enseña de castidad, cuando todo era amor bajo los árboles, y el silencio del jardín se rompía con las risas de Elsa encantadora y alegre. Fueron otras tardes de amor.

En cuanto a don Guillermo, con la gran fuerza de carácter que poseía, logró conservar su villa, y habiendo adquirido otros créditos, comenzó de nuevo a trabajar, instalando una pequeña fábrica, que según dijo, era provisoria, porque hasta no ver nuevamente alzado el torreón humeante sobre el techo de concreto, no estaría realmente terminada su vida.

Por las noches, Marta, Armando y Elsa se reunían en el saloncillo histórico donde Julio Alvarez triunfara un momento. Entonces la charla de Elsa, ponía en el silencio de los que se adoraban, algo semejante a una música ingenua y deliciosa. Y la brisa nocturna, hurgando en el broche de las flores, entraba por la reja con un tesoro de esencias entre las alas.

Cierta noche, en que no se habían visto por la tarde, Marta le dijo a Armando:

—¿Sabes lo que ordena el médico? Que me lleven a temperar. Han dispuesto que sea en una hacienda que está muy lejos, sobre unos cerros que miran al mar. Allá iré. Pero te avisaré antes, mucho antes. Será al comienzo de agosto.—Y luego, agregó con un acento de tierna súplica—Verdad que tú irás también allá?

El anuncio de la próxima ausencia se interpuso como una sombra sobre ambos. Pero todavía estaban juntos. Ellos se olvidaron de aquella hora dudando que llegaría.

Pero a ratos, la sombra volvía a pasar entre ellos. Muchas cosas pasaban por sus mentes, atormentándolos. Lejos miraban esbozarse como un fantasma al olvido. Fué aquella noche una velada muy triste, que Elsa, con toda su charla, no pudo alegrar. La idea de aquel viaje se interponía entre los dos como una gran mariposa negra.

Decidieron que Armando iría en la mitad de la temporada. Entonces forjaron muchos proyectos campestres. El amor cobraría mayores encantos, suelto como un siervo en la pradera. Porque el amor es un constante inspirador de proyectos, y todos los obstáculos que se le oponen, no hacen sino comunicarle nuevo interés y ataviarlo de nueva poesía. Eterno buscador de esperanzas, las va formando a medida que separa o aleja. El crea y levanta. Es gemelo del sol. Vivifica y mata como todos los grandes fecundadores de la vida.

Así, no bastó el destino para verter suma amargura en las almas amantes, la idea de separarlas; que allá, en sus mentes, apareció el confín risueño describiendo su curva ideal y azul. Que es azul todo lo que se mira lejos, aunque nos traiga la muerte y nos guarde el infortunio.

Viéronse cobijados por los vuelos, desatando en la serenidad de los paisajes el poema de sus amores; hinchando el beso en la suavidad de las tardes, y turbando el silencio con caricias de palabras ardorosas y tiernas.

Ibanse cogidos de la mano al través de los caminitos oscuros, por donde huye la oración de la tarde, y se tumbaban sobre la yerba salpicada con la humildad silvestre y amarilla de las flores.

Y a estas visiones candorosas e ingenuas, cuando se despidieron, volcaba la ilusión sobre ellos su lumbre protectora, y más que tristeza había júbilo en sus almas.

III

Es un día de carreras en el Hipódromo de «El Paraíso». La multitud elegante se apiña en las tribunas y en las plataformas que dan acceso a ellas. La bullanga sportiva cruza el aire y puebla la vasta elipse marcada con números negros fijos en pulcras tablas.

El sol fustiga las espaldas enlevitadas y las testas cubiertas con lucientes chisteras. En el marco tropical exhuberante e incendiado de luz, la muchedumbre pone su exótica vestimenta, que en vano evoca un ambiente frío y gris.

Muchos brazos alargan sus estudiadas actitudes al tender los binóculos sujetos al pecho por un cordón negro. Una brisa piadosa mueve los plumajes y abanica el sopor. Vetazos de sol caen sobre las colinas vecinas, y el Avila, negruzco, fosco, apenas si ostenta una llamarada sobre el flanco.

Las mujeres sonríen amables a las cabezas que se inclinan sobre ellas como avispones rondando flores.

La multitud olvidando su toaleta exótica, gesticula en el ardor de las apuestas y da manotazos, cruzando, abriendo los brazos como en una gallera. La elegancia

huye de los modales, mostrándose solamente en las líneas impecables de levitines y chaquets.

Una campana suena. La yegua blanca llamada Sultana que ostenta su gentileza de hembra entre moros y rucios caballos, es la que tiene más partidarios. Corrió en Longchamps. El nombre del propietario pasa de boca en boca. En el programa, con grandes letras encarnadas, luce al lado del de la yegua. Las mujeres se calan los impertinentes para leerlo con curiosidad y admiración. Los hombres se canchan el monóculo y lo leen en silencio, con envidia. El amo de la yegua se llama Fernando Rells.

El millonario Rells dicen todos. Y un murmullo de Rells se eleva.

Los yokeys se enfilan, y sus cachuchas y blusas bicolores, ponen en el paisaje una visión de banderas que flamean con orgullo. El Juez da la señal. La carrera es de cinco mil metros. La fila de ginetes se rompe. Los caballos levantan con sus patas nubes de polvo. Se yerguen. Parecen volar sobre pedestales de humo. El suelo retiembla con el estridor hípico. Una enorme gritería se levanta. Todas las cabezas balancean su vaivén siguiendo las peripecias de la carrera. Entre los caballos lustrosos y moros, la yegua descuella su visión blanca.

Los látigos se agitan sobre el lomo de los potros. Los ginetes pasan y repasan las tribunas. En las curvas, las nubes de polvo son casi armoniosas. La carrera, en su vértigo, adquiere velocidad de vuelo.

Ya se acerca el fin. Los elegantes cimbrean sus cuerpos, angustiados con la idea de perder la apuesta. La multitud negrea en el campo. Se abre, se curva, se agita siguiendo las patas de los caballos donde va prendida una esperanza. La yegua se retrae, se retrasa, parece que no llega. Se ha rezagado.

La emoción embarga a la muchedumbre. Un latigazo sacude el brío de Sultana. Relincha. Da un salto. Pasa. Llega a la raya la primera, bruñida la boca con un espumarazgo sereno.....

Un gran grito se eleva. Los corazones descienden del suspenso. Muchas bocas gentiles se abren satisfechas; muchas manos enguantadas se calan el monóculo. Las chisteras grises ceñidas con grandes gasas negras se agitan en un saludo triunfal.

El amo de la yegua la pasea orgulloso entre una aclamación delirante y acerca a los labios de la bicha una

vasija llena de champaña. El nombre de Rells roza nuevamente los labios.

Pequeño, gordo, casi calvo, ostentando en sus labios el bigote recortado y todavía negro, los ojos brotados, pequeños y cubiertos por anchos párpados, la frente amplia y la actitud altanera, tales eran los rasgos de Rells, el amo de la bestia vencedora, quien con el desenfado propio de los millones y con un gesto no exento de gentileza, saludó a la multitud, para darle gracias en nombre de la yegua por la ovacióu que le tributaba.

—¿Quién es el hombre ventrudo y mundano que lleva de las bridas a su yegua?—preguntó Armando Ibáñez a Marta Federmann, que se apoyaba en la baranda de la tribuna.

Marta se turbó un poco. Sus grandes ojos azules espiaron azorados el campo.

—Es un español—respondió.—Se llama Rells.

Armando oyó el nombre con indiferencia. Marta cambió prontamente la conversación, salpicándola de risas. Cuando Marta pronunció el nombre de Rells, Elsa Méndez miraba atentamente la apoteosis de que eran objeto la yegua y su propietario.

Por las tribunas seguía circulando el nombre de éste. Es Rells, el millonario Rells. Se hablaba de sus fabulosas riquezas; del yatch que tenía anclado en La Guaira, donde preparaba una fiesta. Y en todas partes, por todos los sitios, en todas las bocas, en las tribunas, en el campo, resonaba aquel nombre: Rells! Rells!.....

Marta se acodaba en la baranda de las tribunas entusiasmada con el brillante espectáculo. Su sombrero negro florecido de margaritas, ponía una visión de noche primaveral sobre su cabeza rubia. Sus ojos encendidos, felices de vivir nuevamente, giraban inquietos por el paisaje lleno de sol. Sentía su cuerpo acariciado de luz; y sus líneas, ceñidas por un vestido blanco, esbozaban su morbidez lánguida, por entre la ola maleante que la circundaba.

Al subir las escaleras de las tribunas, sola, delante de sus padres y Elsa Méndez, la había seguido un séquito que la felicitaba por su reaparición en el mundo después de la covalescencia. Ella se volvía para contestar sonriente al murmullo galante que la festejaba. Su nuca dejaba ver el vello ligero y dorado de que estaba cubierta.

Armando, al verla, fué hacia ella, abriéndose paso por entre la muralla humana que se alzaba como para de-

fenderla y que no hacía más que asediarla. Ella lo saludó con encantador donaire.

—Muchas gracias por sus flores, Ibáñez—le dijo.

A poco, al localizar la conversación con Armando, los presurosos lechuguinos que la seguían comenzaron a retirarse. Se iban en pos de otras sensaciones, a exhibirse ante las tribunas, de modo de aparecer clubmann en toda su elegante y estudiada indiferencia.

Armando sintió celos de las sonrisas que ella repartía con singular gracia, como recompensas a los más galantes, a los de más espíritu en la palabra.

Armando se lo reprochó. Ella hizo un mohin adorable. Estaban nuevamente juntos y ahora nadie los separaba.

Don Guillermo, indiferente, apoyado en un grueso bastón de carey donde se entorchaba un arabesco de oro, alzaba su gigantesca figura, exhibiendo las grandes patillas rubias que acariciaban su levita negra, amplia y nueva.

Doña Rosa, llevando su eterno sombrero negro adornado con plumas blancas, conversaba con Elsa Méndez.

Marta anunció a Ibáñez, que su viaje estaba dispuesto para el diez de agosto. Ella lo acariciaba con la mirada. Sus labios se entreabrían entre un si no es de sonrisa. Estaba muy pálida. Armando la vió tan débil que temió por ella. Era muy leve, muy inmaterial para vivir mucho. La mano de Ibáñez crispándose sobre la baranda traducía la angustia de una idea: ella va a morirse.

Ah! ella debía ser breve como la flor de mayo cuyo encanto se mustia cuando sopla el viento de estío.

El diálogo era tierno de promesas. Toda la nimiedad adorable de los amores, esa nimiedad de que todos hacen burla y todos han de hablar o hablaron, fluía de los labios amantes.

La quinta carrera comenzaba. Ahora no corría Sultana. El mismo rumor y la misma espectación de la concurrencia llenó las tribunas, se dilató por el campo. El mismo polvo y el mismo estridor sacudieron y envolvieron nuevamente la pista aturdida de galope y de luz.

Sólo Marta y Armando permanecían indiferentes, ajenos a todo. Ellos percibían el ruido, pero no tomaban parte en la sensación. Estaban aislados entre la muchedumbre.

Armando sentía ahora más que nunca pesando sobre él aquella ausencia a la que había que resignarse. La veía

en el campo, siempre propicio al idilio, distrayendo su hastío con algún propietario vecino. El se lo decía todo. Ella lo escuchaba sonriendo, guiñando los ojos, desmintiendo con sus palabras todas dulces, todas acariciadoras las ideas de Armando. Olvidábanse ahora de los proyectos amables que forjaron; y a la ilusión sucedía la inquietud del momento que llegaba impasible y cruel.

Y la querella giraba sobre el olvido. Marta también quería dudar. Entre los dos se alzaba la visión de los campos lejanos, y sobre esa visión caían juramentos y promesas. El olvido que amenaza siempre! Ellos hablaron de él mucho tiempo. No hallaba Armando ninguna palabra que tradujera fielmente lo que sentía, y fijo en ella, decía nerviosamente como un sonámbulo:

—Me vas a olvidar..... Me vas a olvidar..... Me juras que nó?

—Te lo juro—respondió ella.—Y tú, cuándo vas?—preguntó mirándolo muy hondamente.

—En setiembre.

—No lo creo.....

Y la nueva duda que asomaba en los labios de Marta, fué ahogada por un trueno de aplausos. Un grito unánime hizo saber a ambos, que la última carrera había terminado. Aún se dijeron algunas palabras más.

—Marta, me olvidarás en un momento.

—Tú preguntas—contestó ella con ademán de súplica; pero no piensas que puedes hacer lo mismo.

—Verás..... Te quiero tanto que siento celos de los tiempos en que no eras mía. ¿Por qué no te conocí siempre?

Ella se volvió toda turbada.

—A nadie le he dado lo que a tí—dijo, y encogió su cuerpo como cordero que teme un zarpazo, temblorosa en su ternura.

La escena de tortura y de amor, llena de angustia y goce infinitos terminó. Resonaron las notas del himno nacional. El Presidente de la República abandonaba el Hipódromo. Los acentos de gloria pasaron sobre las cabezas descubiertas, y todos los corazones palpitaron. Don Guillermo, con su aspecto impasible y serio, tendió la mano para despedirse, llevando en la boca su enorme tabaco que no abandonaba nunca. Marta ofrecía también la suya. Aún le dijo:

—Pasado mañana. Sabes?

El no pudo sino apretarle la mano en silencio.

Elsa se despidió la última. Aquel día estaba melancólica. Diríase que ocultaba algo que solamente sabía ella.

Armando las vió perderse en el tumulto. Entre el mar de cabezas, el sombrero negro florecido de margaritas blancas guiaba la vista de Armando.

En ese momento, Julio Alvarez se acercó a Ibáñez. Llegaba sudoroso. El sombrero echado para atrás; ostentando su mechón de pelo entrecano, que caía sobre la frente rayada por un surco, huella de sensualidad.

—¿Cómo está eso?—preguntó.—Acabo de ganar 1.200 pesetas. Serán para Julia. Le prometí llevarle esta noche una suma igual. ¿Y qué tal?—continuó—¿Marta es ya tu novia?

Armando se quedó sin contestar. No estaba para burlas. De pronto, su mirada que seguía a Marta por entre el vaivén de gentes, pareció detenerse y perder su luz risueña. Dió casi un salto, tan brusco fué el movimiento.

El español Rells, se acercaba a Marta, y con gesto mundano y desenvuelto a pesar de la obesidad que comenzaba a deformarlo, la saludaba. Armando vió la deferencia con que lo recibía don Guillermo.

Los cuatro tomaron asiento en un mismo automóvil, que a Armando se le ocurrió sería el de Rells. Este y Marta adelante, Elsa y los Federman detrás. El chofer cerró la portezuela de la limusina y se agregó a la gran fila de vehículos que comenzaba a desparramarse por la Avenida de Carabobo.

Ibáñez sintió entonces toda la furia de los celos. Pero acordándose de que Julio Alvarez estaba presente, se contuvo. Mas éste, había visto el movimiento, y a pesar de su ojo inválido, había también contemplado la escena del automóvil. Sus labios adquirieron un marcado rictus irónico.

Aún pudo ver Armando, cómo Marta se recogía la falda para no rozar con ella las gruesas piernas de Rells. Fernando con sus ojillos brotados y maliciosos la miraba lleno de codicia.

Ibáñez sintió torcérsele la entraña que llaman corazón. Contra aquello no podía nada. Al comenzar a correr el automóvil, don Guillermo se atusaba los bigotes con satisfacción.

Julio Alvarez e Ibáñez bajaron lentamente las escaleras del Hipódromo. Armando, con los brazos cruzados

atrás, sujetando en las manos una caña flexible, se inclinaba agobiado por la tempestad que le rugía adentro. Julio Alvarez, silencioso también, alargaba su ojo abierto para expiar.

El crepúsculo tendía su pompa sobre la amplia avenida, llena de automóviles, de risas, de discusiones sobre el espectáculo que acababa de terminar. Los cerros cercanos destacaban las curvas de sus dorsos, sumisos y negros. Sobre ellos caían arreboles de púrpura, arreboles de incendio, rotos por fajas azules, intensamente azules. Más lejos, el horizonte se desmayaba en una claridad dorada.

Al salir a la calle, de un automóvil que se detuvo junto a ellos, salió una voz.

—Eh! Armando Ibáñez!

Armando fué hacia allá. Por la ventanilla del vehículo se asomó una cara risueña y alegre.

—Oh! Hugo!—gritó Armando.

—Ví tu página de ahora días. Estás más lírico que nunca. ¿Quién es ella?—dijo bulliciosamente el llamado Hugo.

Armando guardaba silencio. Repantigado en los cojines de un poderoso Mercedes, con su gesto lleno de molicie y hastío, Hugo Soré, el poeta, interrogaba a Ibáñez.

—¿No me respondes?

—Iré a tu casa. Te contaré; pero será de aquí a dos días—contestó al fin Armando.

—¿No vienes conmigo ahora? ¿Pero qué te haces?

—Soré, necesito de tí.

—Para lo que quieras.

—No, no es nada, es otra cosa. Necesito de tu amistad, de tu palabra.

—Sabes que mi vivienda turca es muy propicia a tales. Allí hablaremos. Yo me temo mucho—prosiguió riéndose Hugo—hermano lírico, que estés herido de amor.

—Has adivinado.

—Pero eso es maravilloso. Hablemos ahora mismo.

—No. Estoy con Julio Alvarez. Iré a tu casa.

Hugo Soré se echó hacia atrás para aspirar con mayor placer el aroma de su cigarrillo oriental. Luego dijo, enarcando sus labios con un gesto muy propio:

—Bueno, te espero entonces pasado mañana. Sabes que no salgo sino a media noche, a menos que el mundo me haga salir como ahora. Adiós Ibáñez.

—Adiós, Hugo.

El automóvil de éste después de un desperezo siguió su carrera. Por la calzada aturdida de sirenas y ruidos de motores, circulaba una inmensa multitud. Las filas de carruajes se detenían obligados por un entorpecimiento continuo del tráfico. Los guardias dirigían con sus rolos la gran parada.

El gentío se desparramaba por las plazoletas abiertas en el paseo bordado de villas y quintas que exhiben sus jardines y alamedas por entre pulidas verjas de adonis.

Se doblaban las curvas avenidas ciñendo los campos de grama que mueren sobre el río, y las multitudes iban poblando de murmullos el aire tibio que estaba saturado por la fragancia de las lilas y violetas, como si en esa hora rompieran sobre los cerros garrafas de esencias preciosas.

Los sauces que se ahileran por los puentes, alargaban sus puntas dóciles y esbeltas como si fueran las varas que sostienen los palios de seda de la noche, y en sus cortezas amargas comenzaba a vibrar la sinfonía solitaria de los grillos.

Por el turbio río dormido bajo los puentes, se iban quedando las últimas huellas del sol; el agua se transformaba en espejos clarísimos de plata, y una suave brisa entreabriendo las ondas, empujándolas por los recodos, las hacía murmurar.....

Armando volvió junto a Julio Alvarez, que de piés, en el centro de la acera, meditaba sobre sus grandes problemas de amor.....

Tan dolorosa debió ser la expresión de Armando, que por primera vez Julio Alvarez dejó de burlarse.

—Esto no puede seguir así—prorrumpió Ibáñez, sin poder contenerse.—Es preciso una resolución enérgica, o perezco yo en este torbellino de dudas y esperanzas.

—Pero qué es?—respondió gesticulando Julio Alvarez. No he visto que haya pasado nada.

—El inglés, el maldito inglés; los millones del inglés—prosiguió Armando sin hacer caso, hablando incoherentemente como si continuara una atroz idea.

Era casi de noche. A pie, por entre el vértigo de automóviles y el encabritamiento de los caballos que arrastraban los coches, Armando Ibáñez discurría su desesperación a la que Alvarez trataba en vano de calmar.

—Las mujeres no merecen eso. Uno debe darles engaño únicamente. Por otra parte, ella cumple un deber atendiendo a las galanterías de ese hombre o de otro cualquiera si llegara—decía Alvarez.

A Armando Ibáñez, en su ceguera de enamorado que todo lo exajera, le reventaban ahora las máximas de Alvarez. Ni siquiera las oía.

—Además,—continuó Alvarez,—no hay motivo para estos celos. Qué has visto tú?.....

—Comprendo—exclamaba Armando—que le gusta más el rico, pero el engaño, el engaño!..... Por qué me engaña?.....

—Pero es cierto que tú quieres a esa muchacha?

Esta pregunta hecha con una naturalidad estupenda desconcertó a Ibáñez.

—Cómo!—exclamó—pero no dijo más.

¿No había él sufrido demasiado? No había amado lo bastante para que ese amor no pareciera engañoso, ficticio? —pensó. Y viendo de reojo a Julio, sintió nuevamente ímpetus de abofetearlo.

Por primera vez se sentía exasperado en su dolor. Antes, la tristeza, el desengaño lo anonadaban. Ahora estaba trémulo de cólera. Por su cabeza pasaban mil pensamientos locos. Mataría como un perro al tal Rells. Ella lo conocía y no me lo dijo—pensaba.—Me está engañando. La mataré a ella. Será mejor y después yo mismo. Nó! Nó!—siguió diciéndose espantado con la idea de verla muerta. Soy yo, soy yo quien debe morir para librarme de un tormento que al fin hará lo mismo que una bala.

Después, poco a poco fué serenándose. Nuevamente volvía a claudicar. Hasta buscaba excusas. Ella no podía oponerse a que subiera Rells al automóvil. El viejo, el maldito viejo, que andaba a caza de millones era el sólo culpable. Lo agarraría por las patillas de buena gana, para decirle: viejo avaro, no me la quitarás. Sí, es el viejo. Por qué la he culpado?

Se despidió con un gesto de Julio Alvarez. Cuando llegó a su casa, se sintió agotado. La tristeza serena y melancólica de siempre cayó sobre él. Se acordó de la ausencia. Ella se iba. Dobló la frente entre las manos, y en aquella misma mesa donde había pasado tantas vigilias, donde tanto había soñado, medía la distancia del tiempo; las horas interminables que iban a pasar alargándose en los corazones como una sombra. Y sintió nostalgia, mucha nostalgia de soles y prados, de un establo, de una mujer.....

En tanto, el automóvil en que iban Rells y los Federmann corría por El Paraíso y la avenida de Diciembre. Las calles estaban animadísimas. Un desfile suntuoso llenaba toda la carrera. La tarde se había desprendido de sus paramentos rojos y se desmayaba en una somnolencia azul. Ya no llameaba el crepúsculo. Iba obscureciendo por las lejanías, y el bronce de Carabobo comenzaba a confundirse con la sombra.

Temblaban ya los fulgores pálidos de las luces por entre el follaje, enviando su oro a las estatuas como en un deseo de nimbarlas, y su caricia trémula doraba el gesto fiero de Páez, y la frente mártir de Camilo Torres y la faz impasible de Petión que asientan, su apostura heroica y patricia en aquel marco de suave y dulce poesía.

En áureas piedades, un beso de luz se allegaba hasta ellos para ungirles las cabezas gallardas y nobles, cuyas líneas apresó el bronce, y poco a poco, sobre las frentes duras, fué volcándose un milagro de estrellas que consteló la azul claridad de la noche naciente.

Y de abajo, de las zanjas anchurosas y verdes, subía hasta los oídos de la gente indiferente y sorda, un sonido semejante a un clamor.

Era el río, que ahora estaba rojo como si fuera de sangre, y que, como presintiendo lo fugaz de sus galas prestadas por el ocaso, gemía lastimeramente por sus ondas sin plata; por su lecho que profanaron ahuyentándole el azul; lamiendo como perro fiel los pontones de los puentes suspendidos sobre su llanto.

Rells asediaba a Marta. Ella inclinaba la cabeza con languidez, estrujando el pañuelo entre las manos. Rells no hacía caso de aquella turbación infantil. Continuaba diciéndole sus amores, continuaba hablándole con palabras ardientes de su madurez amante y plena.

Marta sentía una angustia grande. Forzosamente tenía que oír todas aquellas palabras. Pensaba en Armando. Elsa vigilaba detrás. Doña Rosa le hablaba de los nuevos modelos de soles que iba a tejer. Era algo importante.

Rells no temía herir. No sentía cómo se estaba estremeciendo la flor junto a él; y cuando el automóvil dobló la curva que se despliega junto a «Las Acacias», se inclinó tánto, que sus labios tocaron los rizos escapados bajo el sombrero, por las sienes de Marta. Ella tuvo un gesto brusco. El se quedó mirándola. En sus ojos pugnaba por brotar una expresión airada.

Avanzaba el crepúsculo. Las cañas de los plantíos que invocan encantos rústicos a la vera de la calzada ele-

gante, alzaban sus puntas agudas como lanzas de esmeralda, engarzando en ellas el trémulo fulgor de los cocuyos.

Y desparramándose por las honduras; marcando el sendero que conduce en un parque hasta el cura héroe; escalando los contornos risueños de las lomas que se aventan como senos; rastreando en el borde de las zanjas; besando el agua con una ilusión de estrellas; por los caminos que se prolongan hacia el campo erizados de espigas y malojales; y sobre las vegas labradas, y sobre las casonas que asoman sus tejados por entre los naranjos, los pajes de la noche encendían sus fogatas minúsculas, abatiéndose en lluvia luminosa sobre las tierras desyerbadas.

Y la ciudad, blancamente, como un baluarte erizado de torres y muros, parecía atisbar de lejos la placidez de su horizonte; los contornos y las curvas suaves como de mujer, que la rodean, plenas de encanto voluptuoso y muelle.

Y, por los pinares lejanos que suben como falanjes las cuestas del Norte; sobre las torres centenarias; sobre las calles blanquísimas; sobre el Avila obscurecido y desnudo; sobre El Calvario que levanta su lomo coronado de frondas, se descolgaron las galas solemnes de la noche.

Rells ordenó al chofer la vuelta de la ciudad. El automóvil, saliéndose de la fila de vehículos, tomó el puente de Abril hacia la Avenida Sur.

Llegaron a La India. Los salones estaban plenos. Tomaron asiento en un rincón. Una concurrencia elegantísima llenaba el recinto. Todas las miradas se volvieron hacia Rells. Hubo un murmullo.

Con el mármol de la mesa se confundía la mano de Marta que se apoyaba en él. Su expresión era más que doliente, y así, permaneció indiferente ante las innumerables atenciones de Rells.

Ella sentía asco en aquel momento de todo aquello. Rells le inspiraba ahora repulsión. Con su chal azul, vestida de blanco, al volverse dulcemente para despedirse, encontró los ojos de Rells, incendiados de lascivia que la devoraban.

Ella sintió desgarrado su pudor con aquellas miradas. Don Guillermo conservaba su expresión satisfecha; doña Rosa estaba indiferente; Elsa, sin despegar sus labios, observaba.

Marta sintió en aquel momento tristeza. Tristeza de la vida, tristeza por aquel Armando que la adoraba, tris-

teza silenciosa, mientras sus manos descansaban en su regazo de virgen.

Rells se despidió. Cuando Marta montó nuevamente en el automóvil, estaba toda enojada. Don Guillermo dobló su gran cuerpo para subir, después de felicitar nuevamente a Rells por su reciente triunfo hípico.

Por la noche, volvieron Marta y Armando a verse.

El joven entró fingiendo enojo. Ella pugnaba por callarse. ¿Por qué gustan del odio amargo los corazones que se aman?

Doña Rosa había salido. Don Guillermo estaba en el club. Armando hablaba con Elsa tratando de aparecer indiferente. Marta mariposeaba por el saloncito, y como no hallara acogida, fué a echarse mohina en un sillón. Entró Doucks con apostura imperatoria; alta la cola, las orejas erguidas, husmeando por el suelo, y, sumiso y humilde, ablandando su fiereza, se reclinó haciendo fiestas, sobre el zapatito blanco de la dueña.

Pasaban los minutos. Y hé aquí, que los dedos invisibles de una hada, suavizaron el ceño que contraía la frente de la doncella. Armando se atrevió a verla. Los labios del mancebo se entreabrieron y sus ojos parecían llamarla.

Ella saltó. Sobre el vestido blanco, un saco de terciopelo rojo le ceñía el cuerpo. Los cabellos de oro pálido, rozaban detrás, la tela color de grana, como un arrebol que guarda un destello, en el ocaso. Y, corriendo se dirigió à él, las manos extendidas como dos alas.

Armando las tomó. Elsa sonreída fué a acodarse en el balcón, sobre el jardín. El cielo color de abenuz, se prolongaba infinitamente, constelado por la claridad estelar.

Protegidos por una palma que extendía sus hojas, lánguidamente, como sintiendo nostalgia de mirar el espacio, se adoraban los amantes, tendiéndose las manos, musitando su diálogo tiernísimo. Y las palabras iban huyendo hacia la ventana, para esconderse por las grutas del jardín.....

IV

Armando Ibáñez colgaba la bocina del teléfono. Marta acababa de llamarlo para anunciarle que su viaje era a las dos de la tarde, en automóvil. Iría acompañada de su tío, viejo propietario de una gran plantación de café,

situada sobre unos cerros, a muchas leguas del mar, que se contempla en lejanía, desde la altura, como una mancha azul o gris, según está el cielo.

Era diez de agosto. Armando estaba trémulo. Jamás supo ni conoció tal tristeza. Siempre leyó indiferente las descripciones y los relatos de estas despedidas. Los suponía recursos poéticos; pura ficción de imaginaciones exaltadas.

Marta se iba a un clima que los médicos consideraban propicio para fortalecer su organismo vacilante; para animar el rostro paliducho, que al aire y al sol, cobraría nuevamente tintes lozanos, nuevos retozos de salud y vida.

Lo que espantaba a Armando de la tal separación, era el carácter de Marta. Mucho trabajo le había costado lograrla. Lo que creyó imposible, era una realidad; lo que él menos esperaba se lo había dado ella con su alma.

Pero ahora, como una celada imprevista, la campiña se alzaba muy lejos, a una distancia casi inaccesible, para separarlos. La fantasía torturada de Armando Ibáñez, forjaba escenas que a él se le antojaban pura realidad.

Veía, en su imaginación, al hijo del propietario, gallardo y guapo, calzadas las botas de montar, agitando la fusta, llegar junto a Marta que lo esperaba todas las tardes en la ventana florecida. Se la imaginaba en excursiones libres a través de vastas praderas, donde Marta hallaría nuevos amigos, realzado el encuentro por la poesía campestre, en la soledad propicia de una finca rústica.

Se imaginaba las noches de los campos incitantes con su fragancia, invitando al amor, a cuyo amparo, es poesía como nunca dar una carta a escondidas. Las mañanas deliciosas, cuando la madrugada llena de rumores los establos, y en que, a la luz de un candil, Marta, tal vez enamorada, presenciaría el ordeño, esperando al mozo que la noche antes la besara en un corredor cubierto de enredaderas.

Y en la ficción de tales escenas, Armando sufría como si las estuviera viendo. Sentía mucho. En esta tortura, con la mano crispada en la barba, despeinado, reflejando en la vista el extravío de su pensamiento, abrumado de amor, lo encontró Julio Alvarez aquella riente mañana de agosto.

Alvarez estaba muy alegre. Sus carcajadas contrastaban con el silencio y la tristeza de Armando.

—Supe que Marta se va esta tarde—dijo Alvarez.

—Sí. Acaba de decírmelo—respondió Ibáñez.

—Te veo algo emocionado—volvió a afirmar Alvarez con visible burla.

—No te lo niego—contestó con impaciencia Ibáñez.

Julio hizo un nuevo gesto de burla.

—A la una y media estaré en la villa—contestó a aquel gesto, Armando.

—Tanto mejor..... Así es..... Con qué la ausencia?! —siguió diciendo Alvarez, mientras se restregaba las manos.

Armando Ibáñez, molestado por aquella impertinente burla, y sabiendo que contra ella no podía nada, cogió el sombrero y su caña, invitando de esta manera a Alvarez para salir.

Este repetía a Armando su máxima favorita:

—El hombre debe saber dominarse. Que no se le lean en el rostro sus estados de ánimo, porque lleva la mitad de la batalla perdida.

....

Mediodía. El bochorno de agosto abruma. El sol quema y no alumbra. Masas de nubes interceptan su luz. Los perros duermen en las calles, panza arriba. La hora es gris. Ante la verja de la villa Federmann, trepida el motor de un automóvil.

Ibáñez se dirigió a ella. Iba a pie. Quería bañarse de aquella hora que pasaba por él como un filo de puñal. Una sola idea se le grababa en la mente: ella se vá. La silueta delgada y rubia lo obcecaba.

Armando subió apresuradamente la escalera de la villa. En el primer corredor, Marta rodeada de amigas, miraba siempre a la puerta. Al ver entrar a Ibáñez se sonrió y abandonó el grupo para salir a su encuentro. La sonrisa que era su mayor encanto le enfloró los labios. Una sonrisa casta y voluptuosa, suave y maliciosa al mismo tiempo que se reflejaba fielmente en sus ojos. Estos labios de Marta eran nido de todas las delicias.

Minutos después se presentaron Julio Alvarez, Gerardo Rojas y Andrés Porras. Gerardo Rojas llegaba hablando con vehemencia a sus amigos. Decía todos sus argumentos contra el amor de Armando. Marta salió a recibirlos.

Don Guillermo se atusaba los bigotes. Doña Rosa andando de aquí para allá, abría y reabría las maletas, revisándolas con solicitud, viendo si algo se olvidaba. Metía en ellas montones de ropa blanca recién aplanchada, potes de frutas, paquetes de dulce, infinitos artefactos

de tocado liados cuidadosamente, y sobre los cuales pegaba rótulos de grandes letras negras.

El viejo propietario de bigotes y barbas canas, rasurada la cabeza, tostada su piel por el sol, entretenía con don Guillermo el tiempo que faltaba para la partida.

Marta tenía que atender a todos los que acudieron a despedirla. Hubo de oír los piropos y chanzas de Julio Alvarez; los cumplidos de Rojas; las felicitaciones de Porras. Tuvo que atender pacientemente a los encargos que le hacían las amigas allí congregadas:

—Ya sabes, me traes miel, que allá es muy buena—decía una.

—A mí, unas naranjas de la quinta. Son divinas—deslizaba otra.

—Oye: no te olvides de los helechos que te encargo, me dicen que en los cerros hay primores de ellos.

—Me escribes.

—Que goces mucho—decían otras a coro en una algazara tremenda.

Así es pues, que en aquel aturdimiento de comentarios y decires, Armando y Marta apenas si pudieron hablar unos momentos. Por fin hallaron manera de aislarse. Marta se puso de codos en la baranda.

Las últimas promesas y los últimos juramentos fueron pronunciados allí, sobre el jardín que estaba como muriéndose. El tremendo calor sofocaba. El agua de las fuentes adquiría el brillo que ella ostenta cuando hierve. Julio Alvarez comentaba con varias muchachas el aislamiento de Marta y Armando.

—¿Qué le pareee a Ud. Marina? Oh! Los enamorados.

Se oyó una respuesta de risas.

—Alvarez, Ud. es muy malo—contestó la llamada Marina.

—Mi tío no tiene hijo—decía Marta, suplicante.—¿Por qué eres tú tan celoso?—Y sus ojos se agrandaban inmensamente azules.

Hablaban apresuradamente. El tiempo urgía. Era el momento de separarse.

—No me olvides, Armando—clamó otra vez Marta toda turbada. Su boca no perdió encanto al mostrarse sin sonrisas.

—Yo he de amarte siempre. Te lo juro—respondió Armando.

Marta se volvió al grupo. Todas la miraban riéndose picarescamente.

Comenzó a lloviznar. Un criado llevaba al automóvil las últimas maletas. El viejo propietario, don Juan Miraells, dió la señal de partida despidiéndose el primero de Federmann.

Marta se separó de Armando. Comenzó la despedida de las amigas resonante de besos. Doña Rosa lloraba. Los gallos de los corrales vecinos lanzaban al aire sus notas de clarín, que adquirían en esa hora hondura de quejumbre.

Marta llamó aparte a Elsa y le dijo unas palabras al oído. Elsa asintió riéndose.

Como llovía, Marta se envolvió en un capote. Doña Rosa le daba sus últimos consejos:

—No te bañes sudada. Abrígate bien. Cuídate.

Marta vestía muselina sembrada de ojos azules y blancos. Su cabeza estaba ceñida por un gorro de terciopelo negro. Su cuerpo estaba sellado de languidez.

Se dirigieron al automóvil. Marta adelante con su padre y el viejo don Juan Miraells. Los amigos iban detrás entre chanzas y risas. Armando Ibáñez la seguía en primer término. Los últimos eran Julio Alvarez, Gerardo Rojas y Andrés Porras. Doña Rosa se quedó mirando por un balcón.

Doloroso y cruel, el momento separaba los amantes sin que pudieran decirse más.

Marta se golpeaba las rodillas con la bolsa de seda negra que llevaba en una mano, y con la otra sostenía el sobretodo ceñido a su cuerpo.

Don Juan se repantigó en el automóvil y tomó una actitud severa de hombre importante. Marta se volvió una vez más, y también tomó asiento. El señor Miraells estaba inmóvil. Doña Rosa hablaba desde el balcón, pero sus palabras no se oían.

El motor trepidó. La lluvia caía lentamente. A la puerta de la villa, todas las damas allí reunidas se cubrían con paraguas. Los vecinos se asomaron a las ventanas para ver. El chofer cerró la portezuela. Marta agitó por última vez su pañuelo hacia el sitio donde estaba Armando. El automóvil salió, primero despacio, luego más ligero, hasta cruzar en la esquina. En las ventanas de la cuadra, se agitaron muchas manos.

Armando sentía cómo aquella hora pesaba sobre él. Al pié de la escalera, el grupo continuaba su cháchara ruidosa y pueril. Momentos después comenzó a disolverse.

Elsa Méndez hablaba con Armando para distraerlo. Todo en vano. Entre el motor del automóvil que conducía a Marta y el corazón de Armando Ibáñez, había una relación, un pugilato invisible; pero real.

Después de despedirse, Julio Alvarez y Armando Ibáñez se dirigieron a *El Diario*. Por el camino no desplegaron los labios. Julio Avarez se torturaba el cerebro buscando una burla bastante propia. Armando no podía comparar su tristeza. Era una tristeza serena, dulce, tranquila. Una nostalgia infinita lo abrumaba. Contemplaba en su imaginación la huella de humo que el automóvil iría dejando en el camino. ¿Se disiparía el amor como ese humo?

A llegar a la oficina, Julio Alvarez, poniendo una mano sobre el hombro de Armando, le dijo:

—Te compadezco. Sé lo que es eso.—Y salió ligero para no dar lugar a explicaciones.

Ibáñez, con un gesto de desaliento, sentóse a su escritorio. No pudo trabajar. Con la pluma en la mano estaba como absorto. Parecía mirar algo invisible.

V

La tarde estaba espléndida. Se abrió después de la lluvia. Ibáñez, desde el balcón de su oficina, vió a el Avila oreado de sol. Las calles estaban llenas de gente.

Tras ese cerro—pensó—por los caminos que él oculta, va Marta. Se la imaginó a caballo, pasando por los campos como una visión de primavera. La contemplaba cabalgando por aquellas soledades, al lado del viejo adusto, azotando con su látigo las flores silvestres.

Ibáñez sentóse nuevamente, y escribió, como de costumbre, en su diario íntimo, la página de aquel día de agosto. Volvió al balcón. El cerro estaba sereno, sin luz. Una estrella blanca fulgía sobre la cumbre. Aquella estrella debe verla también ella—se dijo—y Armando vió la estrella como una esperanza.

Se acordó de que había prometido visitar a Hugo Soré. Allá se encaminó. Sentía necesidad de aturdirse; de sacudir la modorra que embargaba su espíritu. Sentía como si la voluntad huyera de él. Si en aquel momento

hubieran propuesto a Ibáñez la idea más descabellada del mundo, la habría ejecutado sin vacilar.

A las seis y media llegaba a la casa de Hugo. Un momento después era introducido con un ceremonial litúrgico.

Por fuera, la casa de Soré era lo mismo que todas. Con su fachada de cárcel decorada por anchas ventanas de hierro, el zaguán cerrado, marcada con el número municipal, y ostentando su viejo alero español. Hermética, silenciosa, como en un mutismo, la casa aquella no decía por fuera nada de lo que había en su interior.

Al tocar el timbre de la puerta abrióse ésta, y un negro alto y semidesnudo, apareciendo ante Armando, lo introdujo. Ibáñez entregó su tarjeta. A poco, la voz de Soré se oyó adentro:

—Pasa, Armando Ibáñez. Negus no te conocía.

El negro hizo un saludo de esclavo oriental. Su cabeza parecía formar parte de la sombra. Apartó un biombo para que Ibáñez pasara. La habitación estaba amueblada de manera raramente exótica. Negus abrió otra puerta. Una tenue luz rosada bañó a Ibáñez y al negro. Lo primero que vió Armando fué un informe montón de sedas y tapices, tan grande era la cantidad de cojines, divanes y telas turcas que allí se amontonaban. Armando entró.

En un rincón, ceñido por una túnica amarilla que lo hacía aparecer como un mandarín, Hugo Soré, boca abajo, reclinado en un diván tan ancho como un lecho, escribía sobre un encerado. Con el punzón en una mano y la otra apoyada en la cabeza, volvióse para recibir al recién llegado. Le ofreció otro gran cojín que yacía junto a él.

—Vivimos en Turquía—dijo Hugo—no hables nada que huela a barbarie occidental.

Y volviéndose hacia el negro le mandó:

—Negus, tráenos opio.

Armando iba de sorpresa en sorpresa. Había oído hablar de las extravagancias de aquel Soré millonario y poeta admirable, que lapidó tanta rima voluptuosa y sensual. Era el autor de un volumen de poesías que tituló «Orientales», por haberlas hecho allá, en tardes amables, al rumor del agua, eterna musa del alma árabe. Sus versos tenían olor de mandrágoras, eran azules como los lotos, e incitaban apetitos golosos como un melocotón de Perusa. Eran tan suaves, tan finos, y de música tan muelle, que evocaban en sus metros la molicie encantada de los palacios lejanos. Aquellos versos, eran como si los calados

maravillosos de las arcadas árabes y las formas túrgidas de las odaliscas, se hubieran transformado en palabras.

En el cuarto olía a mirra. Del techo colgaba un globo de cristal que teñía la luz de un color tenuísimo y grato a la vista. Las paredes estaban cubiertas de tapices representando amores de sultanes y califas. En un jarrón, que ostentaba una desnudez de mujer primorosamente tallada, junto al diván del poeta, se mustiaban unas flores amarillas.

Soré sacó un pié desnudo e incorporándose con indolencia, miró sonreído a Ibáñez, como si tratara de adivinar la impresión que al huésped le producía su casa.

—Este negro vino conmigo de Oriente y cree que todavía es esclavo. Apenas habla español.

Armando paseó su mirada por la habitación, y se detuvo un momento con la vista en el suelo cubierto por una rica alfombra. Se acordaba de Marta. Ahora se la imaginaba a caballo, trasmontando cerros, con las espaldas ungidas de oro por los cabellos desatados, que pondrían en la vasteza del paisaje un dorado claror de estrella.

Hugo seguía viéndolo. Armando dijo al fin :

—Vives como un Bey. Has estado en Túnez ?

—En todo Oriente.

El negro regresó trayendo dos enormes pipas de opio.

Soré las tomó y se puso a explicarle a Ibáñez la manera de usarlas. Ibáñez manejaba con visible torpeza el largo artefacto donde ardía una llama de paraísos. Hugo empuñó con elegancia su pipa. Despidió al negro a quien dió el encerado. Reclinándose hacia atrás, y mientras sorbía el opio, exclamó con indolencia :

—Añoro aquellas noches de Oriente, cuajadas de amores enervantes, cuando fumaba opio en los brazos morenos y lánguidos de una mujer. Yo miraba su rostro pintado y sus ojos garzos donde se agarraban como anillos, dos ojeras.

Y luégo, acordándose de las últimas palabras de Ibáñez en la puerta del Hipódromo, después de lanzar nuevamente una bocanada de humo azul, prosiguió :

—Y bien, Armando ¿qué motivó aquella página ?

Armando se puso a narrar aquella historia y aquel ideal que perseguía. Aquella encarnación del amor en un cuerpo blanco; aquella dulce quimera viviente en unas pupilas azules.

Sus palabras parecían hundirse en la seda de los tapices. Encontraba un encanto desconocido en aquel ambiente exótico, donde los cojines estaban hundidos, como conservando las formas de muchas desnudeces. Pero pronto, otra idea se lo hizo perder. Sentía escrúpulos de desnudar su sentimiento en aquel lugar donde había la huella de innumerables orgías.

—Y ella?—preguntó Hugo en una pausa.

—No la conoces. No puedo decírtelo.

A Ibáñez le parecía que nombrarla allí era como desvestirla, como si le hiciera perder su recato y pudor.

Soré comprendió. Tras largo silencio, sobre el cual se elevaba una espiral caprichosa de humo, que perdía su forma al aplastarse contra el techo, sonrió con cierta ironía.

—Armando, ¡cómo es posible! Yo dudo eso.

—¿Tampoco crees tú en el amor?

—No. Me parece que es ficticio. De él no tengo más halagos que el que me produce el contacto de un muslo blanco. Yo me ciño el cuerpo de las doncellas, como si me coronara para un festín. No concibo tal sentimiento en nuestro siglo—contestó Hugo enarcando la frente con elegancia.

—¿Por qué será que la duda asoma siempre sobre tales ideas, cuando todos, llegado el momento, se acojen a ellas? ¿Crees tú que lo que ha sido del hombre un tiempo, lo pierde, por el sólo hecho de avanzar unos días?—respondió preguntando Armando Ibáñez, mientras se incorporaba en la inmensa almohada que le servía de asiento.

—No pensé nunca que pudieras sentir eso. Te creía superior—dijo Hugo con acento de desdén.

—¿Crees tú que el amor empequeñece? ¿Qué es más vil, lo que tú piensas o el sentimiento que vive en mí?

—Me haces acordar de una vieja leyenda oriental—afirmó el poeta, viendo los amorcillos pintados en el cielo de la estancia.

Sobre el pavimento caían las rosas amarillas, pétalo a pétalo, como palabras desoladas y frías. Negus entró para encender un braserillo, y arrojó sobre los pequeños tizones una esencia rara que colmó la habitación. Hugo miraba con melancolía el deshoje de las rosas.

—Como ellas son mis versos—exclamó señalándolas.

—Tú eres un poeta admirable—contestó Armando—y si en tus versos hubiera más sentimiento, menos sensualidad, perdurarían. Ahora, el encanto de ellos dura lo que

el perfume de una bacanal. Hugo, vas a marchitar tu ingenio.

—Y para qué, amigo mío, lo necesito yo? Mira este hastío que sólo calma el opio. No bastan mujeres y músicas para adornar la vida.

El gesto del poeta estaba lleno de cansancio y tristeza.

—Tus palabras son como un eco de las mías. Ama y sentirás una resurrección. Yo veo que esa enfermedad incurable de nuestro tiempo, ese cansancio, ese fastidio, que agobia las almas de hoy, provienen de esas ideas. Amor exalta, fecunda. Yo creo sentir como un chorro de agua que bulle en mi alma, y esa agua hace brotar muchas flores.

—Hablas como un árabe.....

—Me he contagiado en tu pagoda.

—Es una estancia persa, Armando. No es una pagoga—contestó Hugo, echándose a reír.

—Esa túnica amarilla es grotesca. Me parece la vestidura de un dios hindú—dijo Armando torpemente. El opio comenzaba a perturbarlo.

Soré soltó una carcajada.

—Te parece? Yo huyo de tí. Ultrajas mi estética oriental.

Armando había puesto a un lado su pipa. El opio lo mareaba horriblemente. Entre las brumas con que el narcótico embotaba su cerebro, se imaginaba la noche campestre, azotada de estrellas, por cuyo silencio, la risa de Marta sería como la armonia de una música sentimental y vieja.

—Sabes? Hoy se fué.

—Ah! Ya comprendo por qué has venido. Pero, dime: qué sientes tú?

Y una nueva columna de humo azulado surgió entre ellos.

—Yo siento el amor. Hugo, tus preguntas me huelen a Biblia. ¿Te acuerdas de Jesús ante Pilatos? Dime: qué es la verdad? Y Cristo no contestó.

El poeta sonreído miraba a Ibáñez con languidez. En la estancia iba entrando la sombra. La luz rosa adquiría mayor imperio en aquel ambiente oriental. El humo del opio no tendía ya su arabesco armonioso; era ahora como una urdimbre de telaraña que se tejía, dibujándose en el claro de los tapices que vestían las paredes. El poeta recitaba con languidez uno de sus versos, y el

humo parecía adquirir la forma y el color de aquellas estrofas. Interrumpiéndose, dijo con acento de molicie.

—Me consta, Armando, que no puede úno enamorarse. Pero ¿es acaso que tu rubia espiga, te ha llenado el alma con trigo de ensueños, como si ella fuera un granero?

Las palabras del poeta adquirían en sus labios tal agilidad y expresión, que a ellas, pareció surgir, en una lontananza dorada, todo un dulce vaivén de espigas maduras.

—Sí. Y sobre el montón áureo ha crecido una flor, que crece, crece, y me va cubriendo toda el alma.

El poeta se echó nuevamente atrás y sorbió una gran cantidad de opio.

—Me parece que contemplo nuevamente las noches árabes. Miro la turquesa taraceada de oro que cobija el desierto, y la tienda nómada alzando su lona blanca y henchida como un albornoz gigantesco.

—Negus: es la hora de comer.

—Espérate un momento o me voy.

—Quédate, quédate. Tengo una fiesta admirable. Verás las danzas del país de las quimeras.

—No. Imposible. No estoy ahora para tales paraísos.

El poeta se sonrió irónico.

—Ya va muy lejos tu espiga, y ahora alzará sus blonduras en la paz del campo.

—¿No te convences de que el amor lo hace pensar así? Yo te veré algún día desceñirte esa guirnalda y abandonar esa pose, para correr tras una mujer.

El poeta se sonreía indiferente. Armando Ibáñez al levantarse, se tambaleó. Hugo se rió más aún. Mandó a traer wisky.

—Con eso se te quita.

Soré tendió su mano con un gesto lleno de indolencia, diciéndole:

—Vuelve, Armando. Quiero hablar nuevamente contigo.

Ibáñez salió de prisa. Comenzaba a sentirse molesto en aquel ambiente. Negus cerró tras él la puerta. El gran negro desapareció en la sombra.

Entonces fué cuando Armando, ya en la calle, sintió pesar la soledad como un frío sobre él. Y sin embargo, la noche estaba tibia y por el cielo había un cuajo milagroso de luceros.

VI

Insertamos aquí algunas partes del diario de Armando Ibáñez, las cuales nos facilitó Gerardo Rojas, quien, después de la muerte de aquél, se hizo cargo de todos sus papeles.

Ellas informarán mejor de la multitud de ideas y sentimientos que entonces lo abrumaron, así como dirán el estado de su espíritu por aquel tiempo. Dichos fragmentos son, ya dorados como melenas de sol sacudidas en el paisaje; ya apacibles y serenos como remansos; ya torvos y sombríos, como pájaros negros que ponen con su vuelo un crespón de luto en la poesía inefable de la tarde.

Agosto 12.

«No puedo olvidar su última palabra, la que me dijo cuando se fué. ¿Qué es el olvido? ¿Puede el hombre olvidar? .....

«Se mueren los amores; pero nadie puede borrar sus huellas; nadie arrancará los tallos que hicieron germinar en el alma. Los campos recuerdan en los días fríos, el calor fecundo de los soles.

«Yo no la puedo olvidar. En mi alma se desatan sus rubios cabellos como los paramentos del ocaso sobre las cumbres.

«Señor! El crepúsculo abruma como ninguna hora. Cuando él llega, crece el tormento de las almas. ¡Cómo pesan los recuerdos en esta hora votiva! La tarde se vuelca sobre el mundo como un ánfora de tristeza. Ella despierta viejas músicas que hacen evocar. La tarde es un ala de pájaro que roza suavemente el alma.

«Si yo pasara por ella como un rayo de sol! Nunca habría mayor milagro de primavera.

«No sé..... No quiero saber nada del mundo.....Si yo fuera un pájaro!..... Si yo pudiera verla ahora!.....

Agosto 15.

«Ella me ha escrito. ¡Cómo se avivan los amores con una ternura! Marta: me has ungido el alma. Yo siento tus palabras como los campos el galope de tu caballo.

El despierta con ecos sonoros las lejanías y en mí resuenan ellas como un tropel de acordes.

«De mi carta de hoy es este párrafo:

.....«Tientas mi alma. Si tú me la llegaras a romper! Me dices del llanto que te turbó anoche, cuando la luna se entraba por tu cuarto, como una serenata, poniendo en el lecho su piedad blanca y melancólica. Cada lágrima tuya debió convertirse en luciérnaga. ¿No viste muchas que volaban sobre el campo? Quien sabe si por eso amanecieron tan blancos y floridos los rosales que claman en tu ventana.

«Tu llanto tan suave, acallaría al ruiseñor de tu jardín. Te me has entrado en el alma..... Marta mía!

Agosto 18.

«Alberto Silva ha venido. Irá conmigo al campo. Toda esta tarde hablamos de tí, Marta, sentados en el banco de un viejo parque. La nostalgia dorada de la tarde caía sobre las alamedas ancianas y la nostalgia de tus cabellos caía sobre mi alma.

«Yo me la figuraba sobre una carreta cargada de yerbas; con el sombrero de paja adornado de anémonas en las rodillas, mientras sus cabellos flotantes ponían una ilusión de espigas en el paisaje anchuroso y alegre. Los bueyes en su marcha lenta la arrastrarían como una primavera.

«Pero de pronto, Silva me dijo, que en esa hora indecisa, acaso ella daría sus cantares a otro amante. No porque me hubiese dejado de amar, sino para distraer su hastío.

«No puede! No puede!—le dije. Y la desesperación crispó sus garras vellludas en mí. Silva se reía.....

«Quién sabe—me dije.—Si en un recodo de esos caminos curvos y enjoyados de monte, ella pondrá la tarde azul de sus ojos sobre otra cabeza, ungiéndola con toda la melancolía de un crepúsculo. Y la veía alejarse después, llena de languidez, por entre los cañaverales amargos y agrestes. Vestida de blanco, pasaría como un cordero sobre los campos.

«Y la visión turbadora me agrió el alma. Y en vez de la infinita poesía que su recuerdo debía traerme, aún cuando me la imaginase en brazos de otro, yo sentí horrible aquel paisaje sentimental. Las espigas se me volvieron garras, y la serenidad inefable de la hora cobró para mí prestigio de furia.

«Oh! aquellas palabras me fustigaron, y la lumbre dorada que me imaginaba cayendo tan dulcemente, se volvió un ay! que turbó el silencio de los campos.

«Mas, Silva, por piedad, trató de dar otro sesgo a sus palabras. Yo las tomé por alivio, sin creerlas, y las voces consoladoras pasaron como un chorro de agua que hizo germinar nuevas espigas.

«Silva ha de acompañarme. Regresa mañana a La Guaira.

«Cuánta inquietud siento! Imposible aguardar con calma una eternidad. ¿Cuándo llegará la mañana que veré aparecer como una flor de pascua azul y grande?

«Llega, alba de oro, y calienta mi alma que está aterida como una pobre tierra en el invierno.

Agosto 20.

«Silva se fué esta tarde. Cómo viven los ayeres que perfumó el amor! He aquí que el hoy no está lleno de su blanca dulzura.

«Siento en mí un silencio, como el de los paisajes envueltos en nieblas.

«Hay veces que el alma está como una mañana llena de sol y alegre de fiestas en los jardines, y otras, está gris, como las horas en que las nubes robaron el color a los campos y la armonía a las fuentes y todo es silencio bajo el letargo de la luz.

«Hay días en que no germinan flores ni esperanzas. Son taciturnos, desolados. No hay fiestas en las almas ni en los jardines.

«Hoy, el recuerdo de la novia que está lejos, cae sobre mí como un sollozo. No viene ella como otras veces ataviada de risas y con mazos de flores.

Agosto 22.

«Cuántas veces oí decir que había días muy largos. Esto es así cuando se espera. Pero el tumulto de sentimientos en que se agita el alma, es fuente inextinguible de poesía. Entonces el alma dice la elegía de los recuerdos. Cada hora es una senda muy larga enlosada de esperanza. son losas muy viejas!.....

«Esta noche, no esperando nada, la he sentido acercarse a mi mesa.

«Me pareció, que esta luz derramada por la lámpara para iluminar la soledad mía, era luz de sus cabellos; que

la lumbre caía con la misma suavidad con que ella los hubiera desatado en la sombra. Yo veo que esta luz tiene algo de ella, de mí. Ella me viene al través de los campos y montañas como la llama que alumbra por sobre la pantalla, hiriéndola.....

Han de pasar otros días. Pero la hora en que vuelva a verla ha de llegar. ¿No llega la luz de un lucero después de muchos segundos a posarse sobre la tierra?.....

Agosto 25.

«Recuerda úno algo ausente con la misma tristeza que se recuerda a un muerto.....

«Hablé hoy con Elsa. Cuánta piedad ha puesto ella en mí. El amor la hizo hermana mía. Nos unió con ternura fraterna.

«Qué adorable es Elsa! Ella es un anuncio de primavera, una promesa de flores de amor. Tal es esta dulce mensajera mía, que es ligera y blanca como una paloma.

«Tan pronto siento júbilo, como si me sacudieran un rosal muy dentro, llenándome de rosas truncas, como me invade una emoción igual al vaivén fúnebre con que los cipreses rozan los muros de un panteón. Siento nostalgia y esperanza. Cuánta melancolía en esta mezcla de recuerdo y dudas! Si ella me pusiera ahora la mano sobre la frente!.....

Agosto 28.

«Hoy volví a recibir carta de ella. Sus palabras acarician como la seda. Blanco es su amor como las hojas de los lirios y tierno como el ala de las palomas. Pero en los párrafos de su carta, como en todos los amores, hay risas y lágrimas. Ella pensó ayer mucho en mí, cuando le llevaron de las flores que prefiero ..... Y me ha enviado un pétalo.....

Su amor me trae, como la aurora, una rubia promesa de sol.

La mañana está alegre. Gloria dicen las campánulas azules que repican sobre los campos sus badajos levísimos; gloria dicen las campanas de las torres que las hacen palpitar, y gloria dice mi corazón que estremece como un bronce a mi pecho; porque la hora es azul y alegre como una epifanía de primavera .....

Agosto 29.

«Elsa me ha dicho hoy que Rells ama a Marta. La ama con locura, y diariamente abruma a don Guillermo con promesas y lo deslumbra con su fortuna.

«Hay que tomar una determinación enérgica. Tiemblo porque pienso en si la locura de Rells es igual a la mía. Entonces, con fuerzas tan grandes, ¿quién vencerá?

«¿Pero qué son estas inquietudes comparadas con el bálsamo con que ella unge mis heridas? Ella vierte sus palabras a mi oído y son muy suaves, muy blancas; pero al tocarme, truecan sus blancuras y se hacen rojas como las vendas que sellaron heridas.

«No importa Rells, que tú quieras quitármela.

Agosto 30.

«Melancolía, Melancolía, nunca se te vió sonreír. Pálida y sin risas te allegas a las almas; una beatitud doliente difunde tu mirada y un anhelo incierto, impreciso, que igual puede ser de besos que de muerte, soplas en los corazones.

«Hermana mía eres tú, señora de poesía y madre de tristezas, que sabes olear las frentes de los que sueñan y aman.

«Musa doliente: nadie hizo sentir como tú; porque haces revivir las cosas que fueron y las que no pueden ser. Por eso, viertes y guardas al pasar, en el cristal purísimo de una lágrima, la esencia de tus pomos, que es tesoro y poesía y fragancia de las almas.

Agosto 31.

«Hé aquí la víspera. Y siento igual tristeza que si no fuera a verla. Estos estados de ánimo son un propio engaño. Los orbes, en ciertas noches, fingen un gran duelo, y saben que el sol ha de iluminar en breve sus contornos llenos de bosques y jardines.

«Mañana, a estas horas, mis manos tendrán las suyas como un manojo de lirios, y sus ojos pondrán una tarde azul sobre los míos.

«Sin embargo, no sé por qué ahora que estoy más cerca de ella, dudo y temo. Siento una dualidad terrible de alegría y miedo. Veo la candidez campestre de muchas mañanas, y la noche persiste ennegreciendo el confín de

la ilusión. Más allá, mucho más allá de las eras rientes, hay una sombra que no puede disipar el sol.

«El amor se ha adueñado de mí. Me pierde. No puedo arrancármelo. De todas maneras, conozco que seré su víctima. Soy como esos heridos a quienes no se les puede sacar el puñal, porque mueren al instante, y que, por un engaño al parecer piadoso, se les deja morir, lentamente, desangrándose hasta la última gota.

«Julio Alvarez y Gerardo Rojas no han cesado de hostigarme. Andrés Porras está como vencido.

«Mañana será la fiesta del estío. Mañana amanecerán cuajados los viñedos y dorados los trigos. El campo será una copa y un granero. En cada vallado florecerán los cafetos un milagro de púrpura; sobre las cabezas de los bueyes habrá guirnaldas; en los sombreros de los campesinos un haz de espigas símbolo de los amores. ¿Sobre el mío?.....»

VII

En el momento en que Armando Ibáñez, la víspera de su viaje, ponía término a su diario íntimo de aquel mes, y del cual hemos insertado en el capítulo precedente algunas partes, don Guillermo Federmann, conversaba con su mujer en el comedor de la villa, después de haber encendido un enorme tabaco complemento indispensable de su rostro.

Aquella escena no era más que resultante natural de las frecuentes cargas de Rells. La voz de don Guillermo decía con dureza:

—Pues tú sabes que hemos quedado arruinados, y aunque con mi trabajo, al fin habremos de recuperar nuestra fortuna, ello es una cosa lejana; y yo viejo, la suerte indecisa, todo en fin, nos obliga a asegurar de una vez la suerte de nuestra hija, casándola con ese hombre rico y maduro.

Doña Rosa, que jamás contradecía a su marido, esta vez quiso oponerse. Su labor quedó un momento abandonada en las rodillas.

—¿Pero, no ves, Guillermo, que eso sería sacrificarla por tu interés? ¿Si somos pobres, es que no puede ser

feliz sino en la opulencia? Tu ignoras cuáles son los verdaderos sentimientos de Marta.

Don Guillermo se encolerizó. Frunció el ceño. Apretó el tabaco entre los dientes y dijo con voz tan fuerte que no admitía réplica:

—Sé lo que me digo, Rosa. Tú no sabes sino aplanchar y surcir medias. Te prohibo que entres en este negocio. Yo me encargo de él.

Después de una pausa, prosiguió:

—Rells me asegura que está dispuesto a casarse. Tiene una fortuna de más de diez millones de pesetas, y sería una imbecilidad, una estupidez inconcebible, que por un sentimentalismo necio, hayamos de rechazar para nuestra hija, una fortuna..... Por otra parte—añadió con un acento más dulce—Rells me confesó habérselo dicho, ella no pareció rechazarlo, se abstuvo de contestarle, y no creo imposible que ella llegara a amarlo.

Doña Rosa no acostumbrada a tales violencias, se había conmovido, y secábase los ojos enrojecidos por el lloro. Don Guillermo, un poco arrepentido de su atropello, se levantó para impedir una debilidad. Sin embargo, cuando salía, volvióse aún para decir:

—Rells ha suspendido la fiesta del yatch y su salida de Venezuela, hasta no ver a Marta, y me ha iniciado la idea de un viaje a «Las Palmeras», para saber de los propios labios de ella, si ha de regresar a Europa con la felicidad.

El reloj dió las ocho horas. Don Guillermo, cogió su sombrero y murmuró entre el tabaco y los dientes:

—Voy al Club.

La señora Federmann se quedó pensando un proyecto. Iba a escribirle a Marta una carta prudente, con toda la sabiduría materna, en que se viera el consejo y se adivinara la promesa de alianza en la oposición, no obstante participar favorablemente del proyecto. En fin, una de esas cartas que solo saben escribir las madres. Y mientras pensaba, sus manos iban urdiendo febrilmente el hilo de su labor. Ducks vino a echarse a sus plantas y la veía como interrogándola. Hacía muchos días que andaba melancólico y cabizbajo. No se explicaba la ausencia de Marta.

En tanto, don Guillermo caminaba a grandes pasos, balanceando su cuerpo con un ritmo de satisfacción y de energía. Iba haciendo cálculos.

En la puerta del Club se encontró con Rells. Este descendía en ese momento de su automóvil. El español saludó con

impecable elegancia. Con esa elegancia mundana del opulento que viajó mucho y no supo de las miserias de la vida; que no atendió sino a sus propias satisfacciones y placeres. Un mucho de insolencia y cortesía había en todas sus mamaneras. El presumía de gentleman y ponía gran cuidado en la corrección de aquellas, con lo cual disimulaba un poco su facha obesa y vulgar.

—Señor Federmann—dijo Rells al saludarlo.—No se decide Ud.? Yo le ofrezco un crédito, que Ud. fijará, para ayudarlo a restablecer su hacienda. Dicho crédito lo tomará Ud. con todos los requisitos del caso.

—Yo le doy a Ud. la mano de mi hija—contestó Federmann con altivez—no como una venta, sino sencillamente porque lo quiero a Ud. como yerno.

Se volvieron a estrechar las manos. Era el pacto definitivo. Habían entrado al Club. Los innumerables señores que comenzaban a constituirse en cortesanos de Rells salieron a recibirlo. Tomaron asiento ante una mesa de juego para comenzar una partida de poker. Rells se sonreía satisfecho, alargando más sus ojos brotados por sobre los lentes, para espiar con astucia las cartas y las manos de los jugadores.

La mano enguantada de Rells alargó un puñado de luises para cargar la carta. Era lo único bello de su persona: las manos. Ellas dejaban entrever su blancura por el desabrochado guante. El resto era casi repugnante. Cara de bull-dog, obeso, repleto. Los eruptos eran lo único que no podía disimular en su afán de no aparecer grosero, lo mismo que su dialecto algo bronco. No tenía metal de voz.

Hubo varios movimientos en las mesas, especies de pases litúrgicos. Cartas que se recojen y barajan, hundiendo una en la mitad; monedas que pasan de una mano a otra y desaparecen en chalecos ávidos; grave seriedad enlos jugadores, cuyas caras sellaba una expresión de codicia. Un viejo obeso y calvo, que mejor hubiera estado en pantuflas rodeado de sus nietos, se caló los lentes para ver mejor el reparto del dinero.

Después, vuelta el reparto de las cartas. Las manos alzan los abanicos de naipes donde está la fortuna y la ruina. Sobre la mesa arde un foco inmenso y lujoso. Son las jornadas del azar, donde se apuesta la honra y se juega el porvenir de los hijos; donde los rostros se marchitan, y el corazón, a fuerza de palpitar por una moneda, se empequeñece y se hace duro.

A las tres de la mañana, Rells había perdido quinientos luises, cantidad igual a la ganada por Federmann, quien al contar el dinero prendía su vigésimo tabaco de aquella noche.

Rells y Federmann se retiraron para hablar a un rincón solitario.

—Vamos entonces a «Las Palmeras», don Guillermo. Le he cogido la palabra. Crea Ud. que no tengo otro ideal sino verla nuevamente y casarme con ella.

Don Guillermo echó una bocanada de humo y respondió:

—Está bien. Voy a disponer lo necesario para nuestro viaje. Tenemos que avisar allá. Iremos dentro de unos días.

Con estas palabras se despidieron. Don Guillermo bien abrigado en su gabán salió del Club.

El señor Rells comenzó a pasear su hastiada gordura por otras mesas de juego. A ratos, se detenía ante ellas, prosiguiendo luego su paseo. Todos los jugadores se volvían para pagarle el tributo de una sonrisa. Todos suspiraban por jugar con él. En las pupilas de Fernando había como una añoranza de las noches fastuosas de Mónaco y Niza.

Por los salones de juego corría un vasto ruido de raquetas y fichas de marfil. Una mujer se reía con las bromas de tres amigos en un rincón. En sus faldas se adivinaban las huellas de muchas rodillas y la sombra de muchos pantalones.

Rells, después de mirar el reloj, imitó el ejemplo de don Guillermo. Una alegría inmensa le invadió el pecho. Salía del Club satisfecho y lleno de esperanza.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA

PARTE TERCERA

Dice de las grandes desesperaciones del amor.

Los paisajes nativos se muestran a los corazones con toda la virtud y grandeza que ellos guardan. La visión épica interrumpe un momento el romance lírico.

I

El primero de setiembre, Armando Ibáñez se dirigió a «Las Palmeras», hacienda situada a muchas leguas del mar, entre selvas y montañas, sobre la planicie de una inmensa cumbre.

Maravilla de los ojos es allí el paisaje. Desde arriba se mira al horizonte ahondarse en el mar; la vista se apacienta en puro cielo; nada entorpece la azulosa diafanidad del espacio. Se contempla a los pies un sosiego de cumbres; nubes que surgen de las honduras, y más abajo, donde apenas se alcanza, valles enanos angostándose en prisiones de cerros.

En las inmediaciones de la hacienda, un pueblillo se acurruca humilde.

A él se dirigieron Armando Ibáñez y Alberto Silva en una noche muy clara, muy diáfana, muy acariciada de luna. Una noche tan tibia, tan quieta, que ni la más suave brisa rozaba los follajes; ni el más leve ruido turbaba el silencio de los campos. Sólo el mar, en la orilla, desgarraba la seda de la noche con su música rotunda. En la pureza del azul nocturno, las olas, para bruñirlo, alzaban sus espumarazgos.

Van a caballo los viajeros. En silencio, recorren con la vista la inconmensurable belleza nocturna. Una estrella que cruza el horizonte y desaparece en las aguas; una languidez de luna sobre los cocales estremecidos y dolientes; una palpitación de estrellas sobre el mar.....

Y trotan los caballos alzando sus colas épicas por la orilla encintada de blanco, mientras resuena la sinfonía marina en el seno de las guaruras rosadas y armoniosas.

—Eres un Don Quijote del amor—dijo Silva a Ibáñez.—Héme aquí transformado en tu escudero.

—Eres Sancho de la Belleza—respondió Armando, interrumpiendo la risa de Silva.—Has trocado la creación de Cervantes. Yo miro esa cumbrareda lejana como un símbolo del ideal. Allá nuestra ínsula, que no está compuesta de contribuciones y señoríos, porque ella es pura síntesis de belleza y espíritu. Yo no sé por qué me parece que no podré alcanzarla. No veo molinos moviendo sus aspas en la noche, ni enemigos que me salgan al paso. Sin embargo, dudo de que el casco de mi caballo holle la altura.

—El pesimismo no era característica del gran manchego—contestó Silva esta vez.—El creía que iba a conquistar el mundo. El miraba ejércitos y beldades en odres de vino y mozas de partido. Su lanza no la esgrimía nunca sino para herir en el corazón del contrario, que él se forjaba palpitante en la rueda de un molino. ¿Por qué dudas tú de llegar?

—Sabes—contestó Ibáñez, parando el caballo para encender un cigarro—que no hablo de mi llegada material a los cerros, sino que me finjo otra cosa, algo abstracto, por lo que lucho, y por lo que, aunque creo obtener, me turba la duda.

—Veo con placer—volvió a responder Silva, sonreído e irguiéndose en su cabalgadura, un potro rucio y viejo, que ostentaba una protuberancia extraña en los ijares—que Don Quijote no se ha muerto. Aún anda su adarga por el mundo siempre presta a lo caballeresco. ¿No crees tú que tienes algo de él?

—Sí, mucho—afirmó con decisión Ibáñez.—Y me place. Toda la vulgaridad que nos rodea; todo lo que tiende a achatar más y más al idealismo; todo lo que lucha por hacer más prosaico y menos ideal el mundo actual, es lo que ridiculiza estas andanzas de amores y hazañas. Ahora el desprendimiento no es una virtud, el amor es objeto de burla, y el lírico que se puso sobre lo común, todo eso que antes constituía la más alta expresión del hombre, son hoy meras faces del ridículo. Porque cada día se van haciendo más raras las almas aptas para lo sublime; cada día el mundo hace un renegamiento de la luz. Los caballeros armados por la quimera no pueblan ya los caminos del ideal. De aquí, que los que no pueden sentir, hagan burla de estos cruzados solitarios.

—Crees tú que sean tan raros?—preguntó Silva—¿No te parece más bien que lo que hay es solamente una va-

nidad en ocultarlo? Que los más son capaces de las más grandes virtudes? ¿Crees tú verdadera esa risa, que a manera de antifaz se ha puesto el mundo en la cara? ¿No crees, que aún lloran; pero en silencio; que solamente el positivismo es una moda, como lo fué antes el romanticismo y más antes el desenfreno y la austeridad? Y piensa que el que llora siente, y el que siente es capaz de hechos grandes. No es esto sino pudor. Pero nota, que cada vez que alguien realiza un hecho fuera de lo vulgar, ese mismo hecho que se pensó ridículo, el mundo lo aplaude al saber el nombre del héroe. Y hasta lo envidian. Tú aquí eres un héroe del amor. Yo creo que la envidia es un sentimiento noble, en ciertas circunstancias, por supuesto; porque es hijo de la desesperación de no encontrarse capaz o de no haber podido realizar la idea o el hecho que se admira.

—Hablas muy bien Silva,—respondió Armando, sorprendido de las palabras de su amigo.— Ojalá fuera así. No niego que hayan muchos que lo hagan por pudor; pero en otros, el sentimiento de la grosería ha minado tanto las almas, ha adquirido tal fuerza, que es imposible dudar de la sinceridad de su risotada imbécil. Jamás tales rostros se iluminarán con la llama invisible que arde en los pechos nobles; siempre su caricia se trocará en crispamiento de garra, y su sonrisa no podrá ser más que carcajada brutal y áspera que llega hasta el sentimiento como un contacto frío.

Los dos jinetes dejaron atrás a la orilla y ganaron la montaña. El esfuerzo de la subida los hizo callar. Los caballos alargaban sus cuellos llenos de sudor, y resoplaban grueso, sacudiendo sus melenas y las bridas que llenaban el camino con un rumor épico.

Un camino contorneando un cerro. Luego, otra subida más escarpada, y otra y otra. Cuestas bravías, senderos erizados de piedras, abismos tapizados de follajes que los llenaban de armonías rumorosas, y doseles de cujíes y frondas espesas que sombreaban los vericuetos.

Los cerros elevándose más y más, dejando ver cada vez más lejos los remotos yazgos del valle. Un fulgor suave emergiendo de las honduras, como si las estrellas, al posar sus reflejos sobre el monte, quisieran resurgir en un haz de luz.

La niebla que pone blancuras remotas en las roqueras, y entrándose por las cuchillas, el ruido cada vez más lejano del mar. Una serenidad de luna envuelve la casta esmeralda del monte, y el silencio está como dormido sobre los campos.

Al fin vislumbraron las últimas cumbres.

El angosto camino se enrosca ahora en el cerro, con declives suaves.

De pronto, una patrulla irrumpió en un recodo. En la paz de la noche, voces broncas se acentúan groseras, turbando el recogimiento. Un alto detuvo a los viajeros para interrogarlos. Llevaban un hombre preso. Un hombre que había cometido un crimen la tarde anterior.

Fué terrible aquello. Una discusión violenta. Un hombre que se guarece en su rancho, desarmado; el otro con un puñal que corre y aparta a la esposa mugrienta que se interpone, y hiere. Es el vencedor. Es el preso que lo hacen abandonar su cabaña y lo traen a pié por los caminos.

Y la noche, que tan dulcemente acoge a los montes, no borra de las pupilas del zambo la visión de muerte; el otro que quedó ensangrentado sobre el piso de tierra, con los ojos vidriosos, en un anhelo supremo de vida. Y los mocosos que rodeaban al padre muerto quitándole las alpargatas para limpiarles los piés llenos de barro, porque creían que papá se estaba jugando, llorosos de ver tánto hombre raro que invadía el rancho. Y en sus oídos resonaban todavía los gritos de la viuda con el hijo más pequeño cargado, quien lloraba también sin saber por qué.

Cumplidas las formalidades, siguió la patrulla llevando amarrado al preso. Ibáñez y Silva prosiguieron su camino. Anduvieron un rato en silencio. Al fin, Silva abandonó el mutismo, diciendo con tristeza:

—¿Por qué el crimen armará el brazo del hombre?

—Quién se hizo nunca esa pregunta?—contestó Ibáñez—¿No se piensa cuando se mata? Si el recuerdo de la madre surgiera poderosamente ante un asesino no habría nunca crímenes. Hé ahí una de las ventajas del sentimiento: mientras más sensible sea el hombre menos habrá mal en el mundo. La dulzura de un recuerdo no dejaría levantar el brazo. El sentimentalismo que es débil, tiene esa fuerza secreta, es incapaz del mal.

—Ciertamente. Pero la cólera, que es un sentimiento, predomina y avasalla a los demás—contestó Silva.

—Sí. Cuando un hombre es pura materia y su cabeza no es capaz de guardar la menor idea grande, porque no la entiende y la desprecia, ese hombre es apto para esa furia. Mientras más aristocracia de naturaleza haya en el individuo, más lejos está de tales casos. Los rechazará con repulsión instintiva, y la cólera nunca prevalecerá

en él. Pero un hombre de cabeza dura, cuyas ideas son puramente sus instintos bestiales ¿qué puede hacer.....?

Ibáñez y Silva volvieron a quedar en silencio. La niebla se hunde en los quebrados; la neblina pone vestigios luminosos en las honduras, y en los mogotes sombreados hay una palpitación de estrellas.

Los corceles tomaban actitudes de estatuas en el esfuerzo de la subida.

Al fin comenzó a amanecer. La palidez se adueñó de astros y cielo. Ahora la sombra se diluye en una leve rosedad violeta. Sobre los cerros había blancuras como penachos, y una huella húmeda enjoyaba montes y vallados.

Ibáñez y Silva se detuvieron a contemplar la agreste hermosura. La luz hacía surgir cabañas y bohíos; cortijos y majadas. La claridad se iba entrando por la selva. Sobre el verdor de la montaña todo era blanco: la castidad de la mañana mostrábase en su desnudez de virgen. A poco, montes y senderos fueron adquiriendo color nítido, fuerte. La violeta indecisa del cielo se desmayó en el azul. El oro hirió las castas blancuras y todas las cumbres relumbraron.

Los viajeros detenidos en una altura, recorrían con la vista la épica belleza del paisaje. A sus oídos llegaba desde abajo una sinfonía de aguas y un tumulto de mugidos. Y todos aquellos parajes sembrados de cabañas, eran como una exultación de amor a los campos nativos. Aquella maravilla se les entraba por el alma turbándola con una intensa emoción de patria.

Sobre el risco, los caballos inmóviles parecían participar de esa emoción, y el sol desataba su canción de luz sobre la tierra fragante como seno de flor.

Sagrados horizontes de mi tierra, donde las cumbres se atalayan y forman muros y torreones, murallas sempiternas que defienden el solar; campos en cuyos vientres se encajan como puñales los torrentes y los ríos que han herido las montañas y los valles; tierra de ciudades blancas y pueblos enclavados como risqueras en los flancos del monte; tierra de milagros y amores; madre de prodigios; venero de epopeyas; señora de caudales heróicos, de tesoros ignorados: vagan por tus campos las sombras de las tribus sorprendidas por el invasor, y la fuga heroica puebla con prestigios de relieve las lejanías, donde se quebró el último arco y fué a embotarse la última fle-

cha, cuando el silencio virgen se desmayó en las soledades, espantado por el trueno de los dioses y el látigo de los conquistadores.

Guardan tus pampas el primer galope que aturdió la llanura salvaje, y cruza, sombra de leyenda, el rapto de la india desnuda, rosa de bronce prendida en el arzón del caballo, en la complicidad de la noche, mientras el viento sacude las plumas en la cimera del castellano enamorado.

Guardan tus valles con las casonas centenarias el encanto arcaico de la colonia perfumada de jazmines, silenciosa de paz, cuando los señores dejaron sobre los muros de cal los aceros ensangrentados, para guiar a los rebaños que poblaron el paisaje de manadas extrañas y quejosas, pacedoras en la mansedumbre de los campos.

Ennegrecidas están tus piedras por el incendio que llameó en el horizonte, cuando la raza vencida volvía en un ímpetu sobre los caballos, atenaceando al contrario con el poema de sus lanzas. Ellas miraron pasar los ejércitos de gala hacia las clásicas batallas, entre el revuelo de la pugna, y oyeron los gritos solemnes de «viva el Libertador!», cuando sobre las lomas, y seguido de sus bravos, batía el sombrero emplumado ante las huestes de la victoria tendidas en el campo.

Ellas miraron pasar a los héroes que lidiaron durante un siglo, cobijadas por sombreros de paja las cabezas donde hervía un anhelo indomable de epopeya, y en las pupilas del monte arde aún la visión de las cabañas incendiadas, prendiendo en la noche como trágicas fogatas sus llamas taciturnas.

Vibra en ellas el jadeo de la escaramuza sobre los montones revueltos por la épica fuga hacia el refugio de los vivacs; y pasan los éxodos despavoridos, escoltados por el incendio, manto de reyes que ciñó los ranchos humeantes como aduares ardidos.

Sagrados son tus horizontes donde la hazaña plasmó relieves de bronce vivo; y tus caminos, que se alargan solitarios, sobre los cuales, a manera de blasón sangriento, se contrajeron como garras en caricia de amor las manos mutiladas de los libertadores, y se alzaron en las picotas macabras, las cabezas que pusieron de escarnio en la impiedad remota de las cumbres.

Resuena en tus ciudades el ruido tumultuario de las revoluciones, cuando la turba ebria de cólera lanzaba sus épicas plegarias, entre nubes de piedras, al ruido de las descargas que poblaron los grandes días de la República. Guardan ellas los muros descalabrados de las fortalezas donde humeó el prodigio y tuvo aras el sacrificio; y te

rodean en corte heroica y magnífica, desde la que se desmaya a la sombra de sus naranjos, a la vera de la clásica llanura, hasta las otras que se reclinan diademadas de cumbres a las faldas de la Cordillera.

*
* *

Todo en tí es contraste de belleza y bravura.

Bajan tus condores de las cordilleras, y son sus aletazos los clarines que llaman a la lid, y al mismo tiempo, sobre los llanos verdeantes, ponen las garzas en la idealidad del horizonte un albo poema que se fuga.

Enclavada a la orilla del mar, hiere tu espalda el río sagrado que te arropa de majestad, y asoman en sus ondas las cabezas ungidas de los cocodrilos evocadores de días milenarios, en clásicas riberas.

Tiendes la mano sobre tus cabañas rezagadas y morenas, criaderos de aguiluchos, en cuyos muros de bahareque cuelgan trofeos, y con la otra acaricias las cumbres que son tus altares, y las selvas donde guardas tus panteras heroicas y tus pájaros canoros, para que surja de ellas, a tu conjuro, una evocación de mármol: la hazaña de tus hombres.

*
* *

Cien capitanes castellanos y cien tribus guerreras y cien esclavos negros arrebatados a sus aduares lejanos, son la estirpe de tu pueblo, es tu ascendencia heroica que palpita y vive en cien poemas de guerra, en mil gestos reales, cuando alzas tu brazo tatuado a la usanza indígena y te calas el gorro frigio en el arrebato de la hora suprema.

Así, corriendo por tus venas la sangre de tres razas guerreras y poetas, alienta en tu pecho el prodigio, guarda tu alma el temple de acero de caciques y conquistadores, y en las treguas de guerra, brota de tus labios, en serenatas dulcísimas, la nostalgia imprecisa de alcázares y palacios, de soledades de amor en noches nativas y remotas.

*
* *

Cabaña dorada donde siempre está la mesa puesta y encuentra el peregrino: pañuelo para enjugar la frente, y lecho donde el mísero emigrante tenga el sueño de una esperanza: todo ríe en tí; tus selvas y tus llanos, tus cumbres y tus aguas. Risa de multitudes que bulle en

las ciudades y estalla en tus campos y clama en tus calles y se refleja en tu cielo.

Ignoras los ábregos, cortesana del sol, y a las copas de tus árboles no bajan nunca los hielos, ni el alma de tu pueblo se enerva con la melancolía infecunda y dañina.

Como una vieja castellana te quedaste pobre, porque todo lo diste: la sangre de tus hijos y el oro de tus arcones. Viejos se pusieron tus tapices de exornar ventanas en días triunfales; tu brazo enflaqueció de tanto golpear murallas; y sin colores, de tanto ondear al sol y al fuego, quedó tu veste estrellada y simbólica.

Ni uno solo de los caminos de América desconoce el tropel de tus soldados, ni hay un río que no sintiera el jadeo de los corceles de tus pampas. Todos tus campos fueron estadios de batalla y todas tus piedras están ungidas de sangre.

Calada la visera que no desceñiste nunca, porque tu bizarría te obligó a guerrear, van tus pandillas, fragmentos de ejércitos, buscando enemigos con quienes desfogar el ímpetu bélico, para que el moho no herrumbre tu espada.

Tierra harapienta y magnífica, augusta mendiga, como aquel capitán que imploraba en Bizancio, tus harapos son púrpura; y cuando recoges el manto roto con ademán soberano, siete estrellas cintilan sobre el azul de tus mares, que es el azul de tu bandera.

Y así, pobre y sin fausto, cuando se habla de gloria, en toda la extensión de América, como un vuelo de llamas, veinte pueblos agitan el gorro frigio, para saludar en ti, a la madre excelsa de Simón el Magno.

*
* *

No por bárbara, sino por ruda y brava, flamea en tus veredas una enseña de sangre. Virtud es esa de un pueblo que pone en alto el arma blanca siempre pulida y cortante.

Los hombros de tus campesinos tercian chamarras rojas que ponen sobre ellos una ilusión de púrpura al alejarse arrogantes por los caminos, como reyes de tribus destronados, dispuestos al combate singular o a la batalla, y cuya arma derriba leños enormes o corta vidas, sin escrúpulos, en mudas tragedias, por luengas soledades.

Símbolo de esa magnificencia y bravura que representa mejor tu alma fuerte y es como forma visible de tu espíritu, es el escudo que labró la gloria a la puerta del hogar, al cobijar el trofeo con los cuernos de la abun-

dancia, tendido abajo el campear indómito del bruto, y, por sobre el volar del caballo, manojos de banderas y espadas enseñan sus empuñaduras y recogen sus colores, y un haz de espigas representa la cosecha de gloria, de esfuerzo y de esperanza que labriegos heroicos cortaron con su hoz sobre el cuartel rojo del escudo.

Virtudes son y no defectos ése tu ímpetu, ése tu énfasis, ésa tu atávica fiereza, que va siempre al lance o a la aventura, con la misma altanería, con la misma furia épica con que relincha el caballo o se crispa la garra del jaguar sobre la presa ensangrentada, a la sombra de los bosques.

Es tu pueblo bravo el que doma con sus manos callosas los potros salvajes en las soledades llaneras, y lanza el poema heroico de la soga para enlazar los cuellos indómitos de las bestias rebeldes que ataron a sus colas la victoria. Pueblo que pasa a nado los caños, luchando con monstruos, y le opone el pecho al borboteo fiero de las aguas revueltas. Pueblo que guarda aún las últimas tribus aventadas lejos, indios que avizoran cautelosos el paisaje para lanzar las flechas vibradoras que hieren al ave pródiga y noble, cuyo álbeo plumón se empurpura de sangre para legar en su agonía la fortuna de sus alas.....

En saltos viriles, las piernas ceñidas por los garrasíes, los llaneros sujetan la epopeya en la pampa verdosa, calmando el brío y el ímpetu cerril del bruto que trota sin freno y cruza el agua dispuesto al prodigio que le aguarda en la otra orilla.

Van tus hombres en las noches sin luz, luchando con saurios y reptiles, hurgando desde las canoas en los senos milagrosos de tus ríos, y va, en las manos de tus varones, la lanza que asoma la hazaña en la punta de sol de su acero inquebrantable.

Guarecen tus confines los restos de las tribus señoras, que llevan en las macanas y en las flechas envenenadas el sueño de la victoria esquiva a los últimos caciques, adornadas con pendientes las orejas y ceñidas todavía las frentes, como monarcas de leyendas, con las plumas de aves de tus selvas.

Virtud de un pueblo de quien la bravura es rito, saber sonreír ante la muerte; virtud, el lance sangriento de que hacen blasón tus hombres; virtud, la hazaña realizada sobre los campos; virtud, el brazo que abre el cofre cerrado de la tierra, y conduce los rebaños a las majadas, y edifica sus cabañas sobre las cumbres y tiende sus heredades a la vera de los abismos.

Virtud, es la frente que suda luchando con las fieras, cuerpo a cuerpo; virtud, es la voz que corea en tu ámbito el Gloria al Bravo Pueblo, pueblo que sabe reír y ofrendar su vida, porque es lo único que tiene que dar.

Virtud es tu bandera hecha de sangre, sol y mar; que dice sus amores a los oídos del zambo enamorado, y, plegada sobre los hombros robustos, entre los cobres y las bayonetas que la preceden y siguen; sobre los paños azules del soldado, escoltada de penachos y ruidos de atambores, va llevando por los caminos la épica añoranza.

Bellos son tus hombres mestizos, y negros que saben amar; que tienen hijos, para dar soldados a las banderas, esclavos a las fábricas y brazos a las cosechas; que edifican y sueñan, que sufren y callan.

Bellas son las mujeres de tu pueblo, despeinadas y grasientas, con el aguilucho al cuadril, a quien inculcan junto con la idea de Dios, el valor de macho de que deben hacer gala al responder a los retos viriles.

Bellos son tus campos, enriscados de cumbraredas, por los que digo esta salve ¡tierra mía!, donde guardas la fuerza de mi raza y la grandeza de tu nombre.

Cuando la mañana acabó de abrirse y todos los montes se hubieron desperezado bajo el sol, Armando Ibáñez y Alberto Silva continuaron la ruta. No dudamos que toda la alabanza de este largo intermedio a los campos nativos, anidó en sus mentes, haciendo palpitar sus corazones juveniles.

Anduvieron todavía una hora por el contorneo de cerros que parecía interminable. Sus caras somnolientas recibían con deleite la caricia embalsamada del aire, experimentando cierta delicia en contemplar de nuevo la luz amiga, la lumbre que levanta brotes y fecunda selvas. Toda la visión nocturna estremecida y doliente se había desvanecido sobre el monte.

Al fin avistaron el pueblo. Un pueblecillo acurrucado en la cumbre; un pueblecillo de casucas descalabradas y techos de paja, que se da el lujo de tener luz eléctrica por la vecindad de una planta.

A él entraron los viajeros en la hora prima, por la única calle angosta y tortuosa, donde causó sensación el arribo de los jinetes. Por los callejones huían las cabras hacia los corrales, y en las puertas de las chozas, rostros macilentos e idiotas se asomaban llenos de curiosidad.

Lentamente, pacientes y cabizbajos, moviendo sus cabezas al són de una esquila colgada del primero, los arreos de burros cargados de plátanos y sacos de carbón abandonaban al pueblo, taciturnos, como previendo la jornada de muchas leguas y las raciones de palos que debían caer sobre sus martirizados lomos.

Ibáñez y Silva se apearon ante la única fonda que había en el pueblo. Era su dueño el Jefe Civil del lugar y no permitía que nadie le hiciera la competencia. Era un dictador en esa materia: o los viajeros dormían en el campo, bajo el cielo, o se hospedaban en su casa.

Al desmontarse, por sobre las arboledas vecinas, Armando alcanzó a ver la techumbre roja de la quinta «Las Palmeras», y al verla, sintió un gran temor que lo hizo temblar.

De piés, con las riendas en las manos, Silva e Ibáñez esperaban.

Sentado en el suelo, cubierta la cabeza con un sombrero de pelo de guama y vestido de dril amarillo, un hombre silencioso, alargaba sus grandes piernas cuyos piés estaban calzados de alpargatas, con abandono, y como acosado por el sueño. Aquel hombre era el Jefe Civil.

La faz cobriza, huraña y amenazante demostraba a los viajeros su rencor por la descortesía que cometieron al no reconocer su alto rango.

Los cabellos entrecanos y apelmazados que asomaban por su frente, comunicaban al rostro del mantario mayor repulsión.

No se levantó para recibir a los viajeros, sino que, en aquella misma apostura, les preguntó con voz que era casi un gruñido:

—Y Uds., ¿qué quieren?

Los jóvenes se volvieron sorprendidos, y avisados por la pregunta de que era el amo, se inclinaron cortesmente.

Al enterarse de que los recién llegados buscaban alojamiento, se levantó, y la espada metida en su vaina de cuero, terciada por una banda amarilla que estaba oculta tras él, lució ceñida a su alta estatura. Así, no carecía de marcialidad.

Era el cacique de aquella cumbrareda remota. Era el amo. Y aquella espada había marcado muchas espaldas de campesinos y dado muchos tajos, en las batallas, cuando las guerras. El negro volvió a gruñir.

—No tienen aquí las comodidades de Caracas, pero tienen que contentarse. Y mudando de tono volvió a interrogar:—Y a qué han venido Uds.?

—A pasear—respondieron a coro Ibáñez y Silva, quienes se miraban con impaciencia. El último agregó:

—Vengo también a hacer unos negocios.

Hubo una pausa. El Jefe Civil meditó un momento y luego dijo en són de consejo:

—Este es un pueblo muy pacífico, donde no hay parrandas ni recreos. Si Uds. vienen a pasear, está bien.

La mirada del negro inyectada de sangre, expiaba atentamente los trajes y las expresiones de aquellos señoritos que llegaban de la ciudad, y en su cara se veía pintada la desconfianza y la duda que le inspiraban.

Era uno de esos hombres muy comunes en nuestro medio, capaces del heroísmo y del crimen, ignorantes y astutos, que todo lo fían a su machete y todo lo consideran a su alcance. Sus ademanes vulgares y su expresión agresiva en nada agradaron a los viajeros.

El Jefe Civil, después de otra pausa, se dirigió al interior de la casa. Los demás le siguieron. Tenía una guardia de campesinos harapientos que trataban de adivinar sus pensamientos para complacerlo. El hombre se paró ante una puerta desportillada que amenazaba caerse de un momento a otro, y dijo con autoridad:

—Es lo único que hay.

Al mismo tiempo que señalaba dos catres cubiertos de sucias cobijas, entre los cuales se alzaba como único mueble, un cajón, sobre el que había una ponchera y un candelero chorreado de sebo.

Por lo que se ve, no podia ser más triste el hotel de Armando Ibáñez y Alberto Silva; ni más pobre el lecho donde el úno iba a calcular negocios y el otro a soñar amores.

No tuvieron más remedio que aceptar el hospedaje. Las bestias fueron conducidas al corral y desensilladas. Los viajeros pidieron el desayuno, que les fué servido en tazones y platos de peltre descalabrados. Afortunadamente, el apetito de ambos les impidió fijarse en esos detalles. Comieron vorazmente.

Poco después, entre las risas y cuchufletas de Silva, Armando Ibáñez comenzó a asearse. Tenía prisa de llegar a la hacienda. Mientras se lavaba, tomaba informes del camino que había de seguir. La cocinera comenzó a dár-

selos. En los ademanes de la mujer había cierta altanería. Silva, que todo lo averiguaba prontamente, se acercó al oído de Armando para decirle:

—Esa mujer es la hija del Jefe Civil.

Armando se levantó violentamente para presentarle sus respetos. La mujer sonrió satisfecha y puso toda su complacencia en Ibáñez.

—Señor, a la hacienda se va por la manguera que está junto a la iglesia. Derecho, derecho sin cruzar.

Silva imitó a Ibáñez y comenzó su arreglo.

Iremos juntos—dijo Armando—No quiero ir solo.

—Sí. Respondió Silva—Puedo dedicarte el día de hoy. Además, quiero ver a Marta. Te hago ese obsequio.

Muy luego, Silva cambió su alegría en ira. Como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces del aspecto de sus habitaciones, comenzó a lanzar denuestos y a tirar los cachivaches que encontraba. La aristocrática cocinera se había entregado nuevamente a a sus sartenes después de agotar su cortesía.

—Esto no puede soportarse—decía Silva.—Me voy ahora mismo.

Ibáñez lo oía sonriéndose. A él no le importaba nada aquello. Era lo mismo que si se encontrase alojado en un palacio, entre muebles dorados y magnificencias de mármol. ¿No iba a verla?

Un gran problema se les presentó: el baño. No había cómo tomarlo, a menos de caminar casi una legua para hallar el río. De tan indispensable elemento hubieron de prescindir. Ibáñez lo sustituyó con prolongadísimas abluciones. Los campesinos apostados en la bodega vecina, erigida en el primer cuartón de la casa, expiaban sin cesar sus rostros y maneras.

Después de media hora de arreglo, se creyeron suficientemente correctos para presentarse.

Alberto Silva tomó un nudoso garrote que halló en un rincón. En sus pantalones de paño azul se veían las arrugas que se le pueden formar al que pasa una noche a caballo. En su cara había una mezcla de conformidad y disgusto.

En la puerta hubieron de detenerse, porque los clientes de Silva llegaban en ese momento a presentarle sus respetos. Eran los bodegueros y tenderos del pueblo. Acababan de saber la llegado de don Alberto, y no querían que pasara un minuto sin presentarle su consideración. Todos

aquellos hombres miraban con temor y respeto al joven, a quien los más debían hasta el mostrador. Todos temblaban. ¿Iría Silva a embargarlos? Alberto con su afabilidad entre burlona y severa hubo de quitarles la alarma, creándose así todo un partido en el pueblo. Al contestar el saludo, Silva lo hizo de un modo que más parecía una arenga, recordándoles que el crédito es la base de la riqueza, y encantando luego a todos con sus chistes y bromas.

Terminado el besa-manos comercial, los dos amigos prosiguieron el camino. La mañana estaba diáfana. Como vellones, las nubes blancas tendían sus rutas en el cielo. Hacía mucho fresco.

A pie, por la vereda sombreada de mangos, los dos amigos caminaban. Tan frondosa era la alameda, que por ella no penetraba el sol. Las hojas relumbraban, y la vereda, húmeda por la lluvia, entreabría lodazales cuyos vientres se ostentaban llenos de nubes.

Al desembocar de la alameda, dosel magnífico aventado de frutas, Ibáñez y Silva contemplaron la casa de la hacienda, blanca y armoniosa como una paloma que abriera sus alas en el monte. Parecía engarzar su vuelo en aquellas erectas cumbres modeladas para guardar nidales.

Orgullosa, ostentaba la casa su embarandado de madera que ornaba el piso alto y por donde se descolgaban las yedras. Y en aquella baranda, una mujer rubia, inclinada, se entretenía en lanzar maíz a los pájaros que abandonaban los árboles, confundiendo sus plumajes en la tierra. El sol curteaba caminos y árboles; y se iban las sendas, perdiéndose en lejanías azules y tranquilas como en un sueño primaveral. Y el oro de los cabellos de la mujer y el oro del sol, caían sobre los campos en un mismo anhelo dorado; porque querían llevar hasta el grano de arena más escondido, hasta el más sombreado recodo, una caricia de luz y una ilusión de oro.

La mujer que allí se inclinaba divirtiéndose con los pájaros, era Marta. Marta; pero más alta, más bella, más mujer. Los campos la habían transformado; había huellas de sol en sus mejillas; y los mismos ojos, ya no tenían aquel azul ténue lleno de languidez, sino que la lumbre azul se había avivado en la perenne contemplación del día.

Y sus cabellos no eran tan rubios. Tomaron un tono más obscuro, casi avellana, como tierra de gala por primavera. Su corpiño guardaba con más recato el tesoro

virginal; porque las líneas de su cuerpo habían adquirido mayor y más perfecto contorno; su talle se alzaba alto, ese talle que va sosteniendo a la mujer como un racimo la fruta; y se delineaba con mayor pureza la suavidad encantadora de eso que es cofre de amor.

Ya la rosa estaba casi entreabierta, pero aún había pliegues en el capullo. Todos aquellos encantos eran como si apenas el polen se entreviera. Faltaba la hora nupcial que la exultara a abrirse.

Sólo sus manos estaban intactas. Ciertas blancuras no ceden nunca a la acción de elementos adversos. El alabastro enterrado desde siglos, al resurgir por obra de la azada excavadora, se muestra tan triunfalmente blanco como en los días que era en la mesa de los reyes, ánfora de vino; y la desnudez de las estatuas de mármol enterradas no se ennegrece; y las palomas que volaron bajo muchos soles y traspusieron muchas lomas bajo ocasos distintos, conservan siempre su blancura impoluta, regalo del cielo.

Aquellas manos jugaban en la mañana, y de su seno caía el chorro áureo de trigo; y cuando ella vió a Armando y a Silva, soltó todo el diminuto caudal que guardaba en sus manos y las agitó en el aire, poniendo en el balcón la ilusión de un vuelo.

Rodeaba la casa un denso arbolado. Céspedes altos y descuidados tendían sus tapices de yerbas en los pilones de tierra, rejuvenecido el verde por la lluvia. Jardines desordenados, confundiendo sus mil macetas se desparramaban por aquí y allá. No predominaba en ellos la arquitectura floral. Las plantas crecieron espontáneamente. Ellas tendieron sus ramas en cualquier forma; cubrieron los sitios que más gratos les fueron; curvaron su gracia y se desmayaron de flores sobre la hierba húmeda.

Senderos marcados de violetas rompían por entre los rosales, y las trenzadas guirnaldas abrían arriba su milagro fragante. Más abajo se ahondaban las huertas. Cuadros de hortaliza, bajo cuyas hojas cantaba el agua rumorosa, iban a perderse allá, donde un hombre inclinado movía su hoz luciente. Y por las confines verdorosos, carretas desuncidas aguardaban la hora de labor.

Los maizales ondeaban más lejos, asomando por entre las espigas y las mazorcas una promesa de pan dorado. Por las tapias rosadas, se entretejían las madreselvas y las enredaderas de flores lánguidas que se abren con el Anegelus, y en los cercados de alambre que rodeaban la

quinta, los tupidos y cortados limoneros trenzaban sus castas blancuras para ceñir al jardín.

A trechos, un chorro de agua alzaba su murmullo sobre viejas pilas, y caía deshecho mojando los mil lirios que abrían sus candores entre las flores rojas y espantando los peces de escamas doradas que aleteaban bajo el límpido cristal del agua.

Pascuas azules ponían su gala de un día, humilde y mística, por entre las sendas serpeadoras; las rosas rompían su himno de colores y, sobre largos tallos, círculos de oro, los girasoles amarillentos, se desmayaban.

Las trinitarias tendían sus pompas de rojos y morados magníficos como harapos de las vestiduras de un cardenal; viejos robles asidos de parásitas que enjoyaban las cortezas rugosas con sus macetas minúsculas, y caobos, matapalos, eucaliptus y clavellinas se estremecían pulsados por el viento; la fronda inquietada por los vuelos, aturdida por los jilgueros y azulejos que regresaban con el júbilo de los cundiamores en el pico, para llenar el nido con el regocijo solferino de la fruta.

Y blanqueando en todo el jardín, por entre el varillaje de los árboles, jazmineros y jazmineros explendían sus enramadas blancuzcas.

El paisaje que se alongaba ante la quinta era soberbio.

En lontananza, por los caminos que enrojecían los cerros, chaguaramos altísimos se movían con la ilusión de rozar el azul; la cumbrareda se tendía abrupta, épica, fustigada de sol, las nieblas errantes tendiéndose en los contornos de piedra, acechaban al viajero para prendérsele de la cabalgadura y fingir en ella el albornoz blanco que hincha su pompa, en el anca del caballo, a la espalda del jinete, bajo el cielo árabe.....

Desde aquella planicie donde se sosegaban un momento las cumbres, asomado por sobre tumultos de picachos, se podía columbrar el mar, que muy lejos, yacía grisáseo, pequeño, ataviado de brumas como una prolongación del cielo.

Frente a la casa, las lomas hundían sus curvas risueñas y verdeantes, y, en alguna cuesta, una cruz solitaria, marcaba sobre la tierra india, la gran piedad de sus brazos.

Un enjambre de mariposas temblaba sobre el jardín rondando las flores; iban las columnas de abejas zumbando en el espacio; y las chicharras cantaban la canción de agosto, con sus alas desplegadas, sonoras y casquivanas, en un hueco de árbol.

Allá el patio de secar café, la oficina donde rechinaban las inmensas máquinas del beneficio; y en los ladrillos las pilas grisáceas del fruto atormentadas por el rastrillo.

Y la vista no cesaba de mirar la tierra brava, y la falange de cumbres que se rompía allí con la blancura de la casa y los risueños jardines, en contraste con los cerros abruptos donde se iba asiendo la cinta roja de los senderos embalsamados por los montes.

La ruta sembrada de mangos comunicaba a la casa con el pueblo. Desde aquella baranda amada de los pajaros, se divisaba el campanario del pueblo asomando su dombo de torre humilde y mendiga. Y todos los terrenos vecinos de la quinta, se bruñían con la espuma de los torrentes que se desprendían de las alturas cuajadas de cafetos y vestidas con la pompa roja de los bucarales en flor.

Armando Ibáñez y Alberto Silva contornearon el jardín y a poco se encontraron frente a Marta.

Ella se sonrió alegre.

Silva estaba amabilísimo y no cesaba de celebrar la gracia y la belleza de Marta. Esta miraba de reojo a Armando.

Marta no terminaba de hacer preguntas, y decir comentarios y evocar recuerdos sobre lo que estaba lejos.

Hablaron de Elsa, de Julio Alvarez, a quien Armando había dejado examinándose; de cosas triviales, de cosas viejas.

Se oyeron unos pasos. Tras de Marta apareció un hombre gordo, alto, de cara rasurada y sugestiva. Cubría su cabeza un gran sombrero de paja cuyas alas lo abrigaban del sol. Era el doctor Santiago Pino. Armando lo conocía desde mucho tiempo, así es que experimentó gratísima sorpresa en encontrarlo.

Se hallaba allí al servicio de una compañía agrícola, tomando datos sobre ciertos terrenos en litigio.

Era Pino un distinguido agrónomo, un excursionista incansable, que cuando no tenía que hacer se iba por las selvas estudiando plantas y tierras minerales. Era un sabio naturalista, y ningún bosque o río por remoto que fuera, de esta patria, guardaba secretos para él.

Con su amabilidad sin tacha, y no hallando cómo obsequiar a los recién llegados, inventó un paseo de campo para ver desde una altura vecina la puesta del sol que en aquel momento alumbraba.

En la cara del doctor animada de franqueza, dejaba ver el reírse con cierta malicia, que no ignoraba la causa de la llegada de Armando, que la había adivinado. Así, en el tono del que interroga y afirma, preguntó:

—Han venido Uds. en una excursión? Muy bien. Esto robustece y da salud. Iremos a la tarde a ver la puesta del sol. Ah! esto es bellísimo, amigo Ibáñez. A Ud. que es poeta debe encantarle. Qué paisajes estos, qué maravillas se destacan aquí! No deben pues faltar que no les pesará.

En seguida bajó las escaleras para estrechar la mano de Ibáñez, quien lo presentó a Silva.

Queriendo demostrar más amabilidad aún y sin dejar de sonreírse, mirando todos los rostros, como expiando, les dijo:

—Vamos para que vean mi habitación.

Era un pabellón independiente de la casa, erigido en pleno jardín, bajo un dosel de granados en flor.

El doctor Pino comenzó a hablar sin tregua de sus excursiones, de la naturaleza, del pico de Naiguatá, de la Sierra Nevada, del Avila, de Guayana. Aquello no parecía terminar nunca. Era una alabanza estupenda de las sagradas y nativas maravillas.

Pino sirvió wisky. Su pabellón estaba atestado de maletas, de instrumentos fotográficos, de plantas recogidas en aquellos días por aquellos lugares. Tanto artefacto, lo llevaba Pino a sus espaldas y en las de su ayudante, sin parar mientes en las distancias. Ellos iban de allí a Caracas de un tirón.

—Ah! esto es un paseo—decía Pino.

Y luego, inquirió noticias, como para afirmarse más en sus sospechas. Su rostro bonachón miraba profundamente, y sus ojos pequeños, abriéndose bajo una frente ancha y adornada por cabellos entrecanos, parecían ser gemelos de la risa maliciosa que acompañaba sus preguntas.

Armando estaba impaciente. Pino se complacía en prolongar la tenida naturalista adivinando la inquietud de Ibáñez. Silva estaba encantado, y examinaba lentes y catalejos, muestras y fotografías de aquella especie de museo ambulante que comenzaba a enriquecerse ya con nuevos ejemplares de insectos y pájaros, a los que la mano implacable de Pino había paralizado sus alas y vaciado sus ojillos.

En una pausa que tomó el doctor Pino para respirar, Armando se levantó, despidiéndose casi con brusquedad.

—Bueno, amigos, no falten,—exclamó el doctor.

Silva conversó un instante más con Pino en la puerta del pabellón. A poco se reunió con Armando.

Marta se había quedado en la baranda esperando. Y cuando Armando volvió, le expiaba el rostro con singular mirada. Por un momento, su viejo orgullo, su innato sentimiento de vanidad, triunfó una vez más del amor. No quería aparecer rendida ante aquel Silva testigo de sus hazañas.

Se hizo pues de todas sus armas; se irguió en toda su soberana indiferencia; sus labios se abrieron con una sonrisa desdeñosa y su mirada pareció apagarse, se volvió casi turbia, apenas abiertos los ojos, como si vagaran por el paisaje.

Armando sintió todo aquello, toda la desesperación de otros días y una como nube veló su vista.

Marta vió con satisfacción el efecto que producía su actitud; y Silva, trazando curvas con su garrote en la tierra mojada, se reía.

No se contentó ella con mostrarse así, sino que llegó también a las palabras, tratando a Armando como cualquier amigo, persiguiéndolo, hiriéndolo con una furia implacable.

Ibáñez se sintió perdido. Una cólera inmensa se le subió al pecho. Esperaba ver llegar de un momento a otro al rival con la idea de batirse allí mismo, con él, delante de ella. Pero el rival no apareció, ni Armando podía mostrar su cólera. Se adivinaba, nada más.

La risa de Marta dardeaba arriba, sola, acosándolo.

—Nunca creí verlo por aquí, Ibáñez. ¿De dónde salió eso? ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué no me lo avisó antes?—decía fingiéndose sorprendida.

Y a estas palabras, curvó su cuerpo en el balcón con indecible gracia.....

Armando, con toda candidez, creyó en aquella sorpresa, y sin reparar en Silva, que continuaba dibujando en el suelo, replicó vehemente:

—¿De manera que no estaba convenida mi llegada para hoy? No sabía, Marta?.....

Silva interrumpió a Ibáñez con una risotada. Había comprendido lo que pasaba en el alma de Marta y lo que estaba sucediendo a Ibáñez. Creyó de su deber intervenir para salvarlo, y hábilmente desvió la cuestión.

—Y bien, Marta,—dijo—el campo le ha sentado a maravillas.

—Es la felicidad, la que pone así—replicó tristemente Armando.—¿No es verdad, Marta?

—Sí.—Respondió ella.—Desde que estoy aquí me siento muy bien—y como siempre, cerró la frase con una risa.

Ella jugaba ahora con sus manos intáctiles, mirándolas dulcemente. Con ese repentino cambio que sufría siempre su espíritu, tenía la cara sellada con una expresión de temor y duda.

La brisa jugaba con sus trenzas, y sus labios entreabiertos, rojos como si los hubiera mojado en jugo de fresas, se mostraban sin sonrisas, fruncidos apenas, como la frente.

Era lo que desconcertaba a Ibáñez. Aquello no era amor, ni tampoco desdén. Era un juego. Era que aquella mujer gustaba de burlarse aún a costa de su corazón; era que ella no podía hacer callar su inveterado orgullo.

—Adiós Marta. Hasta la tarde—dijo repentinamente Armando, saludando con el sombrero.—Adiós—respondió Marta. Silva lo siguió. Un momento después desaparecían por la senda.

Quiso decir una palabra más, una palabra que hiciera olvidar su dureza. Pero no pudo. Para no cometer esa debilidad, se retiró violentamente del balcón. En aquel momento tenía arrugada la frente. Diríase que se hacía mucha violencia interiormente.

Renunciamos a relatar el estado de Armando en el tiempo que medió de aquella primera entrevista a la tarde, porque como siempre, a las pocas horas, el amor triunfó nuevamente del orgullo en Marta y Armando.

El uno arrepintiéndose, perdonando el otro, y ambos jurándose nuevo amor en el paseo de aquella tarde inolvidable del dos de setiembre.

Porque como hemos dicho, más que debilidad, en Armando Ibáñez había una fuerza impulsiva, decidida a defender aquel amor como un símbolo, a salvarlo de toda acechanza, aún de aquellas que pudieran cubrirlo de rídículo; empecinado en aquel lirismo desmesurado e incurable; aferrado a aquel amor insensato y extraño.

Silva mismo, en ese día, le debió aconsejar,—dadas las circunstancias,—que prescindiera de aquel sentimiento que comenzaba a parecerle absurdo.

Pero en aquella alma, la idea del amor era tan alta, se consustanciaba de tal manera con su espíritu, que en manera alguna podría destruirlo una simple querella o aún más, un capricho de coqueta. Y eran demasiado débiles las palabras de otros hombres, que llegaban a él como expresión del vulgo sensato e indiferente, para lograr desarraigarlo.

Para él, el amor era un sentimiento inmortal que debía salir victorioso de toda debilidad humana, aún del orgullo. No debía terminar con un rechazo, debía perdurar siempre sobre el alma ; porque el amor debe ser uno, y como inmortal que es, sobrevivir a la propia materia.

Debe revestirse del más alto desprendimiento, amando como se ama a un paisaje, por la mera contemplación de su belleza. Y porque las almas grandes, las almas selectas, amaron mucho y una sola vez. Porque el amor acerca más a Dios, cuando es puro y alto. Cristo fué grande y divino por haber acallado la soberbia y sido sólo amor.

Y pura flaqueza sería desterrarlo por mera conveniencia; perdería así su grandeza poniéndose al nivel de las otras pasiones humanas. Ni debe trocarse en odio por desdeñado, para que no pierda su elevación ni se trueque en sentimiento vil.

Tales eran las ideas de Armando Ibáñez, quien, después de la nueva crisis dolorosa en que había caído su espíritu, se levantó nuevamente triunfante, dirigiéndose con Silva al paseo de la tarde, con todo el amor, que a cada victoria parecía surgir nuevo.

II

Hacía una tarde inefable. La beatitud de la hora caía sobre el paisaje. A la puerta, bajo las madreselvas que se esgonzaban por los embarandados y los pilares de la quinta, se encontraban aguardando: el doctor Pino, Marta, la dueña de la posesión, castellana de aquellos lugares, doña Luisa de Miraells quien no conocía ni a Silva ni a Armando, y Pablo Ruiz, compañero del doctor Pino.

Llevaban todos sombreros de paja para abrigarse del sol. Pino tenía puestas las botas de montar, vestido de kaki y llevaba en las manos un garrote.

Marta estaba como siempre, trajeada de blanco, ceñido el talle por una cinta roja, y el pelo anudado atrás. En su inquietud jugaba con el sombrero entre las manos.

Armando y Silva fueron puntuales a la cita.

Cuando Ibáñez miró a Pablo, joven estudiante, pequeño, imberbe y de rostro simpático, a quien no conocía, hizo un gesto de sorpresa. Le pareció que él era su rival.

Tuvo ímpetus de retarlo; pero afortunadamente comunicó a Silva sus intenciones, y éste hubo de disuadirlo de tamaño disparate, ponderándole la inconveniencia que tal sería, sin pruebas, sin saber quién era el joven, ni el papel que allí representaba.

Marta tendió sonriendo sus manos a Armando. En aquel momento, una ola de sangre le empurpuró las mejillas, haciendo florecer en ellas dos rosas de amor.

El doctor Pino hizo las presentaciones de estilo. La señora Miraells, gentilísima y sencilla, ofreció su mano a los jóvenes con singular encanto.

Pero en los ojos de la castellana, había una expresión, un brillo extraño, que no decía nada bueno de su alma. Fría y dura, posó su mirada sobre Armando, quien adivinó en ella a una enemiga.

Mientras Alberto Silva manifestaba sus cumplidos después de Armando, éste volvió junto a Marta.

—Creí ya que no venías—dijo ella con acento de reproche.

—Cómo en el teatro, la noche de Aida? No sabes que sólo vivo junto a tí? No he andado catorce leguas para verte y para que me burles? Nunca te hice un reproche.

Armando hablaba viéndole los labios rojos, abiertos como una herida en un plumón blanquísimo.

—Estás bravo? Pero verdad que no sé lo que estoy haciendo—respondió Marta con enojo de enamorada.

El doctor Pino presenciaba la escena más que asombrado. Silva hacía esfuerzos inauditos por distraer a los circunstantes.

—Caminamos?—dijo tomando del brazo a doña Luisa.

Todos se pusieron en marcha.

Había un dulce vaivén de árboles. El sol no fustigaba; tendía su luz ungiendo la tierra de suavidad; dorando cuestas y senderos. Los propios matorrales parecían enormes esmeraldas engastadas en anillos de oro. Lejos, el mar se contemplaba en un sosiego inmutable.

Armando y Marta marchaban los últimos. Por el sendero se fugaba su querella. Dulcemente se hablaban. La tarde misma parecía entrarse por ellos, comunicándoles su quietud; y los ojos de Marta habían vuelto a tomar el color lánguido de los crepúsculos.

Todas las cumbres estaban lamidas de sol y se ahileraban lejanas como un poema solemne. El silencio caía sobre los campos; y por ellos se iba toda aquella sonata de amor que brotaba de los labios amantes. Las palabras iban sembrando un jardín en las almas enamoradas. Ella adquiría prestigio de flor temblorosa por el camino; su cabeza se inclinaba para oír, y hablaba así, precipitando las palabras que se atropellaban en sus labios trémulos.

Bajaron por una cuesta para llegar a otra cumbre más abajo; una planicie vasta que daba mayor horizonte; desde allí se contemplaban cerros enormes, desgarrados los vientres por las sembraduras. En los valles de abajo, se alcanzaban a ver las carretas llenas de maíz cortado, y sobre ellas, iban cantando los gañanes con toda la nostalgia inconsciente de los que miraron siempre la misma cinta de valle.

De la tierra emanaba esa fragancia acre que se esparce cuando cesa el dardeo del sol. Olor de bestias, flores y sudor mezclados que abonan los campos. Y en el cielo, el sol iba adquiriendo suavidad de lámpara.

De rato en rato, las carcajadas de Silva, doña Luisa y el doctor Pino interrumpían el silencio. Pino contaba adelante una historia. Pablo guiaba por los vericuetos erizados de piedra. Y por las cimas asomaban los duraznos sus copas florecidas y fragantes, y huían las cabras, y se alejaban las vacas hacia el monte.

La falda de Marta parecía complemento de paisaje; sobre el candor de los campos ponía su castidad; el viento hundía los pliegues delineando las formas del cuerpo; ella saltaba de la mano de Armando para disimular la jugarreta, y sus manos se oprimían en casta delicia.

Marta sentía sobre sí, en aquel momento, una intensa emoción poética, y más que nunca amaba a Armando. Su boca se plegaba para que se escapara rumor amante, mientras los vuelos de aves se abatían raudos, a golpe de alas, sobre las cumbres. Y cada palabra de Marta parecía trocarse en flor. Decían más sus ojos que sus labios. Cuando ella hablaba enamorada, toda su luz y belleza, parecía reflejarse en aquellas sus pupilas de mar.

Después de caminar media hora culminaron en la planicie que señalara el doctor Pino. Allí, el paisaje aumen-

taba su grandeza. Cerros y cerros diademados de bosques; los plantíos alargándose infinitos, amparados por una soledad augusta; chozas aisladas asentándose atrevidas sobre alguna risquera inaccesible y remota; y en contraste con los flancos bravos y desnudos, altivos y erguidos, una dulzura suavísima impregnada de poesía, que iba muriéndose en lontananza, tras los cerros, por el horizonte. La naturaleza ostentaba allí un sello de mujer doncella y bárbara que tuviera las virilidades de un hombre y la gracia y los encantos de una hembra.

Y allí, todo parecía acallarse para escuchar el eco de las almas.

—Pues Marta, que yo te adoro..... Y este amor mío te sueña muy alta; porque eres mi elegida..... ¿Me quieres tú a mí? No sé..... Pero yo te amaré siempre; como el pájaro a la fruta, como el sol a las flores..... Eres tú mía y lo serás por siempre.....; que este amor ata más que todas las caricias..... Puedes negarme el tesoro de tu risa; pero no el dulce recuerdo de tus palabras de amor.

Ella lo miraba indefiniblemente. Una fuerza invisible los acercaba como si sus almas se juntaran en un beso secreto y divino. Y ante ellos, la tarde, semejante a una víctima cuotidiana que inmola el sol, dócilmente ofrecía su cuello tierno y blanco a la cuchilla cruel.

—Puedes dudarlo, Armando,—balbuceó Marta,—si tú dudas de mí, si no tengo derecho a tu fe..... Pero también te digo: que si tu amor me llegara a faltar, yo moriría sin remedio, como mi padre me cuenta, que allá en su tierra, las flores se mueren de frío por el invierno.

Un susurro armonioso acariciaba el monte. Y por él vagaba el salmo triste que saluda en los campos a la noche.

—Perdóname, Marta, que fe sí tengo. Tánta, que he quemado ante tí el más puro incienso de mi alma. Mi amor te lo ha dicho; mi corazón te lo ha hecho saber. No te morirás por mí, porque no se morirán nuestros amores.

Caía sobre el paisaje algo así como un ósculo bendito que suavizaba su dureza, y una como mirada de amor languidecía sobre los campos.

—Sí. No dudes de mí—afirmó Marta—porque yo te quiero. Y no dudes, porque me parece que otra vez has querido. Que se olvidan los amores, pero no los desengaños.—Su gracia de cordero esplendió nuevamente.

—Tú lo sabes, Marta,—respondió Armando,—y no pienses que te engaño; porque yo vivo en tus ojos y en tus labios. Más que estrellas son para mí tus rubias trenzas, y más que cielo tus pupilas.

Ella lo envolvió nuevamente en una mirada azul como la tarde. Un vuelo enlutado de golondrinas coronó unas moras al borde del camino.

—Te amo más con los ojos que con los labios; porque tú eres poeta, y yo no puedo decirte esas palabras bellas, pero te juro que es tuyo mi amor.

—Te guardo porque eres mi musa. Más hermosa es una palabra tuya que todos los versos. Más bella eres tú sola que toda la poesía del mundo. Yo no te podré olvidar.

—Ni yo sentiré otro amor..... Porque tú eres el único que me lo ha hecho sentir.....

Habían llegado. Era preciso callarse. El doctor Pino se reía más y más de la escena que se desarrollaba a su espalda, y a ratos se volvía para expiar.

—Han cambiado las cosas—amigo Ibáñez—dijo en tono zumbón.

Armando no halló que contestar. Doña Luisa comenzó a comprender. El doctor, hombre de gran tacto, apeló a su elocuencia natural para salvarlos.

Alzando el enorme bastón que armonizaba perfectamente con su cuerpo corpulento, señaló una roca blanca y cuadrada, semejante a una lápida, que se incrustaba en uno de los cerros, frente a ellos.

Parecía colocada exprofeso para recordar una acción memorable; y en verdad que no con otro fin la había forjado la naturaleza. ¿Cómo y cuándo apareció allí, tan diferente a la materia del terreno donde no había iguales? Parecía un bloque de mármol arrastrado por el gigante de una leyenda, para cubrir sus tesoros hurtados. Y, dejada ya del sol, fría y blanca, era como un ara.

El doctor Pino, versadísimo en historia y tradiciones precolombinas, recogidas más en sus constantes excursiones por toda la patria, que en los mismos libros, con muy docto lenguaje y gesto, dijo:

—En esa roca, fué donde el indio Paramaconi y el célebre Garci-González de Silva, libraron combate singular y heroico.—Después que el español hubo destruido el ejército aliado de estas tribus que mandaba Guaicaipuro, Paramaconi, rebelde e invencible, se refugió en esa montaña con

gran parte de sus tesoros, mujeres y servidumbre.—Furioso Garci-González, por no haber podido someter al último de los que venció Lossada, rebelde y escapado y uno de los más bravos, y habiendo recibido encargo del Gobernador de Caracas, Ponce de León, de reducirlo, se internó en su busca por estos lugares. Hasta aquí vino el conquistador, sabe Dios cómo; porque imagínense ustedes lo intrincado de estas selvas y lo inaccesible de estas cumbres en aquellos tiempos.

El bastón del doctor Pino señalaba sitios y datos con una precisión extraordinaria. Todos lo escuchaban atentos. Hasta Marta y Armando estaban fijos en el relato de la hazaña, que la voz grave del doctor evocaba bajo el silencio y la paz de aquellos cielos, sobre las propias cumbres testigos del prodigio.

—Sobre estos riscos—prosiguió el doctor, trazando en el aire un arco con su garrote—apostó el castellano sus muy escasas gentes. Pero ardiendo de impaciencia por encontrarse con el indio y rendirlo, se le ocurrió la descabellada idea de internarse por lo más fragoso de la selva y sorprenderlo en su guarida. Pues así eran el ímpetu y bravura de aquellos hombres, que se habían propuesto asombrar al salvaje, no sólo con la empresa de someterlo a su fuerza incontrastable, sino con el valor y arrojo temerarios; para probarles que eran dignos de ser los amos, y también, porque era el mejor argumento para someterlos.

La cara de Pino parecía transfigurada con el relato. Toda la sangre hispana que corría en sus venas, se había alborotado con la evocación heroica e igual emoción experimentaban todos los oyentes. Sobre todo Marta, descendiente de uno de los más grandes—aunque no español—quien se sentía como glorificada bajo la magnificencia de aquel crepúsculo.

El sol sorprendía a cada momento con nuevas maravillas. Primero anegó el cielo de oro que fué a diluirse en una suavidad azul; luego comenzaron a surgir bloques suntuosos; después fueron grandes fajas: oscuras, azules, rojas, áureas, tan íntimamente unidas entre sí, que era imposible decir dónde terminaba una y comenzaba la otra; en seguida forjó el ocaso palacios de jaspe, grutas de lápiz-lázuli, rocas de amianto, esculpidos preciosos. Bien pronto se esparció por el cielo un fúlgido milagro de pedrerías; collares de ópalo, columnas de topacio, hacinamientos donde se aquietaban a una, lumbres de esmeraldas y rubíes rojos como incendios, y zafiros de un tinte

azul y transparente, como en una piedra maravillosa y gigante, donde cada faceta fuera de un color y un brillo distinto. Ya era un airón blanco desplegándose sobre una palidez azul como un cisne dormido sobre el lago; ya eran carrozas abandonadas esculpidas de nácar; ya eran paramentos morados, severos, como violetas inmensas abiertas por la tarde, y, por último, el sol tendió como un velámen que descolgó su pompa de púrpura sobre el mar lejano. Apenas ya si se veía su disco, y así, parecía que se riera. Quedaba ahora una huella de sangre que pugnaba por invadir el cielo, contenida por manchas grises de extremos doradas.

Sobre el valle y las colinas y los cerros, se reflejaban tales fastuosidades; y ya el campo parecía rosado; ya se angostaban las penumbras en los recodos; ya se volvía azuloso; ya caía sobre ellos como una neblina tenuísima; ya se ataviaba de tonos bermejos, tiñendo al mar semejante ahora a un cofre magnífico que fuera a guardar los tesoros del sol. Se preparaban las cámaras de ébano colgadas de brocados, donde debía arder el festín de la noche. Y, todas las selvas se volvían taciturnas y adquirían una indecisión de tristeza, mientras que por la yerba rastreaba una huella apenas dorada.

—Pues bien,—continuó el doctor.—En el sitio donde está esa roca había erigido el salvaje su casa, y guarecídose en ella con parte de sus mujeres, tesoros y servidumbre. Y estaba tan bien dispuesta la casa—dice el historiador Oviedo—que tenía dos salidas para escapar con mayor facilidad de una celada.—De noche se internó el conquistador por las selvas con solo cuatro hombres. Y, ni el fragoroso mugido de los torrentes, ni el selencio espantable de esta soledad, lograron amedrentarlo.—Como dije, apenas llevaba gente el conquistador, y sin parar mientes en lo temerario de la empresa, confiado únicamente en su valor, ni lo hizo temblar el peligro, ni lo inmutó la noche lóbrega de estos parajes.—La noche india se mostraba soberbia tatuada de estrellas. Iba el conquistador rompiendo los matorrales con el pecho y destrozando con la espada los intrincados laberintos.—Escuchó el indio los pasos cautelosos que se acercaban; porque su oído sabía expiar como el de las fieras, todo ruido, y trató de huir. Se metió el español en la casa y sorprendió a Paramaconi en su fuga. El indio altísimo, desnudo, formidable, se detuvo. Un cinturón de plumas le cubría el vientre; los músculos cobrizos y fornidos parecían de una escultura de bronce. Llevaba en la mano una

macana, y en todo su continente se reflejaba una altivez y una gallardía imponentes. Se adivinaba en la apostura su estirpe de cacique bravo.

Todos los presentes estaban seducidos por la elocuencia de Pino, aumentada con el ademán y la voz. El sol se había muerto. De él no quedaba sino una huella de color, languideciendo allá, sobre el mar palidecido. Ya una estrella comenzaba a temblar sobre los cerros, prendida en el azul borroso. El doctor se había detenido como lamentando la huída del sol. Un momento después continuó:

—El español, desceñida la cimera y desnudo de peto el pecho, avanzó sereno. Yo creo que el silencio de la noche debió ahondarse más en aquel momento.—El indio se fué derecho hacia el conquistador y le asestó en el pecho un macanazo. Garci-González dando traspiés cayó al suelo. Por un momento se creyó perdido. Aprovechó esto el indio, corrió hacia el monte para ocultar en él a sus mujeres, y, luego, de un salto se arrojó al abismo.....—Sintiendo Garci-González que se le escapaba el terrible cacique, con heroísmo increíble se levantó como pudo y arrojóse sin vacilar por donde lo hiciera el bárbaro, quien lo esperaba prevenido. Sin aliento y aturdido tuvo el castellano que entrar en combate. Apenas se veían en la sombra.—La espada de Silva alcanzó a Paramaconi en el pecho. Bramó de dolor el indio, y arrojando la macana saltó como un jaguar sobre su enemigo, para oprimirlo y ahogarlo entre sus brazos. Forcejearon un momento. Era un abrazo mortal. Volvió a herir Silva, y el indio, ardiendo de coraje, pero sin fuerzas ya, trató de huír para morir lejos, y no dar al enemigo el espectáculo de su agonía. Mas, un nuevo tajo de espada lo alcanzó aún en el hombro derecho desgarrándole hasta la espalda.

El doctor se detuvo nuevamente. Instantes después prosiguió:

—El indio no pudo más y cayó a los pies de Silva, quien lo dió por muerto.—Casi no podía más Garci-González. No tenía fuerzas para subir la cuesta; tan hondo y escarpado era el barranco en que se hallaba, como pueden verlo Uds., y comenzó a pedir auxilio a gritos. Aquí arriba llameaba el vivac español, arrebolando sus llamas en la noche como un fragmento de la bandera, y en oyendo la gente los gritos de su jefe, se aprestaron a salvarlo. De allí lo sacaron exánime.

—A la mañana siguiente las cumbres y las montañas se despertaron con los pífanos y clarines que celebraban

la hazaña. El estandarte español flameó aquí, bajo las brumas, como un arrebol de gloria sobre el campamento de los paladines.....

—Un año después—dice Oviedo—el indio se presentó con los restos de su nación a las puertas de la ciudad, a pedir paz y a ofrecer vasallaje. Y llegó a ser amigo de su adversario, recordando siempre la noche del encuentro y las heridas que llevaba en la espalda, tan hondas, que por ellas se podía meter la mano. Esta es una leyenda hermosísima, una hazaña, un romance de lealtad y valor.

El doctor se detuvo vivamente emocionado. Después, con cierta tristeza y señalando una cruz solitaria que se alzaba cerca, a la vera de un camino, dijo:

—Es lo único que perdura sobre todo lo humano. De todas las ideas y el poderío españoles, sólo queda ella, simbolizado el caudal inmenso de virtudes y hazañas que heredamos.

Era ya de noche. Pino comenzó a bajar por las cuestas.

Silva le interrogaba sobre cosas de historia. La señora Miraells había tomado por un brazo a Marta. Armando iba detrás con Pablo Ruiz.

Doña Luisa y Marta entraron en la quinta con Pablo.

Pino acompañó a los jóvenes hasta la manguera.

Prendieron cigarros. Por todos los matorrales envueltos en sombra, temblaba una vasta sinuosidad de esmeraldas.

III

En la noche, dirigiéndose Silva e Ibáñez a «Las Palmeras», por la única calle del pueblo, semi-alumbrada, encontraron a Pino acompañado de su ayudante Pablo.

Iba Pino a la casa de un vecino, a alquilar bestias, para una diligencia que tendría que hacer a la mañana siguiente por las montañas de abajo.

Los invitó a seguirlo. Quería presentarles un hombre interesantísimo, característico del pueblo aquél lejano y primitivo. Los cogió por el brazo diciéndoles:

—Vamos.

No había manera de librarse del nuevo capricho de Pino. De mala gana fué Armando Ibáñez. No había corrido catorce leguas para conocer a un vecino, por más importante que fuera. Pero tuvo que ir.

Era en una casa, la más grande. Al entrar había una sala enladrillada, de paredes descalabradas y vestidas de estampas. Un tabique subdividía aquella sala; tabique de lona encalada que fingía una pared. Detrás del tabique, ardía un candil. En la sala, sobre una mesa arrimada a la pared, una lámpara de kerosene metida en una pantalla adornada con calcomanías, difundía su luz y su humo por la estancia.

En un rincón, sentado en una gran silla de cuero y envuelto en una manta hasta los piés, se hallaba un viejo, inclinada la frente y cuya cabeza apenas si ostentaba una albura de cabellos. Sus ojos negros estaban fijos en la puerta; sus grandes manazas rudas que denunciaban la gran jornada de su vida, se movían restregándose contra los brazos de la butaca. Alrededor de él, un círculo de mocetones y muchachas lo rodeaban.

Pino entró con su acostumbrado desenfado. Al verlo, el viejo se levantó con presteza y, ni su voz, ni sus ademanes, ni los cumplidos vivaces con que recibió a los recien llegados, denunciaban en él a un longevo.

Después de saludarlo, el doctor se volvió a sus acompañantes:

—Aquí tienen ustedes al patriarca del pueblo—les dijo—al bienaventurado de estos lugares. Tiene cien años, y todavía él mismo dirige la labranza de sus campos y la distribución de sus cosechas.

Ibáñez y Silva se inclinaron. El viejo oía risueño los encomios de Pino. La edad del viejo y su admirable estado habían despertado un momento la curiosidad de Armando.

—Cien años—dijeron a coro los tres jóvenes.

Y en la estancia pareció alongarse la majestad de un siglo. El tiempo se deslizaba como un fantasma, y toda una visión de recuerdos se personificó en el viejo. Iban desgranándose la lumbre de muchos soles, y la lluvia de muchos inviernos y las rosas de muchas primaveras, sobre aquella frente que pasó un siglo regando la tierra. Y toda una aureola de añoranza esplendió sobre la cabeza del patriarca. Que no guardan las frentes huellas de amores sino surcos de dolor.

—Sí. Yo tengo cien años—exclamó el anciano con melancolía.

Aquellos mozos y aquellas doncellas eran su posteridad, que Dios le daba, como a los patriarcas, numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar. El viejo prosiguió:

—Mi padre estuvo en Carabobo,—sus ojos fulguraron—y las descargas del Valencey arrullaron mis oídos de niño. Yo ví a Bolívar, cuando apenas era un chavalo, el día de su entrada triunfal a Caracas. Recuerdo las banderas y los arcos y la faz radiante del héroe, y su caballo de batalla siguiendo al único coche que había en la ciudad, y donde lo hicieron montar. Me acuerdo del tumulto que lo seguía y de las aclamaciones de las gentes, y también de la ronquera de tres días que sufrí de tanto gritar: viva!

Después de una pausa, el anciano continuó con acento de orgullo.

—Estuve a las órdenes de Páez. Aquel sí era un jefe. Estuve en Santa Inés al mando del general Febres Cordero. Después dejé las guerras, y me vine a cuidar las matas que me dejaron mis padres. Y ya ven ustedes—dijo señalando a sus nietos,—no he perdido el tiempo.

Las frases del viejo caían en la estancia con esa fuerza de evocación que da a las cosas el relato de un testigo, sin redundancias inútiles. Hubo un silencio. La mirada del anciano se posaba con tristeza sobre las cabezas negras de los jóvenes. Parecía añorar.

El doctor Pino abordó el tema objeto de su visita:

—Pues yo, don Anselmo, venía a pedirle su yegua y el potrico aquél, morisco, para una diligencia que tengo que hacer por los cerros de abajo.

—Pues, cómo no,—respondió el viejo cortesmente.—¿A qué hora los necesita?

—Para las ocho—respondió Pino, abanicándose con su gran sombrero de paja.

—Yo se los mandaré a «Las Palmeras». No tenga cuidado. Si usted quiere, Rafael puede acompañarlo—dijo señalando a uno de sus biznietos, el menor de todos.

—No. Yo conozco muy bien esos caminos.

—Entonces quedamos en eso. Me voy porque estos señores tendrán que hacer.—Y volviéndose hacia Armando y Alberto agregó:

—No dejen de venir a ver a don Anselmo. El es el amo del pueblo, y puede servirles de mucho.

Don Anselmo Aquino, que tal era el nombre del viejo, se rió humilde.

—Hasta mañana, pues, amigos—dijo alzando su mano como si fuera a bendecir.

Armando Ibáñez respiró. Por más que le agradara aquel viejo, y por interesante que le pareciera, había pasado un momento terrible, pensando si toda la noche iría a estar en la casa del patriarca oyendo añejas historias. Fué el primero que salió de la casa.

Aún era temprano. Las ocho y media. La lentitud de Pino y Silva exasperaban a Armando. Pino se pasaba las manos con satisfacción, acariciando su panza, transformada en aquel momento en una caldera de gran potencia.

—Parece que el amigo Armando está disgustado.

Ibáñez no contestó. Iba adelante, de prisa. Los otros gastaron doble tiempo en pasar la calle de mangos. La noche estaba oscura. A ratos, un estremecimiento del monte por donde corría una culebra; una inmensa sinfonía de grillos desatada en los mogotes; y los cocuyos que hacían estremecer la sombra con una palpitación de esmeraldas. Era lo que se percibía en la noche. Hasta allá llegaban los ecos de los torrentes despeñándose lúgubres en la hora huérfana de luz, y apenas si una estrella asomaba su soledad dorada, tachonando la sombra.

A cierta distancia de Armando, Pino y Silva debían encontrar gran placer en sus chistes y comentarios, pues no apuraban el paso. Pablo había ido a hacer compras para proveer las alforjas de viaje que debían llevar a la excursión.

Marta y su huésped se paseaban por el jardín en sombras. Las dos siluetas blancas rompían la obscuridad.

—¿Consiguieron las bestias?—preguntó Marta, saliendo al encuentro de los que llegaban.

—Sí. Mañana nos marchamos.

—¿No van Uds.?—preguntó doña Luisa a Silva y Armando.

—Los he invitado—respondió Pino, sonriéndose,—pero no van. El Señor Silva va a sus negocios; ahora, Ibáñez, no sé qué hará mañana.

—Me quedaré aquí—contestó Armando.

Comenzaron a pasearse. Doña Luisa decía que acababa de recibir carta de su marido quien se hallaba en Caracas. Como en la tarde, formaron grupo aparte. Armando y Marta se quedaron aislados por las maniobras de Pino y Silva. La señora Miraells se reía ruidosamente. No había sino una estrella en el cielo.

Dulcemente, el recuento de la ausencia, murmuraban los amantes; otra vez había en ellos el regocijo de mirarse juntos y enlazarse las manos. El tiempo había cumplido.

Todas las épocas de aquel amor revivían en sus labios. Iban hilando las confidencias que acercan las almas y estremecen el cuerpo, y una suave cadencia, y un acento tierno, surgía, casi callando, ligero y suave como si tuviera alas, como si el genio del secreto lo inspirara.

Alturas, alturas vírgenes que oísteis música de este romance! Aún estáis impasibles, arropadas de nieblas, viendo morir los soles, y las flores que se mustian en vuestras yertas espaldas.

Siempre miráis pasar los idilios campesinos que turban con sus besos vuestras soledades; siempre miraréis escaparse por vuestras sierras, fríos como una racha que marchita flores, los amores que pasaron calientes y fecundos como un rayo de sol; aún permanecen vuestros caminos silenciosos y amarillos, ofreciendo sus sendas a otros pies y sus rosas a otros talles; porque Dios tiene piedad de todas las cosas, que son eternas, menos del hombre. Todo está siempre indiferente, ajeno al dolor, menos el corazón que se hiere con los recuerdos y va dejando huellas de sangre por todos los senderos.

Se habían callado un momento. Las risas de Pino, Silva y la señora Miraells continuaban hiriendo el silencio.

El jardín estaba fragante. Allí resonaban con mayor estruendo el ruido de los torrentes despeñados, y poco a poco, los luceros se habían ido fijando como clavos de oro en el luto del cielo. Los genios de la noche templaban el cordaje de sus arpas, y al compás de la sonata celeste, se iban muriendo las horas que llevaban alas como si fuesen quimeras.....

La señora Miraells deteniéndose de pronto, manifestó el deseo de retirarse.

Armando prometió a Marta volver en la mañana siguiente. Silva se despidió por dos días.

Pino se dirigió a su pabellón, después de desearle a Silva mucho éxito en sus gestiones comerciales. A Ibáñez no le dijo nada.

Marta se había quedado un momento en la puerta, bajo las madreselvas. Armando, antes de desaparecer por la vereda, se volvió una vez más para verla. Ella agitó su mano, que, como una rosa blanca, se irguió triunfadora en la noche. Ahora el cielo estaba incendiado de

estrellas. Arriba se habían desgarrado los pabellones de luto. No había luna. No se veían los cerros. Los cocuyos abrían su ojo verde entre los macizos. La noche campestre caía majestuosamente como el manto negro de la Virgen.

Cuando Ibáñez y Silva regresaban a su alojamiento, la calle del pueblo estaba desierta. La única cantina, abierta aún, arrojaba su luz sobre la calleja. Desde afuera se veían los campesinos sentados ante unas mesas jugando a los dados. El Jefe Civil presidía la tenida. El antro olía a ron. Estando allí, vieron a Pablo que regresaba cargado de paquetes. Iba muy de prisa.

Los dos jóvenes se detuvieron un momento para mirar. Todos los peones cargaban machetes y puñales en la cintura. Armando y Silva siguieron. Estaban muertos. Apenas si podían con sus cuerpos. Bien pronto se durmieron.

IV

Al día siguiente, tres de setiembre, Silva montó a caballo y se dirigió a los fundos vecinos, a recaudar maíz, qnc según decía, necesitaba en grandes cantidades; pues dieho fruto, a la sazón muy barato, debía experimentar uu alza considerable, realizando así una ganancia hermosa. Dormiría aquella noche en Tarma y seguiría luego a otros puntos para regresar dentro de dos días.

Con el júbilo zumbón que lo caracterizaba se despidió de Ibáñez, haciendo votos porque Marta no le diera más pruebas de su complicadísimo carácter.

Armando Ibáñez se sentía perplejo. De pronto se había acordado de Rells, y el millonario no se le quitaba de la cabeza. Gran rival era aquél y muy desigual la lucha. Ibáñez conocía el mundo por propia intuición y, si en aquel momento estaba seguro de Marta, no podía dejar de considerar la influencia del padre; la debilidad de carácter de ella; su fragilidad, que tan pronto la hacía seguir un rumbo como le imponía otro.

Pero él estaba decidido a luchar hasta el fin. De aquella última batalla que iba a librar, estaba dispuesto hasta perder la vida. No había más que dos caminos: ella o la muerte. No porque pensara suicidarse; tal acción le

parecía indigna de un alma grande; sino porque estaba dispuesto a todo. A batirse, a arriesgarse en mil peligros. Y si salía derrotado, si también la muerte se le negaba, al menos le quedaría la ventura de haberle ofrecido la vida, marcando el alma de la novia con una huella imborrable.

Con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en la tierra, pensaba así, cuando se encaminaba a «Las Palmeras» en aquella mañana del tres de setiembre. Se sentía sereno en medio de sus dudas y cavilaciones; sereno de corazón; con esa serenidad que sólo sienten los buenos.

Al cruzar el jardín, Armando vió que Marta le hacía señas desde una ventana.

Armando miró un caballo que estaba atado en la puerta. Se imaginó que don Juan, el marido de la señora Miraells, había regresado. Pero al llegar junto a Marta, vió que ésta llevaba pintados en el rostro la consternación y el miedo.

—Armando—le dijo—de casa han mandado una carta. Pero para decirte lo que pasa, me has de prometer, no solamente una discreción sin tacha, sino otra cosa. Júramelo que lo harás. Yo te aseguro que lo arreglaré todo. Júramelo, Armando.

Ibáñez cedió ante aquella súplica. No podía negarse a lo primero que ella le exigía.

—Está bién, Marta. Yo te lo juro.

—Yo confío en tí, Armando. Y creo, que no has jurado en vano.

—Pero bien. ¿Qué es lo que vas a decirme?

Marta vió hacia atrás como para cerciorarse de que estaba sola, y, con gesto medroso, sacó del seno una carta, diciendo:

—Toma, lee.

Armando leyó:

Caracas, setiembre de 191.....

«Querida hermana:

«Con el mayor gusto te participo: que el señor Fernando Rells, de España, ha pedido la mano de nuestra hija Marta.

«Como no tenemos más objeto en este mundo que la felicidad de ella, hemos accedido a esta unión que consideramos provechosa.

«El señor Rells irá con Guillermo a esa del seis al siete. Mi marido te saluda muy afectuosamente.

Tuya siempre,

ROSA».

A la señora Luisa de Miraells.—Hacienda «Las Palmeras».

Armando tembló estrujando la carta entre las manos.

—No, no la arrugues—exclamó Marta.—Me la he robado.—Dámela—siguió diciendo toda azorada.

El se la dió con aire imbécil. Al fin dijo:

—Marta, tú me vas a olvidar. Lo estoy viendo.

—No, Armando, a tí solo te quiero. Pero oye, vas a cumplir lo que me juraste.

Armando comprendió, y entonces sintió como un dolor agudo en su pecho.

—Sí. Ya sé. No es preciso que me lo digas. No me lo digas. Yo me iré, me iré esta noche misma. Nó! ..... mañana.

Si alguna vez Marta sintió el amor fué en aquel momento. Con acento trémulo, exclamó:

—Yo seré tuya, Armando. Tuya o de nadie.

Armando estaba como inconsciente, y no daba muestras como otras veces, de inquietud ni de celos. Mas, la realidad era tan inmensa, lo aplastaba de tal manera, que necesitó unos momentos para reponerse y recobrar su lucidez.

Marta lo miraba, pendiente de su actitud y de sus labios. Su rostro doliente expresaba igual tortura que Armando, y sus ojos lo acariciaban con una ternura infinita.

Armando permanecía callado. Estaba inmóvil. Sus ojos fijos en el rostro de Marta, interrogaban con angustia. Al fin bajó la frente. Creía en Marta.

Y en medio de aquella zozobra, se elevaba todo el concierto rumoroso de la mañana. Rumor de fuentes y pájaros, de brotes que irrumpen, de cantos vagadores y nostálgicos.

Ahora no gemían los torrentes, ahora cantaban, y una fragancia de resinas y flores, llenaba el jardín.

Tremendo marco para aquel amor en penas. No era ciertamente una cuita lo que pedía aquella hora rubia de sol, sino la plena exultación, el éxtasis que estalla en besos, la plena vida, el pleno himno del amor.

—No me crees?—dijo al fin Marta.

—Sí. Te creo. Pero díme. ¿Qué piensas hacer?

—Todavía no. Confía en mí. Sábelo Armando, que yo te quiero—añadió apasionadamente, mientras arrancaba los jazmines del arbusto que engloriaba la ventana.

—¿Pero qué actitud vas a observar con Rells? Te juro también que si él triunfa la mato—dijo Ibáñez con tal acento de rabia, que estremeció a Marta.

—No digas así—exclamó ella con una dulzura infinita.

—Marta, Marta. Si tu me engañas será lo mismo que si me dieras la muerte.

Por los collados relumbraba un poema de hoces. Iban cantando los gañanes sobre las carretas, y el ruido de las ruedas al pasar sobre las piedras, al triturar los guijarros plateados del camino, al trasponer los hoyos, cobraba una inexplicable y lenta armonía.

Iban las mujeres campesinas con los cántaros al hombro, en busca de agua, y eran ellas como las otras, que en los días bíblicos poblaban los senderos, camino de las cisternas legendarias.

Marta estaba ruborosa, y sus ojos pugnaban por ocultar dos lágrimas.

—En cambio, Marta, prométeme una cosa—dijo Ibáñez.

—Te la prometo.

—Ven esta noche al jardín para que hablemos solos, y mucho. Para olvidar todo, aunque sea un momento, y para que me des una ventura tan divina como breve. Hablaremos sin que nadie lo sepa. Confía en mí, Marta, que te quiero tanto, como yo en tí. No me niegues eso que acaso sea la última vez.

Marta dudó un momento. Pero era tan sincera la expresión de Armando; sus palabras revelaban tal sentimiento de amor puro y noble, que ella le respondió:

—Iré Armando. ¿Ves aquel banco? Allí será. Yo buscaré la manera de que entres por aquí.

Armando vió el banco que le señalaba Marta. Era un banco cubierto por un dosel de trinitarias, bajo el cual jugaban dos pájaros.

Armando iba a dar las gracias con palabras del alma, cuando se oyeron unos pasos y, detrás de Marta, apareció la señora Miraells.

Inteligente y hábil, comprendiendo todo lo que pasaba, prefirió no darse por entendida. Así es, que saludando con una gracia exquisita, exclamó:

—Buenos días señor Ibáñez.

Armando se inclinó. Ella lo invitó entrar. Un momento después estaba en el salón de la villa. Un salón sobrio, austero y donde se adivinaba el buen gusto de la dueña.

Si la señora Miraells era gentil en sus maneras, no lo era en sus sentimientos. Su tacto y conocimiento del mundo eran lo único que gobernaba su pensamiento. Segura de sí misma y del arma que poseía, se propuso herir de muerte al amor de Armando Ibáñez. Además, su frivolidad no la dejaba comprender ciertas almas. Creía que todas esas paparruchas de sentimientos, y sobre todo, eso que llaman amor, eran puras ideas de la edad. No era pues culpable doña Luisa en proceder así. Cuántas Miraells abundan por el mundo!

Cada vez que doña Luisa lo creía neeesario, prorrumpía en una ruidosa carcajada, que, si estropeaba su gentileza, denunciándola poco señoril, en cambio, tenía el poder de hacer callar. Su risa valía más que muchas palabras y muchas ironías.

Hablaron de cosas triviales. De la salida de Pino efectuada al amanecer; de los negocios de Silva; y comentaron las crónicas de la ciudad lejana, cuidadosamente narradas en las cartas de amigas. La señora Miraells parecía estar muy nerviosa. Aprovechando una pausa que creyó oportuna, se fué derecho al punto.

¿Y no sabe Ud. la última noticia?—dijo sonriéndose y con la vista fija en Ibáñez.

Si le hubieran dado tiempo a contestar, Armando Ibáñez se habría preparado para la defensa; pero gran sabia, adiestrada en tales cuestiones, doña Luisa prosiguió, riéndose, aparentando naturalidad y mirando la ventana por donde entraba un torrente de luz:

—Se nos casa Marta. Será millonaria. Felicítela Ud. señor Ibáñez. Es la futura del opulento señor de Rells.

Armando dió un brinco en su asiento. No tuvo la serenidad requerida para afrontar a la víbora y permanecer erguido ante ella. Sin embargo, recobrándose al punto, hizo un esfuerzo, y, no obstante la intensa palidez de su rostro, que lo delataba, volvióse hacia Marta para saludarla. Esta se hallaba más confusa aún.

Doña Luisa observaba atentamente a Armando y midiendo todo el efecto que habían surtido sus palabras, no contenta con hundir el arma, quiso revolverla en la carne. Así prosiguió:

—Muy bien han procedido mis hermanos en acceder a esta unión, porque la mayor parte de esos matrimonios entre jóvenes, o no se verifican o son un fracaso. No le parece a Ud. señor Ibáñez?

Esta vez Armando estaba alerta. Con gran serenidad respondió:

—Más me parece que se malogran los que se llevan a cabo entre un viejo y una joven. Como Ud. ha dicho, entonces es que, o fracasan o no se verifican.

Doña Luisa se mordió los labios y palideció de furia. Recordó en un instante su unión con el marido viejo, que si aportó caudales, no le llevó juventud ni amor. Doña Luisa creyó que Armando lo había dicho por ella y se volvió implacable.

—¿No piensa Ud. ir a Europa?—Preguntó. No deje de visitar a Marta en sus soberbias posesiones de España. De antemano le predigo una calurosa acogida.

Armando y Marta estaban sobre ascuas. Ibáñez respondió:

—Pienso ir el año que viene. Tal vez casado.

Los ojos de doña Luisa, que poco a poco habían ido adquiriendo una expresión feroz, relumbraron. No contaba con aquello.

—¿Casado..... Pues, y su novia?

Armando no pudo contenerse.

—¿Mi novia?—replicó.—Pues..... ¿No la conoce Ud.? Y volviéndose hacia Marta, la señaló con ademán tranquilo diciendo:

—Tengo el honor de presentársela: la señorita Marta Federmann.

Esta vez fué doña Luisa quien saltó. Marta salió a escape de la sala. Doña Luisa hecha un basilisco y levantándose llena de insolencia, conteniendo apenas su dignidad en el temblor de rabia que la agitaba, dijo:

—Supongo que Ud. se juega, caballero. Y creo que no ha venido Ud. a ofenderme.

Armando comprendió que había ido muy lejos, y recobrando todo su aplomo, contestó suavemente:

—Perdone Ud. señora. Ciertamente que es una broma. Pero, si así fuera ¿Qué de ofensa tendría?

Doña Luisa comprendió que se las había con un adversario muy hábil, y aprovechándose de aquella frase para recobrar el terreno perdido, tuvo la más sugestiva de sus

sonrisas, las frases más amables y, sentándose nuevamente, simulando calma, agregó:

—En manera alguna. He respondido broma con broma. ¿No lo ha comprendido Ud. así?

Y luego añadió:

—Pues, como iba diciéndole, Marta no ha podido encontrar mejor marido ni mayor felicidad.

—Seguramente—respondió Armando.—Y soy el primero en celebrarlo.

Entretanto, Marta que se había quedado para escuchar detrás de una cortina, satisfecha del giro que tomaba la escaramuza Miraells-Ibáñez y repuesta ya de la turbación que le produjera el súbito arranque de Armando, se había aventurado a regresar.

Armando Ibáñez cogió un álbum de fotografías que estaba sobre una mesa, junto a él; retratos de excursionistas en pleno campo, paisajes agrestes, puestas de sol y cascadas preciosas. Cogiendo una, donde se hallaba Marta, rogó a doña Luisa como recuerdo de aquella visita que se la diera.

Doña Luisa vaciló. Mas, comprendiendo que negarlo era faltar a su táctica de indiferencia e ignorancia, desmoronando así el edificio levantado por su astucia, no sólo accedió, sino que se puso a buscar uno igual y más nítido para complacerlo.

Doña Luisa sintió terriblemente el trofeo que le habían arrebatado, y se prometió tomar el desquite. Pero, comprendiéndolo así Ibáñez, frustró la tentativa de agresión levantándose para despedirse.

La señora Miraells vió que se le escapaba su presa, y tomó empeño en prolongar la visita. No obtuvo éxito. Armando pretextó que estaba invitado por el Jefe Cvil a una partida de caza y, dada su afición a ese deporte, no podía dejar de asistir.

Doña Luisa se sonrió desdeñosamente al nombrar al Jefe Civil, y dijo irónica:

—Sí? ¿Con el Jefe Civil?

Armando prometió volver a la siguiente mañana para despedirse. Al estrechar la mano de Marta, en silencio, ella tuvo para él una expresión de reproche.

Ambas salieron a despedirlo. La señora Miraells estaba en aquel momento muy amable.

V

Armando Ibáñez respiró con ansia, al verse libre de las garras que acababan de tendérsele.

Al cruzar el jardín, volvió a sentir toda la inquietud y todas las dudas de otros días. Al pasar por la vereda sombreada de mangos, su pensamiento hervía.

En vano la mañana prendía su lumbre sobre los collados florecidos, deshojando las macetas de los árboles; en vano ella hacía destilar sobre la tierra, de las urnas violetas y herméticas del plátano, miel blanca y polvo de oro; en vano la brisa cimbreaba los maizales que se maduraban al sol, invitando a la alegría y al ensueño.

Nada distraía su pensamiento todo sacudido, como el follaje bajo el ímpetu del huracán; y como aquél deja caer flores, a veces, una pálida idea de amor se le abatía sobre el alma.

Sólo, cuando vió una floración roja que rastreaba por el verde joyante, irrumpiendo su milagro de púrpura bajo la mañana dorada como los cabellos y las cejas de la novia rubia, crueldad de sangre sobre la inocencia de los campos, vió en aquella tierra un símil de sí mismo.

Apretó el paso. Afortunamente la soledad de los campos era propicia, protegía su dolor. No temía como otras veces en Caracas las miradas inquisidoras de los transeúntes. El no turbaba ni el canto de los pájaros, ni el rumor de las fuentecillas que corrían ocultas bajo el monte; ni la trova labriega tan honda y espontánea como las flores silvestres y el canto de las aguas. Todo aquello que es dón de Dios, respetaba el dolor del hombre y proseguía su himno.

En cambio, por la ciudad, los grupos cesan su charla para escrutar insolentes el rostro que muestra pena. Los ojos interrogan, y la curiosidad maligna y baja sigue los pasos de algún preocupado que se aventura por los corrillos de zánganos y vagos.

Una idea le asaltó de pronto, haciéndolo estremecer. No había podido completar con Marta los detalles necesarios para la cita convenida. Empresa difícil era penetrar nuevamente en la quinta. Doña Luisa tan previsora, tomaría las precauciones más severas para impedirle una

nueva entrevista con Marta. Sentía como un desfallecimiento. «Me iré sin verla?»—se preguntaba.

Mas, a aquella mente enferma de amor subió el deseo de la aventura. Escalaría la quinta aunque lo mataran como a un ladrón. El veía en todo aquello, los grandes trabajos que una como ley divina impone a todos los que luchan por conquistar algo grande. Y Marta lo era; porque ella, en su fragilidad, en su flaqueza, encarnaba el amor. Ella era grande en su pequeñez.

Ella simbolizaba en su cuerpo el espíritu, lo inmaterial que se defiende de todo lo que es barro. Ella inspiraba, infundía sentimientos; ella reunía en sí esa dualidad adorable y voluble que es la plena y sublime alma del amor.

Ella era como el alma de un verso. ¿Y qué era su amor sino una sucesión de rimas animadas de la más pura emoción? No faltaba más que traducir esas emociones que le vibraban por dentro y describirlas en toda su fuerza, en todo su color, para producir una exquisita y pura exaltación de arte.

No hacía más falta que aprisionar en palabras aquel tumulto de amor; detener la corriente de impresiones para narrarlas; como el artista mira un crepúsculo o un paisaje cualquiera, con la suficiente fijeza, con la plena emoción que dá la belleza, para después reproducir los matices, los torrentes de fuego, los lagos de topacio; la indefinible alma del paisaje en la hora en que lo vió.

Pensando así llegó al tabuco y metióse en su cuarto. Y al verse solo, en aquella hora atribulada, echó de menos a Alberto Silva. «¿Qué estará pasando en «Las Palmeras»?—se preguntaba.—¿Qué conducta seguirá Marta? ¿Cuál sería su plan? El no podía irse sin saberlo. ¿Qué haría, si Rells triunfaba? Y su frente estaba a punto de estallar bajo el peso de tanta congoja y tanta duda.

Así pasó todo aquel día, sumido en un mar de cavilaciones. El Jefe Civil, se paseaba por la puerta, lleno de curiosidad, comprendiendo que algo grave sucedía a aquel joven que había llegado por la mañana con el semblante demudado y no queriendo almorzar. Armando miraba la faja amarilla del machete, al pasar, por las rendijas de la puerta, y oía la voz gruesa dando ordenes, para que le curaran los gallos heridos en la lucha del día anterior; ordenes que salían de los labios del funcionario por entre la mascada grotesca de un tabaco.

Ibáñez escuchaba indiferente las groserías y vulgaridades del Jefe Civil. Su sensibilidad de percibir las cosas

externas estaba como embotada. En ese estado de postración, pasó todo el día.

Al fin llegó la noche. Una noche otoñal. Parecía de plata. Llena de fragancia que la brisa traía de los jardines y sembrados lejanos; de las cumbres taraceadas de flores. Una noche fría, pero encantada. Una noche en que todos los senderos estaban cubiertos con los despojos de las frondas y todos los cielos llenos de luceros pálidos y trémulos.

Las cumbres parecían diademadas de astros, tan cerca las besaban; y como en aquellos parajes abunda el jazmín, el viento se llevaba los pétalos blancos simulando una nevada, y toda aquella plata se incrustraba en el azul nocturno, un azul lánguido, que parecía pronto a desmayarse en la sombra.

Y sobre otras cimas más altas caía el paramento de las nieblas cubriendo hasta los flancos; y ellas eran como enormes flores entreabiertas por la noche, tan taciturnas y frías, que ninguna estrella se aventuraba por sus contornos.

Todos los campos ondeaban, y su vaivén parecía hacer cosquillas en el terciopelo ideal de las sombras. Mugía el viento sobre las casucas del pueblo, y los candilones que las alumbraban oscurecían a los débiles bombillos que se colgaban por las calles. Nadie iba por ellas. Armando se levantó. Al salir de la posada, algunos peones se atrevieron a hablarle:

—Venga catire, pa que eche una jugadita con nosotros.

Armando se volvió, y sonriéndose, les dijo:

—Yo no sé jugar.

Todos los peones lo vieron con desdén. Armando siguió. Los hombres se quedaron burlándose.

—Es un patiquín—dijo uno.

Era el juicio inapelable del más guapo. Los otros asintieron.

Armando tuvo la idea de acercarse a la casa del patriarca, y hasta se detuvo en la puerta para llamar. ¿Pero qué iba a lograr con eso?

Vagó mucho rato por la calle. Por lo menos hasta las diez no podía acercarse a la quinta. A llegar a ella y ver a Marta estaba resuelto. No tenía un arma, ni una cuerda. Nada, nada. A cada momento miraba el reloj, como si así apresurara al tiempo. La impaciencia lo con-

sumía. La lumbre del cigarrillo denunciaba su inquietud en la sombra. El terreno accidentado, gredoso, lo hacía resbalar a cada momento, tropezar y dar traspiés.

Se sentó bajo el atrio de la iglesia, a la sombra del campanario vetusto; urna de amores, heraldo del pueblo.

Estaba en el límite del cansancio humano. Lo sostenía la voluntad, la llama que ardía en su pecho.

Armando paseaba su mirada por aquella calleja extraña, alumbrada débilmente, guarecidas sus casucas en la sombra. Hacia el oeste, por sobre los árboles, se veía la techumbre de «Las Palmeras» ataviada de frondas.

Al fin sonaron las diez. Ibáñez se levantó decidido. Minutos después se encontraba frente a la verja de la quinta.

Había dado una vuelta en torno de ella, cuando al volver hacia la puerta de entrada, sintió rechinar la llave sobre el hierro. Armando se hizo atrás, al ver que un hombre se dirigía a él.

Armando reconoció al jardinero, quien, media oculta la cara por un sombrero de grandes alas, seguía avanzando. Llevaba en la mano una linterna, y poniéndola en alto, iluminó el rostro de Ibáñez. El hombre sonriendo y como empeñado en inspirar confianza, le preguntó:

—Es usted el señor Ibáñez?

—Sí, yo soy—respondió Armando.

—Tengo encargo—afirmó el guardia precipitadamente—de la señorita Marta para llevarle al jardín. Entre.

Armando estuvo a punto de besar al hombre. El jardinero caminaba delante, alumbrando con la linterna sorda. La quinta estaba a oscuras. Una sola luz ardía en el corredor. En todo el jardín apenas se distinguían los objetos alumbrados débilmente por la palidez del cielo.

Rufo, o sea el guía, condujo a Armando al sitio que Marta le señalara por la mañana.

—Espere aquí—dijo en voz baja el jardinero.

Rufo se alejó en dirección a la quinta. Armando lo seguía con la mirada. De piés, apoyado en un banco, Armando esperaba. Momentos después se abrió una puertecita oculta en las sombras y, de las enredaderas, o mejor dicho, de la oscuridad, porque no se podían ver tales detalles, salió una mujer envuelta hasta la cabeza. La figura blanca se deslizaba cautelosamente. Aquella mujer era Marta. El hombre regresaba con ella, guiándola.

Armando creyó que había terminado el papel de Rufo, cuando vió que éste se retiraba discretamente, recostándose

de un árbol, que a más de ocultar casi el banco, interponiéndose entre él y la quinta, estaba como a diez pasos de distancia. Rufo se puso de espaldas, y después de colocar su linterna en el suelo, prendió un cigarro.

Como Marta comprendiera la extrañeza de Armando, le dijo:

—Lo traje para que fuera testigo de nuestra entrevista; no porque desconfíe de tí. Y además para que vigile.

Luego añadió sonriendo:

—Es mi siervo más afecto.

Armando se había quedado viéndola. De pronto dijo:

—Marta, creí no verte más.

—Porque no me conoces—respondió ella.—Tú siempre crees que te engaño..

Sus palabras tenían un acento de ingenuidad y ternura.

Armando atrajo su cabeza sobre el hombro, y le besó mil veces la rubiedad de sus cabellos. Ella pugnaba por defenderse. Al fin acabó de darle beso por beso.

El viento soplando sobre las ramas de la trinitaria, hizo caer sobre ellos una lluvia de púrpura. Una de aquellas flores se quedó prendida de tal modo en los cabellos de Marta, que Armando batalló por arrancársela. Una porción de hilos dorados se quedaron en sus manos.

Ella, con la mano puesta sobre el hombro de Armando, se había incorporado y contemplaba la palidez de la noche otoñal. El la tenía cogida de una mano y la miraba lleno de amor. Las palabras caían con tanta languidez de los labios de aquellos amantes, como las hojas de los árboles y las estrellas del cielo. Porque inconscientemente, de la tristeza de la hora y de la tristeza de aquella cita, se impregnaban las almas plenas de melancolía y de amor.

—Dime aquí, Marta—suplicó Armando, después de haberse dicho muchas cosas—quizás la última vez que nos vemos: qué piensas hacer con Rells?

—No quererle—respondió ella con sencillez.

—Y qué le importa a él eso? El te quiere a tí, sólo desea tu cuerpo; con lograrlo le basta. ¿Crees que Rells va a detenerse en sentimentalismos?

—Yo hablaré con mamá, Armando. Si yo le dijera ésto a mi padre, él no haría sino descargar su cólera sobre nosotros. Entonces no nos veríamos más.

—Huye conmigo, Marta. Vámonos léjos, muy léjos—dijo con vehemencia Armando.

—No puedo.....No puedo herir a mis padres—respondió Marta, sollozante.

—Ah! Marta, tú no me quieres. Tú deseas alejarme. Eso es todo—exclamó el joven con tal desgarradura de voz, que los ojos de Marta se enturbiaron de lágrimas.

Ella fué a enjugarlas. Armando la detuvo.

—Deja que las beba. También me las vas a negar? Dáme lo que hay de amargo en tí, ya que no puedes salvarme.

Pero las lágrimas rodaron, confundiéndose con los rizos alborotados que le caían por las sienes. Ella lo miraba entre ruborosa y confusa.

—Ingrato—dijo.—Si no te quiero por qué vine?

—Mañana, Marta, estarás aquí con el otro. ¿Será posible que tú seas de ese hombre? Estoy seguro de que estas mismas estrellas y esta misma sombra alumbrarán y cobijarán sus amores.

—No, Armando. No vengas a amargar este momento último en que estamos solos. Yo te juro que no seré de otro. Jamás me volveré a sentar en este banco, ni saldré por este jardín.

El joven inclinó la cabeza entre las manos. Parecía llorar. Marta le acariciaba los cabellos.

—Nunca, Marta—exclamó incorporándose—pensé yo en esta fatalidad increíble. Cuando te he logrado, ahora que eres mía, es que estás más lejos de mí y más cerca de mi amor. Yo siento..... pero no ..... mejor es callarme.

Una angustia inmensa se revelaba en el rostro de los amantes. Sus corazones parecía que iban a estallar, tan palpitantes, tan juntos, y reflejando igual luz, como dos luceros gemelos.

—No llores, Armando—suplicó Marta—no revuelvas con tu dolor, el mío que es muy grande. Yo creí que esta prueba que te doy, sería la más grande y pura de mi amor. Sábelo, Armando, que nadie, nadie, te quitará lo que es tuyo.

Nuevamente la trinitaria roció de flores las cabezas amantes, que se juntaban en supremo adiós, bajo el palio nocturno tembloroso de estrellas. Armando apoyaba su frente en la espalda del banco. El viento seguía mugiendo en la noche como un gemido inacabable.

—Marta, si tú me olvidas..... ¿qué haré yo?

—No, Armando, vé seguro que no te olvidaré.

—La luz de la mañana me alejará de tí, Marta. Cuando estos valles vean de nuevo al sol, cuando tú veas estos

jardines y te acaricien los pájaros, yo estaré tan lejos..... tan olvidado.....

Marta estaba sollozando. Una racha muy fría la hizo arrebujarse en la manta. La cuita aquella parecía alongarse en la noche acongojada como el pecho de los amantes.

—Por Dios, Armando, créeme—dijo ella ahogada.

En la enramada, sobre ellos, un nido hervía de amores. El quebranto abatía a Marta. Hubo un silencio.

Habían pasado muchas horas. El frío de la madrugada, más intenso en aquellas alturas, comenzaba a sentirse duramente. Ni Armando ni Marta se daban cuenta de él. El jardinero se envolvió en su cobija roja, y entretenía con el cigarro aquella guardia extraña y nocturna.

De pronto, Marta se llevó la mano al seno diciendo:

—Toma, Armando, llévale a Elsa.

Era una carta. Armando, como si hasta entonces no creyera cierta su ausencia forzosa, al ver aquel encargo que de manera tan tierna le anunciaba la realidad, se conmovió de manera tan profunda, que ya no le fue dado ocultar sus lágrimas. Ella le enjugaba el rostro con el pañuelo.

—¿No me das una prenda tuya? ¿Algo que sea como un talismán, como un tesoro de este amor, que me sostenga?

—¿Crees que lo he olvidado?—dijo con tristeza.—Toma, es para tí.—Y le alargó un medalloncito que guardaba un rizo, tan rubio, como si en aquel círculo estuviera aprisionada una estrella.

El la miró con un agradecimiento infinito. Ella prosiguió:

—No quisiera dártelo. Cuando lo veas te parecerá que me he muerto. Un cabello parece siempre un despojo.

—Cuando se oiga el primer canto del labrador, Marta, me habré ido—exclamó Armando, y agregó:

—Si tú me olvidas, te daré por muerta. Este mechón ha de recordarme tu cabeza adorada, y esta hora tan triste y a la vez tan dulce.

Los dos amantes esperaban el alba con el mismo terror, con que siglos antes, en un jardín de Verona, otros aguardaban el trino de la alondra. Oh! eterna y sublime semejanza de los amores, que en todos los labios adquiere las mismas palabras, y en todas las edades y en todos tiempos asalta con igual tormento los pechos de los hombres. El hermana de tal manera los corazones, que con igual emoción dos amantes sintieron llegar el anuncio del

sol en un viejo balcón italiano, que los otros, en otro siglo, bajo otras noches y otros cielos.

Bien pronto, un tinte violeta empezó a esbozarse en el firmamento donde agonizaban las estrellas. Volvía la castidad de la mañana; las nieblas taciturnas se colgaban ahora con mayor majestad sobre los flancos, y el cielo mostraba los delicados albo aires que labra el día sobre los cerros, como las galerías de azulejos de un palacio árabe.

En los montes vecinos, los torrentes que se despeñaban, tirando su agua, al capricho, por entre el cauce azuloso, decían la oración de la hora; porque en ese momento, el murmullo del agua tiene un són místico; los bruñidos de espumas sugieren cosas solemnes, acaso porque en sus ondas se diluyen los últimos vestigios de la sombra.

Al fin, una cinta blanca precursora del alba, comenzó a ceñir el horizonte, tras los cerros. El casto cendal ondulaba por el contorno como ciñendo la frente de una novia. Armando se levantó para no dar lugar a que Marta lo hiciera primero.

Ya los pájaros comenzaban a entonar sus dianas jocundas entre los árboles, y por todo el cielo los astros desfallecían como flores mustias.

—Adiós, Marta,—balbuceó Armando.—No me olvides. Ten presente que nadie, nadie, te amará como yo.

Ella inclinó la cabeza; su cabeza que era nuncio de aurora, con una resignación muda, cuando la última lágrima se desprendió de sus azules pupilas, como una estrella de los cielos, en la noche.

—Armando!.....—Marta fué a hablar; pero no pudo.

No podían engañarse ya. La luz avanzaba trémula, precedida por un fulgor rosado. Violeta estaba el cielo, y en él se arrebolaban los primeros destellos dorados. Las sierras lejanas descorrían las nieblas rotas por los picachos puntiagudos; y eran ellas como esas blondas viejas y ricas que amarilleó el tiempo. Los campos despedían un vaho fragante; las flores se entreabrían, y de los copajes rodaba sobre la tierra un frescor de agua.

Armando y Marta por última vez juntaron sus labios. La linterna se había apagado. Rufo, al ver que se despedían, la recogió del suelo. Armando le dió la mitad del dinero que llevaba en el bolsillo. El no quería aceptar nada.

—Un recuerdo mío. Nada más—le dijo Armando.

Entonces el guardia tomó las monedas. Armando se alejó con decisión. Ya era hora. Marta, de pies, junto a un rosal, miraba alejarse a Armando. Su figura estaba doliente. Parecía pronto a desmayarse. En aquel momento, el primer dardo de sol cayó sobre las nieblas de las cumbres.

VI

Al llegar al tabuco donde se hospedaba, Armando Ibáñez se sentía revestido de una serenidad asombrosa. Las lágrimas que había derramado como que infundieron fortaleza a su conturbado espíritu.

Allí se encontró con una novedad. El violento regreso de Alberto Silva, quien seguía inmediatamente para La Guaira debido a ciertos trastornos en sus negocios. Silva, ya sorprendido de suyo, al saber por los peones la ausencia de Ibáñez durante la noche, se alarmó aún más al ver el aspecto de su amigo.

Armando mandó a ensillar. Los sirvientes y secuaces del Jefe Civil, miraban llenos de curiosidad a aquel joven de costumbres tan extrañas, en cuyo rostro, el dolor y el trasnocho habían impreso una profunda huella.

Después de arreglar la cuenta de su hospedaje, repartió entre todos el resto de dinero que le quedaba. Ahora le causaba más impresión y temor a Silva aquella impasibilidad de Armando.

Una hora después, a las nueve de la mañana, ambos viajeros dejaban el pueblo. Al descender por una cuesta, columbraron en la altura las rojas techumbres de «Las Palmeras». Armando volvióse para mirar por última vez aquellos muros que guardaban su amor, y hacia los cuales había ido lleno de esperanza. En los balcones colgados de jazmines no se veía a nadie. El joven sintió que se le oprimía el pecho y que sus fuerzas le flaqueaban. Mas, reprimiéndose pronto, al recordar las promesas de Marta y los tesoros que ella le diera en prenda de su amor, más sereno aún, al dejar de contemplar la casa que desapareció tras un monte, Armando paseó su vista por la agreste y jubilosa belleza del paisaje.

Regresaban por otro camino, donde el descenso era casi plano y paralelo a los cerros. Toda una hilera de

palmeras y chaguaramos ondeaban por las sendas que trasponían los montes, mojando sus follajes armoniosos en la alegría del cielo. Todo estaba igual que el primer día.

Silva no se cansaba de hacer preguntas y exclamaciones para animar a su amigo. Al fin, Ibáñez abandonando su mutismo, refirió a Alberto los sucesos transcurridos en su ausencia. Había mucha tristeza en aquel regreso.

Cuando terminó, Silva hubo de hacerle las consideraciones que él creyó más lógicas y precisas sobre aquello que tomaba ya un rumbo peligroso. Valiéndose de su amistad, como lo hacía Rojas, le anunció, arriesgándose a herir mucho, pero decidido a salvar a su amigo —a quien veía agitado por un paroxismo de pasión—que ya era tiempo de abandonar a aquella novia.

—Diablo! en mi vida había visto amor más insensato..... Demonio! deja esa novia, que yo no veo muy claro su amor. Créeme, Armando, con Rells no podrás luchar.

Ibáñez guardaba silencio. Todo el regreso fué triste. Por los campos no se oía más que el ondear rumoroso de arbolados y siembras. Una carreta desuncida se veía en el límite del paisaje. Silva acabó también por callarse.

Al desembocar de los cerros, apareció el mar. Era un milagro azul. Atalayas de espumas se elevaban con las olas. El color fascinaba. Una fiesta de sol reía en el cielo marino, y cuatro velas blancas, henchidas por la brisa, se mecían suavemente, bajo el horizonte.

Los dos amigos miraban en silencio aquel prodigio risueño; una nube de polvo levantaban los jinetes en la orilla. La arena chasqueaba bajo las herraduras de los potros. A lo lejos, torturado por la luz, apareció el puerto.

Aquella misma tarde, después de despedirse de Alberto en La Guaira, quien a última hora apuró todos sus recursos para sacudir a su amigo del marasmo en que se hallaba, Armando Ibáñez regresó a Caracas. Era cuatro de setiembre.

FIN DE LA PARTE TERCERA

PARTE ULTIMA

El dolor humilla los corazones...

I

Según lo anunciara doña Rosa a su hermana Luisa, dos días después, el antiguo industrial acompañado de su presunto yerno, llegaba a «Las Palmeras».

El recibimiento que Marta le hizo a Rells fué frío y cortés. Sus ojos recobraron para aquel momento el tono semi gris de mar nublado en que era imposible leer, tal la expresión de frialdad e indiferencia que le comunicaban al rostro.

Doña Luisa, que sólo veía en su huésped al propietario opulento que llevaba a su lejana residencia como un reflejo de los centros más fastuosos de Europa, no cabía de orgullo.

Imposible describir la serie de atenciones y obsequios que imaginó para agasajar a Rells; los ratos que pasó ensayando actitudes y gestos ante el espejo, y las ceremoniosas cortesías que debían exhibirla como una gran mundana. Tomó empeño en la vuelta de su marido, para poder presentarse de brazo del anciano en el estrecho corredor de la quinta, que a ella le parecía un patio de honor.

Toda la servidumbre hacía acto de presencia en el jardín, pues según había leído en viejas crónicas, las antiguas castellanas se rodeaban de sus siervos cuando arribaba a los castillos un personaje.

La quinta estaba engalanada con guirnaldas de rosas, y una gran profusión de luces se tejían en haces por los techos.

Tiesa y erguida, doña Luisa acompañada de su marido y Marta, esperaba en el corredor. Hacia las seis de la

tarde fué el momento solemne del arribo. En sus ensayadas maneras, la señora Miraells creyó de su deber no moverse, y esperar que, sombrero en mano, se acercara Rells a presentarle su homenaje.

Con gran desilusión suya, el potentado apenas le estrechó la mano sin besársela ni inclinarse. Con su voz ronca y su sonrisa insolente, el catalán se limitó a decirle: «Rells». Ella que esperaba toda una ceremonia de aquel saludo.

—Ah!—pensó.—Seguramente ya no hay caballeros.

Luego, Rells se volvió a contemplar el panorama. Doña Luisa creyó que al menos éste le arrancaría una admiración, mas sufrió nuevo desengaño, cuando él, sin decir una palabra, abandonó su actitud para pasear su mirada por la ornamentación y las galas de la quinta con una indiferencia glacial.

Entonces doña Luisa sintió herido su orgullo.

—Seguramente,—exclamó con voz chillona—que el señor de Rells, acostumbrado a tanto fausto—esta palabra la había leído en una novela, encantándola; ella la remarcó al pronunciarla—le parecerá horrible mi humilde morada.

Pero Rells se hallaba analizando a Marta con sus ojillos amparados por los cristales elípticos y, o no oyó aquel cumplido o no se dignó contestarlo.

Don Juan Miraells permanecía impasible, acariciándose la barba. Don Guillermo, después de saludar a sus hermanos se hallaba cumplimentando a la servidumbre que conocía por sus nombres.

Doña Luisa comenzaba a sentirse molesta. Con un tono que revelaba su gran despecho, exclamó imperiosamente:

—Rafael, conduce a estos señores a sus habitaciones.

Apareció Rafael, un muchacho de alpargatas y faz palúdica, restregándose las manos, martirizado por aquel papel de criado de casa grande que doña Luisa le hacía representar después de un gran ensayo, y lamentándose no poder vestirlo de librea. Bien segura estaba ella, que a no estar tan distante de la ciudad, habría hasta alquilado la de un cochero. Ah! cómo hubiera resplandecido de orgullo, al ver los nobles y dorados galones precediendo a Rells. Pero la triste realidad se imponía, y la única librea del pobre muchacho, era la blusa de dril bien aplanchada, que su madre le remendara por la mañana.

Rells, como si no hubiera oído la disposición de su huésped, estaba como esperando algo. Doña Luisa lo observaba atenta.

Por los dos cerros que a manera de muralla se alzaban al lado de la quinta, más allá de la arboleda y del pueblo, por entre las cuchillas que ellos abrían, apareció un arreo de mulas agobiadas por el peso de grandes bultos. Eran los equipajes del señor Rells.

Doña Luisa, en su sólo afán de recibir al personaje, sin otra idea que producirle las impresiones más gratas, se había olvidado de los imprescindibles objetos que Rells traería consigo. En verdad que tales bultos descargados allí, afearían por un momento la casa, quitándole algo de la majestad que había querido imprimirle.

Doña Luisa contemplaba aterrada y sorprendida el inmenso equipaje. Realmente—se decía—un potentado no puede viajar como cualquier mequetrefe, con una sábana en la maleta.

Así desfilaron por el parque, una, dos, tres, hasta seis mulas agobiadas por la carga, y jadeantes por las cuestas que subieran.

Una idea iluminó la mente de la señora Miraells. Mandó a su marido que diera orden a los peones para trasladar lo más pronto posible y sin dar lugar a que se hacinaran en el corredor aquellos bultos. Don Juan le obedeció fielmente.

La turba de gañanes desenjaezó las mulas, y a prisa subieron los equipajes. Doña Luisa se encantó con la rapidez de la maniobra. Estaba plenamente satisfecha. Una sonrisa de orgullo enfloró sus labios. Qué dirá Rells!—pensó.

Mientras tanto, Fernando hacía tentativas para entablar con Marta el primer diálogo. Esta apenas despegó los labios. Rells no se inmutó. El conocía el terreno. Marta le llamó señor Rells. En su rostro había una expresión de desdén infinito.

—No importa—murmuró Rells.—Bien pronto serás mía.

Marta se estremeció. Sentía miedo de aquel Rells de mirada satánica, que, por el sólo hecho de ser millonario se creía con derecho a poseerla.

Don Guillermo, regresando de su inspección, puso término a la inquietud de Marta. Después de hacer un mimo a la hija, pasó el brazo a su yerno por la espalda y lo instó a subir.

Marta lo siguió con la vista. Lo que más le repugnaba era aquella cabeza redonda donde comenzaba a reinar la calvicie.

Don Juan fué con sus huéspedes.

Una vez sola, la señora Miraells felicitó a Marta por el brillante porvenir que la esperaba. Decididamente aquel hombre era encantador.

Marta sentía rabia. Sus ojos encapotados como mar antes de una tempestad, adquirieron toda una expresión de reto.

La Miraells, con voz chillona comunicó a los peones la orden de retirarse, y volviéndose hacia Marta, mientras los campesinos se desparramaban por el jardín, en grupos, le dijo:

—Ahora, querida, vamos a dar las últimas instrucciones para la mesa. Este Rells debe ser un artista en estas cuestiones.

Marta no contestó nada. Al pasar a la cocina, olorosa con los guisos más exquisitos que doña Luisa pudo imaginar, y en cuyos fogones se doraban pavos y tortas, y la lumbre regocijaba el hogar alimentado por un ejército de cocineras armadas de grandes tenedores y cucharones, la señora Miraells se acordó con alegría satánica de Armando Ibáñez.

—Díme, Marta—exclamó—ese joven Ibáñez, se fué ya?

—Sí—respondió Marta.—Se fué ayer.

Doña Luisa respiró con satisfacción. El triunfo era completo.

II

Una hora después, doña Luisa y sus huéspedes entraban en el comedor brillantemente iluminado.

Marta se había quedado atrás con Rells. Este avanzó galantemente y le ofreció una joya: un aderezo de turquesas.

Marta se sintió cautivada. Renacían en ella sus antiguos ideales de esplendor. Pero acordándose de Ibáñez, hizo como si lo aceptara con indiferencia. Mas luego, cuando Rells le ofreció el brazo oprimiéndola dulcemente contra sí, ella no opuso resistencia.

Fernando comprendió que iba ganando terreno. Marta abandonó el estuche sobre una columna, que erguida en la puerta del comedor sostenía un jarrón de rosas, y prendióse la turquesa que en el escote blanco semejaba un insecto maravilloso y extraño, abriendo sus alas sobre la castidad de una flor.

En el momento de sentarse a la mesa, Marta estaba radiante. Vestida de blanco, descotada, ostentando su desnudo cuello sobre el cual caía el peinado de oro y luciendo en la blancura del seno el fulgor de aquella turquesa, apareció ante todos deslumbradora y sencilla, realzada por todo el encanto de su belleza.

La luz de sus ojos se había serenado. Ahora estaban límpidos como una mañana de abril abierta sobre la mar. De nuevo se mostraba como antes. Había asumido aquella coquetería adorable que enloqueció a tántos, y mostraba ahora como antes, aquel movimiento tan suyo con la cabeza, aquel gesto delicioso que era como una incitación a la caricia.

Su boca se abrió nuevamente como hacía tiempo que no se mostraba, con toda la sensualidad guardada en sus labios; encanto que el amor por Armando le había hecho perder. Sus ojos adquirieron el tono esmeralda de las aguas y, reflejándose en la blancura de sus dientes, finjían éstos una nube ciñendo el confín de la mar.

Ahora, la Marta galante de otros días resplandeció nuevamente al lado de Rells y de los dueños de la quinta que sonreían satisfechos, enfrente de su padre, que maravillado exclamó:

—Cuánto tiempo hacía que Marta no era la misma!

La comida estuvo animadísima. Se escanciaron muchas copas de vino. Doña Luisa estuvo a la altura de las circunstancias, y no perdió ni un detalle. Cuando algún sirviente cometía una torpeza, sus ojos relumbraban como áscuas. La mesa, como los corredores y los rincones y toda la quinta, estaba ceñida de flores.

El licor hizo que Marta olvidara pronto. Al final, cuando la champaña burbujeó en las copas, Marta enardecida, había dado nuevamente su alma. O mejor, ya no el alma que sólo pudo arrancarle Armando, sino su cuerpo. De nuevo ella desfloraba la corona de amores castos que Armando Ibáñez ciñera a su frente.

La señora Miraells en medio su alegría, hasta olvidó los repetidos desengaños que Rells le causara; sobretodo el último, que la molestara tanto. Ella que creía ver llegar

a Rells de frac para sentarse a la mesa, y después de habérselo hecho poner a su marido, Fernando se presentó con un traje de kaki sencillísimo, cogido en la cintura por un tachón de la misma tela. Ahora, hasta encontraba de suprema elegancia el traje de Fernando, y la obesidad de su cuerpo le parecía esbeltez.

Después de la comida pasaron al jardín. Como si la fatalidad lo dispusiera así, Rells, entusiasmado, condujo a Marta al mismo banco, donde dos noches antes, se sucediera la tierna escena entre ella y Armando.

En este momento, Marta sintió melancolía; la acosaron escrúpulos, al ver la facilidad con que violaba sus juramentos. Pero nada detuvo su caída, y la materia triunfó nuevamente sobre el alma.

Llena de languidez sentóse en el banco y apoyó sus brazos en el hombro de Rells. Ahora la noche no era fría; estaba tibia, fragante, enjoyada con el filo de luna que irrumpía en el cielo su prestigio musulmán. La delgada hoz de oro parecía proteger y consagrar con el sacrificio del otro, los nuevos amores.

Los señores Miraells y el viejo Federmann discurrían por los jardines. El tabaco de don Guillermo encendía su rubí en la penumbra nocturna que apenas disipaba la naciente luna.

Don Guillermo hacía muchos proyectos. Don Juan asentía con la cabeza y apenas se atrevía a deslizar algún concepto tímido. La señora Miraells, muy silenciosa, parecía envidiar a Marta.

Dos horas después, por delante de aquel banco donde Marta se entregaba al nuevo amor, junto a Rells enamorado y feliz; cuando todas las dulces promesas brotaban de sus labios; en el momento en que Rells por primera vez los tocaba con los suyos, pasó un hombre. Llevaba una linterna cuya luz dirigió a los rostros muy juntos y a las manos enlazadas. Era Rufo.

Marta se estremeció. Toda la grandeza de su traición apareció ante ella, encarnada en aquel pobre labriego. La lumbre de la misma linterna espiaba los senderos y descubría la misma escena que contempló con otro.

Rufo miró sorprendido y, bajando el farol, se alejó tristemente. Cuando llegó a su vivienda, la ingenuidad de su alma, le hizo exclamar:

—Pobre muchacho!..... Lo han engañado.

III

A la mañana siguiente, Marta contempló en todo su horror, no solamente el delito de infidelidad que cometiera, sino el abismo en que se había lanzado de manera irremediable.

Mientras hacía su tocado ante el espejo, apoyando su mano sobre el mármol de la mesa lleno de instrumentos de plata, recorría las proporciones de la catástrofe que ella produjera. Un remordimiento implacable la torturaba. En su mente, la linterna de Rufo no podía apagarse; espiaba su alma como a la noche; acusaba, amenazaba.

—Armando—pensaba—Armando a estas horas por intranquilo que esté, no se imagina aún el abismo donde se han sepultado sus ilusiones. Imposible creerme capaz de tamaña maldad. Dios mío! ¿Cómo escapar de esta confusión, cómo deshacer lo hecho?—exclamó sin poder contenerse.

El dolor se agigantaba en su pecho. Amaba a Armando, y no hallaba calma para la conciencia de su amor, revuelto dentro, herido, ultrajado; porque todas las ternuras no alcanzarían a resarcirlo de la ofensa.

Como realidad terrible, Marta se fijó un momento en las turquesas que Rells le obsequiara la noche anterior. Tuvo ímpetus de romperlas. Pero le parecieron tan bellas, su luz era tan pura, que en vez de estrujarlas las acarició suavemente.

Marta cavilaba. Por un momento tuvo una idea diabólica: llamar a Armando para que desafiara a Rells. Era el único modo que se le aparecía hacedero para salir con honor de aquel lío. Pero luego rechazó con indignación tal pensamiento. La sangre de Armando podría derramarse por ella. Le parecía imposible que tales ideas acudieran a su mente de doncella.

Sus ojos azules se agrandaban con aquella lucha silenciosa. Sus manos jugaban con las pinzas del tocador, y no acertaban a hacer nada. Estaba doliente, lánguida, y al mismo tiempo inquieta y colérica. En su cabeza elaboraba mil planes que enseguida destruía.

Pensó proceder correctamente, confesándole a Ibáñez toda la verdad y pidiéndole perdón. Mas, la idea de que Armando iba a desesperarse y la probabilidad de que él

acabara por retar a Fernando, la hizo desistir. Sentía terror de que pudiera verificarse un desafío.

Las manos de Marta estrujaban ahora las turquesas que fulgían sobre ellas como un insecto de luz.

La agitación aumentaba por momentos. Dentro de poco tendría que reunirse con Rells y colgarse de su brazo como novia prometida. Por un instante acarició la idea de rechazarle violentamente, sin explicaciones. Pero la figura de don Guillermo se irguió amenazante ante ella. Estaba como presa. No había medio de librarse. Era víctima de su propia liviandad.

Ahora su pecho se agitaba dolorosamente. Su mirada estaba fija, opaca, y sus labios entreabiertos como si fueran a dar paso a una sonrisa o a una mueca. Sintió rabia. Acabó por batir todos los objetos que estaban a su alcance. Rompió las cintas, y hasta clavó sus uñas en el cuello con ademán de ahorcarse. Amaba, amaba mucho, y todo el dolor de aquella pasión herida la desgarraba, agobiándola.

Se levantó para abrir la ventana. Una mañana espléndida se le ofreció a los ojos que se nublaron al contemplar las sendas llenas de sol, desiertas y rodeadas de eras por donde había paseado con Armando.

Todo estaba igual. Le chocó aquel júbilo de la mañana ante su dolor. Miró el banco donde se desarrollara la inolvidable escena de la despedida. Los mismos pájaros jugaban sobre él; el mismo kiosko de púrpura lo protegía del sol; los mismos rosales perfumaban el ambiente, y el mar lejano, inmutable, se contemplaba también igual, envuelto en su eterna majestad de nubes.

Y comparaba el dolor de aquel momento con la alegría de la mañana, en que a pesar de haberse ido Armando, a despecho de la tristeza que la invadía, era feliz, porque acababa de aliviarlo a él.

Marta sentía, al contemplar aquel banco, el mismo rubor con que una doncella mira el sitio de su deshonra. Qué ironía!—pensaba.—Ni a propósito hubiera sido mejor. El mismo banco. ¿Por qué fué el mismo?

La voz de Rells se oyó en el corredor hablando con don Guillermo. Tuvo un estremecimiento. Un calofrío que le recorrió todo el cuerpo. Marta, que casi nunca lo hacía, se arrodilló para orar. ¡Qué hermosa estaba en aquel momento! Vacilante, llena de amor, buscando al gemelo de sus ojos. Sus labios se movían silenciosos. Sus manos estaban juntas. Era una plegaria fervorosa. Se hincaba con el mismo gesto adorable de todas las culpables;

estremecida y llorosa. Así, su corazón desfallecido adquirió fortaleza, se revistió de valor con la oración. Estaba exaltada, dobló la frente, e irguiéndola en seguida, volvió los ojos a Dios, mientras sus labios murmuraban palabras de perdón y amor.

En la quinta comenzaba el movimiento del día. La hora en que cada labriego va a recibir ordenes para la faena. El punto donde debe arar e inclinar la frente sobre la tierra ardida de sol.

Marta terminó su ferviente ruego. Entonces imaginó escribirle a Armando una carta suave, dulce, como sólo ella sabía hacerlo. Pero a las primeras palabras desistió. No tenía valor. La conciencia redimida por la oración le rechazaba el nuevo engaño a aquel Armando tan leal y tan sincero.

Se acordó de Elsa. Marta la echó de menos. Si ella hubiera estado aquí—se dijo—me habría salvado. Pero estaba sola. En un ambiente donde todos conspiraban contra ella, hasta su mismo padre; y lejos de su madre, de Armando, de Elsa; los seres que en verdad la amaban.

Cuando salió de su habitación, estaba resignada. Se había entregado a Dios. Sentía el mismo dolor que si acabara de saber que había perdido para siempre la felicidad. Sería la esposa de un hombre a quien no amaba. Sus labios habían callado; pero su corazón continuaba orando.

Un momento después, Rells le besaba las manos a la sombra de los jazmineros en flor.

IV

Entretanto, Armando Ibáñez, en Caracas, esperaba ansioso noticias de «Las Palmeras».

Conocía muy bien el carácter de Marta, y toda la certidumbre de su traición lo obsesionaba.

Aquel jardín,—estaba seguro de ello—donde pasara tan tiernos y amargos instantes, servirían bien pronto de teatro al triunfo de Rells. Sin embargo, por puro sentimentalismo, trataba de engañarse a sí mismo, confiando en Marta. La serenidad de que se revistiera al dejar la hacienda, perduraba aún en su espíritu. Y era aquélla, una

de esas serenidades tremendas donde a menudo surge la tempestad o la muerte. Aguardaba aún.

La mañana del siete de setiembre, la misma en que Marta discurría con Rells por el jardín de «Las Palmeras», Armando Ibáñez habló con Alvarez, Rojas y Porras, ansiosos todos de saber noticias de la aventura.

Alvarez preguntaba:

—A ver Quijote, cuéntanos tus hazañas. ¿Fué aventura sin ventura como la de nuestro señor el caballero manchego?

Rojas miraba severamente a Armando. Como que quería reprenderlo. Porras se limitaba a sonreír, escuchando a Alvarez y viendo a Gerardo.

Armando hizo como que no oía y dió otro curso a la conversación. Pero a la insistencia de Alvarez, respondióle bruscamente:

—No tengo nada que contarles, y mucho menos mis cosas íntimas.

Alvarez sonriéndose, exclamó:

—Aaah!

Así terminó aquella entrevista. Rojas se retiró visiblemente incomodado. Porras indiferente. Julio Alvarez con un gesto de burla.

El mismo día, visitó Armando a Elsa Méndez, la dulce amiga, quien lo esperaba anhelante por saber el curso de aquella partida donde se jugaba la felicidad de Marta.

Para ella, Armando no tuvo secretos. Después de entregarle la carta de Marta, en la que ésta se limitaba a saludarla, contóle en todos sus detalles los sucesos acaecidos durante su visita a «Las Palmeras». Díjole de las promesas y juramentos que Marta le hiciera; de la resolución de los Federmann; de .la agresividad de la Miraells; de la súbita llegada de Rells y don Guillermo a «Las Palmeras»; de sus temores y sus desesperanzas.

Aunque Elsa Méndez sintió igual temor que Armando, sabiendo como sabía, la terrible campaña del viejo Federmann, la pasividad de su esposa y la liviandad de Marta, guardóse muy bien de dejárselo ver y conocer a Ibáñez. Antes bien, con aquella dulzura suya, con aquella caricia de voz, que tomaba al hablar inflexiones tiernas, supo infundir toda esperanza en el ánimo abatido de Armando.

Cosiendo estaba Elsa en la linda y graciosa salita que tenía su casa, cuando recibió la visita de Ibáñez. Allí,

en aquella cuadra que conservaba todo su vestigio español en los aleros de las casas, y en las macetas que prendían sus matices rojos en las ventanas, vivía con su anciana madre.

Después de grandes preámbulos y risas, Elsa anunció a Armando la proximidad de sus bodas y el día de sus esponsales. Armando oyó la noticia con júbilo y sorpresa. Elsa se reía a más y mejor.

—Pero no le digo—decía ensartando la aguja sobre la tela rosada que tenía en sus rodillas.

—¿De manera qué no?.....

—Sí. Después le digo..... Más tarde.

—Ah! Elsa, Ud. es previsora.

—No está aquí ahora. Anda por el interior.

—¿Y cómo fué?

Elsa contestaba con nuevas risas.

—Hará tres meses.....

—¡Qué reserva más grande, Elsa!

—No le digo, que eso es preciso,—repuso Elsa.

Hubo un silencio. Armando seguía con la vista el ritmo blanco que las ágiles manos de Elsa suspendían sobre la seda. Mas, recordando pronto la dolorosa incertidumbre en que se hallaba, olvidada un momento por la gracia de Elsa, siguió preguntando.

—¿Y doña Rosa, Elsa, qué dice a todo esto?

—Se la pasa llorando—respondió Elsa, con tristeza.

—¿Sabía ella que Marta y yo?.....

—Sí. Por lo menos lo sospechaba. Lo que más siente ella es la ida de Marta.

—Entonces, lo da por seguro?—dijo Armando con acento vacilante.

—Sí.—respondió Elsa.—Para ella es un hecho.

—Elsa,—dijo Armando Ibáñez levantándose—de Ud. lo espero todo. Ud. es la única que puede salvarme..... Que puede salvarla a ella.

—Descuide Armando, que nada sucederá. Por otra parte—añadió para comunicar más fuerza a sus palabras—Marta no sería capaz nunca de engañarlo así.

Con estas palabras se despidieron. Armando regresó a su redacción. Atravesó la plaza de la Universidad, pasó bajo la histórica ceiba que roza el viejo atrio de San Francisco y tiende allí su pompa arrogante y magnífica, y cruzó por el boulevar paralelo al Palacio Federal. Caminaba

indiferente a todo. El, que siempre pasaba por aquellos sitios evocando el pasado, las viejas cosas que allí existieron!

Cuando llegó aquella tarde a su oficina, ya los compañeros de redacción, al verlo pasar tan huraño, tan cambiado, comenzaban a murmurar y a hacer comentarios.

Elsa se había quedado de piés, con un dedo puesto en los labios, abandonada la labor en el asiento, cavilando sobre la situación en que se hallaba Marta.

—Si yo estuviera allá—exclamó.

De pronto tomó una resolución. Acababa de concebir un proyecto.

—Voy a escribirle—dijo en voz alta. En seguida se sentó ante una mesa y comenzó a meditar. La faz adolescente se llenó de nuevo encanto al revestirse de aquella gravedad, como si resolviera grandes cosas.

Con la habilidad y sutileza de las mujeres para aconsejar y reprimir al mismo tiempo, y con tono de hermana mayor, Elsa escribió:

«*Marta:*

«Acabo de hablar, mi querida amiga, con..... de regreso de ésa. Me ha contado todo, todo lo que ha pasado desde el dos hasta la noche del tres, y al escribirte, me imagino que no habrán cambiado en nada tus ideas.

«¿Te acuerdas de la noche del incendio? No des lugar a que pierdas lo que te hicieron adquirir esa noche: alma.

«Supongo que Rells no es más que un Julio Alvarez, feo y viejo. En nada te haría feliz. Y también supongo, que no habrás paseado con él por el jardín, ni lo habrás alentado con una mirada, anonadándolo con tu indiferencia.

«No te dejes deslumbrar con joyas, y eso que llaman fastuosidades de millonarios (a mí hasta se me hace difícil emplear tales palabras) que eso de nada vale ni conduce a la felicidad.

«¿Quién pudiera pensar, que Marta sea tan falaz en sus promesas? Hasta yo mismo me horrorizaría de tal doblez. Además, ése merece todo, menos engaño.

«Y sin embargo, querida amiga, no sé por qué temo por tí. Tú sabes que padezco de los nervios; y lo que se me antoja me parece que es.

«Me despido, no sin rogarte antes que me disculpes esta epístola tan severa, que te hago solamente con el derecho que me dá nuestra amistad y nuestro cariño.

«En mi otra te contaré algo extraordinario. Voy ahora a acompañar a tu mamá que está muy sola y triste.

Te besa,

Elsa.»

El precoz criterio de tan deliciosa amiga se imaginaba lo que era ya un hecho, intentando detener de ese modo la caída y produciendo una reacción.

Después de leer su carta atentamente, Elsa la envió al correo.

V

Otra novedad iba a encontrar Armando Ibáñez a su regreso de «Las Palmeras».

A la siguiente mañana, momentos después de entrar en su despacho de la redacción de *El Diario*, se presentó Julio Alvarez.

Aquel día, la redacción de *El Diario* estaba animadísima. Un ir y venir de cajistas y redactores por entre las prensas y los pasillos. Un tráfago ruidoso. El timbre de la dirección sonando a cada instante.

Por las grandes salas discurrían en grupos muchos hombres notables. Artistas, literatos, periodistas y poetas.

Era que en aquella mañana dictaba su veredicto el jurado de un concurso literario promovido por *El Diario;* y el sensacional acontecimiento artístico, era el tema del día en todos los círculos intelectuales de la ciudad.

Recogido en su rincón, Armando Ibáñez era el único que estaba alejado del tumulto. Veía con tristeza aquel lauro que hubiera podido obtener a no haber estado abandonado al amor. Hasta la gloria literaria que siempre lo entusiasmó ya no prendía en su alma el fuego sagrado y capaz del triunfo.

Así pensaba, cuando llegó Julio Alvarez. Estaba pálido, y sus cabellos mostraban nuevas canas. El invierno ganaba terreno en aquella cabeza joven. Avanzó muy despacio, y con gesto de hastío y cansancio tomó asiento.

Tan alarmantes síntomas, bien fuera que Armando no los notara el día anterior, bien que la risa de Alvarez los ocultara un poco, sorprendieron a Ibáñez.

Alvarez ocupaba el mismo sitio que Gerardo Rojas cuando la célebre conferencia sobre el amor.

Después de mirar atentamente a Ibáñez, como solía hacerlo cuando le precisaba confesar una claudicación, y luego de reirse grandemente, arrugó la frente, inclinándola.

—¿Qué es? ¿Qué te pasa?—preguntó Ibáñez.

—Nada!—respondió Julio, volviendo a reirse.

Pero la risa murió en sus labios como no había pasado nunca.

—Armando,—preguntó.—¿No han cambiado tus ideas sobre el amor?

—En absoluto—respondió con decisión Armando y creyendo que Alvarez sabía algo grave.

—Pues yo sí.....

Armando respiró.

—Es decir—continuó Alvarez—en la parte real no.—Alñarez volvió a reirse.—En lo positivo, quiero decir.....

—Te comprendo—interrumpió Armando.

—Por que..... por más que se diga ..... siempre lo atan a uno las mujeres.....No sé por qué.....; pero así es.

—Aaaah!—exclamó Armando.—De manera.....

—Un momento—interrumpió Alvarez.—Es que hay una muchacha de quien estoy enamorado.

—No tiene eso nada de particular.

—No, no. Es que esa mujer ejerce sobre mí una influencia inmensa..... demasiado quizás, como nunca me había sucedido.

—Es decir: la quieres—resumió Armando.

—Sí..... no..... sí. La quiero. Es aquella Hilda.....

—La del lápiz? La que no te saludaba?

—Sí, esa, esa misma. He pasado unos días muy mal.

—Entónces?..... Tú?.....

—Te dije que he cambiado solamente en lo que no es real.

—Ella lo sabe?—preguntó Armando.

Sí, lo sabe. Además se ha vuelto muy amable. Le he regalado varias romanzas.

—Tú conquistas con romanzas—dijo sonreído Armando.

—Pero óyeme—respondió Alvarez, riéndose turbadamente, como si lo acusaran de un delito.—No es que esté enamorado La quiero ..... la quiero.....

—En síntesis, ¿qué es? ¿La quieres o no la quieres?—interrumpió Armando.

—Sí.—dijo al fin Alvarez.—Y estoy dispuesto a casarme con ella.

Armando esperaba todo menos esto. Así es que se reflejó en su rostro un gran asombro. Alvarez nuevamente no pudo contener la risa.

—Ah! Julio Alvarez—exclamó Ibáñez.

—Espérate—decía entre tanto Alvarez, como arrepintiéndose de la confidencia.—Es que después que ella vió que no me era indiferente..... , volvió a cambiar.....; pero sin duda alguna.. ...,ese cambio es una farsa.

—¿Por qué farsa?—preguntó Ibáñez.

Julio Alvarez meditó un momentó. No sabía qué contestar.

—Es que yo conozco a las mujeres. Por esa circunstancia es que han pasado estos días sobre mí apocándome. Es la duda la que me enferma. Pero no te preocupes, que con mi voluntad yo dominaré ésto.

Aquí llegaban, cuando entraron Andrés Porras y Gerardo Rojas.

Gerardo Rojas después de calarse los lentes e inquirir noticias sobre el concurso literario, dijo con el tono de costumbre:

—¿Sabes una cosa? Me han dicho que Marta se casa con un señor Rells.

Armando Ibáñez estuvo a punto de desmayarse y palideció grandemente; pero Rojas tenía la vista fija en el suelo y no lo pudo advertir.

—¿Dicen eso?—replicó Ibáñez.—¿Y se puede saber quién lo dijo?

—Todo el mundo. Es voz pública. Y hasta me han dicho que es en este mes. Te lo digo para que te evites un ridículo. Ya que es imposible hacerte variar de ideas. Según tú, no hay más mujeres que Marta; y sólo ella es capaz de todas las grandezas de tu ideal.

—Que sean muy felices—repuso Ibáñez tratando de aparentar serenidad.—En cuanto a mí, nada tengo que decir.

Por primera vez Julio Alvarez no se reía. Andrés Porras estaba en silencio.

En aquel momento resonó un aplauso en la sala de la Dirección. Todos coreaban el nombre del triunfador, quien se hallaba ausente. Había un murmullo. Armando Ibáñez se levantó para saber.

Miró los grupos de poetas y escritores entregados a discusiones acaloradísimas. Un gran vocerío se elevaba. Los vencidos hablaban de la envidia, de la injusticia, de la farsa; de la grandeza y maravilla de sus trabajos. Por una fraternidad milagrosa, todos los derrotados se alababan unos a otros.

Algunos escuchaban en silencio. Otros agitaban las manos con frenesí. Quienes había que miraban con rencor, como espiando; quienes que permanecían impasibles; porque eran los árbitros y a ellos les tocaba juzgar.

Armando Ibáñez regresó junto a sus amigos para comunicarles el fallo. De pronto, Ibáñez dijo:

—Señores: vamos a beber; porque es preciso olvidar.

La idea fué acogida con general beneplácito. Al pasar por los pasillos de la redacción, la turba de liróforos que allí se formaba en corrillos, quiso detener a Ibáñez abrumándolo a preguntas. Armando pasó ante ellos sin detenerse y contestándoles apenas.

Prosiguieron los amigos, y después de atravesar la Plaza Bolívar, en el momento en que el bronce de la catedral saludaba a la ciudad, entraron en la botillería limpia y coqueta de musiú Pagés.

.....

Una hora después, Gerardo Rojas daba saltos en su silla como atacado de epilepsia; la lengua de Adrés Porras estaba más enredada que nunca, hablando en una jerga de mil demonios. Armando Ibáñez se bebía a un tiempo las copas de los tres amigos; y Julio Alvarez, despeinado, cerrados los ojos, tratando en vano de incorporarse, decía torpemente:

—Gi–ne–bra!

VI

Volvamos a Marta. Después de la breve pero intensa lucha que sostuviera consigo misma, decidió entregarse a los acontecimientos tal y como ellos se le presentaran.

Sin embargo, no podía estar tranquila. Un temor inexplicable le invadía el ánimo. El recuerdo de Armando la

persegía sin tregua, y a ratos, su mismo amor estallaba sobre ella y la agobiaba.

El remordimiento de la traición cometida a la nobleza y confianza de él la torturaba; y no obstante el empeño de aturdirse y de olvidar, todos los recuerdos del pasado a manera de fantasmas la obsesionaban, mordiéndola en el alma.

En «Las Palmeras» se vivía en perpetua fiesta. Los vecinos propietarios se congregaban todos casa de los Miraells. La quinta siempre silenciosa estaba aturdida de ruidos galantes, y la noble majestad del contorno deponiendo su severa gravedad, parecía haber adquirido con la zambra elegante, las galas y atavíos de unas castañuelas.

El doctor Pino y Pablo al regreso de su excursión no se habían admirado menos del cambio efectuado. Marta tuvo necesidad de todas sus fuerzas para ocultar su vergüenza, cuando Pino, al acercarse y preguntarle picarescamente por Armando, oyó de sus labios la historia de que Ibáñez había roto con ella, abandonándola.

Bien pronto, Pino olvidóse de Ibáñez, y se agregó sin más explicaciones a los festejos que servían de preludio a los otros de las bodas. Era el noviazgo de Rells, pasado entre flores y risas, bajo un cielo puro, sobre unas cumbres que mojaban sus piés en la mar.

El encontraba desconocidos y nuevos encantos en aquella sencillez campesina; y nunca sospechara en sus noches de orgía, ahito de placeres, en las playas de Europa, la dulzura que podía encontrar en tales parajes; y una doncella que renovaba su juventud y remozaba su corazón.

Cabalgatas, excursiones a pié por entre bosques intrincados y fragantes; paseos a un puertecito vecino, para columpiarse sobre el agua, en botes, a la luz dorada de los crepúsculos, cuando el otoño de aquellos lugares al madurar los duraznos, impregna de perfumes la vastedad azul del mar. Almuerzos, al borde de las fuentes que saltan entre peñas; cacerías llenas de encanto, persiguiendo por las planicies y sobre los riscos la fuga inocente de un venado; y por último, de noche, baile en la quinta, toda rumorosa, toda enjoyada de risas, flores y músicas; porque doña Luisa en su empeño de festejar a Rells había hecho venir una orquesta de La Guaira.

Cierta mañana, en que a manera de paréntesis, había un sosiego en «Las Palmeras», Marta recibió la carta de Elsa.

Con gran zozobra rompió el sobre al reconocer la letra de su amiga. Devoró aquellos renglones que tan cruelmente la acusaban y herían. Entonces fué cuando vino a contemplar en toda su verdadera grandeza la traición cometida.

Ah!—pensaba.—Elsa sospecha la verdad. De otra manera no hubiera tocado con tanta maestría en mi herida. Elsa!—exclamó en alta voz.—Elsa! ¿Qué va a ser de mí?

Sus manos estrujaban el papel, y las sentía abrasadas; su vista parecía arder porque tenía los ojos como dos áscuas, y su corazón palpitaba como si fuera a romperse.

Y ya era tiempo de adoptar un plan definitivo. Aquello no podía continuar así. El día antes, don Guillermo había anunciado en la mesa el regreso a Caracas para fijar esponsales. Rells quería presentar a su esposa en Europa durante la estación de invierno; y ya se habían encargado a Caracas los vestidos, y las telas, y el traje de novia que debía ostentar ella en la hora nupcial. Doña Rosa comenzaba ya los preparativos de las bodas que debían ser rumbosas; y en todos los salones de la ciudad comenzaba a hablarse del próximo acontecimiento social. Todo esto lo sabía por cartas de su madre. Tenía pues apenas unos días de plazo.

Era ya el momento de publicar su traición, o traicionando nuevamente, llamar a Armando para arrojarse en sus brazos. A lo último la impulsaba su corazón. Pero el temor de su padre, la vanidad de poseer un castillo y un yatch, y la perspectiva de un rincón humilde aunque lleno de amor, que le esperaba con Armando; todo eso la hacía cavilar; la precipitaba en un mar de confusiones y de dudas y, nuevamente, en su constante irresolución, decidió fiarse a los acontecimientos, esperando algo extraordinario que la salvase sin deshonrarla a los ojos del que tanto amaba.

Aquella mañana, en su habitación, que tenía una ventana para el jardín, la misma donde le exijiera a Armando que se alejara jurándole amor; pensando sin tregua en la carta de Elsa, iba a levantarse ya para huír de tanta preocupación, cuando vió pasar a Rufo, el jardinero, quien fué a inclinarse para despojar a un macizo de sus miosotis. Marta tembló. Aquel hombre pasaba siempre ante ella como para recordarle su liviandad.

Se dirigió al balcón. Sus ojos se ahondaron para mirar al jardín, y de piés, turbada, miraba a los pájaros que en vano aguardaban la mano cariñosa de su amiga.

Rufo alzó la cabeza, se descubrió y fué hacia ella para ofrecerle las miosotis. Marta las recogió sonreída, y abrazándolas, hundió en las flores su blanca barba para acariciarlas.

Rufo, con la sencillez de su espíritu, le preguntó por Armando. Marta se estremeció nuevamente, quiso huír, sentía sus piés como clavados en aquel sitio; al fin, serenándose, respondió:

Está bueno. Volverá. Nos has de acompañar otra vez al jardín.

Rufo, después de saludar, se alejó satisfecho. Por la vereda iba pensando:

—Las costumbres de estas gentes son bien raras. No se quieren porque no se celan..... ca.....

Marta había abandonado precipitadamente la reja, y tirando las flores, que rodaron por el suelo, se arrojó sobre el lecho exclamando:

—¿Por qué habré perdido mi carácter de antes? ¿Por qué quiero a Armando? ¿Por qué no puedo burlarme de él sin que me duela?

Y escondiendo su frente en la almohada, dejando ver la espalda semidesnuda que los cabellos doraban como el sol a los mármoles, lloró, lloró nuevamente.....

VII

Pasó una hora. Marta se incorporó, y arrollándose el pelo, rubio como la miel, se lo ató atrás con una cinta roja. De piés, en el centro de la estancia, estaba meditando. Al fin, haciendo un gesto como quien toma una resolución, fué a sentarse ante el escritorio; un mueblecito primoroso y esculpido donde escribía.

Después de meditar un momento, escribió la carta que en seguida copiamos; carta escrita demasiado tarde. Un día antes, y la catástrofe no tiene lugar. Hé aquí la carta:

«Las Palmeras»: setiembre 10 de 191...

«*Elsa:*

Tu carta me ha herido profundamente. Desgraciadamente, todo lo que te supones en ella es lo contrario de lo que sucede. Sí, Elsa. He querido a Rells, he traicio-

nado a Armando, y los mismos sitios que fueron testigos de mi juramento, lo fueron de mi perjurio.

«Estoy en una situación en que me es imposible retroceder. El 15 nos vamos para fijar esponsales. Yo no sé qué hacer. Me faltan valor y fuerza para adoptar un camino. Si tú hubieras estado aquí me habrías salvado!

«Te escribo llorando. Y lo más terrible de esto es que amo a Armando, y yo misma lo he perdido. Ah! querida amiga, siento que voy a ser desgraciada para siempre.

«Rells está con papá y mi tío Juan en una cacería. Aquí no han cesado las fiestas. Este momento de libertad que me dejan lo dedico a tí. Prepara a Armando y consuélalo. Tú lo sabes hacer bien.

«En cuanto a tí, bien pronto el destino me arrancará de tu ternura y..... del amor de Armando.

«Doña Luisa es un Argos (¿Ves cómo hasta he aprendido mitología?) Luego que se han convencido del triunfo, me espían menos. No sé si esta carta llegará a tus manos. Voy a confiársela a Rufo el jardinero, el hombre de la linterna. Ah! tú no sabes lo que te quiero decir. Después te contaré.

«Nunca pensé que pasaría horas tan tristes. Esto me agobia. Por más que quiero no puedo libertarme..... Termino amiga mía.

«Yo lo quiero, lo adoro..... Dícelo, Elsa, que él ha tenido y tiene mi alma. Nadie, ninguno fué lo que él. Pero ruégale que me perdone.

«No quiero prolongar esta carta que me arranca todas las flores que él sembró en mi corazón. Tú también debes perdonarme y no abandonarme en estos últimos días.

«Elsa: la mañana está alegre como no lo estuvo nunca; pero yo estoy bañada en lágrimas. Adios, Elsa, hasta la vista.

«Te besa,

Marta».

Ella leyó la carta, la plegó, y llamando por la reja, a Rufo, que regando los rosales, acudió presuroso a la reja, le dijo:

—Rufo, necesito hacer llegar esta carta a Caracas. Es para Armando. Cuida de que no la descubran.

Rufo contempló asombrado la faz llorosa de Marta, y, después de mirarla un rato, bajó la vista para responder:

—Está bien, señorita. Voy al pueblo inmediatamente. Descuídese.

Un momento después, el fiel jardinero se perdía por la vereda sombreada de mangos. El buen hombre iba pensando ahora que se había engañado al juzgar a aquella gente.

Después de enviar la carta, Marta se sintió más tranquila. El sacrificio que se había impuesto la rehabilitaba a sus ojos; la confesión de amor que acababa de hacer la llenaba de consuelo. Ahora—se dijo—sólo lo haré por mi padre.

Sentándose nuevamente en el tocador, meditó un momento. Acariciaba en su memoria los seres queridos. Una nostalgia infinita la invadía.

Elsa—seguía diciéndose—no podrá menos que aceptar el destino. Y Armando, ella estaba segura de su perdón; de que en medio de su desdicha, las palabras que acababa de enviarle, quedarían grabadas para siempre, y acaso también su amor.

Hizo su tocado con mucho esmero. Quería borrar de su rostro la angustia. Mientras tanto, rendía en la mente un homenaje a todos los dulces recuerdos. A su infancia, a su amistad con Elsa, a los días felices idos para siempre, y al idilio que de manera tan inesperada terminaba.

Así fué cómo, muy pálida, pero encantadora y sonriente, Marta salió aquel día a esperar la vuelta de Rells. Ahora su tristeza era también dulce y tranquila; y cuando miró al jardín desde la baranda de la quinta, su corazón estaba como arrodillado. Su mirada vagó con languidez por el paisaje incendiado de luz.

VIII

Entre tanto, Armando Ibáñez pasaba los días sumido en una profunda indiferencia. Estaba su espíritu como embotado y adormecido en un marasmo. Nada lograba arrancarlo de aquel estado peligroso.

Desde la mañana que libara tan formidablemente con sus amigos en casa de Pagés, no habían ellos vuelto a verlo.

Estaban desconcertados. No tanto ya Julio Alvarez, a quien el amor por Hilda le había hecho perder toda su jac-

tancia de otros tiempos. Alvarez comenzaba a buscar a Ibáñez para compartir sus opiniones, y poco a poco cedía terreno en las teorías que antes parecieron inmutables.

Pedro Gerardo Rojas se había tomado a pecho el amor de Armando Ibáñez, y estaba decidido a arrancárselo como pudiera. Andrés Porras oía sonriente la indignación de Gerardo quien no volvía en sí de su asombro.

Alvarez no resumía ya sus sentencias brutales; Alvarez no terminaba con carcajadas terribles sus comentarios sobre el amor; su cara había perdido el guiño irónico; el mechón entrecano caía con mayor languidez sobre la frente mustia. Se mostraba pálido, taciturno.

—Después de todo—le decía a Armando, en aquel día.— Hé sentido el amor. Lo he sentido hondamente. Me ha penetrado en el alma como una sonata de Bethowen. Mi tristeza no es cursi como ésa que se siente románticamente a los veinte años. Ella es más elevada, más alta, más serena. Es semejante a ésa que vive en la música de Chopín. Uno debe llenar su vida con algo, con un ideal; para no abatirse con el hastío. «Siempre que haya un un hueco en tu vida, llénalo de amor», ha dicho el poeta..... Y en la mía había uno muy grande que ahora rebosa.....

Armando lo escuchaba sonriendo, admirado de aquella transformación tan brusca, operada en el ánimo de Julio. Este continuaba con gran melancolía:

—Ella no me quiere..... Aún más, me aborrece..... Pero yo admiro tu constancia; esa fuerza tuya que elevó a Marta.

Armando sintió frío. Con gran ansiedad preguntó:

—Estás seguro de que la elevé?

—Sí. Por lo menos lograste encauzarla hacia tí. Ella iba muy por la tierra.

Al oír esto, Armando no pudo más, y contó a Alvarez la incertidumbre en que se hallaba; lo que temía estaba sucediendo en «Las Palmeras», y todo lo que pasó desde su llegada a la quinta hasta la noche de la memorable despedida.

Esta vez, Alvarez muy formal, respondió:

—No importa. Aunque ella flaquée no podrá ya olvidarte. La huella que dejas en su vida es muy profunda. Para tu idealismo, para tus ideas, debe bastarte con que la hiciste llorar.

Armando sintió alegría con aquellas palabras.

—Sí—repuso.—Debe bastarme. Si ella me abandona, el amor quedará intacto.....; las flores no se mustiarán. Amor debe terminar así, dulcemente; para después de asumir su forma más bella, más alta, nos produzca con el tiempo nostalgia y no hastío.

—Si ella termina siendo mi esposa—continuó Armando, después de una pausa,—yo vería deformar su cuerpo; blanquear el oro de sus cabellos; atardecer en sus ojos que se tornarán grises..... Miraría quebrarse el alabastro de su carne..... Mientras que no siéndolo, todo su amor, toda ella, quedará tal como ahora; risueña, adorable; y su recuerdo será plácido como una mañana de abril..... Quedará para siempre, como una añoranza rubia sobre mi corazón.....

—Exacto—respondió Alvarez.—Es lo que podría llamarse estética del amor; sólo entendida por los espíritus altos.

Luego añadió, viendo el reloj:

—Armando, voy casa de Hilda. Arriesgaré el todo por el todo. Es la última vez. Después de todo—agregó riéndose como en sus mejores tiempos,—la tal estética es buena después de haber conseguido siquiera un beso.....

Ibáñez se rió grandemente. Un momento después se despedían.

—Adios, Armando.

—Adios, Julio.

IX

En aquel momento, sintiéndose Armando muy solo, decidió ir al centro literario de que era miembro. Hacía tiempo que no lo frecuentaba.

En el momento de entrar al salón del Círculo, se encontraba éste en sesión plena, oyendo la palabra de Andrés Eloy Blanco, quien, con su gesto entre imperativo y desdeñoso, hablaba sobre la poesía venezolana. El joven poeta desplegaba su ingenio con el lenguaje gallardo y florido de todo el que tiene pleno de rosas su jardín. Su palabra y su gesto parecían anunciar un futuro grande.

Todos se volvieron para mirar a Armando Ibáñez. Hubo una sonrisa y un murmullo. Sabían ellos, como todos,

la diablura de amor que sufría Armando. Esto se comentaba mucho en aquel círculo; cuando no había autoridad que discutir, ni obras que juzgar, ni ídolos que romper.

Ibáñez hizo una cortesía. Paseó su vista por el salón. Miró a todos. Allí estaban casi todos los que componen la nueva generación literaria.

Se veía en primer término a Ramón Hurtado, con su expresión de joven maestro, que, con una mano apoyada en las sienes, inclinando su gran cabeza sobre la cual se parte el pelo de una manera caprichosa y difícil, miraba distraídamente el suelo. No parecía escuchar el discurso, sino más bien, recordar la clara mañanita verde y rosada, en que su buque ancló en Madeira.

Todas las cabezas eran negras. Todos los rostros adolescentes y juveniles. Entre todos descollaba la cabeza de Luis Enrique Mármol, cuyos cabellos caían rojizamente sobre la frente comba y amplia del poeta.

Angarita Arvelo miraba con sus ojos verdes, ojos de bohemio. Cualquiera diría que llevaba en sus pupilas una visión de ajenjo. Mostraba un énfasis casi imperceptible, y escuchaba atentamente como compite a un crítico.

Había muchos poetas y escritores. Angel Miguel Queremel se movía inquieto en su gran pose lírica. Acababa de escribir su «Intermezzo». Su pelo echado hacia atrás, alto como una montaña, perfilaba sobre su cabeza una visión de cumbre.

En todas aquellas mentes se abría desmesuradamente un ideal de gloria.

Luego de sentarse, Ibáñez se sintió impaciente, arrepintiéndose de haber entrado. Ya no le interesaba la literatura. El, que la amó tánto!

Los vecinos de Ibáñez comenzaron a hacerle preguntas:

—No escribes ahora?—interrogaba Polanco.

—No tienes otro libro?—decía Jacinto Fombona.

—¿No has leído la última obra de Nervo, hermano?—preguntaba Moleiro Sánchez, agitando los brazos con vehemencia como si quisiera avasallar con su entusiasmo.

Armando apenas les contestaba. Resonó un aplauso. Blanco se sentaba. Comenzaron las felicitaciones. Armando salió a escape. Quería huir de todos. En el salón se quedaron comentando la actitud huraña de Armando, quien se encontró en la puerta con un nuevo poeta que por aquellos días ingresaba en el gremio y deseaba leerle unos versos.

Armando estuvo a punto de pedir misericordia.

—No. Ahora no—exclamó violentamente.

El otro se quedó estupefacto.

X

Ya en la calle, Armando se acordó de Elsa. Voy allá.—se dijo—Puede que sepa algo.

Elsa, al no recibir contestación inmediata de Marta, tuvo la certeza, o mejor dicho, se cercioró de la verdad: Marta había engañado a Armando.

Por eso experimentó gran inquietud, cuando vió entrar al joven, pálido, cabizbajo, como sumido en un gran duelo.

—Elsa,—preguntó—no ha sabido Ud. nada?

—Nada—repuso ella cruzando las manos sobre el pecho como dos palomas que se arrullan.

Se quedaron viéndose en silencio. De pronto, Elsa hizo un movimiento de júbilo. Acababa de ocurrirle una gran idea.

—Ibáñez,—dijo—quiere Ud. un consejo? Vaya a «Las Palmeras». Así Marta no podrá caer. Sálvela Ud.

Ibáñez, que no se atrevía a realizar esa idea, como si esperara que alguien se la aconsejara para excusarla, acogió el consejo con avidez, exclamando:

—Mañana estaré allá.

Elsa no dijo que había escrito. Era su secreto, guardado con solicitud, para no hacer público su fracaso en caso de que éste sobreviniera. Política adorable, ella también tenía sus secretos de Estado.

—Armando, con su presencia basta. Ella es débil y necesita que la sostengan.—afirmó Elsa.

—Elsa, me voy a preparar mi viaje. Confíe en que pronto nos veremos juntos..... Y no tres—contestó Armando.

Elsa volvió el rostro, diciendo sonrojada:

—Hasta pronto, Armando.

Ibáñez salió disparado. Sin solicitarlo, había conseguido el permiso que deseaba.

.....

En aquel regreso, Armando se acordó de que no había visto a Soré. Como iba a pasar por su casa, decidió entrar a ella. Unos minutos más tarde, alzaba el aldabón de la misteriosa casa donde habitaba el poeta.

—Aún vivirá lo mismo?—se dijo Ibáñez cuando llamaba.

El negro abrió.

—El señor está enfermo—masculló Negus.—Pero a Ud. sí le recibe.

La casa estaba silenciosa. Igual aspecto presentaba en su exterior que la primera tarde en que Armando llamó a ella. Pero al penetrar en la estancia del poeta, Ibáñez vió con asombro, que todo el decorado oriental había desaparecido. No ardía la lámpara rosa, ni se mustiaban en el jarrón japonés las flores amarillas, ni había olor de opio. El asombro creció de punto, al ver en un rincón a Hugo, sentado en una silla de baqueta, envuelta la cabeza en un pañuelo, y leyendo. Los ojos de Hugo estaban hundidos y flacas las mejillas. Un severo y humilde mueblaje había sustituido al exótico decorado de aquella habitación. Para colmo, un crucifijo enseñaba su martirio en un rincón, quemándose los pies en una lámpara votiva y trémula.

—¿Qué austeridad es esta?—preguntó Ibáñez.—¿Estás enfermo, amigo mío?

Soré alzó lentamente la cabeza para responder:

—Armando, qué bien me haces al visitarme. Me estoy muriendo, Ibáñez.

—Pero qué tienes?

—Tenías razón, Armando, la otra tarde.

Armando le había quitado el libro de las manos, y al verlo no pudo menos de lanzar una exclamación. Soré leía a Kempis.

—Cómo es esto? Estás convertido?

—Me estoy muriendo, Armando..... Me estoy muriendo de amor!

—Tan pronto!..... Y todos han cambiado! Me alegro, poeta; eso te salvará.

—Y el tuyo? Te envidio.

—No me envidies—respondió Armando con amarga sonrisa.

—¿Entonces..... Todos estamos perdidos?

—Así..... Lo mismo no.

Armando contó a Soré las ideas que cruzara en la mañana con Julio Alvarez.

—Sí, tienes razón, Armando; siempre la tuviste. Ahora comprendo que se puede amar de una manera altísima. Hay que abrirle al alma esa senda. Está oculta. La mísera materia que nos domina impide casi siempre verla; pero una vez descubierta, deslumbra con todas las claridades que guarda. Es uno de los dones más sagrados de Dios. Armando, estoy haciendo penitencia para purificarme. ¡Cómo me arrepiento de mis tiempos de libertino!

—Pero bien, ¿a quién amas?—repuso Armando.

—Aún más, Ibáñez; otro amor me ciega—continuó Hugo. —Me he vuelto místico. Cuántas grandezas encierra este amor! No es menos dulce que el terreno, ni tiene menos encantos para el hombre. Ahora comprendo los éxtasis de los santos. No hace más que llegar al alma y ella descubre todo lo inmenso de él

—Sí. El amor es uno—replicó Ibáñez.—Pero con distintas faces. Es lo único que nos eleva sobre los otros animales. El es múltiple y a todo se allega. Por eso, el mejor símbolo de la religión católica, que es la más tierna del mundo, es un corazón ardiendo.

Armando después de una pausa, prosiguió:

—El amor espiritual, el amor santo que ponemos en un sér, no puede ser otro sino un reflejo del que debemos a Dios. Dios, la madre, la novia, he ahí las grandes cumbres del sentimiento humano. El no es sino hijo del corazón. El materialismo de la época, el alarde que se hace del desprecio con el cual comienzan a verse esas cosas, es porque también comienza a desconocerse a Dios. El corazón humano se va endureciendo; sólo la carne vive.

—Sí.—Respondió Hugo.—Y ahora comienzo a darme cuenta de la dulce paz del recogimiento interior. ¡Qué bien me contemplo ahora! Qué pocos conocen esto! Yo me siento como si me hubiera bañado en el Jordán. Carlota.....

—Ah! Se llama Carlota?.....

—El poeta dijo: «Son siete letras, y son como siete puñales»..... Y Carlota tiene siete letras. Ese poeta amaba a un nombre parecido..... quizás al mismo.

—De manera que tú has adelantado más que yo?

—Me he elevado con toda la ligereza de mis alas. Parece mentira, que teniéndolas siempre, no hice más que rastrear por el suelo.

—Has dicho muchas cosas bellas, Hugo. En cuanto a mí—dijo Armando mirando el reloj,—aún no he terminado mi gran tarea. Aún hay grandes batallas que librar. No me gusta volar solo.

—Ese deseo es la luz interior, poderosa y deslumbrante como un sol—contestó Soré.—Ve, amigo mío, y a tu vuelta ven a verme. Acaso pueda yo presentarte mi prometida.

Los dos jóvenes se abrazaron. La mirada de Soré tenía en aquel momento, una expresión de serenidad y dolor.

Aquella misma tarde, Armando Ibáñez después de recoger en su casa un pequeño equipaje, salió para La Guaira en automóvil. Quería estar en «Las Palmeras» en la tarde del siguiente día. Cuando el Hudson tomó la carretera, Armando oyó la campanada solemne de la torre que moría en el espacio, como despidiéndolo, a las seis horas. Aquella campanada era funeral como un doble.

X

Gran sorpresa experimentó Alberto Silva con la súbita llegada de Ibáñez.

—Creí que te habías muerto—exclamó al verle.—No me explicaba tu silencio.

—Amigo,—respondió Armando—vuelvo a «Las Palmeras».

La faz palidecida de Armando causó a Silva honda impresión.

—Cualquiera diría que sales de una enfermedad terrible, Armando.

—Y no tengo una?

—¿Has adoptado las teorías modernas que consideran al amor como un microbio?

—No. Porque ellas lo materializan, proclamando que, analizado bacteriológicamente y con un tratamiento terapéutico, está vencido, cuando a veces es lo contrario, y los recursos empleados contra él no hacen más que exaltarlo.

—Pero qué ciencia la tuya!—contestó Silva, con acento de burla.

—Dí más bien: qué sentimiento!

—¿Y no podrías prescindir de tu viaje a «Las Palmeras? En honor de la verdad no debías ir.

Armando se sobresaltó como si no esperara una oposición en su proyecto. Ciertamente, casi se había fugado de Caracas; sin decirlo a nadie. Atolondradamente respondió:

—Voy por Elsa, que me lo ha exigido.

—¡Ah! ¿Por Elsa?..... Pues me parece que a juzgar por ciertos detalles no debías ir.

—Silva—contestó Armando, con mayor sobresalto aun.—Te olvidas de mis ideas en este respecto. Sabes muy bien que ya no me propongo que Marta me ame, a ese extremo he llegado. Es otra cosa lo que me sostiene en este punto. Te olvidas que sólo veo en ella una roca bruta que labro, cincelándola. Ella es el ideal; ella no debe ser proscrita de mí vulgarmente, como cualquiera, por el simple hecho de un desdén..... Yo la amo de todas maneras; frívola, coqueta, falaz..... Por otra parte, mucho he logrado en este sentido; ya no es la misma. Ella es para mí una cosa abstracta..... El artista que padece hambre por la gloria siempre esquiva y sin embargo, siempre objeto de su anhelo..... Yo la veo así..... Quiero elevarla.....; quiero que su alma anime dignamente a su cuerpo. ....; que no haya divorcio en estos dos elementos; que no se choquen sus fuerzas.....—Con que es imposible disuadirme de este proyecto..... Es la última fase de la batalla que comenzó allá..... Siento que la victoria va a ser mía, y por tanto, de ella..... Verás Silva....., verás mi obra..... Tú miras un mármol informe, un bloque en bruto, y ello no obsta para que al conjuro del artista, surja de él la forma armoniosa e impecable de un desnudo. Entonces todo el mundo se admira; aun aquellos que pasaban indiferentes ante el bloque..... Marta, es pues, la gran obra de mi amor..... Yo te la mostraré luego.

Silva escuchaba atentamente el discurso que Armando decía tristemente y con una calma asombrosa. La sorpresa de Alberto no cabía en él. Hábilmente se puso a hablar de otras cosas, comprendiendo que era inútil toda tentativa para disuadirlo.

Después de encargar el caballo para la madrugada en la estancia de Bartolo, estanciero bueno como ninguno, los dos amigos se dirigieron a «El Casino» donde pasaron juntos la noche.

A cada momento llegaban a la puerta del botiquín automóviles que conducían gente alegre de Caracas. Hombres que acabando de ganar en la ruleta, andaban con mujeres, en orgías, gastándose los duros.

Por todos los rincones, parejas muy poco gentiles exhibían sus maneras grotescas y vulgares de tahures y chulas. Habían hombres de todas las edades; gordos, flacos, viejos y jóvenes; hasta padres de familia muy conocidos y con fama de honorables.

Las mujeres acariciaban con una sonrisa de vampiro, tratando de dormir y emborrachar a sus galanes para quitarles el dinero. Los hombres parecían encantados de tántos placeres, de tánto amor mentido; crédulos en su ingenuidad masculina. Todas aquellas gentes tenían en sus cabezas una sola idea; las mujeres: el dinero; los hombres: deshacerse de él.

Pertenecían al gremio que tiene por ideal en la vida, un burdel con muchas mujeres y una mesa por delante con muchas copas vacías, y que, después de estar podridos y alcoholizados se casan para perpetuar su especie miserable. Los viejos presentes, eran de aquellos cuyas locuras no terminan nunca, y cuya vida se resume y divide en los capítulos de un inmenso trueno. Los jóvenes eran de los que pasan sus mejores años sobre el tapete y en la casa de trato, guardando todo lo mustio de sus cuerpos y sus almas para la esposa y el hogar.

Una de aquellas mujeres se acercó a Ibáñez haciéndole mimos. Silva la cogió por la cintura y se la sentó en las piernas. En tanto ella reía, reía exclamando: «Caramba, qué serio y antipático es tu amigo».

Ibáñez estaba indiferente a todas aquellas escenas. A ratos caía en un estado sombrío, a ratos se erguía, tratando de sonreír. Silva conociendo el ánimo de su amigo, bebía a cada momento, incitándolo a embriagarse.

—Esto hace olvidar,—proclamaba Alberto, en cada copa.—Bebe, amigo.

La mujer, viendo que no conseguía nada, se retiró con enojo, saliendo al encuentro de un jovencito que entraba con gesto de reto, muy orondo y orgulloso del prestigio que gozaba en aquellos círculos.

De pronto dijo Armando:

—Silva, ¿y aquella novia tuya de Los Teques, qué se hizo?

Sonrióse Silva con amargura, y, sacando la cartera, mostró a Ibáñez un pensamiento muy grande que allí se había secado. Llevóselo a los labios, y al tocarlo, la flor se deshizo. Como era gris, aquel polvo parecía ceniza. Alberto exclamó:

—Ya ves, Armando, lo que queda de eso.

Eran las dos. Armando y Silva se retiraron para dormir unas horas. Al salir, de un automóvil que acababa de detenerse, vió Ibáñez a Julio Alvarez, quien descendía con un gesto de hastío y tedio muy alarmante. En su rostro se reflejaba una cruel pesadumbre. Por ese gesto com-

prendió Armando el resultado de la entrevista que por la mañana se propusiera Julio. Ibáñez escurrió el cuerpo en la sombra para que Alvarez no lo viera.

Armando durmió unas horas en la casa de Silva. Nadie que hubiera visto a aquel joven tan tranquilo, y con una expresión de serenidad en el rostro, hubiera pensado que a ese sueño debía seguirse el último.

XI

A las cinco, Armando Ibáñez montó a caballo. Era el trece. No se despidió de Silva. Este era inflexible en sus negocios y no se levantaba sino a las seis para ir a ellos.

Armando atravesó el puerto, deshizo el camino de la playa, y a las tres horas comenzaba a subir la cumbrareda.

El aire mañanero lo reanimó. Su vista recorría la belleza olímpica de los parajes silenciosos, taciturnos, empenachados de nieblas. Doradas lejanías proclamaban la vuelta del sol.

Armando, en su inquietud por llegar, devoraba la distancia. A galope suelto cruzó los caseríos apostados a la vera del mar. Los campesinos que iban al puerto con sus cargas, admiraban aquella carrera sin objeto. Todos conjeturaban que el joven temía el calor del sol.

Al pasar por una vereda muy angosta estuvo a punto de aplastar a un labriego. Armando redobló el paso. El caballo, jadeante, brioso, tendía las patas sobre las cuestas con toda la marcialidad de una estatua. Al llegar a cierta altura, Armando trató de sofrenar al caballo. El bruto, abierta la boca, tascando el freno bruñido por un espumarasgo, la cola alzada con arrogancia, y la crín agitada por el relincho tendiéndose hermosamente sobre el cuello sudoroso, no obedeció al jinete.

El caballo vadeó un cerro y comenzó a subir otra montaña. Ya estaban a mucha altura. El sendero se iba angostando. Los precipicios se abrían desmesurados bajo aquellas cintas de tierra que servían de camino. Grandes árboles cubrían de follaje las honduras bajo los cuales el río desgranaba su canción. Hasta los bosques, alguno que

otro girón de niebla se aventuraba a descender, para disiparse luego sobre el dorso verdeante.

Armando Ibáñez sentía gozo de aquella carrera. El bruto relinchaba de placer en aquella ascención vertiginosa. Bien pronto, inconscientemente, Armando descargó el látigo sobre el lomo de la bestia, que se sacudió indómita en un relincho. El caballo sentía como anhelos de volar.

El sol se desataba ya sobre los campos. Enfrente, las cumbres relampagueaban de luz, hostigando la vista. Los torrentes cobraban brillos de plata. Un vasto rumor de vida se elevaba de abajo hasta las cumbres vibrantes de sol, rumorosas de agua.

La carrera aumentaba por momentos. En dos horas el caballo recorrió más de ocho leguas. Armando consultó el reloj. «Me falta media hora; llegaré a tiempo»—se dijo.

Atrás quedaron los precipicios risueños. Ahora los cerros desnudos hundían sus flancos pedregosos, y, abajo, alzándose por entre el cauce del agua que gemía al romper sus hondas en ellas, las rocas inmensas, sobre las cuales, uno que otro árbol desplegaba su sombra murmurante.

El sol castigaba con más fuerza. El caballo, furioso al sentirse sin riendas, se desenfrenó en carrera loca por una de aquellas curvas. Armando lo dejaba seguir. «Estoy ya cerca de Marta»—decía.—«Marta!..... Marta!.....» Otro latigazo, y el bruto dobló con furor una curva y brincó en el espacio.....

Fué un salto terrible. Un árbol sostuvo a jinete y caballo durante un momento. Después, se escuchó abajo un golpe, un crujido seco, instantáneo, y las piedras se irguieron cubriendo su desnudez de púrpura; orgullosas se mostraban al sol como un bloque de mármol rojo. Más abajo, unos despojos sangrientos. El caballo palpitó unos momentos en su agonía épica, sobre el cuerpo de Armando.

Un campesino que talaba cedros en un bosque vecino, y que desde hacía tiempo contemplaba aquella carrera, los vió caer.

XII

A las once de aquel día, en el mismo momento en que Armando Ibáñez moría trágicamente por correr al lado de Marta, ésta, que había logrado desasirse de sus escrúpulos, aturdiéndose con el vino y el baile; olvidando los recuerdos que como fantasmas la perseguían, montaba a caballo en el jardín de «Las Palmeras»; no para algún logro de su amor, sino para despedirse de aquellos campos en una excursión de placer. Era la víspera del regreso, de aquel regreso en que iba a dar solemnemente su mano de prometida a Rells, con quien iba a desposarse pocos días después.

Vestida con un traje oscuro de amazona; cubierta su cabeza por un sombrero de paja ancho y sembrado de rosas; agitando en las manos enguantadas una fusta de piel de Rusia; sellada la faz de una palidez en la cual se abrían como lagos diminutos y adormecidos sus ojos azules, estaba realmente adorable.

Feliz y risueña subió al estribo que galantemente le sostenía Rells. Junto con ellos iban los señores Miraells, el doctor Pino, y Pablo, estudiante de agronomía.

Iban en dirección opuesta a Armando, para almorzar junto a un torrente, que, despeñado sobre un flanco solitario y lejano, hacía siglos que poblaba con su fragor aquel vientre de montaña madre. Así es, que a no ser por la desgraciada circunstancia que acabamos de relatar, Armando y Marta se hubieran encontrado en plena vía; encuentro supremo de desesperación y amor.

La noticia llegó al pueblo a las doce. En ese mismo momento lo atravesaban Marta y su séquito.

Ante la casa de la Jefatura comenzaba a reunirse un gran gentío. Los excursionistas se detuvieron sorprendidos ante aquella novedad. Qué había sucedido? ¿Por qué un tumulto tan grande en un pueblo tan callado y pacífico?

Rells fué el primero en acercarse para tomar informes. Los otros se quedaron esperando a cierta distancia.

Un hombre del pueblo, palúdico y andrajoso, respondió a las preguntas de Rells, mientras se encogía de hombros, con estas palabras:

—Uno que se mató, porque lo tumbó el caballo.

—Dónde ?—interrogó Rells.

—A una media hora de aquí; más allá de los chaguaramos.

—No se sabe quién es?

El hombre volvió a repetir su gesto de poco me importa, y contestó:

—Por hay carga el jefe una cartera llena de sangre con tarjetas con nombres, *pa llá* va *toíta* esta gente a *recogelo.*

Rells volvió al grupo para decir lo que sabía.

Marta se puso más pálida aún al escuchar tales detalles. La sangre le causaba horror, y además, desde que engañó a Armando, la menor cosa le producía sobresalto y temor. Un presentimiento le cruzó la mente. Luego se dijo: «por qué vá a ser?»

Pero no se atrevió a continuar el camino sin antes averiguar el nombre del muerto. Así es, que rogó a Rells, lo averiguara con el Jefe Civil; porque conociendo muchas personas de La Guaira y Caracas, quería saber si había perdido a un amigo. Rells obedeció inmediatamente.

En ese instante, el Jefe Civil montaba a caballo y todo el mundo se apartaba para darle paso. La multitud se arremolinó llena de confusión por el movimiento. Rells alzó su látigo para que le abrieran camino.

La cara del Jefe Civil estaba lo mismo que siempre. Su actitud era igual al día en que Ibáñez lo conociera en la posada. En el bolsillo de la blusa guardaba la cartera de Armando que cuidadosamente había registrado ante el Juez de Paz del pueblo.

Al ver a Rells, detuvo el caballo, y Fernando, después de saludar al funcionario, rogó de parte de las damas, le dijera el nombre del muerto, si lo sabía.

El Jefe Civil ensayó una amabilidad que se malogró en su abultada boca, y después de sacarse tranquilamente la cartera, dijo con negligencia:

—*Paise* que fué un tal Ibáñez..... Por cierto que en días pasados tuvo *po* aquí un joven que creo se llamaba como éste.....

El mandatario escupió por el colmillo, chupó su cabo y continuó:

—Un joven que se fué sin que pudiéramos averiguar a qué vino; porque andaba por hay dando carreras y hablando solo..... No me extrañaría que fuera el mismo.

Diciendo esto, el Jefe Civil sacó una tarjeta de la cartera y se la mostró a Rells, quien leyó:

Armando Ibáñez

De la Redacción de «El Diario».

Casi toda la tarjeta se había manchado de sangre. Solo una punta estaba blanca. Las letras caprichosas negreaban bajo aquel tinte rojo.

Rells recordó haberle oído ese nombre a Marta varias veces.

Entre tanto, Marta, por distraer el miedo, charlaba con sus acompañantes. Pino hacía conjeturas sobre el peligro de aquellos caminos. Pablo se había puesto a inquirir el nombre del muerto, aventurándose por entre la abigarrada multitud. Don Juan estaba silencioso. La señora Miraells se había quedado pensativa; diríase que tenía también algún temor. Don Guillermo, erguido sobre el caballo, decía viendo la muchedumbre:

—Este es un pueblo muy pintoresco y original.

Rells, después de dar las gracias al Jefe Civil, quien continuó su marcha hacia el lugar del suceso, volvióse al grupo. Marta interrogó con la vista ansiosamente. Rells no se imaginó nunca el efecto que iban a producir sus palabras.

—Quién es?—preguntaron todos a un mismo tiempo.

—Un joven de Caracas—dijo Rells con acento indiferente.—Armando Ibáñez. Es periodista.

Reinó un gran silencio en todos los presentes. Doña Luisa retrocedió horrorizada en su caballo. Don Guillermo alzó la voz:

—Cómo!—gritó más bien que dijo.

El doctor Pino muy conmovido exclamó:

—Pobre muchacho!

Pablo se había agregado a la muchedumbre.

Marta se sintió morir. En aquel instante pensó un siglo. Los ojos se le abrieron desmesuradamente girando en las órbitas; sus facciones se pusieron rígidas y amarillas como plasmadas en cera. No podía hablar. Todos estaban fijos en ella. De pronto, dió un grito; sus manos abandonaron las riendas, y, alzándolas al cielo como buscando piedad, cayó de frente, inmóvil, como si estuviera muerta.

Hé aquí su rostro hundido en el polvo; la blanca frente pronta a ceñirse con los mirtos nupciales, en tierra, palpitante de amor; estremecida con aquel dolor que la había cazado traidoramente; convulsa por el sollozo que se le agitaba en el pecho sin poder estallar.

En vano quiso hablar. En vano deseó pronunciar el nombre del que acababa de morir por ella. No vió nada, no pensó nada. Quiso abrir los ojos y ellos permanecieron cerrados a despecho de todo esfuerzo; todo se oscureció en torno de ella; su mente se cerró en un letargo, en cuya entraña, la faz de Armando, mirándola, le sonreía.

El primero que la sostuvo en sus brazos fué Rells. Todos se desmontaron. Don Guillermo dió un grito. Doña Luisa palideció grandemente. Don Juan y el doctor Pino estaban muy conmovidos. Aquel grupo se inclinaba sobre Marta, solo, silencioso, imponente.

Nadie se imaginó tan brusco cambio en los que no hacía una hora pasaran alegres, dirigiéndose a una excursión de placer entre risas y comentarios festivos.

El pueblo estaba solo. Casi todos los vecinos habían salido con el Jefe Civil, curiosos de mirar al joven muerto. Unas mujeres que vivían cerca trajeron aguardiente para frotar las sienes y darle a oler. Ella se estremeció. Rells apartó buscamente aquel olor infernal que no podía tolerar. Al fin la cogió en peso. Le apoyó la cabeza en su hombro, y, seguido de todos, se dirigió a la quinta, precedido por don Guillermo aterrado y trémulo que corría para hacer preparar los primeros auxilios. Doña Luisa y Pino tardaron unos minutos para reponerse. Momentos después siguieron a Rells.

Al llegar a la quinta, doña Luisa, más dueña de sí, envió un sirviente a recoger los caballos abandonados.

Cuando la pusieron en el lecho que por la mañana dejara tan alegre, Marta aún no había pronunciado una palabra. Los cabellos destrenzados le cubrían el rostro, y en la frente, una ligera herida que se produjera al caer, se abría roja, torturando aquella blancura de nieve.

Todos rodeaban el lecho. El doctor Pino hacía de médico; porque en todo el pueblo no había uno. La ansiedad más grande se pintaba en el rostro de los presentes.

En tanto, el Jefe Civil acompañado del Juez del pueblo, del secretario, de las autoridades y del cura, habían llegado al lugar de la desgracia.

Allí, después de tomar la declaración del leñador que había presenciado la caída, y levantado por el secretario de la jefatura el acta de defunción, en la cual se hizo constar el accidente, acta que firmaron los que sabían escribir, procedieron a recoger los despojos.

La muerte debió ser instantánea. Ibáñez presentaba hundida la cabeza, por la piedra con que hallara al caer. El caballo, con el estertor de la agonía, desasiéndose del jinete que no lo soltara en el aire, había ido a caer más lejos espantosamente destrozado. El sol comenzaba a secar la sangre que se adhería a la roca cubriéndola de coágulos negros.

Armando presentaba además dos grandes heridas en el pecho, y la cara toda desgarrada, seguramente por el árbol espinoso que lo sostuvo un momento. Una de las piernas estaba casi separada del tronco. La faz del joven estaba ligeramente contraída.

El Jefe Civil y sus acompañantes se encontraban perplejos ante aquellos despojos; porque no sabiendo la residencia del joven, no hallaban a quién avisar para entregar su cadáver. En esto, Pablo, que estaba como lelo, saliéndose del grupo, dijo:

—Alberto Silva, de La Guaira, es muy amigo de él. Ellos dos estuvieron aquí hace unos días.

Inmediatamente se despachó a La Guaira un individuo para avisarle a Silva la desgracia de su amigo.

En aquellos parajes no había teléfono ni telégrafo. Alejados por los cerros, aquietados sobre aquellas cumbres, parecían aislados del resto del mundo.

Luego procedieron a recoger los despojos del infortunado Ibáñez en la única urna pintada de negro existente en el pueblo, y la que hacía ocho días se exhibía en la puerta de la casa del carpintero; y hecho esto, los trasladaron a una choza vecina.

En aquella cabaña transformada en capilla ardiente, improvisada en el campo; en aquella soledad, junto a la naturaleza que tanto amaba Armando, se velaron sus restos. El cura rezó entonces el oficio de difuntos. Allí lo visitaron esa tarde don Guillermo Federmann, Fernando Rells y el doctor Pino.

El Jefe Civil clausuró el acto con estas palabras:

—Aquel joven no las tenía consigo.—Y volvióse al pueblo.

XIII

El mensajero de la triste noticia llegó a La Guaira a las cinco.

Silva no podía dar crédito a la verdad, y estaba dolorosamente sorprendido. Lo primero que hizo fué telegrafiar a *El Diario* y a Julio Alvarez.

En seguida dispuso lo conveniente para que el cadáver de su amigo fuera trasladado a Caracas. Luego de arreglar todo lo necesario, cuando estaba ya anocheciendo, Alberto se dirigió a la cumbrareda para rendir a su amigo el último homenaje.

Silva miró largamente y lleno de dolor, a la luz de la luna que desgarraba con su plata al firmamento negro, la piedra ensangrentada que recibió a su amigo. Volviendo la vista hacia «Las Palmeras», cuyos chaguaramos la anunciaban cerca, exclamó con rabia:

—Y ella, ¿qué hará?

Silva se emocionó aún más al contemplar los despojos ensangrentados de Ibáñez.

—Pobre amigo—dijo—víctima del amor.

Los campesinos de la choza donde se velaba Armando, dieron hospitalidad a Silva durante aquella noche que pasó junto al cadáver. Una vela ardía solitaria alumbrando la tristísima escena.

Después que amaneció fué trasladada la urna a lomo de caballo a La Guaira. Silva seguía con gran tristeza el convoy fúnebre. Sobre la caja tosca y pintarreada de negro, el sol y la mañana ponían su alegría y su luz.

Un pájaro vino a posar su vuelo sobre la urna que bamboleaba con los accidentes del terreno. El ave, gustando de aquel movimiento, sacudiendo sus alas sobre el ataud, se dejó llevar, y durante un largo trecho dijo su canción sobre ella.

Iba quedándose un rayo de sol en la urna, como una caricia de estrella abierta sobre el féretro del joven sentimental y poeta que tanto amó; que de manera tan intensa sintió el amor; que supo poner a vibrar su alma en un tiempo tan extraño a eso con la eterna y vieja sonata de los amores. Iban las nieblas como durmiéndose sobre ella, igual que a mortajas de lirios, y llegaban los

pájaros para llenar de música inocente y tierna la vuelta dolorosa.

A mediodía llegaron a La Guaira; y a las tres, el cadáver fué conducido a Caracas, en ferrocarril.

Un inmenso gentío lo aguardaba. Julio Alvarez, Hugo Soré, Alberto Silva, Gerardo Rojas y Andrés Porras iban a la cabeza del duelo.

Aquella misma tarde fué sepultado en el Cementerio del Sur. Una montaña de flores cubrió la fosa. Entre ellas sobresalía la corona enviada por Elsa Méndez.

En el cementerio se pronunciaron muchos discursos. Hugo Soré en medio de la tristeza que le produjo aquella desgracia no pudo hablar como se proponía.

—Después de todo, amigo mío—dijo mentalmente, cuando se retiraba el concurso;—tú que sabías sentir tan intensamente, te gustará más este dolor mudo, sincero, aquí junto a tu fosa. Mi silencio sabrá decirte mejor lo que siento.

Los amigos de Armando no cesaban de comentar la muerte de su amigo. Al principio creyeron que se había suicidado. Mas, el testimonio del labriego vino a convencerles de su error. En todos ellos había repercutido dolorosamente la muerte de Ibáñez.

Gerardo Rojas estaba indignado.

—¡Cómo es posible que tal cosa suceda en nuestros días! Y todo por una mujer!

Andrés Porras aumentaba aquella indignación con sus argumentos confusos. Julio Alvarez y Hugo Soré estaban silenciosos. Comprendían perfectamente cómo todo aquello era posible de suceder.

El último que se alejó de la tumba recién abierta fué Gerardo Rojas.

Por entre un pino cercano, un rayo de sol se filtraba melancólicamente ungiendo la tierra removida. Rojas, descubierto, miró largo rato aquella tumba. El rayo de sol doraba también su cabeza inclinada tristemente.

En aquella misma hora, dos mujeres lloraban en la villa Federmann. A sus piés se veía un papel arrugado: la carta de Marta. Aquellas mujeres eran doña Rosa Federmann y Elsa Méndez.

XIV

Virgen rubia como la musa del Norte, suave como un rayo de luna y blanca como la hora del alba; destrenzados están sus cabellos por el lecho, y caen sus rizos en las sienes, como si una mano divina hubiera deshecho para ceñirlas, los hilos de una estrella.....

No se abren sus labios con el gorgeo argentino de la risa; ni se anima de gracias sensuales su carne rosada como el pico de un cisne. No vive en su pecho el goce, preso en él, como el canto en la garganta de los pájaros; ni juegan sus manos con las trenzas color de miel, como palomas aleteando al sol; ni regalan a las aves con caudales diminutos de trigo. Ahora están rígidas, sin suavidades, crispándose en las sábanas que las cubren.

No son sus ojos, plácidos como los horizontes y azules como las mañanas de abril; están cerrados, y, las pestañas doradas no sombrean las pupilas, sino que se yerguen en los párpados entornados como espigas diminutas sobre un campo de armiño.

Herida está su frente como una flor doliente que ensangrentara al caer un pajarillo herido; y no son las saetas de la risa las que agitan su pecho, sino los puñales del dolor que lo acongojan.

Porque de un recodo salió a su encuentro el amor, y, turbándole la risa, la volvió dolorosa, y le volcó en el alma toda la esencia amarga y divina que martiriza y redime, estrujándole el corazón.

No lleva en sus manos culpables el vaso de alabastro pleno de ungüentos preciosos para olear los piés de un dios, sino la copa de lágrimas vertidas de sus ojos en el hueco sediento de los labios.

Así la contempla la nueva alba, que se allega tétrica a «Las Palmeras», fría y pálida como la mano de los muertos. La quinta está silenciosa. Don Guillermo, la Miraells y Fernando acompañados de Pino han velado toda la noche, y están allí sorprendidos y tristes, mientras la lámpara de la estancia palidece y deshace su oro en el blancor indeciso que la invade.

A esta luz, Rells salió de la habitación asombrado y triste. La actitud de Marta al recibir la noticia le reveló lo que él no sospechaba: ella amaba a Armando.

Sentía rabia y dolor. Cruelmente veía destruido su sueño. Ah! él la amaba de verdad, como no había amado desde sus primeros años. Muy dura era la expiación de su vida, y su corazón endurecido y gastado, en la lucha mortal por asirse a una esperanza, se ablandó inconscientemente con la ternura del ruego, volviéndose hacia el Dios que había olvidado.

Estaba loco, desesperado por interrogar a Marta. Ella continuaba desmayada, como muerta, y ningún recurso había sido bastante poderoso para arrebatarla de la inconsciencia en que se hallaba.

Se acordaba con desesperación de su yatch, de sus palacios, de sus riquezas, a las cuales tendría que volver solo y con la pesadumbre de un desengaño. Las miraba ahora con desprecio. Por primera vez las veía con asco y se arrepentía de tenerlas. Sentía frío de aquel oro que no alcanzaba a calentar su corazón; que no bastaba para llenar su soledad.

—Lo hubieran dicho—dijo a don Guillermo, quien venía hacia él con el rostro suplicante, como buscando refugio.—Nada hubiera sucedido!

El también sentía ahora el desprendimiento sublime del amor.

—Yo no sabía nada—replicó el viejo Federmann.—Oí decir que había un joven enamorado de Marta; pero no me imaginé nunca esto. Dios mío! Dios mío! perdonadme si es preciso, que yo me humillo ante tí. Pero no me quites a mi hija que es lo que más quiero en el mundo,—exclamó alzando los brazos con desconsuelo y dejándose caer en una mecedora de mimbre.

En la casa reinaba la confusión y la angustia. De ella huyeron las fiestas, y las ilusiones se deshojaron como las guirnaldas de rosas que perfumaron el arribo de Rells.

Doña Luisa andaba por la quinta dando ordenes, entre colérica y temerosa para que nada faltara a sus huéspedes; y don Juan, impasible como siempre, y moviendo la cabeza, se paseaba por el corredor, callado y sombrío.

Ya iba subiendo el sol. En aquella hora Pino abandonaba también «Las Palmeras». Le precisaba rendir sus informes en el litigio de aquellas tierras. Después de aconsejar a don Guillermo el traslado de Marta a Caracas—dada la escasez de recursos y el estado alarmante

de la enferma—y halagar con sus cumplidos más corteses a los dueños y huéspedes de la quinta, tomó el camino de la ciudad acompañado de su ayudante Pablo. Media hora después los dos viajeros desaparecían por las cuestas.

Por fin, hacia las diez de la mañana, Marta pareció revivir y movió los labios. Se agitaba como si estuviera bajo la acción de un gran dolor.

Sus primeras palabras fueron para llamar a Armando; mas, recordando pronto la realidad, se revolvió desesperada en el lecho.

Rells, que había vuelto junto a ella, se estremeció al oirla, y no pudo dominar un reproche:

—Era mentira, Marta. Tú no me querías.

Ella abrió los ojos, lo miró fijamente, y fué aquélla una mirada de compasión y tristeza a la vez. Volvió a cerrarlos. Una lágrima furtiva le tembló en las pestañas.

Rells la contemplaba tiernamente, sin hablar. Doblando la cabeza, como si se resignara también ante aquella realidad, volvióse al rincón desde donde había velado. El estaba también ante unos despojos: los de su amor.

En tanto, don Guillermo y doña Luisa comenzaron a hacer los preparativos para el traslado de Marta. Después de disponer los hombres y una silla de manos construida a toda prisa por los mismos peones de la hacienda, despacharon un propio a Caracas para avisarle a doña Rosa la enfermedad y el regreso de Marta, fijado para el siguiente día.

En el corazón de Marta rugía el dolor con acento hondísimo y tierno. ¡Cómo se fugaban por su mente los recuerdos! ¿Por qué se había muerto él, dejándola así? Y sin poder contenerse, hablando consigo misma, decía dolientemente, en presencia de Rells, que la escuchaba ansioso:

—Si yo no quería más que a tí!..... ¡Si yo era tuya, toda tuya; como no fuí nunca de nadie!.....

Temblaba al recordar su engaño. Se estremecía como una hoja; y con tal fuerza evocaba su traición, que, incorporándose, abría los ojos desmesuradamente como si viera algo irreal. Le parecía que Armando la contemplaba desde sus piés como en la otra enfermedad. ¡Qué distinto ahora! —pensaba.—Y con voz sollozante seguía diciendo:

—¿Es verdad que te has muerto? ¿Por qué Dios no te guardó para mí? ¿Fué castigo..... Dios mío! de mi engaño? Y si así fué ¿por qué no me salvaste?

Estaba su frente ardorosa por la fiebre, y las mejillas se le habían hundido. La mente calenturienta y piadosa forjaba visiones de amor; los ojos le fulgían como dos esmeraldas maravillosas; y los labios secos, lívidos, se estremecían con los acentos de pasión que llegaban a ellos, entreabriéndolos.

Clamaba por su amor muerto. Vanos eran los consuelos de todos. Hasta el mismo Rells, iluminada el alma por magia del amor, era el primero en olvidar su dolor para no acordarse sino del de ella. Pero Marta seguía gimiendo dulcemente, abatida y convulsa.

Pidió el retrato de Armando que escondía en la gaveta de su escritorio. Doña Luisa le obedeció maquinalmente y no sin rencor contempló aún la imagen del joven.

Al verlo, la escena de Rells anunciándole la muerte de Armando, volvió a vivir en la imaginación de Marta. Las frases de Fernando resonaban nuevamente en sus oídos, estremeciéndola, y, tendiendo sus brazos al aire como si quisiera ofrecérselos, los desmayaba con desaliento mientras brotaba de sus ojos un raudal de lágrimas.

Otras veces, su vista seca, se fijaba en tierra, en un punto, con espanto, como si viera algo tremendo, y entonces caía sobre la almohada, sollozando.

Así, las horas pasaban en una tribulación constante. Todo lo que se hacía para aliviar a Marta resultaba inútil. Los accesos se repetían con angustiosa frecuencia, y el nombre de Armando no cesaba de vibrar en sus labios.

Era muy triste ver a aquella doncella hostigada por la fiebre, temblando, estremecida en un delirio de amor. Ella misma se forjaba un calvario recorriendo el pasado. Y en voz alta refería la historia aquella, dolorosa y tierna como un poema romántico. Todo el incienso del alma se le subía a los labios para evocarla, triste, serenamente, con aquellas remembranzas dulcísimas y al mismo tiempo crueles.

Parecía complacerse en remover aquel osario, aquel amor mutilado y sangrante que moría. Y, ya conmovían sus palabras apasionadas y tiernas; ya estremecían sus frases de desesperación y ternura; ya clamaba con acentos de perdón ahogados por un sollozo.

Rells escuchaba atento. Aquellas palabras le estrujaban el corazón, le revolvían las entrañas. Salió nuevamente al corredor. Su frente hervía también. Hasta allí lo perseguía el murmullo delirante de Marta, y, viendo el paisaje desde la baranda de la quinta, con las manos

en la frente, parecía como transformado por aquel reflejo de dolor que le iluminaba el rostro. Sus líneas se animaban con una dulzura imperceptible, y toda expresión de altanería y orgullo había huido de su faz. Poco a poco, el pecho se le había ido preñando de llanto fiero, que lo ahogaba, porque no acudía a sus ojos enrojecidos y secos.

Porque el dolor humilla en lo exterior, y en su dualidad santa acerca los corazones a Dios. Los eleva crucificándolos.

No es su grandeza asequible sino a muy pocos; y el que lo recibe debe bendecirlo como a gracia divina que es. No fueron nunca las almas vulgares que rieron siempre, almas grandes, espantando la santidad del sufrimiento con la risa; porque él nunca se allegó sino a los que mucho supieron sentir.

No amaron ni sintieron llamas sagradas, madres de heroísmo y de amor, los que no sufrieron nunca. Pasaron por la vida indiferentes a todo lo que es noble y santo. Egoístas y pequeños, ni enriquecieron su vida con un ideal, ni allegaron un rayo de oro, ni un solo grano de incienso para quemarlo en las aras del alma.

Sabed sufrir para poder amar; para que vuestras almas sean capaces del sacrificio que hacen a los séres aptos para el prodigio. Porque en el dolor se templan las almas como el acero en la fragua. El las hace resistentes y las erige en fortalezas señoras capaces de resistir los más tremendos asaltos del mal. El dolor es la expiación de haber nacido mejores, y él pone sobre las frentes destellos de aureola. El os armará en cruzados, y os dará escudo para cubriros el cuerpo de los tajos alevosos que quieran tocaros.

Guardad los pasados dolores como un tesoro de abnegación; para poder sonreír después; que no fuera blanca el alba si no surgiera de la noche.

No acalleis el dolor de vuestras almas, que él os hace hijos de Dios; porque El sembrará primaveras en los corazones sufridos, como enciende la piedad de sus astros en las sombras de la noche.

Don Guillermo miraba inconsolable a su hija desde un rincón de la estancia. Sus labios se movían. Oraba maquinalmente.

La isocronía del reloj poblaba los silencios, midiendo la desesperación al mismo ritmo que el sollozo de Marta.

Doña Luisa no volvía en sí de su estupor. Sentía rabia. Qué loca—pensaba—está la juventud; despreciar así la opulencia y la vida por un simple capricho de amor.

Don Juan, paseándose sin tregua, no se atrevía a hablar por miedo a la cólera de su esposa que adivinaba a punto de estallar. Continuaba impasible, acariciándose la barba y moviendo la cabeza.

El día se había vuelto gris. Y poco a poco, las nubes se fueron acumulando hasta romperse sobre los campos. Velos de lluvia ocultaban los cerros. Los jardines estaban envueltos en un vapor blancuzco. Por las sendas, transformadas en canales, corría el agua arrastrando los pétalos y las hojas caídas de los macizos. Soplaba un viento frío que sacudía el agua azotando los montes. Por los empañados cristales de la quinta, al través de la densa niebla de agua, se percibía el vaivén de los árboles sacudidos.

Este espectáculo entristeció más a los moradores de la quinta.

Rells estaba impaciente, pensando, que si el tiempo empeoraba no iban a poder trasladar a Marta.

Otro problema se presentaba. Marta iba a pasar por el sitio de la catástrofe. Porque el otro camino haría más largo el regreso. Era preciso adoptar todas las precauciones para que ella no se diera cuenta o no recordara. Don Juan, que muy pocas veces hablaba, y que hasta entonces no había despegado sus labios, se atrevió a decir ahora:

—La lluvia conviene porque lavará aquello..... La sangre, hombre. Por lo menos no la verá si se asoma.

Las palabras del señor Miraells aliviaron grandemente a los circunstantes. Verdaderamente—dijeron,—la lluvia cae ahora con una oportunidad nunca vista.

Así llegó la noche. Los vecinos de «Las Palmeras» no estaban menos sorprendidos de los últimos sucesos, y acudieron en la noche presurosos y tristes. El cura del lugar hacía acto de presencia en la quinta. También se hallaba entre los presentes, don Anselmo Aquino, muy triste y compadecido de aquellas desgracias. Rells, para no ser objeto de miradas inoportunas se encerró en su habitación. A las diez, la quinta volvió a quedar sola. Los visitantes se despidieron después de ofrecerse para todo evento.

Marta llamaba ahora a Elsa.

—¿Elsa, por qué no estás aquí? ¿Tú también me has dejado sola?

Su dolor se había ido calmando, y lentamente, una suave alegría le había ido untando el ánimo. Una alegría triste, que llegaba entreabriéndole el alma como el alba a la noche. Se sentía morir.

Esta idea la llenaba de consuelo. No iba a sobrevivir a Armando. ¡Qué piadoso era Dios con ella! ¿Cómo sería su vida, si continuara en el mundo arrastrando las cadenas de aquellos recuerdos?

Y así, miraba acercarse a la muerte como a una hermana de la caridad muda y piadosa, que, poniéndole las manos en la frente, la iluminaba con la blancura de su toca.

Se sentía redimida con aquel dolor; y en blanca ilusión que algún ángel fuera tejiendo ante ella, su imaginación delirante continuaba el idilio.

Todos los crepúsculos de amor acudían a su mente, haciéndola olvidar, adormeciéndola dulcemente.

Se veía junto a Armando, tirando flores al lago, en el jardín de su casa; y miraba llegar a Elsa, corriendo hacia ellos, con flores rojas entre sus manos blancas como vasos de alabastro, para arrojarlas en las aguas donde un chorro alegre, muy blanco, cantarino y sonoro, se alzaba bajo los esplendores violetas del ocaso, mientras la tarde, tiernamente, se desmayaba sobre el jardín.....

Se miraba apoyada en el brazo del amado, alejándose, alejándose por el fin que estaba envuelto en nubes. Los oídos zumbándole con la fiebre le fueron adormeciendo las visiones poco a poco, hasta sumirla nuevamente en un letargo. Entonces una sonrisa entreabrió sus labios.

Era media noche. El torrente cercano mugía solemne por la montaña fragorosa. Todos estaban como ensimismados, mirando la cara de Marta, oyendo aquel clamor semejante a un rugido.

Por la casa apenas alumbrada discurrían como sombras sus moradores. Un hombre dormía en el corredor. Era Rufo.

Música, flores, risas y amores, todo había muerto en la quinta, repentina, inesperadamente, y sobre aquella casa aislada y blanca, sumida en un silencio que denunciaba su angustia, la noche parecía llorar con grandes lagrimones de oro.

XV

Cuando amaneció, un día claro y azul, aún estaba dormida, aletargada. La respiración era fatigosa. Sus facciones estaban desencajadas y amarillentas; pero una dulzura suavísima las inundaba comunicándoles una expresión risueña.

Por entre las revueltas ropas del lecho, dejábase ver su talle flexible, lánguido, y los hombros desnudos asomaban su morbidez doliente dorada por los cabellos.

Don Guillermo se había quedado dormido en la butaca donde velaba. Rells llegó a despertarlo.

—Ya es hora,—dijo.

A la puerta de «Las Palmeras» aguardaban unos hombres con cobijas y machetes. Entre ellos estaba Rufo, muy compungido, muy afanoso con la enfermedad de la señorita.

Allí estaba la silla de manos construida el día anterior, llena de almohadas, colgadas las ventanas de primorosas cortinillas para defenderla del sol.

A las siete, después de envolver a Marta cuidadosamente en una gran manta, la condujeron entre don Guillermo y Rells a la silla de manos.

Doña Luisa y su esposo quedaron en «Las Palmeras». Desde la baranda miraron alejarse el triste cortejo. Doña Luisa no cesó de cumplimeatar a Rells hasta el último momento. Fernando fastidiado de aquella impertinente mujer apenas le contestaba. El se negó a tomar el exquisito desayuno que la señora Miraells le preparara.

Doña Luisa rogó a Federmann le trasmitiera con los peones las nuevas que ocurriesen en el camino.

El viaje se hizo sin accidentes. En el trayecto, Marta continuó profundamente dormida. Apenas si de vez en cuando un estremecimiento agitaba su cuerpo arrancándole un quejido.

Al pasar por el sitio donde cayera Armando, don Guillermo y Rells se descubrieron.

Rells contemplaba lleno de pena aquellos caminos por donde debía volver feliz para desposarse con una doncellla adorable, a los cuarenta y siete años. Todo era ajeno a su dolor. Las palmares seguían ondeando armoniosos,

embriagando sus copas en el azul. La mañanita olorosa llena de vahos fragantes, ataviada como una moza aldeana para sus bodas, contristaba más aún a Rells, que la miraba llegar, no como al paje nupcial sino como un mensaje de la muerte.

Temblaban en los montes las gotitas de agua que guardaban en sus cristales un beso de sol; y las chozas humildes y limpias asomaban en los rezagos sus corrales donde purpureaban los claveles junto al alzor eucarístico de los nardos.

Era blanca la mañana, y sus galas níveas prendíanse de las cumbres somnolientas e impasibles.

El desengaño sufrido había transformado totalmente a Rells. Sentía ahora una mezcla de dolor y rabia; de amargura y pena; y los labios le sabían a lágrimas. Al hombre insolente y despreocupado; al que no veía sino la pura satisfacción de sus deseos, importándole los medios y el fondo de las cosas; había sustituido otro, taciturno, cabizbajo, como si en la plena madurez de su vida hubieran retornado las melancolías y las inquietudes de la primavera.

No se conocía a sí mismo. El, rico, acostumbrado a engañar y a burlarse del amor; mundano, a quien eran familiares todos los vicios; que se había revolcado en el cieno; corroído el ánimo por el hastío que la soledad e inutilidad de su vida le produjeran; al columbrar tardíamente una aurora; al mirar como una rehabilitación aquellas bodas; se le esfumaba todo, como dispuesto así por el destino para zaherirlo con el sarcasmo de una fatalidad implacable y hostil.

Sentía celos del muerto. El dormiría bien en su tumba al sentir caer sobre sí la caricia de aquellas lágrimas. El no. Estaba vivo para oír de los labios de su novia el amor que sentía por otro. Envidiaba a Armando. Y ni una sola ave de esperanza llegaba a abatir el vuelo sobre su corazón.

Don Guillermo parecía que hubiera vivido un siglo. Se había vuelto un anciano. La pesadumbre encorvaba su robusto cuerpo. En su mente estaba fija una idea terrible que lo martirizaba: él tenía la culpa de todas aquellas desgracias. ¿Por qué no los dejé amarse?—pensaba.— ¿Por qué este afán de dinero; cuando yo, viejo y triste, no he debido perseguir otro objeto que la felicidad de mi hija?

Sus labios oraban silenciosamente, doblada la cabeza, donde asomaban las canas como trémulos hilos de agua por un campo de trigo.

Entre los que conducían a Marta, relevándose por turnos, estaba Rufo; el fiel jardinero que tan buenamente guardiara sus amores en la entrevista que no sospecharon los amantes fuera la última.

En su afán de servir, interrogaba con la mirada a las personas de aquel triste convoy. Y de buena gana hubiera ido conversando con la niña dormida.

Todos regresaban callados, entregados a la tempestad que les rugía dentro. Los peones tampoco hablaban. Llenos de respeto marchaban silenciosos y sus pasos hacía resonar el camino.

No despertaron los pájaros a Marta, ni la luz hirió sus ojos cerrados; las mismas niebas que envolvieron la urna de Armando como mortajas de lirios níveos, cayeron sí sobre la burda litera donde ella volvía.

A las tres, después de una marcha penosa por lo lenta, avistaron el pueblo de Maiquetía. Marta continuaba sumida en un sopor.

Silva, a quien Pino informara de lo que estaba pasando en «Las Palmeras» y enterado del regreso de Marta, salió a recibirla.

Cuando Alberto se encontró con don Guillermo y Rells, se limitó a saludarlos. Hasta cierto punto, se sentía satisfecho por aquella agonía que la mostraba digna del amor de Armando. Ella lo había amado hasta el punto de agonizar sobre sus propios despojos. De pronto habíase elevado a la altura en que la soñara Armando. Desprendiéndose bruscamente de la pobre materia, se idealizaba por un reflejo de sacrificio y de amor.

Armando tenía razón al anunciar su victoria. Marta expiraba bella, amada e idealizada por el dolor de su infortunio. El milagro estaba hecho.

Al verlo, don Guillermo se apeó de la bestia y lo abrazó conmovido.

—Tú que eras tan amigo de ese joven—dijo,—me dirás todo, me contarás todo, por si hallo en esa historia un detalle que alivie mi corazón.

Silva manifestó el deseo de acompañarlos hasta Caracas, y después de algunas palabras de consuelo que aliviaron algo al pobre viejo, para responder a sus preguntas incesantes, refirió el entierro de Armando y los sucesos inolvidables de aquel día.

En tanto, habían llegado. Marta fué conducida a una casa amiga. Rells se dirigió a la estación de La Guaira

para hacer preparar un tren especial. Al cruzar por los almacenes del ferrocarril, alcanzó a ver su yatch, anclado en el puerto, balanceando dulcemente su gallardía y su contorno blanco sobre las olas mansas y verdes. Estaba empavesado de gallardetes para la fiesta de sus esponsales. Ya en la cubierta debían estar lustrando el suelo, y toda la tripulación al mando del capitán del buque atareada en la preparación de la fiesta. Era allí donde la iba a presentar por primera vez al mundo como su prometida, y eran aquellas galas para recibirla.

Rells sintió que se le oprimía el corazón. Después de organizar la salida del expreso, el cual encargó con urgencia, Rells volvió a Maiquetía.

En este tiempo, un médico venido a toda prisa de La Guaira había examinado a Marta, manifestando que se moría sin remedio. El golpe había quebrantado rudamente la frágil naturaleza de la doncella, hiriendo mortalmente la entraña sagrada y noble. Padecía desde su nacimiento del corazón, y el suceso que tánto la impresionara, había precipitado el desenlace, quebrando el vaso delicadísimo y leve donde la naturaleza guardara lo más precioso de su esencia.

Manos rosadas de ángeles jugando con el primoroso alabastro, lo habían dejado caer de pronto para ver cómo se rompía; y era cuestión de horas, que aquella esencia derramada, dejara de esparcir su aroma para perderse en el espacio.

Silva cuidó de que don Guillermo no se impusiera de la fatal sentencia. El médico recurrió a un engaño piadoso para mantener aún por unas horas más, en el pecho del pobre viejo, la dulce llama de una esperanza.

Dos horas después todos se hallaban en un wagón. En la casa se le habían prodigado a Marta muchos cuidados inútiles. Ella continuaba inmóvil, sin dar ninguna señal de vida.

Antes de partir, Rells dió algunas órdenes al capitán de su yatch. Mandó que arrancaran todas las galas de la fiesta y que el buque estuviera listo para zarpar a cualquiera hora.

Quería antes asistir a la muerte de su amada, y después huir, huir lejos, a la misma vida, al mismo vicio, para aturdirse, para olvidar.

El tren se desprendió arrogante, y entrándose en la serranía, dejó atrás el pueblo, blanco y dormido a la sombra de sus cocales armoniosos.

A las siete y un cuarto, el tren entró en la estación de Caracas. Dos sombras se abalanzaron al wagón, desprendiéndose de entre un grupo de gentes que las acompañaban: eran doña Rosa y Elsa.

Silva contuvo a la señora Federmann para que no tocara a Marta. Aquélla se arrojó sollozando en los brazos de su esposo.

XVI

A media noche, Marta volvió nuevamente en sí. Una junta de doctísimos médicos proclamó después de una grave deliberación, que no había ninguna esperanza. Luego de dictar su fallo inapelable que no tiene más recurso que el de Dios, se retiraron impasibles.

Marta se moría idealizada por el dolor; esculpido el rostro por la tristeza que no lleva en sus dedos escultores ni una huella de risa; divina toda ella con aquel martirio de amor.

Momentos después de la llegada, comenzó la villa a llenarse de gente. Los primeros en acudir fueron Julio Alvarez, Gerardo Rojas y Andrés Porras, cada vez más asombrados de todas aquellas desgracias imprevistas y para ellos increíbles.

Elsa estaba a los piés de Marta, contemplando su rostro martirizado y rogando fervorosamente por su vida.

Rells, don Guillermo y su esposa formaban otro grupo refugiado en un rincón de la estancia. Doña Rosa seguía llorando.

Gerardo Rojas comentaba con Silva y los demás amigos la muerte de Armando, su exagerado amor y las tremendas consecuencias que tuvo. Los otros escuchaban silenciosos, como sintiendo mucha tristeza. El único que parecía indiferente era Andrés Porras.

Comenzaban a llegar también a la villa Federmann algunas viejas que se arrastraban cuchicheando por la casa como aves de mal agüero.

En la estancia en penumbras donde agonizaba Marta, no se oía más que su respiración fatigosa y el sollozo de su madre.

De pronto, Marta lanzó un gemido. Todos acudieron junto a ella. Estaba muy demacrada. Llegó otro médico, pequeñito y canoso, muy cortés. Después de examinar atentamente a la enferma llamó aparte a don Guillermo y le manifestó que no había más que hacer. Marta se estaba muriendo.

Un gran sollozo estalló en el corredor de la quinta. Doña Rosa acudió presurosa. Hubo un silencio en todos los presentes.

Don Guillermo con voz entrecortada exclamó:

—Doctor, no se le ha muerto a usted ninguna hija? Sálvela, doctor; sálvela Ud. y le prometo darle todo!

—El viejito estoico y sereno, muy conmovido ante aquel dolor, respondió:

—Sí, Don Guillermo; se me han muerto dos, y tampoco pude salvarlas. Cobre usted ánimo ante mi ejemplo.—Y saludando se retiró muy cortesmente.

En tanto, Marta había fijado sus ojos entreabiertos en Elsa. Luego, abriéndolos grandemente con espanto, dijo:

—¿Tú aquí? ¿Cuándo has venido? Ah! Elsa. ¿Tú sabes de Armando, sabes que se murió por mí?.....Está muerto..... Pero yo también me muero.....

Ella se había incorporado, y Elsa, bañada en lágrimas, la sostenía.

—Sí, Marta, Armando se murió. Pobre Armando, cómo te quería!..... Pero tú no te vas a morir..... ¿Vas a dejar a Elsa, a tu Elsa que te quiere tanto?

Marta había vuelto a caer sobre las almohadas. Su boca entreabierta dejaba ver los dientes blanquísimos entre los palidecidos labios. Aquellos dientes que eran bajo sus ojos como nubes castísimas ciñendo el confín de los mares.

—Elsa, quiero morir pensando en él.....Háblame de él..... Lo viste tú antes? Y su retrato?..... Yo lo tengo aquí, búscamelo.

Ella se creía en «Las Palmeras.» ¿Y quién se hubiera acordado de tal menester en aquella confusión?

—Ah! me lo esconden?....¿Y por qué está este cuarto tan distinto?.....

—Estás en tu casa, Marta. Te trajeron hoy—respondió Elsa.

—Pero, tráeme lo que te pido, Elsa..... Traémelo.

—Sí. Yo te lo prometo. Espérate un momento.

Elsa salió y preguntóle a Julio Alvarez si tenía un retrato de Ibáñez. Julio lo mandó a buscar inmediatamente. Elsa volvió diciendo:

—Ya viene Marta, te lo han ido a buscar.

—Elsa, yo siento crugir los huesos de Armando al caer.... Lo siento como si lo hubiera visto..... Esta sangre no se me quita de los ojos.....

—Pero si no tuviste la culpa, Marta. Duerme, que te hace falta.

Pero ella como si no oyera seguía murmurando.

—Por todo el amor de él, cuánto lo hice sufrir!..... ¿Tú crees Elsa, que él me perdonará?

—Ya te ha perdonado, Marta. ¿No lo hizo siempre?

—Ay! Elsa, la sangre no se me quita, y otras veces lo miro como si me sonriera.....

Elsa hacía inauditos esfuerzos por calmar a Marta de aquella excitación que le precipitaba fatalmente la vida. Doña Rosa había vuelto después de enjugarse las lágrimas, haciéndole muchos mimos.

—Duerme, hijita, para que te pongas buena.

Pero Marta advirtió las huellas del llanto en el rostro de su madre, y le dijo:

—No llores, mamá. ¿No ves que soy muy feliz?

Luego, acariciando a doña Rosa que pugnaba por ocultar el sollozo, siguió hablándole:

—Me siento morir, madre mía, y quiero que venga un padre.

—Doña Rosa se estremeció con aquellas palabras que de manera tan tremenda le anunciaban la realidad, y sin decidirse, continuaba sentada en el lecho.

Pero Marta apeló a los ruegos más tiernos, y la pobre señora hubo de complacerla. Saliendo al corredor donde se hallaba su marido le comunicó los deseos de Marta. Este, después de resistirse un momento, ablandado a su vez por los ruegos de la esposa, resignado al fin, aceptó. Un criado fué en busca del sacerdote.

Marta se había vuelto a dormir. Una dulce calma parecía arrullarla. Su respiración más difícil ya, denunciaba el principio de la agonía. Era lo único que interrumpía el silencio de la habitación alumbrada débilmente.

Elsa con la cara oculta entre las sábanas del lecho las empapaba en llanto.

Un momento después llegó el sacerdote. Hubo que esperar una nueva reacción de la enferma; la cual no se verificó

sino al comienzo del alba. Aquel amanecer, al rasgar los manojitos, cuyos pétalos bordados abultaban las muselinas que tapizaban la estancia, alumbró la más triste de las escenas.

El sacerdote rezaba. Un crucifijo alumbrado con dos cirios abría en la semi-oscuridad del cuarto la inmensa piedad de sus brazos. Enseñaba a todos su martirio, maestro eterno de dolor y amor; mostrando su desnudez martirizada, erigida en sublime ejemplo de sacrificio y en consuelo dulcísimo de todos los dolores.

—Aquí está el padre.—Dijo Elsa, cuando Marta se despertó nuevamente.

Inmediatamente, ella hizo salir a todos, menos a Elsa para confesarse.

—Quédate tú—le dijo.

Luego hizo con gran fervor el acto de penitencia y fe. El cura tendió sus manos sobre la cabeza rubia y trémula. En los corredores llenos de gente se oía su voz murmurando las palabras de supremo perdón.

Marta, con sus manos juntas, estaba orando. Luego, en presencia de todos, el sacerdote administró la extremaunción.

El óleo santo rozó las plantas, las manos, la frente y los labios, acompañado de las palabras litúrgicas, ungiendo las alburas del cuerpo estremecido y doliente como la misma congoja.

En seguida, el cura dijo que iba a buscar a Dios.

Desde ese momento, Marta recobró el sentido. Sus facciones adquirieron una inexplicable dulzura, y sus palabras eran para acariciar a todos.

Don Guillermo, la señora Federmann, Elsa, Rells y algunas otras amigas, rodeaban el lecho.

Elsa le consolaba diciéndole:

—He hecho una promesa a la Virgen de la Soledad para que te pongas buena.

Ella le respondió con una sonrisa.

Un momento después el sacerdote volvía trayendo el dulce y sublime misterio. En el cuarto, viejas solícitas habían improvisado un altar. Una columna de incienso se elevaba en la estancia.

Toda la servidumbre agolpada en la puerta presenciaba llena de tristeza la ceremonia. La quinta estaba

ahora casi desierta. Las visitas se habían retirado, a excepción de Alberto Silva quien veló toda la noche.

El recogimiento de Marta y la grave serenidad que mostraba conmovían y admiraban a todos. El mismo Rells sintió una emoción infinita y suave, al mismo tiempo que un consuelo dulcísimo y para él desconocido, le ungió el alma, cuando la divina forma alzó su blanca pureza en las manos del hombre. Todos se arrodillaron. El sacerdote, ostentando la estola morada sobre el albo sobrepelliz, se acercó a la enferma que aguardaba con las manos juntas, murmurando la frase ritual:

—Corpus domini nostri Jesu-Christi, custodiat animan tuam in vitam æternam.

—Amén—respondió el acólito.

Marta, cerrados los ojos, en actitud humilde y contrita, tomó la hostia. Ninguno que la conociera, la hubiera creído capaz de tanto recogimiento. Su ligereza y su liviandad habían desaparecido. Ella mostraba ahora solamente lo puro y grande que guardaba en su alma. El sacerdote, volviéndose al altar, bendijo a los circunstantes.

Después de la ceremonia, Elsa leyó la acción de gracias. Entonces Marta llamó a Rells. Este se acercó muy conmovido.

—Señor Rells—dijo ella—quiero pedirle perdón. De ahora en adelante ya no podremos vernos .....

Rells hizo un movimiento de dolorosa impaciencia. Ella continuó:

—Era imposible amarnos, porque yo había dado mi alma a otro... Unicamente las circunstancias me hicieron engañarle... En este momento no quiero reprochar a nadie...

Hubo una pausa. Ella perdía el aliento por momentos. Rells no pudo contenerse, y con voz trémula exclamó:

—Es que no se puede prescindir de esta escena, Marta? Tenga usted piedad, yo se lo ruego.

Ella, mirándolo, hizo su voz más dulce. Rells, como fascinado, seguía oyéndola atentamente.

—Consuélese Rells y sea feliz, como usted lo merece... Y si alguna vez me recuerda, que no sea para renegar de mí...

—Nunca, Marta—exclamó el sin ventura.—Es que no conoces mi dolor? Es que no miras cuánto te amo?

—Olvídeme noblemente, Rells... Que las horas pasadas le sirvan para comprender mejor la vida... Hay muchas en el mundo que pueden hacerlo tan feliz como yo...

—Imposible—dijo Fernando con acento de amargura. Nunca, nunca, podré olvidarte!....

—Si alguna vez quiere usted acordarse de mí, haga un bien... Yo se lo ruego...

—Te lo prometo, Marta—respondió Rells, con mucha vehemencia.—Pero olvidarte, nunca! Te amo, te adoro, te amaré por siempre!

—Ahora, adiós... Aquí no debemos vernos más,—concluyó Marta.

Rells inclinó la cabeza y se retiró correctamente a una sala contigua. Los testigos pudieron ver cómo llevaba los lentes siempre pulcros, empañados de lágrimas.

—Elsa, no te vayas tú... ni tú, madre mía... Yo muero feliz... por Armando...

Un rayo de sol entraba como una sonrisa por la reja entreabierta. Aquellos seres, apurando hasta las heces el dolor de aquella agonía, estaban fijos en el Cristo que se desmayaba en la Cruz. Hubo un nuevo silencio. En la puerta apareció don Guillermo cruzado de brazos. Marta no lo vió.

—Tú vas a ser feliz, Elsa...; pero no me olvides. Recuérdame siempre; pero sobre todo en la última época de nuestra amistad...

Elsa quiso contestar, pero le fué imposible. La emoción no la dejó hablar. Marta continuó:

—Yo le aconsejaría a todos que aprendan a amar..., que amen por encima de todo...; para no arrepentirse tarde.....; para no llorar después dolores que son irremediables... ¿Se imaginan ustedes que hay otra felicidad en el mundo que no sea el amor?... El alivia toda aflicción, y es tan dulce y grande que puede consolar hasta en la muerte.....

En el silencio de la estancia vibró la campanilla argentina de un reloj. Eran las doce. Apenas si la luz del sol se reflejaba en el aposento. Los grandes cirios llameantes ante el Cristo comunicaban al día un tinte funeral.

Marta no habló más. Los cabellos se le pegaban en las sienes palpitantes y húmedas; su frente estaba helada; su boca cobraba ya una mudez fría y solemne. La muerte plasmaba en su rostro la ataraxia serena y mustia del olvido.

Elsa la tenía cogida de una mano; doña Rosa de otra; ambas llenas de angustia y dolor. Don Guillermo miraba silencioso, de piés, en un rincón, agobiado el ro-

busto cuerpo, pero denotando entereza y valor. Rells, en la puerta de la estancia, apenas si podía contener la pena que le empañaba los pulcros cristales de sus lentes. El cura murmuraba la oración de los agonizantes ante Dios crucificado; y las llamas temblorosas de los cirios parecían gemelas del murmullo piadoso. Los criados estaban de rodillas. De los corredores llenos de gente llegaba un rumor...

Moviéronse las cortinas de la puerta como si álguien pasara. Afuera ladró un perro con una quejumbre de lamento. Era Doucks. Un sollozo desgarró el silencio.

El pecho de Marta se agitaba convulsamente; la boca se entreabría exangüe tratando de sonreir; y las pupilas, perdiendo su luz, tornábanse opacas, vidriosas....

Marta dijo aún, muy quedamente, tan bajo que sólo la oyó Elsa:

—Armando.....

Fué su última palabra. Un suspiro suavísimo y blando, el posterior aliento, se escapó de sus pálidos labios. Los ojos le blanquearon torciéndose como dos esmeraldas que apagaran su luz; los brazos contraídos se abandonaron; y el cuerpo, agitado por un estertor casi imperceptible, quedó indolente, ante el cielo, con la actitud de abandono en que la criatura parece ofrendarse a Dios. Estaba muerta.

Fué una muerte dulce. Elsa estaba inconsolable. A doña Rosa la arrancaron de allí desmayada. El sacerdote continuaba orando.

En la puerta de la estancia se oyó un sollozo que más bien parecía un rugido. Era Rells.

Entonces sucedió una escena sublime. Don Guillermo, abandonando el rincón desde donde había contemplado sereno la agonía, se acercó a su hija, besóla en la frente, y, dirigiéndose hacia el Cristo doloroso y tierno; dominando el dolor que hería sus entrañas y le estrujaba el corazón; alzó la mano temblorosa como si fuera a abofetearlo; pero, enternecido de súbito, ante aquella dulzura inerme que parecía sonreirle, rodaron de sus ojos dos lágrimas ardientes que le abrasaron las mejillas, y, bajando la mano, exclamó trémulo:

—Señor! bendita sea esta herida que me abre el corazón; porque es tu voluntad.

XVI

El cadáver de Marta fué expuesto en el saloncito azul de la villa transformado en capilla ardiente.

En su féretro blanco, recogida en la frente la gala de sus cabellos rubios, era como una aurora levantándose entre la blanquecina claridad que sigue a la noche y que precede al día.

Una plácida serenidad había esculpido su rostro. Las pestañas de oro, velando los ojos semi-cerrados, apenas dejaban ver un punto azul, azul como el comienzo del día. Bajo ellos, un círculo violeta abultaba la carne como un arco de nube.

Los cirios reflejaban sobre su faz una suavidad dorada; luz funeraria quemando la blancura del lirio; luz taciturna que enciende junto a los ataúdes sus llamas dolientes y votivas.

Así murió Marta. Redimida por el dolor; víctima del amor; como una heroína de los días románticos. La sedujo la muerte. Y fué su belleza breve como el encanto de una lágrima; y frágil, como esas gotas de agua que en las mañanas azules tiemblan un instante sobre el monte.

Un rayo de sol había marchitado aquella pura flor de alabastro; le había hurtado el perfume de su seno; y al dejarla mustia, la había idealizado tal como lo soñara Armando. Y el mismo rayo de luz que la hirió se quedó colgando como una escala primorosa para que esa fragancia subiera al Infinito.

Allí estaban sus despojos como la más preciosa cosecha de la muerte. Sus cabellos no habían muerto, fulgían siempre; y eran ellos como un haz de trigo tronchado en plena mañana sedienta de sol, ávida de azul, arrojado de pronto sobre las ondas murmurantes.

Rells no tuvo valor para acompañar a Marta hasta el cementerio; y aquel mismo día salió para La Guaira donde se embarcó. En la tarde, su yatch levó anclas rumbo a Europa.

De piés, en la popa, Rells miraba desaparecer las líneas de la costa donde su amada quedaba para siempre. Estaba anocheciendo. La línea negruzca del puerto ceñida de

luces iba desapareciendo, esfumándose en la sombra. Así la miró largamente. Durante mucho tiempo parpadearon ante sus ojos las luces del puerto; después no vió más. Cuando perdió de vista la tierra, sus ojos, al volverse, se encontraron con el espacio infinito cuajado de estrellas.

El salón estaba atestado de flores. En un rincón, Julio Alvarez conversaba con Elsa Méndez.

—Armando,—decía Alvarez—supo infundirla su alma a Marta; la elevó hasta el amor. ¿Crée usted Elsa que todos somos aptos para esa elevación?

—Sí,—respondió Elsa con gravedad superior a sus años.—Al preguntarlo, es porque ha comenzado ya en usted una idéntica evolución del sentimiento.

—Nadie va a creerme, Elsa, aunque yo ame de veras. ¿No es verdad?

—¿Por qué?—contestó Elsa—Cuando se ama de veras, aunque haya la certidumbre del engaño, se tiene igual fe. Todo supera a la razón cuando se ama.

En otro grupo conversaban Gerardo Rojas, Alberto Silva y Hugo Soré. El primero decía:

—Razón tiene Nietszche cuando dice: No debemos darle rienda suelta al corazón, porque pronto hace perder la cabeza.

Hugo Soré respondió:

—Siempre será más bello morir de amor; siempre será más grande sentir el martirio de una pasión que llevar una vida reposada, egoísta, acallando siempre al corazón. Más grande es la flaqueza de amor que el continuo equilibrio del sentimiento. Es esta desesperación divina que mata y encanta la única disculpa de la vida; porque una hora de amor intenso es grande y bella como un poema. Ese cálculo frío que prescribe tu filósofo, no podrá caber nunca en un alma ardiente; sería preciso tenerla helada como sus nieves nativas.

Gerardo Rojas guardó silencio. En ese momento llegó Andrés Porras. Alberto Silva respondió a Soré:

—Estoy contigo, poeta. Todo lo que es sentimiento; todo lo que es capaz de impulsarnos a un fin alto, es superior a la razón calculadora y fría.

—Además—prosiguió Soré,—sin el sentimiento no habría arte. El mundo estaría atestado de matemáticas y poleas; pero no hallaríamos nada hermoso, ni tendríamos conocimiento de la belleza. Sería este planeta más miserable y árido que un desierto.

Gerardo Rojas limpió sus lentes, y luego de calárselos, replicó:

—Todas esas cosas pueden ser muy bellas; pero no son más que la resultante de una neurósis, de un estado de ánimo, de un espíritu enfermo. Si no fuera así no tendríamos a la vista semejante tragedia tan dolorosa como inútil. Es el genio de la especie el que impera y estruja sus garras tiranas en el hombre atormentado de amor. Bien dice Schopenhauer, que cuando se gime bajo el peso de una pasión la misma vida apenas significa nada.

Andrés Porras dijo algo que nadie entendió.

—Es la eterna canción de los amores—respondió Hugo, haciendo un gesto lento y enarcando la frente muy pálida.—Sólo un artista puede hallar encanto en esa fuerza que tus filósofos en vano han tratado de bastardear.—Mira esa fuerza. Llega siempre precedida del hastío o de la muerte. Cuando esta última llega, el amor sabe triunfar del tiempo y ser inmortal. Un escéptico, un hombre ajeno al sentimiento no podrá comprender nunca esto.

Soré prendió un pitillo, y como nadie le replicara, sino que antes bien, todos le escuchaban atentamente, prosiguió:

—Es la única pasión que hace nacer en las almas una flor; sangrienta y cruel a veces; pero que a más de embriagar es siempre flor.....

Porras lo interrumpió desdeñosamente:

—Esas son cosas de poeta. En la vida, ellas no se miran bien.

Soré miró a Porras con desprecio infinito, y sin hacerle caso, siguió, dirigiéndose a Rojas:

—Mira su fuerza. Yo tampoco creía en ella, y hoy la admiro. De la sangre de Armando, de su agonía, de su pasión de amor, surgió este lirio de muerte que aquí adoramos. ¿No es esto bello? Es pálido, triste; pero lo baña el oro de unos cabellos, y al cerrarse, guardó en su seno la viva luz de un sentimiento, de una esperanza.

Soré calló. Los otros guardaron también silencio. En el mosaico se reflejaban las llamas de los cirios. Entraron unos hombres negros y uniformados. Llevaban una caja pequeña con dos listas blancas.

Gerardo Rojas se despidió violentamente. Porras le dijo:

—Espérate, que yo también me voy.

Alberto Silva, pequeñito y sonreído, estrujando en las manos sus guantes negros, saludó inclinándose, y fué a despedirse de Elsa Méndez.

Hugo Soré, de piés, con el cigarrillo en la mano, entreabiertos los labios, miraba al salón como ensimismado. De pronto se estremeció con un ruido. Soldaban la urna.

Hugo, muy despacio, tomó su fieltro y su bastón que remataba en una bola encarnada y transparente; y lentamente, inclinado el cuerpo, con el paso del que va lleno de pesadumbre, salió de la villa. Eran las dos de la mañana.

En la tarde del siguiente día se verificó el entierro de Marta. En un coche iban Julio Alvarez, Gerardo Rojas, Andrés Porras y Alberto Silva. Hugo Soré también se vió en el cortejo, solo, en un coche. La tristeza que demostraba llamó la atención de cuantos conocían al terrible libertino.

En el trayecto, Gerardo Rojas después de calarse los lentes, dijo tristemente:

—En verdad, que no pensábamos volver por este camino en esta circunstancia.

Alberto Silva respondió:

—No andaba muy equivocado Armando sobre Marta. Ella ha sido digna de tal amor.

—Si Ibáñez pudiera saber,—dijo precipitadamente Andrés Porras—lo que aquí pasa. Si fuera verdad que los muertos se encuentran en la otra vida.....

Julio Alvarez con asombro de todos lo interrumpió así:

—Se encontrarán. Es imposible que tánto idealismo y belleza sean mentiras. La quimera azul con que el hombre poetiza su vida; la guirnalda de ilusión que se teje sobre su propia miseria, deben ser parte esencial de la verdad.

Los tres oyentes se sonrieron al escuchar tales palabras. Luego, no hablaron más. Algo incomprensible y misterioso pasaba sobre ellos haciéndolos callar. Todos comentaban para sí y a su manera el drama de amor que tenían a la vista.

El ocaso volcaba su copa sobre los mausoleos y las fosas humildes. Una suave piedad de oro se filtraba al través de la fronda fúnebre. Los sauces estaban dorados. Un lienzo purpúreo se descolgaba por las serranías vecinas. La caja

blanca desapareció por el hueco llevándose una caricia de sol.

Lejos, la ciudad se contemplaba rezagada en su valle, ennobleciendo al azul con el dombo de sus torres. Hacia el Este, una lejanía violeta. Un trino alegre rasgó el aire.

Los amigos de Armando visitaron luego su tumba. Las flores estaban secas. La yerba comenzaba a crecer sobre la fosa.

A la vuelta del cementerio, don Guillermo Federmann, de piés y entero, despidió al duelo en la puerta de la villa. El pobre viejo tenía todas las patillas enjoyadas de lágrimas.

De las notas sociales de los periódicos del día siguiente, tomamos el siguiente suelto:

«El entierro de la señorita Marta Federmann, perteneciente a una de nuestras más ilustres familias, constituyó ayer una imponente manifestación de duelo. El panteón de la familia Federmann quedó totalmente cubierto de coronas».

EPÍLOGO

EPILOGO

Con el diario de Armando Ibáñez y la ayuda de Gerardo Rojas, testigo de casi todos estos sucesos, hemos narrado la historia que aquí concluye.

Mas, como Rojas se ausentó repentinamente para Europa; queriendo saber el fin de estos personajes, acudimos al doctor Santiago Pino, a quien hallamos preparando una expedición para explorar las selvas de Guayana.

Nos invitó a ir con él; pero no aceptamos. Teníamos que ocuparnos de editar nuestro libro. Muy sonreído y con expresiones de sentimientos para los desgraciados amantes, nos refirió lo que sigue aquí, en muy sencillo lenguaje. Por cierto que no reconocimos en él al enfático narrador del combate de Paramaconi con Garci-González de Silva. Seguramente, la fantasía de Armando Ibáñez, puso en los labios de Pino palabras que nunca dijo. Asimismo, nosotros desfiguramos las noticias de Pino, adaptándolas al tono lírico del resto del libro.

Cuando terminó, le preguntamos:

—Y los Miraells?

—Todavía viven en su hacienda; pero don Juan está ya muy viejo.

Hé aquí los datos que galantemente nos suministró Pino:

Dos meses después, encontramos a nuestros amigos en una ceremonia muy diferente. Elsa Méndez acababa de contraer matrimonio con un joven comerciante del interior, y aquel mismo día los novios partieron para su hacienda situada en el Valle de la Pascua.

La ceremonia fué íntima; porque Elsa estaba de riguroso luto. Cuando el sacerdote bendijo la unión, Elsa estaba muy conmovida. No podía olvidarse de Marta.

Elsa estaba muy bella. Sobre sus galas de novia, donde los azahares prendían la exultación del himeneo; ante el altar ardiente y blanco, los cendales, al cubrir la frente virginal, hacían flotar bajo la luz sagrada de la cúpula envuelta de incienso, las dulces turbaciones de la doncella al escuchar el mandato santo: «Serás fuente sellada de castidad.....»

Sólo asistieron al acto, además de doña Rosa muy enferma y de don Guillermo, que inclinaba ya su cuerpo sobre la tierra, los padrinos del novio, la madre de Elsa y los amigos de Armando: Julio Alvarez, Andrés Porras, Gerardo Rojas y Alberto Silva.

El último volvió a La Guaira, residencia de sus negocios. Y al poco tiempo, Andrés Porras que acababa de obtener el título de abogado regresó a la provincia donde había nacido a ejercer su profesión.

Gerardo Rojas, nombrado Cónsul en una ciudad de España, realizaba también sus aspiraciones, y partió para Europa en compañía de Hugó Soré, quien quería olvidar una decepción amorosa dando la vuelta al mundo.

Julio Alvarez se quedó en Caracas. Su cabeza en esos días se volvió más blanca, y el rictus de su boca llegó a adquirir un sello de amargura increíble.

Por aquel entonces preparaba su tesis de grado. No ha hablado más como antes. Su espíritu ha sufrido una gran transformación y ha adquirido fortuna. Aún vive.

2 de marzo—25 de mayo de 1918.

DEL MISMO AUTOR

Próximo a publicarse:

ENSAYOS

Contendrá este libro los siguientes estudios:

I "Bolívar Orador" (Premiado con accésit en los Juegos Florales de Venezuela de 1918).

II "Fermín Toro".

III "El Ultimo Libertador" (José Martí).

IV "José Enrique Rodó".

V "La Elocuencia en Venezuela".

En preparación:

DESPUÉS DE AYACUCHO
(Novela)